



Indice

MINAS ALTAS

Intensidades.....	2
Llamarse el timbre de la voz.....	7
Escritura por goteo.....	11
Ene Vega ocupa su cuerpo.....	13
Al lado del girasol.....	16
El Reverso de las nubes.....	19
Diferencias entre Ene Vega y las estrellas.....	21
Lluvia.....	25
La mirada de Fábulo.....	29

LOS NACIMIENTOS

En vigilia de astrónomos.....	33
El Sietemesino.....	39
Al otro lado del insomnio.....	44
Limitación de los espejos.....	49

EL CANTOR

Las palabras.....	54
La copia sonora del cantor.....	56
El viejo ondulatorio.....	60
Emebé da tres golpecitos en la pared.....	64
Expulsión de cuerpos celestes.....	67
Sueños profundos del Ondulatorio.....	70
Tlon, tlin.....	73
Palabra Lumbreras.....	78
El irse del cantor halla su cuadrante.....	81
Sobre un caballo dormido.....	87

DE ESTE LADO DE EÑE

Objeto pluvial de nombre desconocido.....	91
Un calco de Emebé y el puente puma.....	97
Manera retorcida de decir adiós.....	103
Caballito marino.....	109
Meteorófono.....	117
Los músicos mueven negativamente sus cabezas.....	124
Volaba el cóndor, sonaba el cascabel.....	130
De este lado de Eñe	134

PALABRAS Y DIBUJOS

La Mansa (4)

Rayitas.....140

Sietemesino, guarda tu puñal.....146

Un contorno de cóndores.....148

Para olvidar estrellas.....153

Descanso de palabras.....157

Jotazeta descubre un cofre para el gallo blanco.....160

~~La mula delantera que casi rozó una rodilla de Uve~~ ^{Los villeros colistas (cuinantes)}.....164

Capricho en una prenda íntima de Emebé.....171

Por las arrugas del mulero.....175

La Mansa.....182

LA CORDILLERA

(5)

Artefacto proyectado hacia el mar de I.....191

Constelación casi descubierta.....194

La sexta luna de Saturno.....200

Al lado de la Mansa.....206

El grumete.....210

El ojo de la Pajiza.....213

La estrella múltiple de Tau.....216

Feliz cumpleaños, I.....220

Negrito con madre selvas.....227

Blancuras nupciales desplegadas.....232

Piano y enlazador tomados.....235

El increíble lazo del arpista mayor.....240

LUMBRERAS

(6)

El Cantor incorpora un sonido al trote de su caballo..247

En la memoria de un reptil.....255

Caballo atraído por Azul.....260

Viejos dormidos bajo los retratos.....263

Bandita de a caballo.....266

Oidor mortalmente herido.....269

La fácil lágrima de Tuy.....276

El pájaro que bordeó el sur.....280

Es el cenizote, dijo Azul282

Canción con agujero rojo.....284

El vuelo del gallo blanco.....287

Extrañas ceremonias de la tribu.....291

Madre con pechos salpicados.....302

Letra borrada por el viento.....306

Limitaciones de la memoria de Fábulo.....313

TRES GOLPES DE TIMBAL

(7)

Giracéfiras.....	318
El defectuoso adiós del minalteño.....	325
En luz de existencia de palabras.....	329
Fábulo recorre su memoria.....	332
Rojo mezclado con Azul.....	335
La cuarta hierba de Intruso.....	339
Al otro lado del girasol primero.....	345
Se equivoca, dijo Ele Te.....	349
La danza de las Céfiras.....	354
El timbre de los caracoles.....	357
Confusión de madreselvas.....	362

MINAS ALTAS

En las alturas cordilleranas donde escribo esta historia, a más de cinco mil metros sobre el nivel del mar, las palabras (con) suenan como latidos

Intensidades

A más de cinco mil metros de altura, las mulas andinas trepan salpicando la nieve con las gotas de sangre que se les escapan por la nariz. Mulitas tan livianas y ligeras que parecen nubes. Pero dentro de esas liviandades aparentes su corazón late tan fuerte, que los jinetes pueden oír su golpeteo. También las palabras, en el refugio cordillerano donde escribo, ^{esta historia} habitan una desmesura. Y llegan a mí de la misma manera que los fuertes latidos de la mula al preocupado oído del mulero.

Latido de palabras parecido al aleteo de los cóndores antes de lanzarse hacia los vértigos de abajo. El cóndor lo usa para abrirle un espacio a sus alas y a sus ojos; por ese camino desplegará su vuelo hacia la presa divisada, invisible a los míos, patente a los de él, acostumbrados a ver el sol de frente como una mancha pasajera.

Esto, después

Aparte la historia que tengo que contar, observo la dirección y fuerza de los vientos, que anoto diariamente con rayas convencionales. Una vez al mes las bajo a Minas Altas, invisible desde aquí. Desde allí mis rayitas cruzan la cordillera a lomo de mula, llegan al mar y recorren los observatorios astronómicos del mundo ayudando a comprender el comportamiento del planeta

que habitamos.

Más arriba de este refugio, que llamaré Mirador de los Vientos, el cielo es azul para siempre. Las nubes allá abajo, como los cóndores, tienen su propio alcance. Puedo verlas nacer, y volar, y perderse. No tienen aleteo. Es mudo su lenguaje de movimientos cambiantes, formas que duran chispas de tiempo. Las he visto tiritar de frío y deshacerse en lluvias que no me alcanzan. Son algo así como la intensidad que aquí tiene la altura, la que desnuda las palabras y hace sangrar las mulas.

Debajo de las nubes están las aves de vuelo corto, que sólo conocen su reverso. Para el cóndor, cuyo vuelo permite la expansión de la cordillera, las nubes casi no existen; son el polvo de su camino. Y ser el polvo del camino de un cóndor es parte de la belleza de las nubes vistas desde arriba.

El Mirador, sin ser una cueva, es una prolongación habitable de la roca. Circular, de techo abovedado, con un gran ventanal que da a un abismo. Hay un hogar para el fuego, que alimento con ~~unas~~ raíces, ^{perfección de} árboles disminuidos que por no helarse crecen bajo tierra. Cuando están vivas asoman afuera apenas una pequeña forma que las conecta con la luz. El hogar calienta también una especie de establo donde duerme la mulita que me lleva y me trae. Trabajo sobre una mesa junto al ventanal, y para descansar tiendo los jergones junto al fuego. Sobre la mesa hay un Diccionario y junto al candelabro una Gramática. En el arcón, alimentos, tinta y hojas que amarillean por sus bordes. En la pared, una guitarra, y las sombras de los objetos, casi permanentemente proyectadas en la bóveda, incluyendo la mía, por las llamas del hogar.

He venido aquí a poner en palabras las historias existentes en la memoria de un tal Fábulo Vega. Cuando las acabe, unos muleros las llevarán lejos, a otros países, para que nos conozcan y nos ayuden a sobrevivir. Lo más importante por ahora, dice Fábulo,

después, al
fin del
capítulo

Lo que el ~~hab~~ ~~en~~ ~~de~~ ~~allá~~
el ~~hab~~ ~~que~~ ~~está~~ ~~allá~~ ~~abajo~~
con el ~~fin~~ ~~de~~ ~~desaparecer~~

es salir del olvido.

El estudio de ese antiguo tratado del lenguaje me enseñó a querer a las palabras, que junto al aleteo de los cóndores son mis únicas compañías aquí arriba. Las escribo viéndolas florecer, tocadas por la intensidad o desnudez de la altitud. Las oigo sonar en el silencio virgen de la expansión. Y son música, como afirma el gramático.

Cada vez que escribo ^{viento} viento, o cóndor, siento vivir el objeto encerrado en el signo. Además del sonido percibo su realidad visual; cada palabra es un dibujo diferente. ~~Existen algunas que apenas me atrevo a representar. Nube, por ejemplo, con una palabra tan corta que no alcanza a envolverla. Si le quito la e final, que apenas suena, queda un pobre monosílabo, aquello que sale en una sola herida de la voz según el tratadista; cuando cualquier nube, hasta la más pequeña, está pidiendo un tamborileo de sílabas acústicas, donde cada una, además de su propio sonido, refracte el de las inmediatas y aun de las lejanas, dándole nuevas ondulaciones y caprichos rítmicos, que es ^(su) la esencia de la nube.~~ Las palabras sacan a las cosas del olvido y las ponen en el tiempo. Sin ellas, las cosas desaparecerían, los cóndores caerían en la mitad de su vuelo. Por eso cada vez que escucho el aleteo con que estas grandes aves inician el camino de su vuelo, digo cuidadosamente cóndor, de modo que suenen bien todas sus letras, para que la palabra, además de sus alas, ayude a sostenerlo. Así su vuelo parece más seguro.

Los pájaros de abajo, cuando traspasan sus límites arrastrados por el viento y penetran en las grandes alturas, dejan de cantar, que es como quedarse sin palabras. Y sin canto, es decir, sin sus palabras, dejan de ser pájaros; son trapos sucios en el vendaval. Es una pena verlos rodar en los caprichos del viento, caer entre las rocas donde los devoran las hambrientas hormigas de la montaña. Pájaro, pájaro, les grito viéndolos caer; pero ya

no son pájaros, la palabra ha huido de ellos, y se entregan silenciosos, todavía vivos, al festín de las hormigas.

Ya dije que de este refugio hacia arriba hay sólo cielo azul. El paisaje que el cóndor ve desde su altura es como el descanso de su libertad. Desde aquí, en días serenísimos, sobre todo cuando las nubes cubren enteramente la visión hacia abajo, uno puede sentir que es específicamente libre. Pero no puede descansar en su libertad como el cóndor en el paisaje.

También están las estrellas, que eruptan escandalosamente, ~~se tragan íntegramente la infinitud del azul, y~~ no dejan, ~~en la alta noche,~~ ningún espacio libre de su explosión lumínica. Aquí no brillan: cuelgan volumétricas como frutas a punto de caer. Ponen un cerco a la infinitud, apropiándose la. Para ellas un cóndor o un hombre no son ni siquiera una sombra. Ante su desnudez, la vida y la muerte son desesperaciones. Hoy en día, ~~dice Pábaro,~~ es posible pensar con fundamentos reales en la destrucción de la vida por el hombre. Más que la existencia de armas demenciales y de pueblos que en su locura se han olvidado de vivir, es la presencia de estos monstruos lumínicos lo que nos aísla: son la evidencia de que estamos solos ante el crimen, de que nadie podrá ayudarnos si caemos. Todas las noches, para olvidar o evitar su presencia y la de estos pensamientos, y sobre todo el miedo, toco la guitarra. Una pieza que yo mismo compongo, interminable, que avanza cada noche, y contiene muchas estrofas donde hablo de las nubes.

A mis espaldas está el mar. El formidable mar océano. Oculto por la cordillera, no lo veo. Pero lo siento. Tengo en mi cuerpo terminales nerviosas sensibles a sus pulsiones, que me conectan con él a pesar de las moles de piedras y de nieves que nos separan. Los nervios de mi espalda son como ojos. En las noches sin viento, concentrándome, puedo percibir el último tramo de su crispación, de su aleteo, y siento que mi piel se saliniza.

Nombrarlo es un placer total. Su palabra es perfecta. Tal como digo cóndor mientras el cóndor vuela, digo mar sintiendo que él sucede a mis espaldas. Y esta presencia, pese a la distancia, es también un momento de la intensidad de la altura.

add en sud:
no se puede ser. Digamos
q. una voz - me
denunció - F.V.

Ad d: empezaron los efectos de la hipnosis al llegar a esa franja azulosa.

Llamarse el timbre de la voz

Cuando salí de Minas Altas, ~~venía muy ligero de memoria.~~ Sólo recordaba la mirada profunda de Fábulo y su mandato. No tenía ^{que} nada en qué pensar, ni buscar los senderos que ^{me} conducían a mi destino: la mula ^{los} conocía el trayecto por sí sola. A mitad de camino hay un refugio de piedra, el punto más alto que frecuentan los arrieros. Allí se enrarece la vegetación y aparecen unas hormigas que caminan enfiladas dentro de unas ^{grandes azules} huellas de un palmo de ancho y cuatro dedos de hondo, hechas con sus pasos sobre la roca viva durante años que hay que contar por miles. ^{hondo} Sus movimientos negros y sinuosos, por la extensión de rocas.

Unos quinientos metros más arriba había una franja azulosa que atraía; uno se excitaba ante el deseo, y la certeza, de penetrar en un color. Al entrar en la azulosidad, ahora menos intensa, sentí una disminución de mi peso. La mula y yo parecíamos flotar en el color, que permitía ver desde muy cerca los ojos grandes y húmedos de las vicuñas lejanas que nos observaban desde distintas cumbres, separadas por valles hondísimos.

Allí descubrí que no tenía orígenes conocidos. El tiempo estaba en mí sin punto de partida. Esto y el no saber quién era sucedió al mismo tiempo. La ignorancia de mi nombre me provocó una risa nueva. Se abría un gran espacio virgen dentro de mí, con un silencio donde daban ganas de poner sonidos. La libertad más pura apareció, o estaba ahí, como un hecho fuerte que me rozaba

la piel. Solté la voz a ver cómo sonaba en esa libertad, y mi voz llevaba su timbre flotando por encima de los valles; rebotando contra los ventisqueros, era mi nombre.

Acaricié las crines de la mula, como de algas marinas, y miré hacia arriba. El sol, intacto, dibujado en el cielo por un pintor de paso, era un perfecto girasol maduro. Me toqué la cara: me sorprendía el tacto con la nariz, los ojos, las ^{sinuosidades} ~~solemnidades~~ acústicas de las orejas. Mi pelo florecía. En ningún momento sentí la necesidad de saber quién era yo. Sentirse era más fuerte que saberse. La mula seguía su camino rozando ya las nubes más altas. Nunca había sido niño, ni adolescente, ni nada relacionado con la edad. Yo era sólo lo de adentro, puro. Dije las primeras palabras, nombrando lo que veía. Como el sol, parecían dibujadas, hechas a mano. Podía tocarlas, y con ellas el color de los sabores, las sumas de reposo que hay en un movimiento.

Al llegar al Mirador, la salida de Minas Altas estaba berrándose, tendiendo a no haber sucedido nunca. ~~Mi memoria ^{nueva} viva empezaba a mitad de camino, en el calor del cuerpo de la mula entre mis piernas, su olor, su traqueteo.~~ Salvo la mirada de Fábulo, dos puntos negros, yo era alguien sin conexión con nadie, como si me hubiera inventado a mí mismo en el camino. Sin parientes, ni infancia, ni lugar de origen. Me veía como reflejado en una pompa de jabón.

Mi cuerpo era nuevo, limpio y como recién nacido. Me miré en el fuego que encendí, como si éste fuese un espejo; sentí mi plenitud. Cada músculo o vena, la curvatura de los huesos recónditos, cada latido impulsando la sangre que llena mis concavidades, tenían esa vibración luminosa que se ve en los campos después de la lluvia. Me desnudé para que el fuego hiciera en mí lo que hace el sol sobre los campos mojados. El cuerpo apenas me pesaba y sin embargo sentía la potencia de los músculos. No sé

quién soy, dije a las llamas cambiantes ~~como nubes~~, sintiendo cómo existíamos al mismo tiempo las nieves de las cumbres, ~~las~~ ^{el} llamas en su color, y mi cuerpo acabado de nacer. ~~Entre la fragilidad generadora de las nubes y la voluntad de vuelo de los cóndores,~~ había un equilibrio que nos sostenía.

Descubrí que tenía pensamientos. Sin esfuerzos estaba pensándome a mí mismo como un campo llevido o una hierba. Poder pensar era una delicia, y uno veía que todo desembocaba en la alegría. Las palabras, las nubes, las lluvias, el vuelo, los aromas, la risa y la maravillosa sangre, eran ^{mis} ~~para~~ mí. Todas las frutas, en su conjunto, entraron en mí, convocadas por mi cuerpo. Hubo una correspondencia plena entre yo y el fuego-espejo. El sabía que yo era mi voz; yo, que él era principalmente el color de sus llamas.

El primer globo eólico que observé bailoteaba en el frío del anochecer. A la luz del fuego desparramado por la bóveda anoté en la planilla ^{re} ~~su~~ intensidad y orientación ^{del viento}. Una rayita de las más finas según los modelos, con una inclinación de quince grados. Como un silencio musical. Durante el trazo, le di la importancia de una palabra.

Amanecí junto al fuego, brasas de raíces andinas como animales vivos. Mi memoria seguía sin orígenes. Yo era un medidor de vientos en el primer día de su existencia.

~~Cuando amanece necesito prolongar conmigo el día que nace. No trato de incorporarme a él: quiero ser él. Me lavo con nieve, con la que mi cuerpo se atempera comunicando su afuera con su adentro. Mientras el fuego, que también ha dormido, se reaviva en el hogar calentando mis alimentos, bailo tocando la guitarra, con ritmos que surgen de la circunstancia, orientándolos hacia una alabanza. Además baila también mi sombra, la que produce el sol con el consentimiento de mi cuerpo. No sé si las alabanzas~~

sen por el día que nace, o por mi sombra, que también nace. Con esto siento que estoy presente en todo lo que sucede, que formo parte del nuevo día, es decir, del tiempo. Mejor dicho: soy el tiempo, que baila antes de meterse en su giróscopo.

Escritura por goteo

Veo que mi escritura avanza a pasos cortos. Me impusieron este ritmo las primeras palabras, que escribí, para probarlas y probarme, con jugo de limón en vez de tinta. No podía ver lo que escribía, lo hacía con mucho cuidado y lentitud. Creía haber escrito un par de páginas, y eran apenas unas líneas. Lo hice para ver el nacimiento de las palabras. Acabada la escritura invisible, arrimé el papel al fuego y pude ver cómo ante el calor se asomaban de a poco, lo mismo que el sudor de las vertientes antes de convertirse en agua acumulada; tenían el color del limón cuando madura.

Escribo con lentitud y precaución, como evitando, cada vez que paso a la siguiente línea, que no se me escape aquella línea oculta que puede estar entre las dos. Me imagino a veces una escritura ya hecha en el papel, y lo que yo escribo va ocupando los espacios que hay entre sus líneas. Procuro redondear los conceptos con una sola gota de tinta, y me encanta la idea de estar practicando escritura por goteo.

Escribir con delectación, para poder leerlo de la misma manera. Cuando advierto un error, no tacho la palabra equivocada; la aislo en un círculo de tinta; servirá para otra vez. Respeto su existencia. Aunque cada palabra sea una copia idéntica de la misma, que existe infinitamente, no se la debe eliminar si sale a destiempo; ella no es exactamente igual a sus gemelas: es un momen-

to de ellas y contribuye a mantener la infinitud.

Después está el papel, que es blancura y espacio. El utiliza el espacio para sostenerse y existir, y la blancura para darse. Al darme la blancura, pasa a formar parte de las palabras; es el silencio donde éstas, que son principalmente sonido, se apoyan después de generarse en el ánimo y ^{pasar} ~~salir~~ por el gargavero, como dice mi antigua Gramática. El papel, único lugar donde las palabras pueden ser tocadas; donde, partiendo del sonido invisible, pasan a la región de lo visual, que es táctil, y se aproximan al dibujo, aspiración posible. Sin olvidarse de la tinta, hueso alrededor del cual se encarnan las palabras al salir de la memoria y del sonido.

Ene Vega ocupa su cuerpo

los primeros ya vienen avanzados en mis planillas diarias

Con las primeras treinta planillas de vientos encerrados salí para Minas Altas. Las rayas que los representaban en las hojas cuadrículadas eran mi primer intento de escritura; Para los sabios que las leyeran al otro lado del mar, ~~eran~~ palabras. Sus atentos oídos podrían percibir en ellas el zumbido de mis primeros treinta vientos.

En la pendiente final que da acceso al pueblo hay un breve espacio entre dos cerros (~~bajos, si se los mira desde arriba; desde abajo, desmesura~~) que permite divisar durante unos instantes la extensión de los llanos violentos y el comienzo de las grandes salinas, un mar afantasmado que de noche, al entrar en contacto con las constelaciones y la luna, vibra entre impulsos de mareas invisibles donde los peces muertos en otras edades, convertidos en polvo de sal por los milenios, reproducen ante la luz lunar el brillo de sus escamas.

Cuando uno está por salir hacia Minas Altas, ya está pensando en ese chispazo del paisaje, en esa fugacidad de la extensión, que es la alegría del viaje. Alegría brevísima: la mula, en plena pendiente y en su propia marcha, jamás se detendrá allí. Y la inmensidad apenas entrevista desaparece tras los cerros. Los efectos de la visión duran lo que en la boca alcanza a mantenerse el sabor de una fruta.

Minas Altas, de calle única, tiene la forma de una oruga amarilla que trepa curvándose en su centro. Cada eslabón de su cuerpo está separado del otro por la amarillez de una cerca de girasoles. Su calle, de tres metros de hondo, es a la vez río seco o espasmódico, a la espera de las crecientes anuales, que arrastran animales y troncos, restos de instalaciones de minas abandonadas hace un siglo, piedras de colores con las que la gente construye o amplía sus viviendas. La cabeza de la oruga se empina hasta casi rozar las nubes; desde allí en pendiente brusca desciende hasta su cola, perdida en unos peñascales con sus casitas de piedra, lata y ~~plásticos~~. La realidad que me mostraba era la de un sueño que se recuerda. Uno volvía a lo soñado, y lo soñado era real.

Llegando al pueblo, había unas presencias como sombras que se movían en un espacio oculto sin asomarse; en un sueño donde no se puede ver pero se oyen los pasos. Al aproximarme, las sombras ocupaban sus cuerpos y se visibilizaban, pero no sabía reconocerlas. Como poniendo boca arriba las cartas de un naípe se me aparecían las personas. ~~Figuras hermosas, recién pintadas y sin uso, tan suaves al roce que se deslizan.~~ Una baraja de cientos de figuras desparramadas por los cuatro kilómetros del cauce y de sus bordes.

Apenas entré en la calle, una de las figuras se corporizó intentando abrazarme. Sonrió cuando le esquivé el cuerpo. Me pidió las planillas del viento, las miró con indiferencia y pronunció palabras que no entendí. Mis sentidos se concentraban en su voz, no podían captar otra cosa mientras duraba un sonido nuevo a mis oídos. Me preguntó si me había olvidado de él, le respondí que no lo conocía.

-Mi nombre es Ene Vega. Ahora vamos para arriba, Fábulo lo necesita con alguna urgencia -dijo riéndose, se reía de mí. ^{si no lo} Allá ^{dividido} abajo vivimos los enlazadores, más o menos por el medio ^{su pueblo} están los músicos, y arriba de todo los astrónomos muleros, si es que

también se ha olvidado del pueblo.

Ene Vega cabalgaba conteniendo su forma ^{de unido} recién aparecida, apropiándose del espacio a medida que se desplazaba. En cualquier punto del desplazamiento él siempre estaba como acabado de hacer, reluciendo en la mañana limpia con su propia limpieza de vivir. Su sombrero tenía un permanecer, una persistencia de armonía con el aire que ocupaba, una dignidad de objeto pese a su pequeñez ante las moles de la cordillera, que superaba sus alcances de sombrero, seguramente porque ese ^{presencia} sombrero era el lugar donde la figura de Ene Vega concluía.

~~Aun en la sombra que proyectaba, él, que acababa de ser sombra, mantenía con su andar la persistencia de estar vivo. Y mientras yo miraba el conjunto de él y de su sombra, él hablaba diciendo cosas sobre las planillas de los vientos cuyo significado yo dejaba pasar para retener solamente el cuerpo de las palabras, es decir, sus sonidos, con lo que Ene Vega estaba cantando sin saberlo.~~

Cambiar el título a la gota.

Las correcciones demuestran que trabajé sin aplicación en cuanto a las formas, sólo me ocupé de percibir y grabar lo percibido.

*Esta gota na resucita
brevemente con las siguientes
y ~~se~~ interpretaran "Lluvia".
2/25 3 4*

Al lado del girasol

Su hechura de mujer apareció asomada en lo alto del borde de la calle río, al lado de un girasol, como una burbuja a punto de desprenderse del tubo que la forma. Su composición femenina, que envolvía al girasol y lo contenía hasta asimilarlo, llegó hasta nosotros en vaharadas y se desparramó sobre la arena húmeda. Luego su hechura se contuvo y permaneció, sin salir de sus límites, envuelta en ella misma y en el girasol, que solamente podía estar a su lado, que sin ella era apenas un cometa solitario, y con ella tenía todo el aire de una estrella fija titilando.

Lo femenino estaba allí, en un reposo activo; sin difundirse, ahora me punzaba obligándome a sentir el peso de mis manos; era como ver y oír el fuego por primera vez y entraba en mí como ^{un} las frutas, mientras Ene Vega me decía que debíamos seguir, que a la vuelta podría hablar y estar con ella todo lo que quisiese.

Buscaba una palabra que me sirviera de cauce para recibir lo femenino, y como no la encontraba me entraban unos fuertes deseos de ser ella. Es el sabor de las frutas, dije. Ene Vega sonrió; pude observar, sin dejar de sentir lo que llegaba desde arriba, cómo le brillaba la alegría, alegrías gemelas, una en cada ojo.

Ene Vega y su caballo tenía la actitud y posición de seguir andando hacia arriba, abandonando aquella casa donde estábamos apenas detenidos, y querían transferírmelas. Mi mula, inquieta, me comunicaba con su cuerpo impulsos de seguir, contagiada por la forma que teníamos al lado. Pero yo en esos momentos me esta-

ba convirtiendo, por no poder encontrarla, en la palabra que me permitiera encauzar las terribles pulsiones que venían del costado del girasol. Y esto no era tan fácil como decirle cóndor al cóndor ayudándole a volar; ahora yo era el vuelo, y la palabra no llegaba, mientras Ene Vega decía algo sobre seguir andando y las patas de su caballo, con movimientos impacientes, propiciaban urgencias y huidas inmediatas. Apenas habían pasado unos instantes desde que ella apareció; ni siquiera habíamos acabado de detenernos, el peso de las cabalgaduras no acababa de apoyarse íntegramente sobre sus patas, una parte pertenecía todavía al movimiento, al acto de llegar a un lugar sin consumarse todavía, y ya Ene Vega y su caballo me apuraban con urgencias, estábamos en el instante en que ella acababa de aparecer como burbuja; sin duda nos veía todavía en movimiento, no detenidos frente a ella. junto a su girasol.

Entonces se me generó en el ánimo un pensamiento, recogiendo letras sueltas ascendía por el gargavero y vi salir al aire la palabra cuerpo. Ene Vega me oyó, vi los brillos de sus alegrías gemelas sin abandonar la tensión de sus músculos para seguir andando. Al dejar de ser palabra y recuperar mi condición sentí mi propio cuerpo, y el sentirlo era como nombrarla a ella sin saber su nombre.

Viendo su cuerpo conectado con el mío desde el girasol, sintiendo que los dos se atraían, vi que eran como las palabras: se repetían infinitamente entre los milenios pero nunca eran los mismos, de la misma manera que la palabra cóndor no es la misma cuando el cóndor vuela que cuando está en reposo, aunque suene lo mismo corresponde a otra situación. Su cuerpo era como una palabra nueva, yo tenía urgencias por tocarla, escribirla con jugo de limón y acercarla al fuego, ~~verla~~ verla aparecer lentamente, incorporarla a mí, ser yo mismo la palabra, arrancarla de la página, ir en su cuerpo más allá del cuerpo buscando un final que nunca termina,

porque el placer no limita con la vida ni con la muerte, es la libertad de lo que vive.

La presencia femenina estaba en unos segundos que ya se iban, y todavía no había pedido tocar su cuerpo como lo exigía mi deseo. Ella estaba al lado del girasol, obstáculo principal para estar al lado mío; su al lado estaba ocupado por la flor, y yo quería ser el girasol para tener su lado, quitarle el al lado de ella. Pero nada de esto sucedía, el caballo de Ene Vega no esperaba, los segundos que pasaban querían llevarse la presencia.

No solamente tocar su cuerpo: ir más allá de ella, pasar por su forma como por dentro de una nube y tocar y penetrar con el mío todos los cuerpos idénticos detrás del primer cuerpo de ella, que apenas era su superficie, formando un infinito, o entrando en él. Y eso sería como recuperar mi memoria anterior manteniendo la de ahora, simultáneas como las alegrías gemelas en los ojos de Ene Vega, dos notas de la guitarra que se tocan juntas pero pertenecen a diferentes cuerdas.

-Bueno, hay que seguir -dijo Ene Vega.

Lo dijo en el momento en que el peso de las cabalgaduras reposaba por fin íntegramente sobre las patas, que coincidía con el del fin del asomarse de ella, la plenitud de la burbuja.

El nervioso caballo de Ene Vega empujó por las grupas a mi mula apenas detenida. Las herraduras chirriaron sobre la arena y entramos otra vez en el movimiento apenas interrumpido, mientras el girasol, enteramente poseído por lo femenino, buscaba con un movimiento lento, para desaparecer, el límite de nuestra visión, cerrando el ángulo que contenía al girasol y a la mujer.

-Tampoco se acuerda ^{usted} de ella, pero parece que le gusta. Es la Céfira -dijo Ene Vega ajustándose el sombrero.

En el ordenado, que
buen sea la palabra "nube" 19

El reverso de las nubes

Suprimir

(Ver si queda o
se suprime).

Lejos ya del girasol de la Céfira nos oscureció una nube. Negritud, suciedades. Nubes de abajo. Ene Vega y su caballo, despojados de su sombra, cambiaron de color. Empalidecidos.

Las nubes, vistas desde arriba, están contenidas por sus formas, reciben sol y, como los seres vivientes, proyectan sus sombras. Desde abajo, cuando son bajas como la que nos oscurecía, la nube degenera; es su paso; fragmentos; es solamente la sombra de la nube, dissociada del cuerpo núbico que la origina. Borra nuestras sombras, y con ellas la evidencia de nuestra corporeidad. Borrar la sombra aparece como un hecho destinado a quitarle a la gente evidencias de vida. Sin su sombra, Ene Vega se disminuía sin saberlo, como enfermándose, y su caballo, dejando de ver la sombra compañera, que ya no ascendía a su lado, iba como entristecido por haberla dejado abandonada en el camino sin poder recogerla. Seguía siendo caballo por recuerdos o gravitaciones, pero no en su integridad.

El color de Ene Vega y el de su caballo empalidecieron, temerosos de la sombra de la nube que los trastocaba. El jinete y su caballo sobreviviente, ajenos a ese temor, siguieron atravesando el aire ensombrecido, sostenidos por su ignorancia de lo que sucedía. Mi vista agudizada por la altura advertía esos cambios casi invisibles, incluso alteraciones en las formas: el contorno de Ene Vega y su caballo vacilaban ante el paso de la nube, el sombrero peligraba en actitudes indecisas. A mi mula y a mí, claro, nos pasaba lo mismo, pero Vega no podía advertirlo, acostumbrado como estaba a ver siempre las nubes desde abajo. Limitado por esa visión, no me vio vacilar también ante el paso de la nube que se iba hacia el océano llevada por unos vientos delirantes. Me ale-

gró que siguiera cabalgando tan tranquilo, sin noción del peligro de andar con la sombra borrada. Uno ve el peligro y calla, para qué perturbar con alarmas la inocencia que transcurre.

Fijé la vista en el vientre rastrero de la nube ofídica difundiendo sus augurios, y para borrar la impresión pensé en la misma nube vista desde arriba, la vibración de su contorno y sus colores en la limpieza de la luz. Las nubes desprenden el esplendor de su belleza cuando flotan libremente; son nubes porque están en libertad, y es el momento preciso en que coinciden plenamente con la palabra que las nombra. Cuando las arrastra el viento, la palabra ya no les corresponde con exactitud y se aleja de ellas, vuelve a su refugio a esperar la formación de la siguiente nube. Entonces la nube que se ha quedado sin palabra se convierte en aliento de viento, en la forma o hechura de su furia.

A Ene Vega debió parecerle extraño mi mirar el vientre reptiloso de la nube negra que pasaba, presintiendo acaso algún peligro para su inocencia visual. Me preguntó:

-¿Pasa algo?

-No pasa nada, salvo las nubes.

- Me encantan estas nubes -dijo sin su sombra, y yo no entendía cómo podía gustarle el vientre sucio de esa nube -.Son nubes volanderas -agregó justo cuando la nube iba acabando de pasar y él y su caballo comenzaban a recuperar los espléndidos contornos de sus sombras.

La nube, al pasar, dejó un remoto olor a lluvia fermentada a punto de caer, que es el olor de la muerte y descomposición de la nube. No sabía si él había percibido ese relámpago de olor, ni se lo pregunté, y ya la nube rastreira era un recuerdo mientras Ene Vega y su caballo iban como más vivos seguidos por sus sombras ágiles.

Diferencias entre Ene Vega y las estrellas

Vega llevó una mano combada al oído tratando de escuchar algo lejano, una música que yo venía percibiendo sin comentar nada por no interrumpirla con palabras. Un movimiento que yo veía desplegarse en una lenta curva que modificaba su figura y me revelaba, con su nueva actitud, algo que era la proximidad de Ene Vega. Me di cuenta de que sólo a partir de ese momento percibía claramente su realidad de persona. Su figura se ensamblaba con las dos palabras con que se nombraba, Ene Vega. Acababa de revelarme sus proximidades y yo estaba junto a ellas de la misma manera que la Céfira había estado al lado del girasol. Descubrí que las personas tienen proximidades y que para acercarse a ellas se necesitan actos espontáneos como el que acababa de realizar él.

-Me pareció escuchar una música -dijo manteniendo la mano sobre el oído.

-Se oye perfectamente -dije procurando que mis palabras tuviesen tanta importancia como su mano en aquella actitud y pusiesen en evidencia mi propia proximidad, para que la sintiera.

-No escucho nada -dijo retirando la mano del oído, pero la proximidad creada persistió, una cercanía que nada tenía que ver con la breve distancia que separaba a nuestras cabalgaduras.

Arriba, pese al aislamiento del que apenas era conciente, no había sentido soledad de personas. Ahora la proximidad de Ene Vega me permitía descubrir, por contraste, que la soledad existía y podía ser dura. Y el al lado del girasol, que antes me pareció difícil de alcanzar, iba conmigo, estaba en el tranquilo paso de mi mula por los alrededores blandos y naturales de Ene Vega. Busqué inmediatamente una palabra. Ni "amigo", ni "hermano" ni nada parecido se acercaba al suceso.

-Hay que tener buen oído para eso -dijo de tal manera que me hizo sentir que mis palabras le habían permitido percibir mi propia proximidad, y además esto se vio claro en un relampagueo de sus ojos.

En la máxima altura del pueblo, donde viven los astrónomos mule-ros, el peso de las estrellas es leve todavía; un peso que invita y permite acercarse a los astros con naturalidad y despierta el deseo de meditar sobre ellos, de ahí su condición de astrónomos. Aquí arriba es diferente; hay que multiplicar aquel peso varias veces, con lo que llegan a una intensidad intolerable. Aquí lo único que se puede hacer con las estrellas es tenerles miedo. En cambio Ene Vega era todo lo contrario. Cerca de esa contradicción anda la palabra capaz de nombrar la proximidad que me regaló aque-lla mañana revelándome la existencia de los semejantes y, con ella, la noción clara de la soledad. Estar solo era la ausencia de esos movimientos generadores de proximidad humana. Y el miedo a los astros desnudos sobre mi cabeza era el miedo al vacío que hay entre ellos y nosotros (Ene Vega, con su mano en el oído, lo hizo desaparecer momentáneamente), que no es un espacio físico sino una ausencia de proximidades que el hombre trata de ir lle-nando con su historia, que es como la proyección de la sombra del hombre; una sombra que tendrá que llegar un día hasta el borde mismo de esos astros insensibles y desnudos. Y al decir histo-ria no digo los hechos de los hombres sino permanencia o persis-tencia humana.

Viendo la tremenda diferencia que había entre las estrellas y Ene Vega, y contrastando el miedo a aquéllas con la proximidad de éste, pensé que la palabra compañero, o compañía, podría nom-brar lo que se me reveló cuando llevó su mano al oído. Pero no era suficiente; poseía extensión y casi lo abarcaba, pero sin contacto ni presión. La palabra se demoró un poco, por si decidía utilizarla; después se fue, tan sola como había llegado, tan lue-

go la palabra compañero, que por su propia definición no debería estar nunca sola.

-Estamos llegando al barrio de los músicos -dijo tratando de oír sin la ayuda de la mano, orientando su cabeza hacia la fuente del sonido.

No comenté sus palabras, pero mi respuesta no fue el silencio. Entre su proximidad y la mía, que iban juntas al mismo paso que la mula y el caballo, había una mezcla de intenciones recíprocas que evitaban el silencio absoluto en caso de ausencia forzosa de palabras.

No respondí porque estaba viendo alejarse la palabra compañero, no hallaba otras posibilidades, me entristecía. Mientras tanto el acercamiento profundo producido por el movimiento de su mano seguía sin nombrarse. Nunca sentí como entonces lo difícil que es hallarse en ausencia de palabras, que lo ponen a uno en el filo de un grito, y un grito, ya se sabe, desmorona a la persona hasta la degradación. El grito es la única expresión posible que uno puede tener aquí arriba ante el miedo a la desnudez de las estrellas, y se vincula con el crimen.

-Parece que ahora se escucha algo -me llegó su voz llenando el vacío que había dejado, al irse, la palabra compañero.

-Pareciera -dije como al descuido.

Ante la falta de una palabra que expresase a la vez su proximidad reveladora y su diferencia con las estrellas, pensé: Ene Vega es grandioso.

Uno de los personajes de Fábule decía que quería huir del pueblo, volar alto, "llegar a las estrellas". Que es como querer ser una estrella. Absurdo, las verdaderas estrellas son los cuerpos vivos. No brillan por ahora pero tienen ese ámbito donde es posible refugiarse de la soledad, esas proximidades que son la negación de las estrellas que no hablan ni se llevan una mano al oído, que no podrán estar jamás al lado de un girasol en mitad de

la mañana.

Estas estrellas otras tienen proximidad, que es su manera de brillar, y con ella alcanzan la hermosura. Ene Vega era una contraestrella.

Fue el primer hombre que capté con todos mis sentidos después de desmemoriarme, y quedé para siempre en mi memoria nueva, junto a la Céfira, como lo más perfecto que se pueda contraponer a las estrellas, que son la desnudez del mundo, su indiferencia.

Lluvia

A la altura del sector de los músicos ya era evidente la atracción de Fábulo. Estábamos acercándonos a sus proximidades y en ellas todo lo demás, la subida y la desmemoria, los papeles para los vientos, la Gramática y el miedo a las estrellas eran apenas sus alrededores. Entre Fábulo y yo existía algo muy importante que había puesto en movimiento todo lo que me venía sucediendo. Mi propia aventura era la circunstancia de algo que se acercaba, y lo que yo había considerado un centro hasta ese momento, era pura distracción. El era lo único que quedaba de lo de antes en mi memoria perdida, con algunos objetos. Estaba en mi mundo olvidado y en el nuevo, era como mi origen.

Arriba, recostados contra ^{las piedras} ~~las paredes de piedra desnuda~~, aparecieron unos músicos. Arpas indias, charangos de caja, cuacas-arpas, tubos de todos los tamaños. Tocaban música para ayudar a subir, enlazándola con la atracción que venía desde arriba. El caballo y la mula parecían empujados por el viento.

-Supongo -me dijo Ene Vega- que no se habrá olvidado de Fábulo. Intenté recordar algo concreto, su cara, su relación conmigo si la había, y aquello era una pura oscuridad que tenía el peso de su mirada. Ene Vega estaba ansioso, esperando una respuesta que yo demoraba.

-Sé que existe -respondí, sintiendo que mi encuentro con el astrónomo mulero ya había empezado. Estaba presente como el mar a mis espaldas a través de la cordillera, ~~pero sin una cordillera que perturbara el contacto.~~

-Le voy a hablar un poco de él -dijo Ene Vega-. Casi todo lo que ha sucedido por estas regiones está contenido en su memoria, que guarda en unos baúles y en las paredes de su casa en forma de muñecos que él mismo ha modelado. Todos los que existieron y existen por aquí están copiados en esos muñecos, que con sus presencias le ayudan a mantener vivos sus recuerdos. Es astrónomo por vocación, y mulero como todos ellos, pero también titirite-ro. Representando sus historias ha llegado muy lejos por el norte y por el sur; ha entrado en el naciente atravesando selvas hasta internarse en el Brasil, y por el oeste hasta los puertos del Pacífico, de donde ha traído casi todo el material con que cuentan los astrónomos: libros y mapas celestes, aparatos de observación y medición, aunque él sostiene que la verdadera astronomía se hace a golpe de vista. Y también muchas palabras extranjeras cuando le ha gustado su sonido. Ha ido dejando hijos por todas partes, y vive lamentándose de que sean tan pocos los que lo reconocen como padre cuando vuelve años después a los pueblos donde los engendró. Mucha gente de la montaña, y también de los pueblos de los llanos, dudando sobre su pasado han tenido que recurrir a los muñecos de Fábulo para recuperarlo.

Las palabras de Ene Vega fueron absorbidas por mi memoria hambrienta para perderse, con ella, en la creciente gravitación de Fábulo, que, como me sucedía con el mar, se convertía ahora en un objeto remoto del deseo. El mar está presente hasta en el cerebro de una hormiga y su presencia llega hasta el corazón de la más pequeña y solitaria de las piedras de la montaña. La fuerza del deseo se relaciona con la distancia: mientras más remoto más fuerte, y en la misma medida con lo desconocido. Para quien, como yo, ^{capenas} ~~no~~ conoce el mar, éste tiene doble existencia: la que llega por gravitación a cualquier punto del planeta y la que le da la dimensión del desconocimiento. De estas dos fuerzas se componía la atracción de Fábulo, donde la Céfira y las proximidades de

Ene Vega se integraban como partes de la gravitación casi intolerable.

Estábamos llegando a la casa del titiritero cuando oímos una explosión y vimos la nube de polvo, muy lejana, hacia el rumbo de las Salinas.

-Ahora están más cerca -dijo Ene Vega.

-Quiénes.

-Los asesinos. Cuando lleguen aquí con el camino que vienen abriendo con sus dinamitas, la suerte de Minas Altas puede llegar a ser muy dura. *La locomoción, como hicieron con Lumbrales. → así lo mismo que Lumbrales*

En la galería de la casa de Fábulo entró una mariposa. Llegó transparente, atravesada de sol, entró a contraluz volando ciega, se posó en la pared y cayó muerta. La muerte y la caída le quitaron toda versimilitud a sus alas, convirtiéndola en un gusano carnoso.

-Nunca en la vida -dijo Ene Vega- he visto este tipo de mariposas llegar a Minas Altas. No pueden soportar los vientos continuos que hay entre el pueblo y la ^{32 horas} bajura. Escapan de la dinamita, pero las mata la altura.

Un gorrión tiritaba, todavía con vida, en un rincón casi pegado al techo, escondido y procurando no ver ni ser visto, en deformantes actitudes de murciélago. Sobre las rocas y en los aleros de las casas de los astrónomos había una multitud de pájaros aterrados. Algunos movían la cabeza, otros estaban como disecados. Eran aves del llano mirando por primera vez un paisaje desconocido. Huídas de sus sitios habituales, veían que por encima de las nubes, desde siempre el término de su mundo llanista, el espacio continuaba todavía.

Por encima, tan alto que seguramente desde allí ya era visible el mar, pasaron unos pájaros más fuertes, que emigraban en busca de lugares más seguros. Los cóndores, exiliados desde siempre, que conocieron aquellas explosiones antes de que pudieran regis-

trarlas los sismógrafos, observaban sin moverse de sus cuevas la huida de las especies aterrorizadas; tortugas crispadas, huemules hambrientos. Bordeando las últimas casas de Minas Altas ascendía una pareja de iguanas que apenas podían respirar, las escamas reseca reflejando el sol incisivo de las grandes alturas, y más atrás unas boas aterradas, sin sitio para esconderse. Un conjunto de animalitos que necesitan enterrarse para sobrevivir, escarbaban la roca; y unos escarabajos que habían logrado atravesar el tramo de piedra pura hasta llegar a un terreno de areniscas, rodaban cuesta abajo en forma de bolas mezclando sus colores en un movimiento giratorio que ya no les pertenecía. Por las márgenes del río seco ascendían las especies zoológicas de abajo, miles de ojos en largas filas de luces vacilantes.

Con ritmo de comienzo de lluvia cayeron unos pájaros aislados. Sin truenos ni relámpagos, poco a poco fueron lluvia declarada. Nos refugiamos en la galería, donde también pusimos los caballos, a salvo de esos goterones llenos por dentro de una sangre muerta. Las oíamos caer sobre el techo de zinc como un granizo. Una mezcla de calandrias, tordos y pequeños colibríes escarchados, que huyendo del estruendo habían remontado vientos y alturas equivalentes al cruce de un océano.

Fábulo abrió las cortinas de la puerta, se asomó a la galería, miró la lluvia.

-Pasen, por favor -dijo el astrónomo mulero.

La mirada de Fábulo

*Aquí se podría agregar, si quisiera
y creo que me lo que dijo Ene de Fábulo en
la ~~Sofa~~ Sofá anterior y yo omití.*

Mientras Ene Vega entraba en la casa, yo, sin poder ver otra cosa, lo hacía en la mirada de Fábulo. Una mirada oscura, a pesar de sus ojos claros, bajo el ala de su sombrero. Calle larga y honda, y como la de Minas Altas, en subida. Como por el interior del cuerpo de la oruga, dentro de un tubo negro me iba remontando la mirada que me atraía hacia sus fondos desconocidos. El afuera, desaparecido, sólo existía en el goteo persistente del cántaro del agua, oído desde muy lejos, desde las curvas y deslices de las profundas galerías con sus paredes repletas de muñecos muertos o dormidos, recorridas por voces ininteligibles dichas en diversas lenguas, reverberando y percutiendo en mis oídos, borrando el goteo del cántaro lejanísimo. Un túnel habitado por pergeños de trapo y de papel dotados de media vida, hablando y gesticulando como seres verdaderos pero sin poder cortar los hilos que los ligaban a la ilusión, hecha de amores y matanzas, una novia de blanco y una mujer de azul, una tumba de tiro de contenido oculto, pueblos y caballos, tormentas y salinas, mulas de sueño, instrumentos musicales y cometas, y al final de una casa derrumbada, la mirada errabunda de un enorme gallo blanco. Desde sus ojos de reptil memorioso, era una muchedumbre lo que me miraba. Fábulo hacía reptar una luz hacia el fondo de mi memoria a ver si verdaderamente estaba vacía, y apenas encontraba un gesto de Ene Vega llevándose una mano al oído, la forma de la mujer y el girasol; acaso el resplandor del fuego, el vuelo de los cóndores y unas cuantas palabras que remolineaban buscando su sentido. Y lo que él veía dentro

*ojo, a qué debe recordarse claro
el avance de los asesinatos, que justo
figura el final nuevo.*

de mí, también lo estaba mirando yo, reflejado en su mirada oscura, que apagó con un ligero parpadeo.

-No ha podido reconocermé ni a mí ni a la Céfira; y apenas se acuerda de Minas Altas -sonó la voz de Ene Vega junto al retorno del goteo del cántaro.

-Todo lo que saben esos muñecos ~~del baúl~~ -me dijo Fábulo- ~~y los que usted puede ver en las paredes~~, pasará a su memoria, y de allí a las palabras escritas. Las escribirá allá arriba, a salvo de interrupciones y peligros. Bajaré una vez al mes a traer las planillas de los vientos, con las que ganará algún dinerito si lo mandan. ~~Usted~~ verá representada por estos muñecos, como si estuviera sucediendo nuevamente, la historia de este pueblo, que corre peligro de desaparecer. ~~De la que usted mismo forma parte, aunque momentáneamente no pueda recordarlo.~~ Hasta que acabe el manuscrito, vivirá solamente para las palabras. ~~Más que una persona, usted desde hoy pasa a ser un pueblo.~~ Y ha de saber que en el principio Minas Altas era unas cuevas donde se escondían los primeros perseguidos. Eligieron este lugar por ser de difícil acceso, como los que eligen los cóndores, ~~que no son nidos; su verdadero lugar es el aire.~~ Huyeron y se enmontañaron aquí, a la espera de poder regresar al llano que hay más allá de las Salinas, donde están las sierras suaves y fértiles, ^{con} los ríos tibios, ~~y~~ los animales mansos. Pero nunca consideraron que Minas Altas fuese pueblo, jamás trazaron una calle ni pensaron otra que no fuese el río seco, ~~que viene a ser la hondura de la cueva.~~ Siempre creyeron que pertenecían al vergel de abajo y que allá volverían cuando sus vidas no estuviesen amenazadas. La gente, naciendo y muriendo, ha convertido esto en un lugar que podría ser definitivo; pero no pueden verlo así, por culpa de la esperanza que mantienen. Los cóndores, en miles de generaciones, han olvidado los motivos que tuvieron para habitar cuevas que no alcanzan a ser nidos. Los minalteños también esta-

mos en camino de olvidarlos. Conciente de ese peligro, quiero rescatar nuestra historia, como una forma de descondorarnos, recuperando el pasado que nos permita elegir un camino y prolongarnos en el tiempo, aquí o adonde haya que huir. Los que nos persiguen desde siempre saben que nuestra memoria vale mucho; por eso corren peligro mis muñecos y por eso usted los va a pasar a las palabras, que no pueden romperse.

Los muñecos están cerca, no tardarán en llegar, el tiempo vuela.

- Veamos -dijo revolviendo en el baúl trapos y cabezas, manos y mulas de cartón-, veamos por dónde empezar.

Eligió unos muñecos, desarrugó sus trajes, los bailó en el aire y se metió en su tinglado de madera. Sonaba un siku mientras el telón se abría.

-Estas figuras -dijo un muñeco amarillo- que ahora mismo podrá ver en movimientos vivos, no son simples marionetas; en ellas están, encerradas, almas de vivos y de muertos. Son como una copia del mundo y pronto cobrarán vida por la fuerza de la memoria, tratando de hacerlo limpiamente en sus alcances de trapo y de madera, para merecer el pase a otra naturaleza, la de las palabras que viven en el papel, donde estarán a salvo del furor y la rapiña. Mírenos con cariño; mañana seremos sus palabras. Actuaremos ^{A QUIRÁS} por última vez, es posible que después el telón deba caer para siempre. Luego volveremos al baúl. Desde allí sostendremos, con nuestras presencias mudas y secretas, el valor de las palabras que usted encuentre para nosotros. Ahora, por favor, préstenos un poco su atención. La historia va a empezar.

Antes contó la matanza de funduras.

(Luego resumiré lo de los espejos con la Céfira, para acabar el capítulo. Ver a lo mejor comienza que quede donde está, me refiero al piezo de espejos, al final del capítulo siguiente.)

LOS NACIMIENTOS

En vigilia de astrónomos

Una vieja

~~La~~ mujer tomó al niño empapado de sangre y con un lienzo suave y agua tibia limpió su cuerpo recién hecho. La madre cerró los ojos, oyó el ruido de las tijeras cortando el cordón umbilical y no volvió a abrirlos hasta estar segura de que ni un solo vestigio de sangre había quedado en el cuerpo de su hijo, y que los trapos con que lo limpiaron estaban fuera de la habitación.

Es hermoso el niño y vivirá cien años, decían las viejas trajinando con baldes y palanganas; ya puede verlo, dijeron cuando acabaron de limpiar. La madre abrió los ojos y volvió a cerrarlos enseguida al descubrir que había todavía una gotita de sangre en la punta de una oreja del niño. Las orejas, por favor, dijo señalando sin mirar. No es para tanto, comentó una de las viejas que la asistían, limpiando la mancha; ésta es sangre de nacimientos, no de degüellos, dos cosas muy diferentes aunque la sangre sea la misma. Escuche: el niño llora. ¿No está vivo entonces? Más limpio que una gota de agua, dijo la misma vieja alzando y orientando al niño hacia la madre, que se había tapado la cabeza. Más hermoso que una nieve. Cuando el niño calló, las mujeres oyeron que la mujer lloraba suavemente bajo la ^{colcha} colcha y que la noche estaba serenísima. *¿? madre?*

No debería llorar, dijo una tejedora, no debería hacerlo ahora que tiene a su hijo enmontañado. Aquí, en el caso de que el día de mañana llegaran a buscarlo, quién podría reconocerlo. Él después podrá elegir ser un Vega o un Calderón, los únicos apellidos que tenemos aquí, y su nombre, como nunca habrá sido escrito, siempre estará borrado, con su niño escondido. Mire, Calderones y Vegas llegaron aquí como su hijo, a enmontañarse para ser personas, y ahí los tiene, sanos y vivos, sin que nadie les pregun-

te nada.

Es un primor de niño, decían, porque hay que ver que no le falta nada. Los ojos están, mire cómo se acostumbran a la luz; sus orejitas son adornos; los pies para saltar a gusto y una boca que ya ríe, por donde entrarán las frutas y saldrán sus palabras y sus cantos; mire ese cuerpecito con un precioso corazón adentro, y dos pulmones por si uno fuera poco, para recibir el aire de la montaña, esos ojos por donde puede entrar el mundo entero fíjese, y por donde a lo largo de su vida dejará que lo miren hasta adentro demostrando que está vivo. Fíjese que su niño, el que él es por dentro, acaba en esos ojos, y si usted se los mira bien verá dentro de él, el corazón y demás vísceras podrá ver usted hasta el interior de sus pies en el fondo de su niño. Los soldados que vinieran a buscarlo, si vinieran, arrojados por los enlazadores caerían en el fondo de los precipicios junto con sus caballos. Ha nacido, ha nacido, y usted tiene que olvidar esos galopes nocturnos, esos degüellos que sólo existen en los Llanos. Su niño tendrá aquí todos los padres que quiera, y leche y fruta y miel a rodeo. Y cuando todos sepan que ha nacido, la gente de las vecindades bajará de los cerros trayéndole zorzales de regalo. Y cuando crezca será un Calderón -concluyó una vieja intentando apropiarse del recién nacido-, y Calderón artista para el lazo, sin mulas viajeras para irse lejos ni estrellas o cometas en la cabeza para irse más lejos todavía. Calderón o Vega da lo mismo, dijo la tejedora; lo importante es que está vivo y que la hoja donde debían apuntar su nombre sigue en blanco. La madre se destapó y, sin mirar al niño todavía, devoró una fruta.

El día del parto los músicos se ofrecieron como vigías. Apostados en los extremos vigilaron tendiendo sus oídos agudísimos, listos para dar la alarma con sus instrumentos más sonoros en caso de acercamiento de galopes asesinos. Los astrónomos velaron en las cumbres con los pies en el frío observando el cielo en busca

de signos de peligro. Ni figuras extrañas en el cielo ni sonidos de músicos. Tode tranquilo y en su sitio. Apenas el rumor de un deshielo, que en realidad formaba parte del silencio, interrumpido a ratos por los vagidos del niño.

Cerca del amanecer, cuando en la casa del recién nacido desparradas en sus sillas dormían todas las viejas menos una, los astrónomos percibieron un ruido sin origen claro. Temiendo un peligro geológico subieron al peñón más alto y clavaron sus ojos insomnes en el estrellerío efervescente. Viendo que ^{allí} ~~en el cielo~~ no había nada nuevo, que las estrellas fijas seguían en sus sitios y las móviles se paseaban tranquilas por las calles de siempre, tendieron los oídos hacia el mar invisible y oyeron claramente el oleaje de siempre. No pasa nada allá tampoco, vayamos a dormir. Esto decían cuando un nuevo golpe de ruido sin origen reconocible ~~de-~~ ^{alteró la vigilia} ~~bilitó sus corazones.~~ ^{escrutan} ~~Con ojos perdidos de sonámbulos~~ volvieron a ~~mirar, escrutándose,~~ ^{escrutando} los espacios ~~inmensos~~ ^{estelares,} y el cielo seguía igual ~~en la desnudez de su silencio.~~ Entonces el peligro puede estar debajo, este planeta es sorpresivo en sus violencias. ~~Vi-~~ ^{de} ~~vidando momentáneamente el cielo~~ ^{de unido} ~~pegaron sus oídos en la tierra~~ ^{comparaban} ~~el granito~~ dormía, inocente de terremotos y otras fiebres, no había por qué despertar a Minas Altas. Ningún animal próximo había acusado el ruido. La más atenta de las vicuñas, entre sueños, no movió ni el más ínfimo pelo de sus orejas; las arañas lunáticas tejían aprovechando distracciones de la serenidad, las serpientes yacían inmóviles en sus pieles nuevas; los cóndores, en sus lechos rocosos, se dejaban hundir en sus olvidos. Vayamos a dormir, tode sigue en su sitio. Fijaron todavía sus ojos, ya tranquilos, en sus relojes cósmicos, y vieron la hermosura de Canopus, la Cruz del Sur lista en su tensión para disparar una flecha hacia el polo, Achernar congelándose a millones de kilómetros del peñón solitario.

Sin embargo, bajo un dedo de tierra, casi al pie de los astrónomos vigías, un insecto ~~solitario~~ iniciaba una transformación. Aca-

se profundizando en su propia naturaleza, o quizá escapando de ella, con un ruido tan leve que esta vez no llegó a los oídos de los vigías en camino de sus lechos. Rompió el último cascarón de su moldura insectil y, encerrado en una nueva forma que lo regocijaba, se rebulló en sus apetitos. Antes de que el nuevo día rompiese en Minas Altas, inició un recorrido cuyo final hasta su propio instinto desconocía.

Se deslizó entre piedras filosas como si alguien lo condujera. Un trozo de mica se clavó en su cascarón acabado de brotar y le avisó: dolor. Agitó violentamente para alzarse unas alas que ya eran imaginarias. En lugar de ellas había patas con ventosas, y asimiló el hecho como una vieja costumbre. Sintiendo pesos inútiles se sacudió y vio caer membranas secas y babas inservibles, que descubrieron los finísimos pelos donde, por todas partes, acababa su cuerpo. A mitad de camino entre un insecto y algo más acabado que él no alcanzaba, sintió la profunda melancolía de no ser cabalmente una araña. Le faltaban patas y profundidades arácnidas que podía presentir pero que no estaban a su alcance. Llevaba casi a rastras un abdomen vacío que, una vez saciado, ocuparía las tres cuartas partes de su cuerpo. Por algún conducto le entró el olor de la sangre, y en ese momento descubrió la función de su trompa, por donde se amamantaría hasta llenar la bolsa de su estómago. Ante esas perspectivas impostergables, se dejó caer rodando por la pendiente que acababa en la abertura de donde procedía el fuerte olor a sangre del recién nacido. El hambre ya era dolor, y con energías últimas llegó a la línea de luz que había entre el suelo y el extremo de la puerta, por donde se introdujo rozando apenas la madera.

El ruido de la respiración de las personas era terrible, pero en medio de ese estruendo estaba aquel olor. Oyó latir los corazones y circular la sangre, escuchó el grito agudo de los nervios sintiendo todo aquello como suyo. En los ojos desnudos de la mu-

jer despierta percibió en temblores la luz que salía de la lámpara, vio que él mismo estaba en esa luz y con el primer miedo de su vida se refugió en la sombra de la cuna. En la mente entredormida de la mujer que aun mantenía los ojos abiertos, el rápido movimiento del bicho tuvo su presencia; y no sabiendo si se trataba de algo cierto o de sueño, cubrió la cuna con un tul.

Protegiéndose de la luz entre las juntas de las piedras y luego en la sombra de la mujer, llegó al techo y fijando y desprendiendo alternativamente sus ventosas se ubicó justo encima de la cuna y se dejó caer.

El olor a sangre y leche que allí había era más fuerte que las respiraciones insoportables. A través del tul vio los ojos del niño, abiertos e impenetrables, y su boca entreabierta, una grieta donde podría refugiarse en caso de peligro. No alcanzaba a ver el tul donde pisaba, un suelo invisible que recorrió afanosamente en busca de una salida que le permitiera llegar hasta la piel cercana, cuyos poros sí podía ver plenamente, y en el fondo de ellos el maravilloso color de la sangre, en la que el niño se mojaba íntegramente.

La mujer entredormida vio en un parpadeo que una mancha oscura sobre el tul no era de sueño. El bicho vio un enorme trapo ceniciento que buscaba aplastarlo. Las mismas patas que lo habían llevado hasta allí, casi sin que él lo notara, se plegaron por sí mismas y lo lanzaron en un salto hasta el suelo de ladrillos, donde, refugiándose en los desniveles, evitó pisadas asesinas. Afuera, fue un alivio el cese de las respiraciones y latidos de los cuerpos. Conducido por el hambre, desapareció en el día naciente.

Desde afuera llegaba el canto de las diucas y el ruido de la nieve derritiéndose. La madre vio por la ventana el paso rápido de un cóndor hacia abajo en el primer día de vida de su niño. Hay que ponerle un nombre, propuso a las ancianas. Yo tengo un regalo que ofrecer a su hijo, dijo una de ellas. Se trata de una letra.

La M. Con el entierro de ayer, ha quedado libre. Como el finado era mi pariente, yo se la regalo. Aquí la gente más querida tiene el nombre de una letra; sólo cuando el abecedario está colmado se recurre a los nombres, que son todos largos y feísimos. La M no es una letra muy deseada porque se puede confundir con la palabra heme, que más bien parece tonta. Eme Calderón o Eme Vega, fíjese que de cualquier manera suena bien. Me parece, dijo la madre, que se está despertando. Eme empezó a chillar y las viejas corrieron a calentar el agua para el baño.

Arrastrando la bolsa de su estómago, el bicho llegó al cementerio donde el Eme recién muerto iniciaba sus intercambios con la tierra. Atravesando capas húmedas de tierra removida encontró restos de sangre mezclada a los procesos vegetales y sació su hambre hasta dormirse, perdido en ^{el mundo de Sietecincos} ~~la gran memoria que lo contenía.~~

Si este fuera el mundo por venir, lo sé. sé.

La historia

Lo que acabo de narrar fue la 1ª historia que Fabula, con el titiritero de M. albas, me contó con sus muñecos. Después me hipnotizó y...

¿Podría empezar aquí
la novela? Sería un
buen "faudo". Después,
explicar el resto, o ver
cómo se desarrolla.

El Sietemesino Los 20 rígenes

DOC. Función literaria

El Sietemesino y sus hombres llegaron a Lumbreras al amanecer. La peor hora para morir, cuando todo está tan nuevo. En esa luz que no es luz, las muertes parecían de sombras o de sueños. La hora preferida por él para matar, que apenas necesitaba el mínimo de luz que permitiese ver los cuerpos. El agua de la acequia regaba unas viñas a punto de brotar, y en el cielo no había nubes ni vuelos de pájaros tempranos. Un desmesurado gallo blanco se paseaba buscando el momento de su canto. Durante el tiempo que duró la matanza, no más de media hora, un perro atado estuvo gimiendo, con sus gritos ahogaba el rumor silencioso de morir. No se oyó un solo tiro, el Sietemesino tenía predilección por las armas blancas. No se oía morir. Las armas blancas en la luz blanca del amanecer, los árboles húmedos de rocío y los animales despiertos, mirando la matanza sin comprenderla, salvo el perro gimiente. Las gallinas empezaban a picotear la tierra y los cabritos recién nacidos no habían alcanzado a despertarse. Los hombres morían sin ruido, sorprendidos en el momento de saltar de sus camas. Las mujeres, alzando a sus hijos dormidos, tampoco hacían ruido: se habían quedado sin voz. Por los ojos que el espanto deformaba se veía que estaban gritando con todas sus fuerzas, pero sólo se oían gritar ellas por dentro porque las cuerdas vocales, paralizadas por el miedo, no dejaban pasar los impulsos. Y tragaban sus gritos. Hagan callar a ese perro, se oyó decir al Sietemesino, pero

ninguno de sus hombres le obedeció, nadie quería distraer su cuchillo por un perro. El gallo blanco le arrastró el ala a una gallina medio dormida, pero no se decidió a pisarla, acaso distraído por los hombres que en la luz indecisa se movían como sombras corriendo de una casa a otra. La gallina no advirtió la actitud del gallo y siguió en su sitio como hipnotizada, mientras la mujer que después fue a parir a Minas Altas sentía desprenderse de ella el cuerpo desnudo de su marido, ^{que} saltaba hacia afuera al mismo tiempo que su casa se rodeaba de cuchillos, y se despertaba el niño que dormía en su cuna.

El Sietemesino y sus hombres, en mitad de la matanza, habían engordado: redondos, hinchados por los objetos metidos entre sus ropas como si los hubiesen devorado, entre vellones de almehadas destripadas. Los que iban a morir veían acercarse a ellos unas bolas humanas deformadas por pesadillas, precedidas por un filo rapidísimo. Bajo la chaquetilla del Sietemesino, pese a las suavidades de un almohadón de plumas, un reloj despertador rozaba contra un mortero de bronce, donde unos anillos matrimoniales tintineaban. Hagan callar a ese perro, gritó antes de entrar en la casa de la mujer que después fue a Minas Altas a parir un niño tan hermoso.

Una gallina que iba hacia la acequia seguida por sus pollitos se detuvo, y se encrespó al oír los chillidos de un ^{que se usó} ~~pollito~~ ^{re-} ~~zagado~~. Tenía menos plumas que sus hermanos y el lomo picoteado. Iba y venía sin acertar la dirección que llevaban los demás, aunque los tenía a la vista. Se detenía de vez en cuando tratando de envolverse con las plumas escasas de sus alas, como si tuviese frío. El Sietemesino ya estaba dentro de la casa de la mujer, saqueando, cuando el pollito se incorporó al grupo y la gallina lo picoteó sobre lo picoteado hasta sacarle sangre.

Un soldado atravesaba diagonalmente el pueblo de Lumbreras haciendo sonar las pailas y sartenes que llevaba colgando y los tenedores y cucharas de plata que inflaban su camisa, como no te-

Uno de los que iban a morir acababa de nacer el amor
y suplicándole el mundo del ceceo de su mujer 41
ralló de la cama y al no acababa de salir de la carga
cuando lo encontraron los cuerdos.

niendo qué matar corría en diagonal destruyendo el silencio neces-
sario a los sigilos. Durante el tiempo que duró la matanza, fue
este ruido de sartenes ^{por momentos} el único que se sobrepuso a los gemidos del
perro. Corría lentamente, por el peso que llevaba, y su correr de-
morado alargaba los espacios entre las viviendas, extendía el po-
blado hasta que éste no terminaba nunca, y a la vez agrandaba la
matanza silenciosa dándole más tiempo y más espacio a todo.

La mujer que ^{acababa de perder los hijos de su marido} en Minas Altas no podía ver una gotita de sangre
en la punta de una oreja del recién nacido, oyó que una de las dos
cajitas de música que había en su casa sonaba por ahí como escon-
dida. El Sietemesino se dio un golpe en la barriga y el sonido de
la caja cesó permitiendo que la mujer pudiera oír sus pasos lentos,
interrumpidos por el abrir y cerrar de puertas y cajones, que en
esos momentos del amanecer crujían duplicando sus ruidos. La mujer
vio entre huesos los ojos del Sietemesino hundidos en su cara de
filos raquíticos, mientras al que cruzaba el pueblo en diagonal
llevando pailas y sartenes se le caía una cuchara al tiempo que
por su camisa hinchada asomaba el ruedo de un vestido de novia y
por el peso que llevaba encima y los bultos de adentro no podía a-
gacharse a recogerla y esto demoraba más su desplazamiento y el
romper definitivo de la luz del día. Ella estaba por gritar, pero
no había voz capaz de atravesar con aire esa garganta cerrada por
el miedo mientras el hombre de la diagonal recogía con mucho tra-
bajo su cuchara y el lomo del pollito picoteado se amorataba en
el frío a la orilla de la acequia, y el Sietemesino vencía la hin-
chazón artificial de su vientre y estirando su única mano libre
se acercaba a la cuna sin oír ningún grito de la garganta de la
mujer ni llanto o voz de niño, sólo oía los gritos del perro que
empezaba a enloquecer y otra vez ordenó que lo hicieran callar y
otra vez nadie obedeció, mientras el filo del cuchillo hacía lo
suyo silenciosamente y el gallo blanco aparecía a contraluz por
la puerta de la casa. Tan silenciosamente trabajó el cuchillo,

que el hombre en diagonal que acudió al oír gritar al Sietemesino, no se hubiera dado cuenta de nada a no ser por el gallo, que picoteaba en el suelo la sangre que caía desde la cuna.

La cajita de música sonó en el interior del Sietemesino después del sacrificio distrayéndole la mente y el brazo justo en el momento en que iba a matar también a la mujer. La mente orientó la mano libre del Sietemesino hacia un golpe en su barriga que hizo cesar la música, mientras se desvanecía la mujer, y su hombre, afuera, no sentía las cuchilladas por tener el cuerpo todavía recorrido por el placer que acababa de darle ella, y sin dolor se arrastraba hacia la acequia.

Cuando el Sietemesino abandonó la casa, el viento hizo volar de su chaquetilla inflada una dispersión de plumas perturbando el aire. Caían como nevando sobre el hombre que acababa de ver comer al gallo blanco, que acercándose al Sietemesino le decía que la muerte del niño era innecesaria, y él le contestaba diciéndole que lo había hecho para probar el filo del cuchillo.

El sol se levantaba cuando se fueron. La gallina y sus pollitos bebían en la acequia. Los cabritos abrieron sus ojos soñolientos. El perro calló por fin y volvió a oírse claramente el ruido del agua de la acequia regando las viñas a punto de brotar. Cuando la luz no alcanzaba el tramo final de su definición, el enorme gallo blanco salía de la casa y, aunque un poco a destiempo, encontraba finalmente su canto y con él anunciaba el nuevo día.

Unos meses después el Sietemesino entró en un largo insomnio. Cabalgando dentro de él atravesó las Salinas, trepó los cerros que conducen a Minas Altas y se encontró con los ~~enlazadores~~ viñas.

No lo sé, no me acuerdo, respondió cuando le preguntaron quién era y adónde iba. Me han mandado matar a uno que en estos días va

había que poner antes que
ello estaba en cuenta - 43

a nacer allá arriba, y a eso vengo.

Sietemesino, le ^{dijo} un enlazador, en Lumbreras degollaste al hermano del que está por nacer en Minas Altas, y para que no lo hagas vamos a matarte.

A mí no me mata nadie, dijo sin salir de su insomnio. Corrió y se sintió caer en el precipicio más profundo. Las aves de la altura no se atrevieron con sus despojos. Gusanos artesanos que se interesaron por él formaron con sus restos una especie de insecto que con sus potentes alas remontó el cerro sin que ningún Vega o Calderón tuviesen posibilidades de enlazarlo y llegó a Minas ^{Altas} antes del nacimiento.

Allí sufrió su primera transformación, tan silencioso y en secreto que no pudieron detectarlo ni siquiera los agudísimos astrónomos.

Allí quiso beber sangre recién nacida, y burlado por un tul se tuvo que alimentar de sangre muerta.

Así comienzan las historias que F. Vega me mandó poner en palabras, aislándose en este refugio de la alta cordillera.

lo que acaba de narrar comienza con el hecho q. Fabulo Vega puso en mi memoria las historias q. Fabulo Vega, ~~tras de un tiempo~~ pero en mi memoria

Al otro lado del ~~insomnio~~

Desde la grieta de una tabla del gallinero, veía ~~pasar~~ las robustas piernas ~~del niño~~ ^{del niño} sonrosadas por el frío. De vez en cuando, los dedos ^{de (29 u. d. u. c. c. ?)} -unas puntas huesosas cubiertas por una caparazón de filos descubiertos- pasaban cerca de él obligándolo a recoger la bolsa de su estómago, que sobresalía un poco de la grieta, tirándola hacia adentro para evitar que aquellos filos ciegos la rozasen. Si esa mañana se hubiese alimentado, el abultamiento de su estómago le habría impedido refugiarse inmediatamente en la cavidad de la tabla, y hubiera tenido que buscar protección en la pila de piedras, donde la curiosidad incesante del niño, que no dejaba nada sin tocar o revolver, lo hubiera descubierto. Lo había visto despanzurrar hormigas y ~~arrancarles las patas a los~~ ^{arrancarles las patas a los} escarabajos. Además de no temerle a nada, era cruel y fuerte, sostenido por unos grandes huesos ~~envueltos en sangre~~ ^{envueltos en sangre}, que le permitían desplazarse con violencia sin peligro de deshacerse.

Había hecho del gallinero su habitáculo por permitirle al mismo tiempo la posibilidad del alimento fácil y la presencia diaria de la pequeña forma humana, objeto de su memoria. Había descubierto que los aguijones que clavaba en la piel de las gallinas provocaban un debilitamiento del animal, un aumento violento de su calor y un cese de movimientos hasta que las gallinas caían de lo alto de sus palos, secas, huecas, sin trazas de vida, ^{con} ~~con~~ el mismo ruido del trapo ceniciento que quería aplastarlo contra el suelo el día que descubrió la existencia del niño, cuando éste no sabía desplazarse, y alimentarse de él hubiera sido más fácil que la más

dormida de las aves del corral.

Lo atraía la creciente monstruosidad del niño, su forma de correr y de tragar, aquella boca siempre entreabierta como grieta y los ojos como huecos, su piel porosa y transparente conteniendo aquellos jugos; lo atraía la sangre al otro lado del cascarón repugnante que la envolvía. Lo veía crecer día a día, intuía la multiplicación de sus células. Si lograba sorprenderlo dormido como a las gallinas, su monstruosidad creciente se detendría y caería como las aves secas desde lo alto de los palos. Pero no tenía fuerzas ni la agilidad de las arañas para huir de él si se despertaba. Su caparazón era pesado, sus patas torpes y débiles, apenas capaces de arrastrar la bolsa de su estómago después de una succión completa.

La respiración del niño se fue haciendo más lenta hasta llegar al ritmo del sueño. Estaba acostado, con un brazo muy cerca de la tabla donde él se ocultaba. Abandonó su madriguera y esperó. Como no se movía, trepó por uno de sus dedos y recorrió el brazo, mirando desde allí la cara echada sobre un hombro, las profundidades de las fosas de la nariz, la boca entreabierta bañada en sus salivas, por donde resoplaba haciendo un ruido intolerable, y los poros que daban acceso a la sangre, en la que el niño flotaba sin ahogarse. Desde el hombro se dirigió hacia una oreja para llegar a la cara evitando la cuesta del mentón y la zona donde latía el corazón, de crispaciones insufribles. Al pasar sobre ella, la bolsa de su estómago se desplazó hacia abajo y allá se arrastró entre concavidades velludas. El tirón que dio para retirarlo lo desvió hacia la maraña del cabello, donde cayó trastabillando y perdió la orientación.

Sus ventosas no tenían superficie donde apoyarse y resbalaba en vez de caminar. Si el monstruo despertara en ese momento, giraría hacia él el artilugio de su brazo, en cuyos extremos estaban las garras que solían rascar en la orilla de su grieta asomando sus

filos. Entreabrir trabajosamente los cabellos para pisar en firme era el signo claro de un peligro, y caer en las demoras del tiempo, que para él eran infinitas y le recordaban un antiguo insomnio, espacios blancos difíciles de superar. Perdió la noción de sus actos, se olvidó del niño que estaba transitando, no sabía dónde estaba. Tenía memoria solamente para su grieta, donde deseaba volver. Intentó trepar arriba de esos hilos babosos donde se enredaba, pero su hechura no se lo permitía y sus patas, inútiles, se movían en un aire oscuro.

Dar vueltas por la nuca creyendo que avanzaba, engañado por las curvas del cráneo, le llevó una interminable noche de tiempo insectil y un peligroso regreso en el tiempo hacia formas larvales ya borrosas que en su noción vital significaba desaparición.

Su larga noche interna acabó cuando por azar se encontró en la altura mayor de la frente, donde por fin amanecía. Al ver una sombra proyectada en la mejilla se reconoció en ella y recuperó su identidad vacilante. Recordó los ojos del niño como dos hermosas grietas, y posándose sobre uno de ellos, sobrepasándolo con su vientre, los buscó inútilmente. Asomado a un borde de la boca observó el interior sanguíneo de esa cueva en cuyo fondo había un hueco del que salían las tufaradas de la respiración. Recordó la forma total del niño, la temible hechura de sus pies ahora inertes. El ruido atroz del corazón lo perturbaba desde un lugar lejano. Se refugió en una axila, donde descansó. Tenía casi el tamaño de su cuerpo, y el calor que despedía era parecido al de su madre en pleno sol. Resuelto a llevar a cabo allí mismo su labor, echó una mirada hacia afuera asegurándose de que todo estaba tranquilo y de que nada perturbaría el abandono placentero de una succión profunda y prolongada. Ni voces ni presencia humana. En el centro del gallinero, un gallo que vio parpadear ligeramente proyectaba una sombra larga y quieta. Apenas necesitó una pequeña presión para clavar los agujones, a manera de soportes, entre

los que situó la violenta erección de su trompa, que succionaba ya estirando la piel, más suave que la de cualquier ave, hasta darle la forma de un pezón enrojecido.

Todo un largo día de su tiempo demoró en llegar al abrigo de su grieta arrastrando su estómago repleto. Allí esperó ver aparecer en el cuerpo bebido la rigidez de las gallinas secas. Pero el niño despertó y corrió hacia su casa. El golpe que dio en la puerta al salir del gallinero hizo tiritar la tabla de su guarida; el bicho tiritaba con la tabla, tiritaba su casa, y en las oscilaciones iba y venía el brillo quieto de sus ojos en el fondo oscuro de la grieta.

El niño, superadas las fiebres producidas por la picadura, volvió muchas veces a jugar en el gallinero. Pero nunca más se quedó dormido. El bicho envejecía sin poder acercarse nuevamente a aquel cuerpo que necesitaba para vencer su insomnio. Cuando se paraba junto a su grieta, ya no veía sus rodillas, crecidas allá arriba. Su cabeza estaría lejanísima, sería enorme, y sus manos terriblemente fuertes. El niño se iba hacia arriba para siempre y él envejecía en su cubil, en una inmovilidad solamente interrumpida para entrar en alguna gallina dormida.

Se dejó caer de la grieta envuelto en el globo de su insomnio. Caminó durante su noche y la del tiempo. Por las pendientes pedregosas, trepaba perdiendo partes de su cuerpo. Pasaba días y noches de las suyas y de las otras sin darse cuenta del tiempo por estar perdido en un momento único dentro de su espacio blanco. Con la luz de un nuevo día vio su sombra contra una roca y no pudo reconocerla.

Casi en la cima del peñón de los astrónomos encontró una araña dormida y admiró su forma. Un hermoso ejemplar, del tamaño de un pollito, velluda y armoniosa. La chupó morosamente hasta secarla, hasta dejar de ella sólo una dispersión de patas enredadas; hasta dormirse, por fin.

Despertó en la cima desde la que era posible sentir la existencia del mar, y se vio como flotando en una luz lunar. No le pesaba el estómago, ni lo arrastraba. Su cuerpo estaba en una simetría perfecta. Movi6 las dos filas de patas, vio que temblaba en un tejido lechoso. Tanteó los temblores donde flotaba y se descubrió, por dentro y fuera, ~~una enorme~~, una bellísima, una interminable araña venenosa.

En su nueva ^{condición} memoria estaba la noción de su cuerpo en perfectas simetrías, y también la del niño, que había logrado pasar intacta al otro lado ~~del incendio~~.

Limitación de los espejos

Al salir de la casa de Fábulo, Ene Vega me dijo que mientras él preparaba las provisiones para un nuevo mes allá arriba, podría charlar un rato con la Céfira, "así de paso se distrae de ese bicho asqueroso".

-Céfira -gritó cuando llegamos a la altura de su casa-, te presto diez minutos a tu novio.

Apareció junto al girasol, dibujándose poco a poco entre las líneas carbónicas de su pelo retinto.

-Te voy a pasar unos espejos -dijo- para comunicarnos en los días despejados. Te enviaré mis señales y esperaré las tuyas. Tampoco yo sé cómo se hace para hablar con luces, pero podemos aprenderlo juntos.

El manojó de espejitos empezó a bajar por la pendiente de piedras y de troncos atado en la punta de un hilo que ella iba soltando como si su propio cuerpo fuese la madeja. Estiré las manos como si ya estuviesen a mi alcance, aunque apenas comenzaban a separarse de ella, que con rápidos tirones evitaba que se estrellasen contra los cantos vivos. Más hilo, le dije viendo que el manajo se encajaba en unas raíces y la cuerda se entrelazaba con espinas. ~~Intenté unos tirones para sacarlo, el hilo se tensó a punto de cortarse.~~ Abría los brazos en arcos amplios sacando hebras y más hebras que acortaran la distancia; una parte de ellas se acercaba a mí, otras se enredaban en su cabello o salían por las mangas de la blusa rozando sus axilas. El hilo bajaba hacia mí enredándose al mismo tiempo en el cuerpo de ella, por encima

y debajo de la ropa la envolvía, mientras nos mirábamos a través de las formas aéreas que iban formando los hilos en busca de mis dedos. Cuando llegaron tiré suavemente procurando desenredarlos sin rozar con violencia las partes de la Céfira afectadas por la madeja, y cada uno de mis dedos, a través de los hilos, coincidía con algo de su cuerpo. Con cada hebra que soltaba se enredaba más. También me enredaba yo, y no podía separar libremente mis manos, que como las suyas buceaban en el laberinto de espacios y tensiones. La madeja que brotaba de su cuerpo era interminable, convertida en una red que con cada movimiento nuestro crecía atrapándonos en los huecos de una enorme catedral vacía donde estábamos solos. No había movimiento de ella o mío que no sintiéramos en la carne, de modo que a ratos modificábamos la intensidad de nuestra fuerza para no dañarnos, a ratos la aumentábamos buscando en lo violento un desenlace. Por fin el manajo se movió descajándose, ascendió girando sobre sí mismo, desparramando luces trituradas. Ene Vega, que se acercaba, se detuvo en un recodo a la espera de que saliésemos de esa situación, con limpio movimiento lo vi bajarse el ala del sombrero. El manajo de espejos, tras su violento giro, se descolgó por un hilo libre y fue a caer entre mis manos.

Ene Vega no se asomó ni dijo una palabra hasta que lo llamamos. Me acompañó hasta la salida, donde me recomendó cuidado en la subida. Hice el camino entre sueños. Una parte de mí dormía confiando en la mula, que conocía el ^{trayecto} camino de memoria; la otra iba despierta, desenredando hilos y cabellos retintos. Llegué aquí de noche. Me quedé dormido junto al fuego.

Al día siguiente recibí su primera carta. En la ladera de enfrente aparecieron sus palabras de luces dirigidas. Allá abajo, ella por momentos tapaba enteramente el espejito negándome la luz, luego de una espera calculada me la daba toda de golpe intentando encandilarme. La cortaba y la daba, la ausencia de luz eran sus

manos sobre el espejo, su risa, sus ojos mirándome a través de los hilos. Después abandonaba su luz en un punto fijo de la arena, como esperándome, yo tomaba el mío y le daba las respuestas justas.

El fuego, en el límite de su arder, zumba esta noche como el viento, sin poder calentar plenamente el frío milenario de estas piedras; se rompe en sus llamas, las puntas muertas de sus lenguas acaban en un tizne miserable que se pierde en el granito helado. Por dentro y fuera el Mirador está rodeado de frío, que ordena todos sus espacios, se apropia del conjunto, donde el fuego del pequeño hogar viene a ser su corazón; allí el frío guarda su pizca de tibieza necesaria. Junto al hogar hago mi doble narración. Por un lado tengo que estar atento a los giros del viento, por el otro al recuerdo gestual de los muñecos de Fábulo y ponerlos en estas hojas que a su modo son planillas, con palabras también convencionales como las rayitas de marcar vientos o las luces de la Céfira.

Aparte de esto, vivo. En mi memoria ya no tan virgen no sólo entran las historias que me cuenta Fábulo sino las que yo mismo vivo aquí arriba y cada vez que bajo, que una vez vividas inician su proceso de recuerdo y necesitan atención de la memoria, en parte porque simplemente son, en parte porque son hermosas y con su hermosura alimentan la necesidad de vivir. Yo mismo soy una historia de Fábulo; un personaje que se cuenta.

El ventanal, a estas horas de lo oscuro, es mitad un cristal transparente, mitad un espejo. En el espejo, muy borroso, puedo ver mi imagen ^{borrosa} bailoteada por las llamas, como si me moviera afuera tiritando de frío; por el cristal, el continente de todo esto: espacio y silencio. Durante el día este refugio tiene un sentido arquitectónico, modifica a la roca, existe por sus relaciones y contrastes con el entorno. Por la noche lo pierde; en vez de estar sostenido por la montaña es como si desprendiese de ella igual

que un globo y flotara en el espacio. Mi mesa, estos papeles, el fuego, este refugio y yo dentro de él con el espacio del tiempo y la memoria, flotamos en las grandes alturas, sobre los precipicios imposibles de ver por la oscuridad y la distancia, y nos convertimos en un peso de estrellas. Para evitar estas fugas peligrosas miro el cerro de enfrente, que es el lugar de mis deseos más vivos, donde se reflejan los mensajes que me envía la Céfira.

Sus palabras de luces le dan más valor a las que uno pone en el papel. En el lenguaje de los espejos, el que inventamos sin querer, se fijan sensaciones que las palabras de hablar no alcanzan con su naturaleza. Por contraste, se enriquecen las unas y las otras. Muchas veces he intentado colocar palabras en el papel con voluntad de espejo, y por lo menos conseguí divertirme. También he intentado en mis respuestas a la Céfira cargar mis palabras luminosas con el valor que éstas tienen cuando se visten de tinta, pero no sé si ella lo percibió. Y si fue así, no pudo informarme de ello porque es imposible hablar, con palabras de espejos, de la naturaleza de las palabras de tinta.

Con la práctica y perfeccionamiento del sistema, he conseguido que mis señales lleguen a la pared del fondo de su casa, que da a la calle río, buscando iluminar el girasol donde nos conocimos. Lo conseguí con ayudas luminosas de ella, que me orientaban, y la luz de mis espejos entró también por la ventana de su cuarto iluminando las grietas de las vigas y los retratos de Vegas y Calderones que cuelgan en las paredes penumbrosas. Ella entró a veces con sus luces en el interior del Mirador, a pesar de la torpeza de mis indicaciones, que por no saber orientarlas dejaban que se perdiesen en las hondonadas, pasaran de largo frente a mi ventana sin poder reflejarse, y se ^(estumaron) ~~perdieron~~ en la luz. Cuántas palabras hermosas que se perdieron andarán ahora de cumbre en cumbre o en el fondo de los abismos o, sobrepasada la cordillera, hundiéndose en el mar.

EL CANTOR

Las palabras

Para el final del capítulo está
para entrar directa-
mente en la historia

Fábulo cree que para poner las cosas por escrito basta con el conocimiento de la Gramática. Ella es una manera de pensar la existencia de las palabras, y al imponerse deja morir otras posibilidades. Decide de antemano, dentro de su orden, qué cosa puede ser absurda por carecer de sentido aparente. Y cierra las puertas a lo absurdo, que es el espejo donde la normalidad se mira para mantenerse como ella se cree que es. Los muñecos de Fábulo crean actitudes y significados ~~sesgantes~~ ^{terminos} que no encuentran ^{palabras} adecuadas ni ordenamiento de ^{ellas} ~~ellas~~ que se les aproxime. Los vientos no repiten jamás sus comportamientos cuando entran en los globos; las rayitas con que los nombro sólo tienen tres posibilidades, que algunas veces coinciden con la realidad ^{del viento} ~~del viento~~ y otras no. Entonces pongo el trazo más aproximado. Pero no es fiel. También el viento padece un sistema ideológico que lo limita interpretándolo en un solo sentido. El Diccionario memoriza recuerdos como si la memoria sólo sirviera para eso, nunca para lo nuevo o lo que tiene posibilidades de existir. No tiene ^{palabras} ~~palabras~~ para los perfumes, que viven en la sombra mientras cosas menos memorables ¹⁰⁵ ~~cuentan con palabras~~ ^{tienden,} que son repeticiones inútiles de lo mismo sin agregarle nada.

Para fijar unos hechos en palabras necesito mezclarme primero con ellas, a ver si tienen la disposición necesaria, y templarme yo mismo hasta convertirme en el conducto que las traslade, convertidas en signos, desde el tiempo y el espacio donde existen hasta el tiempo de aquí, del lado del papel, que es un salto donde vacilan gastando para siempre uno de sus instantes de vida,

como si vinieran al papel para morir. Escribirlas es un acto violento. Entre nosotros y ellas está el silencio, donde la correspondencia es potente, cada cual en su virtualidad. Las arrancamos de su árbol como a un fruta y las comemos convencidos de que son para comer. Y quién puede asegurarlo. Solamente nosotros, los animales que hablamos, que consumimos palabras. El resto de lo viviente no las utiliza, y esto no significa que las ignoren y que no piensen el mundo que perciben y hasta el que no pueden percibir. Acaso ese silencio nunca violado les dé una comunicación perfecta con el mundo, sin recurrir a las palabras, que en ese sentido ^{serían gritos que interrumpen a ellos} son todas gritos, y (sean los únicos cuerdos o congruentes mientras nosotros vivimos una locura de palabras violadas. Acaso, también, ese silencio sea una locura mayor que la de las palabras desatadas. Acaso ^{las} gastemos ~~las palabras~~ buscando ese silencio. Acaso la locura que he nombrado sea la congruencia perfecta. Acaso la congruencia no sea necesaria. O tal vez el conjunto de todas las palabras del mundo esté encerrado en un gigantesco Diccionario y sólo sirvan para hablar de ellas mismas y de sus propias leyes, ignorantes del universo desconocido que las rodea, ^{por ellos} que no existe porque no lo ven, y en consecuencia son incapaces de nombrarlo; y en ese mundo que desconocemos esté no ya la explicación de nada (las explicaciones parecen ser cosas de palabras solamente) sino nuestro verdadero destino; y en este punto digo basta porque me parece que ~~se me va la pluma~~ y me pongo cruel con las palabras que me permiten hablar de ^{ellas} ~~las palabras que amo, aunque a veces, escuchando a los animales, piense que ~~nuestras palabras son un conjunto de gruñidos.~~~~

Pero si desapareciéramos de este planeta, como lo admiten Fábulo y demás astrónomos muleros, por lo menos dejaremos ^{lo} estampados por ahí nuestros gruñidos, a ver si algún día pueden ser útiles a los más felices o ingeniosos o callados que nos sobrevivan.

Cambiarle título
La copia sonora del cantor
instrumentos orientales

Tras su paso por la araña (la tarántula más grande que llegó a merodear por Minas Altas), el Sietemesino llegó al mar. Allá intentó otras transformaciones que le llevaron años, lo que permitió que Eme creciera maravillosamente descubriendo que en sus cuerdas vocales la música había escondido, ~~para que él mismo la descubriera~~, la belleza más extrema que pueda haber en una voz.

Jotazeta Calderón, el enlazador que lo crió, ocultó la joya durante mucho tiempo. Tanto él como su hija, la pequeña Emebé, vivían pendientes de los resquicios de puertas y ventanas, taponándolos a fin de que su voz no se filtrase afuera ni entraran corrientes de aire que pudieran alterar el equilibrio de sus cuerdas. Los músicos, deduciendo el hecho simplemente por haber oído cómo hablaba, vivían tendiendo sus oídos hacia la casa del cantor. Cada vez que quería cantar, debía esperar que el enlazador clausurara las aberturas. Su voz no debe salir de Minas Altas, le decía, el día que se enteren fuera, entrarán a perseguirlo. Y Eme Calderón cantaba mientras el bicho que lo perseguía se arrastraba por el fondo de los mares articulando penosamente sus patas espinosas o llevando a cuestras su esqueleto calcáreo sin poder conseguir la perfección vital del más insignificante de los peces. Este hecho biológico sustentaba su plenitud como cantor.

La razón de ser de aquella voz era hacer un llamado, buscar. Sólo por eso cantaba Eme Calderón, aunque al mismo tiempo sus señales produjesen placer en quien las oía. Cantando intentaba llegar a su propio corazón, donde creía que existían sus progenitores. Buscaba indicios que le permitieran saber que habían existido en alguna parte. Aunque nacido aquí, sabía que no era estrictamente de Minas Altas, que no pertenecía a la montaña. Su origen estaba

en los Llanos, al otro lado de las Salinas. Por eso, también cantaba para volver. O para irse, que fue lo que finalmente hizo. Tenía claro que al nacer lo envolvieron en una letra que le regalaron para ocultarlo. Y que el apellido Calderón que también le regalaron servía para mimetizarse. Como todo era falso, únicamente podía reconocerse a sí mismo en la voz que tenía.

La historia de Eme Calderón, dijo Fábulo, es la de casi todos los que vivimos aquí, escondidos en otros nombres para poder seguir viviendo, y sirve para la de todos los demás. He elegido la suya porque él se planteó remontar sus orígenes. Aquí muchos aceptamos ser de Minas Altas como una costumbre, sin preguntarnos de qué lugar venimos. Queremos hacer del paridero un lugar habitable y nada más. Trajimos herramientas y semillas, esos girasoles tan hermosos que usted ve, y de a poco fuimos convirtiendo unos bordes pelados en un pueblo, y un río en una calle, elvidándonos del origen incierto. Nos faltaba una historia a rescatar para tener origen. Eme Calderón salió a buscarla, inducido por su voz.

Años después, durante su existencia de muñeco, el alma del cantor no estuvo nunca en el baúl ni colgada en la pared como las demás. Vivía en una caja entre sedas perfumadas al lado de la cama del astrónomo titiritero. Su cabeza no era de madera tallada ni de papel machacado; parecía de cristal, abrigada en un traje de pájaro. En las representaciones donde le tocaba aparecer, nunca hablaba ni cantaba. Fábulo conocía su voz y no se animaba a representarla. Lo que tenía que decir en escena era sustituido por instrumentos musicales.

El muñeco de la madre del cantor no estaba terminado. Faltaban datos. Ella había ido a Minas Altas sólo a poner a su hijo fuera de la violencia, y después desapareció. La vieja que le regaló la letra para el nombre, informante directa de Fábulo, nunca pudo recordar el color de los ojos de la parturienta, de modo que su muñeco le faltaban los ojos; en su lugar había dos huecos blancos.

Eme Calderón sólo tenía media madre en la historia de Minas Altas. En cuanto al padre, no había nada; ni siquiera una forma orientadora. En los árboles genealógicos modelados por Fábulo, que colgaban de la pared, junto al muñeco de la media madre había un espacio vacío por si alguna vez alguien sabía dar noticias.

Por un descuido de Emebé al taponar las hendiduras, los músicos comprobaron la existencia de la voz que sospechaban, y se presentaron en procesión en la casa de Jotazeta acusándolo de ocultamiento indebido.

Las palabras de los músicos se entrecruzaban en el aire sin reconocer sus relaciones, procurando encontrar el sentido que los hablantes querían darles, mientras ellos se dejaban llevar por el sonido feliz de unas palabras sueltas creyendo que estaban diciendo lo que querían. Mezclaban sus deseos de llevarse al cantor a vivir con ellos, con la explicación de que una buena voz más que una persona es un instrumento, y que éstos naturalmente pertenecían a los músicos. Jotazeta, sabiendo que Eme no sería ni enlazador ni astrónomo y que su suerte iba por otro lado, estaba dispuesto a dejarse convencer; pero quería oír razones válidas, que las oyera el propio Eme y que él mismo decidiera. Correcto, decía el enlazador paseándose sin entender una palabra pero adivinando las intenciones. En las ^{expresiones} palabras de los músicos se mezclaban también ^{trozos} fragmentos de un argumento donde se decía que ellos había velado una noche el nacimiento del muchacho con los instrumentos a la intemperie y helándose hasta los huesos, y que esto, estaba claro, podía pasar por paternidad o algo parecido. Caramba, esto sí que podría cambiar las cosas, ^{hij} ~~decía~~ como muy interesado Jotazeta, pero en realidad estaba divirtiéndose con el sonido de las palabras rítmicamente encabalgadas ~~de los músicos~~. Finalmente, por una extraña derivación de sus propias palabras, admitieron por sí mismos que llevarse al cantor era imposible, y Jotazeta no tuvo necesidad de pronunciar el no que tenía preparado. Entonces pidieron que

cantara para ellos dejándose medir.

Eme cantó viendo a los músicos pegar sus orejas a su pecho, calcular las vibraciones ^{de las venas} que se le hinchaban en las sienes al cantar, y de la caja sonora del cráneo; palpar clínicamente su piel probando su posible resonancia de madera, las pulsaciones; examinar sus muelas y su lengua y arrimar una vela para mirar a fondo su garganta; subirse a las mesas para oír desde más arriba; cerrar y abrir puertas interiores controlando variaciones de la intensidad; colocarse las manos en las orejas duplicando su superficie captativa; oír atentamente las pausas entre nota y nota; medir su respiración y calcar en sus ojos los gestos involuntarios que él hacía al cantar.

Adaptan los instrumentos a eso

Apuradísimos y sin despedirse salieron con el calco del cantor en sus memorias, del que cada uno conservaba un detalle, y se pasaron días desencolando y desarmando sus instrumentos, que perdieron sus timbres y sus formas hasta desaparecer en fragmentos de materiales sin sentido acústico reconocible. A medida que los deshacían, los viejos instrumentos chillaban como si les doliese, eran como lamentos de cuerdas destripadas. Balidos de corderos con hambre, dijo Jotazeta, se están volviendo locos. Tras mucho encolar y doblar aparecieron los nuevos instrumentos con sus cañas curvadas a fuego, ~~sus cuerdas de diversas especies zoológicas combinadas,~~ *orientados ahora hacia la voz de Eme Calderón.* Un músico sopló en un racimo de tubos dotado con los atributos del cantor. El sonido recorrió las casas. La gente, según iba pasando la melodía, se asomaba a las ventanas y decía escuchén, ^{eso} parece ^{voz maravillosa} ~~que está cantando Eme Calderón~~. Pero faltaban el color y la altura. Dos instrumentos pensados para eso se sumaron al primero, y fue cuando el cantor, asomándose a la puerta ~~sin permiso de Jotazeta~~, dijo escuchén, estoy cantando en otro lado.

El viejo ondulatorio

No hay antecedentes de esta labor de los enlazadores.

En su última creciente activa, Jotazeta Calderón dejó escapar un cachorro de puma albino que flotaba sobre un tronco. Los demás enlazadores le dieron más espacio abriéndose en abanico. Salió su lazo en un zumbido; allá abajo el agua castigada formó un óvalo enmarcando el espacio donde unos segundos antes estuvo reflejado el puma, ya camino de una muerte segura en la cascada. Se dijo que el animal esquivó el lazo astutamente. Jotazeta sabía que la serenidad de su pulso lo había esquivado a él, porque empezaba a envejecer.

Su vivienda de piedras de colores traídas por cuarenta crecientes se convirtió en la casa más triste de este mundo, corroída por el secreto escondido de la voz de Eme, sin comidas ni bebidas compartidas, sin sombreros de visitas en las perchas ni pastelitos decorados. Y especialmente poblada, tras la lectura de los mamotretos que le prestaron los astrónomos para consolarse del puma, de fantasmas de aerolitos, galaxias, constelaciones y cometas milenarios, que él dejaba vagar por los rincones, a ver si en la relojería de los astros recuperaba el pulso que le había faltado para enlazar al puma albino. Estas presencias eran las formas más molestas de su tristeza o hurañez. Se quedaba huraño para siempre mientras Eme y Emebé crecían ⁽⁷⁾ crecían acosados por las fantasmagorías de los cuerpos celestes.

Cuando Emebé dejó de crecer y era tan hermosa, de la figura de enlazador de Jotazeta quedaba poca cosa, con esa fina barba cavi-
lante, esos ojos inquietos de hallar nuevos planetas, esos dedos más aptos ahora para hojear los infolios de los mamotretos que

para sobar y trenzar lazos; sin acabar de ser un entero escrutador de cielos, a mitad de camino entre la rudeza práctica de un enlazador y la elegancia despreocupada de un astrónomo.

Le habían prometido que cuando acabase de leer esos libros sin olvidarse de uno solo, tendría acceso a los aparatos ópticos. Ya los había leído a todos sin entender y ahora los estaba leyendo de nuevo, deseoso de subir a la torre y mirar la otra cara de la luna, con la que creía familiarizados a los astrónomos. Pero era difícil concentrarse cuando Eme canturreaba despreocupado mientras a través de los vidrios helados veían acercarse la ~~joroba delator~~ ~~ra~~ del cazador de cóndores. Si la voz del cantor, por mediación de ese hombre, llegaba al otro lado de las Salinas, si atraídos por la voz escarbaban el origen de Eme Calderón, bueno, entonces dos mil Sietemesinos se arrojarían sobre él y el más cruel de todos probaría en sus cuerdas vocales el filo del cuchillo. Caramba, decía Jotazeta cuando no entendía la mecánica de Copérnico, mientras los cuerpos celestes, en vez de grabarse en su mente, vagaban por la casa como fantasmas familiares.

Precisamente en el tercer libro de las Revoluciones de Copérnico, que trata de los movimientos de la Tierra, había una pesadilla de relojería fantástica dentro de la que estaba adormilado Jotazeta cuando llamaron a la puerta. Sabía, por advertencia de los astrónomos, que no debía creer ni una palabra de lo que allí estaba escrito hasta no tener acceso a las obras de Kepler, que le pasarían más adelante, de modo que no le importaba mucho dormirse un poquito y de paso descansar. Uno de los muleros que desde el asunto de la voz de Eme lo acompañaba por las noches le hizo una seña tranquilizadora cuando lo vio dejar la silla y encañarse hacia el más celoso de sus lazos. *(Se trataba de un viejo, etc.)*

El mulero que velaba afuera apareció en la puerta con la ruina ^{rumoroso} de un viejo que hubo que sostener hasta dejarlo en una silla, medio borrado por la nieve que traía encima. No podía hablar, el frío le había soldado las quijadas, pero movía ágilmente unos o-

jos azulados por el viento anunciando que tenía algo muy importante que decir. Cuando pudieron desencajarle el sombrero, se vio caer de allí un montón de hojas secas y pajitas. Hubo que serrucharle los botines para poder quitárselos y meterle los pies en un agua hirviendo que apenas si sentía. Emebé se calentaba las manos casi rozando las llamas, y cuando no podía aguantar más las retiraba llevando el calor a las mandíbulas del viejo, mientras el mulero prendía papeles alrededor de sus brazos casi rígidos y Jotazeta Calderón, mirando distraído la barba de ^{cola de} cometa ^{que tira e} del visitante, ~~confundía sus elipses~~. Por fin movió un poco las quijadas y con la lengua ^{en deshielo} ~~a medio helar~~ intentaba palabras que salían aturridas entre bisbiseos por unos labios que iban despegándose, sin que sus ^{ojos} ~~ojitos~~ adolescentes se desprendieran un solo instante de Emebé, que a la luz de las llamas era una armonía.

Recuperado el movimiento de las manos antes que el de los labios, explicó entre señas ayudadas por ^{silbidos} ~~bisbiseos~~ amplios en trance de palabras, que llevaba seis meses y un par de enfermedades viajando sin descanso, tres de los cuales quedaron en las Salinas con sus botas en piltrafas. Tormento calcinante del salitral a pie en pleno verano con buques de espejismos que se hundían y monstruos submarinos asomándose al sol de las siestas que empalmaban directamente con la noche sin crepúsculos con millones de insectos difundiendo fiebres y delirios, ~~el viejo ensartaba palabras a medio decir en un ritmo ondulante, y no se sabía si era eso lo que buscaban expresar o todo se debía a la confusión o engaño de las señas.~~ Jotazeta lo invitó a serenarse y esperar el despegue de los labios para seguir hablando; primero debía comer y beber algo caliente. Pero el viejo, saliendo del reguero que dejaba la nieve derretida, siguió atropellando palabras hasta llegar con su relato al pie del cerro, donde lo esperaba el invierno junto a su cumpleaños, setenta años fíjense, dándose tiempo para acercar una rápida caricia a la cara de Emebé. Abandonar a su familia, sin contar la

majada, sólo para venir a Minas Altas a escuchar una voz.

El hablar ondulante de la gente del llano, buen regalo para los oídos montañoses. ~~Lo dejaron~~ hablar un largo rato sólo para seguir con deleite ^{los días} las ~~endulaciones~~ de la voz, no su sentido, haciéndole repetir, diciendo que no las habían oído bien, esas palabras largas en las que el viejo acentuaba hasta tres sílabas.

El mulero vigilante, moviendo unos párpados mentirosos declaró no tener la menor idea de la existencia de un cantor en Minas Altas, miren qué gusto de inventar leyendas para engañar a un pobre viejo. Tendieron un jergón junto al fuego, donde el Ondulatorio estuvo castañeteando sus dientes entre palabras cada vez más espaciadas hasta que acabó de derretírsele la nieve y se durmió.

Despertó tan pedigüeño y consternante, tan que iba a morirse muy pronto sin haber escuchado aquella voz, que Jotazeta, debilitándose, llamó al cantor. Éste cantó la única estrofa conocida de la canción del gallo blanco. Al viejo se le descolgaron unas lágrimas torpes. Brotaban con mucho trabajo a causa de su poca liquidez, y, por su peso, en vez de deslizarse por la cara caían en forma de bolitas semiheladas, como si fueran de mercurio. Dios mío, comentó sollozando, qué difícil es llorar en Minas Altas.

Emebé da tres golpecitos en la pared

Emebé pasó una mano por la empañadura del vidrio de la ventana y vio acercarse al cazador de cóndores. Recomendó silencio al cantor cruzando un dedo sobre su boca, y tocando en un hombro a Jotazeta, que dormitaba sobre su Copérnico, dijo papá, el trampero está haciendo sus pasadas. El entrampador iba con la mano en una oreja, pensando que si era verdad lo que sospechaba, en los Llanos le pagarían, por pasar el dato de esa voz, más de lo que ganaba en un año vendiendo las plumas de sus cóndores.

Contrariado por haber perdido otra vez el rastro de esa voz, que ahora oía venir desde el barrio de los músicos, volvió hacia arriba, y cuando iba llegando a la voz que buscaba fue divisado por dos arpistas de guardia, ante cuyas señas los músicos que imitaban la voz de Eme dejaron de tocar, al mismo tiempo en que Emebé, viendo perderse allá arriba el bulto del trampero, le decía a Eme que ya podía seguir cantando.

¿Será posible? Ahora la voz viene de abajo, pensó el entrampador limpiándose una oreja. Los arpistas vigías sonrieron viéndolo tranquilizar otra vez hacia abajo; cuando la joroba se perdió allá abajo hicieron señas a los músicos para que volvieran a tocar, justo cuando Emebé lo veía llegar y le decía a Eme que callara, y el trampero ¿será posible?, y los arpistas y Emebé y de nuevo los arpistas y la joroba dolorida en durezas de piedra cuesta arriba y cuesta abajo y ^{ellos} ~~Emebé y de nuevo los arpistas~~ tan contentos pasándose la joroba como si fuese una pelota.

Durante el juego, Jotazeta vio ^{a Eme como} brillar una joya en una casa rodeada de bandidos, ~~dejando~~ bailotear sus ojos en la parte donde Copérmico habla de las nueve ruedas que hacen posible el movimiento de la Tierra mientras los planetas, maravillosamente, no chocan entre sí. ~~Caramba~~, decía oyendo la risa de Emebé cada vez que burlaban al trampero; y las letras del libro, idénticas y saltonas, lo distraían de cuidar la joya, y ya no había en la casa un lugar donde ocultarla. ^{y la risa de Emebé}

-Eme, desde esta noche dormirás en la pieza del medio, allí estarás más seguro -dijo cerrando el mamotreto.

En su nuevo cuarto la luz inquieta de la vela hacía temblar en los retratos las imágenes de Calderones enterrados: una Emebé que estaba en el pasado con los mismos ojos pícaros de la actual, los padres de Jotazeta en el día de sus bodas, con toca, tules y azahares que amarilleaban tras el vidrio. El propio Jotazeta estaba allí, dentro de un óvalo enmarcado, con veinte o treinta años menos, esperando hacerse tiempo solamente, y en las paredes había todavía mucho espacio para los Calderones que nacieran y murieran.

Apagó la vela y, como siempre que se dormía, llevó sus pensamientos a la ilusión de un viaje que venía madurando, al final del cual acaso pudiera encontrar sus propios Calderones, ~~trajes de novia con ramos de azahares, elegantes sombreros y bigotitos retocados por hábiles fotógrafos.~~

En eso oyó tres golpecitos en la pared y recordó que al otro lado dormía Emebé. Llamarlo ^{asi} ~~a través de una pared~~ a esas horas de la noche era algo por lo menos demasiado nuevo en ella, no encajaba en su costumbre de ser Emebé.

La llamada entró naturalmente en él, como cualquier otra, pero a medida que los golpecitos penetraban escarbando sus honduras de Eme Calderón se le dibujaba por dentro una nueva figura de ella, una totalidad de Emebé que aumentaba según los golpes ahondaban, y entonces se dio cuenta de que no venían solos, salían de una

envoltura compuesta por asombros y alegrías imprevistas.

Con los tres golpes se borró de pronto la Emebé con la que se había criado dentro de una misma edad y que conocía hasta en sus poros, que había sido como hermana y como prima y como cualquier cosa y se habían visto desnudos muchas veces para hacerse burla, de modo que el espacio que ella abría ahora con su llamada estaba más allá del conocimiento y era tremendamente nuevo desde que no tenían nada que ocultarse, ni en cuerpo y ni siquiera en pensamiento, ~~salvo el asombro en que venían envueltos los tres golpes.~~

Le temblaron las manos cuando respondió con golpes parecidos, ~~a la misma altura donde habían sonado los de ella,~~ viendo que con ellos quedaba cerrado un espacio donde se generaban, a partir de ese momento, millares de llamadas y respuestas asombrosas.

Cuando el espacio abierto por los golpes acabó de cerrarse envolviendo un contenido, Emebé hizo una nueva llamada con tres golpes tímidos, espaciados con intencionalidades, con los que terminó de dibujar en los adentros del cantor la figura de una novia de retrato oval donde su pequeña forma de Emebé risueña se escondía.

67
Empezó a saltar el carson
en la línea 43 de pag 7, decajareio
unas 10 líneas
adelante

Expulsión de cuerpos celestes

~~El día que sucedió a la noche de los tres golpecitos de Emebé,~~
Jotazeta salió temprano a ver cómo empezaban a florecer los girasoles. En la calle estaba ya el vocerío de los niños que lo veían por primera vez, corriendo a medio vestir de una casa a la otra gritando se mueven, son flores que se mueven, mientras el pueblo se iba salpicando de manchas amarillas.

Había intentado despertar a Emebé y a Eme, llevarlos a ver Minas Altas desde lejos, cómo daba la sensación de ser una oruga amarilla que trepaba a medida que los macizos de girasoles florecían como haciendo señales de luces; pero ellos, aunque no dormían, no se levantaban, retenidos por la vergüenza de encontrarse en su primer día de novios.

Emebé bajó los ojos al ver aparecer a Eme. Asomados a la ventana, vieron el reguero de floraciones perdiéndose allá arriba, dando ilusión de movimiento al río, ^{Seco} sin poder darle al suceso la importancia que tenía por estar encerrado en el suceso del noviazgo, del que ~~era apenas un detalle.~~

Esta casa, dijo Emebé proponiendo un juego que los liberara de la aparente seriedad del hecho, está llena de las hurañeces y fantasmas astronómicos de papá; hay cometas pegados a las paredes y aerolitos hasta debajo de las camas. Podríamos ahuyentarles, así nuestro noviazgo podrá estar en una casa limpia.

El cantor se maravillaba de ver con qué elegancia Emebé expulsaba del cuarto de los lazos una pequeña galaxia enroscada en sus asuntos milenarios, y ella de ver con qué primor sacaba Eme del granero un aerolito arrugado de tiempo y enfriamiento. Arrojar afuera la galaxia le costó a Emebé apenas un movimiento de su pe-

lo, y a Eme, el aerolito, un simple pase de su mano para acariciárselo.

En las galerías que daban al patio central, pegadas a los rincones entre el techo y la pared, como murciélagos colgados, estaban, apagadas, las estrellas fugaces. Bastó que Eme subiera apenas la primera intensidad de su voz baja para que desaparecieran, incluso la más rebelde de todas, incrustada en el árbol seco del patio, desde donde voló sobre la huerta hasta perderse trabajosamente por encima de los cerros.

La hurañez de Jotazeta, inflada por los libros, llenaba su habitación en forma de salpicaduras, enquistada debajo de la cama. Pasada y escurridiza, achatándose entre el suelo y el colchón, se removió como dentro de una bolsa cuando la sacaron del cuarto. La aventaron sin mirarla, se perdió en el vocerío de la calle.

Mirando muy juntos desde una ventana, intercambiando los calores de sus cuerpos, ^{luz Macé} tomaron el callejón emparrado donde según Eme ^{Taulici} bé los fantasmas proliferaban geométricamente. Era importante despejar la escalera, con lo que quedaría aislado el altillo, refugio de los enlazadores que al perder su habilidad se convertían en astrónomos huraños, obligados por la tristeza. Y ellos querían que Jotazeta, olvidándose del puma que lo burló, cerrase aquellos libros para siempre y volviese al arte alegre de enlazar ^{en los} crecientes.

Despreocupados de sus habitaciones, donde las llamadas y respuestas no dejaban espacios libres a los sueños de Copérnico, fueron directamente al espacio ^{cerrado} por maderas bajo la escalera, donde se ocultaba el cuerpo más rebelde, que la controlaba. Emebé sabía, por haberlo oído rebullirse en las largas noches que precedieron a su noche de novia, que estaba hecho de tiempo, de ése que está más allá de los retratos de los antepasados que nunca vimos vivos, y cerró los ojos mientras Eme penetraba en las oscuridades que había detrás de las maderas hinchadas por la presencia. No, Eme, no te arriesgues, dijo sin abrirlos, jugando a tener miedo, y oyó

los ruidos que él hacía con el tiempo abriéndolo por sus grietas, oyó cómo subía la escalera, oyó el ruido espantoso que hacía ~~en~~ ~~tiempo~~ resquebrajándose entre las manos de Eme Calderón.

Cómo era, se atrevió a preguntar sintiendo que de puro miedo provocado tiritaba. Como un cometa que nunca más podrá volver a pasar cerca de la Tierra, bromeó Eme bajando por peldaños ya libres, mirando a Emebé que, como ciega, tendía los brazos al pie de la escalera. Y ella seguía sin mirar, en el juego del miedo, sintiendo sobre los suyos los labios del cantor.

Cuando Jotazeta regresó a la casa apenas si pudo entrar, abriéndose paso entre los temblores de Emebé y un andar desc^oordinado del cantor. El noviazgo de Emebé no sabía todavía moverse bien dentro de una casa nueva ahora para él, y estaba siempre en el paso de las personas, en los espacios de las puertas, molestando y sin saber qué hacer con su torpeza, de tal modo que Jotazeta se lo llevaba por delante cada vez que se desplazaba. Con la casa limpia de eternidades silenciosas, los libros de astronomía parecían más pequeños, eran guías de viaje, y a Copérnico se le herumbraban los engranajes que sostenían sus planetas.

~~Jotazeta~~, después de reconocer los cambios producidos durante su ausencia, les dijo que de todos modos era una pena no haber visto los primeros momentos de aquella floración. Emebé, atropellando sus propias distracciones y atolondramientos, se asomó a mirar. Los girasoles, como relojes, acumulaban tiempo nuevo en sus semillas, multiplicándolo, con un tic tac que ni los músicos podían percibir. La floración había terminado y, desaparecida la ilusión del movimiento ascendente, Minas Altas seguía siendo un gusano amarillo que había dejado de trepar y se dejaba calentar al sol.

*Pas a línea 261
saltó el cursor*

Sueños profundos del Ondulatorio

Contra el sol partido en dos por el horizonte salino el viejo ondulatorio vio en la lejanía la línea de una bandada de pájaros indicándole que cuando el sol se levantara nuevamente estaría llegando a su casa. Cenó el queso con miel que los enlazadores le dieron al salir, alzó varias veces la cabeza embocando la cantimplora, se emponchó y bajó el ala del sombrero. Y como quien se tiende se fue dejando dormir sobre el andar, ~~se fue~~ dejando que la canción que traía consigo se le desparramara por dentro.

Los sueños de los viejos siguen siendo jóvenes, con ellos regresan a la edad perdida. Retrocediendo en sus treinta años últimos se encontró con Emebé, a la luz de unas llamas muy serenas. Ella le pidió que la llevara al pueblo próximo en ese maravilloso caballo que tenía, y ahora iba con él, abrazando su cintura para no caerse. El calor de las manos de Emebé se difundía por su cuerpo mezclado a la canción del gallo blanco.

El caballo dio un traspié y el Ondulatorio se sintió despierto, pero no permitió que esto alterara las circunstancias retrospectivas que lo acompañaban; no veía ninguna razón para que, por un simple cambio de planes de tiempo, Emebé tuviera que bajarse del caballo. La arropó aislándola del frío que se estaba levantando, le preguntó si estaba a gusto. ~~Y como solamente él podía responder en su lugar,~~ ella le dijo que sobre un caballo como ése podría estar toda la vida. ~~Y de prente su familia,~~ apretujada en la galería viéndolo llegar, no podía creer en la maravilla que él traía desde tan lejos; ella ^{de} ~~caminaba por aquella galería~~ ^{caminaba como una atarjea} y todos se apartaban ^{para} dándole más espacio ~~de visión a la hechura de Emebé.~~ ^{la su presencia.}

Conversando con ella, dormido sobre el andar de su caballo iba el viejo bajo el estrellerío. Hablaban de la voz de Eme sin poder recordar la canción, que en la charla era un color y nada más. Ella aseguraba que era rosada, él se reía diciendo que era blanca de todas las blancuras. Y como no llegaban a un acuerdo, la canción se les borraba y se quedaban solos junto al fuego. Cuando ~~el fuego~~ ^{mirando la canción} se apagaba, por puras distracciones del Ondulatorio, Emebé también se borraba y él seguía solo sobre su caballo, que también iba dormido, si andaba era por contagios del camino que él mismo se iba abriendo ~~sin saberlo~~ ^{contando las vitas} por el llano. ^{el fulgo era como un tiempo sin edad} ^{diferente} ^{sin saberlo}

Desaparecida Emebé, se iban también los pensamientos. Sin nada que poner en los sueños, el viejo se despertaba a medias y volvía al ritmo de la canción, memorizado en el trote corto del caballo, donde aparecía el gallo blanco picoteando el suelo y había también una cuna con un niño que goteaba desde la voz de Eme Calderón.

Estiró un brazo hacia atrás palpando el aire donde no estaba Emebé, y comprobando lo que sospechaba devolvió a las agujas de su reloj los treinta años que le había quitado para pasar la noche con buena compañía. Echándose agua en la cara vio que las estrellas también se habían borrado, y sin abrir la boca emitió un sonido de agradecimiento a Emebé por esa noche tan hermosa. ^{Tpico} ~~Agarró~~ las riendas heladas, y el caballo, despertando, cambió el paso de la noche por el paso del día, divisó un vuelo de pájaros madrugadores y enseguida el bulto de la casa con el punto más pequeño del árbol donde lo ataban para comer.

Claro que es él, dijo la hija mayor desde la galería. Chicos, vengan a ver, el abuelo ha vuelto. Llenando la galería, los más pequeños treparon a los horcones para ver mejor. Ya no lo esperaban. Había salido callado sin decir que se iba, doblándose sobre el caballo por la vejez que llevaba encima, y pasó tanto tiempo que creían que había salido a morirse por ahí para no dar disgustos. Y volvía tan tranquilo, sin trazas de vejez o de cansancio.

Desensilló tarareando la canción, acarició los contornos vacíos del caballo echando una ojeada secreta a las ancas donde ya no estaba Emebé, cruzó entre los niños alzando las alforjas para que no vieran que estaban vacías, y cuando le preguntaron qué les había traído dijo onduladamente:

-Les he traído la canción de un gallo blanco.

Esa noche los niños dijeron que no irían a acostarse sin que les mostraran la canción. Está bien, dijo el viejo, y cantó lo que pudo recordar, justo cuando por detrás de la casa pasaba un Oidor, que escuchó atentamente llevándose unas manos cóncavas a las orejas, por donde entraron fácilmente las palabras que cantaba el Ondulatorio.

Palabras y melodía fueron encerradas en la memoria del Oidor de a caballo. Se alejó entre sigilos y galopó toda la noche repitiendo lo que había oído, sin olvidar una sola sílaba, mientras el viejo, desmemoriándose en el cansancio, entraba en unos sueños profundos donde no existían ni Emebé ni mucho menos la canción ~~del~~
gallo blanco.

Tlon, tlin

Cuando la partida del cantor se hizo evidente, los minalteños, cada vez que tenían que usar la palabra irse, la sustituían por volver. El viaje ya flotaba en el aire, era imposible ignorar su presencia, como sostenían los Vega ante los oídos sordos de los Calderón, que se negaban a mencionar el tema. El irse se estiraba desde el Bajo hasta el Alto, recostado en una orilla del río, rozando girasoles y escalinatas, desparramándose por arenas y piedras ~~respiraba el irse~~ creciendo día a día.

~~Enterada de su partida~~, la viejecita que le regaló la letra de su nombre el día que nació, lo mandó llamar. Sé que ~~que~~ está por volverse, dijo irguiéndose en la cama, y quiero entregarle este cofre que contiene algo muy importante para usted.

Seguido por un gato que le transmitía su suavidad para que anduviese con cuidado por el patio pedregoso, Eme bajó la escalinata con aire de sonámbulo y al llegar al río seco tuvo que recurrir a esguinces y repliegues para no atropellar su irse, de abultamientos invisibles, y caminaba río abajo observado por un astrónomo muy joven que desde su ventana lo escudriñaba como si fuese un astro que ante la claridad del día inminente está a punto de desaparecer; con gula de últimos minutos lo miraba. Pobre Eme, se dijo pensando en las distancias, réplicas de las del cosmos, que el cantor tendría que recorrer, una vez ido, para poder llegar (volver) a su punto de partida, dado que, según teorías que alimentaba secretamente sin atreverse a comentárselas a los astrónomos viejos, el movimiento era sólo una ilusión de la quietud.

La llavecita giraba en falso. Eme introdujo un cuchillo de cocina por un costado del cofre buscando forzar la cerradura por

dentro. El cuchillo abrió más la rajadura de la madera y al ser retirado salieron con él unas hebras sedosas. Pelos, dijo Emebé. Eme desclavó la tablita lateral de la tapa y hurgando con el cuchillo como en una alcancía desparramó sobre la mesa un puñado de cabellos. Pelos de recién nacido, dijo Eme apartándolos y juntándolos, se desparramaban como plumas de una almohada rota.

Emebé metió dos dedos en la caja moviéndolos como tijeras. No puedo alcanzarlos, parecen trapos. Rozaba algo esponjoso que se le escapaba cuando tiraba hacia afuera. Jotazeta escarbó en el cajón de los cubiertos y sacó una aguja de tejer. Palanqueando con la aguja y el cuchillo consiguieron asomar a la abertura un trapo descolorido. Emebé tironeó y apareció otra punta del mismo trapo, pero el volumen era demasiado para la abertura y tuvieron que meter otra vez la primera punta del trapo dejando afuera lo que parecía ser parte de un cuello. Eme probó otra vez con la llavecita, giraba loca.

Su madre, dijo Jotazeta como si no lo hubiera dicho tantas veces, apenas si dijo algo, apenas si abrió la boca durante los tres meses que lo amamanté; tenía miedo de hablar.

Eme movía el cuchillo y la aguja, hundidos en la caja, como si fuesen remos, mientras Emebé, según iba saliendo el trapo de la cueva, tiraba sin forzar y lo iba desplegando sobre la mesa sin lograr definir la prenda: el trapo tenía su propia forma de estar y volvía a sus plegamientos de veinte años cada vez que Emebé le pasaba la mano procurando estirarlo. Se encaja en el fondo como si hubiera un clavo, dijo Eme soltando el cuchillo para hurgar sólo con la aguja, que abandonando el movimiento de remo se enroscó. Ahora sí, dijo Emebé tirando, y el trapo salía de la caverna abriendo y cerrando sus arrugas. Pasó un remiendo desteñido, pasó un botón de nácar sin ojales próximos, pasó un bolsillo y encima otro botón, partido; pasó una tira larga, pasó lo que parecía un cuello y luego otra tirita con un nudo, arrastrando un manojito de

cabellos; pasó la aguja de tejer envuelta en el trapo, que libre sobre la mesa se plegó de nuevo en forma de cofre ocultando sus formas. Escuchen, está lloviendo, dijo Jotazeta señalando hacia el techo.

Emebé tomó la prenda por el lazo que unía sus breteles y la levantó. Estiró la tela hacia abajo, dos tiritas se desprendieron y quedaron colgando como brazos. Los botones, fuera de lugares congruentes, no tenían función. Tampoco la tenía el cuello. En el centro, un gran bolsillo como alforja, del que Emebé extrajo un botón suelto, de cuatro agujeros. Un delantal, dijo Eme. Hecho con una camisa, dijo Emebé. Claro, dijo Jotazeta, es el mandil que su madre se ponía cada vez que le daba de comer. Eme lo olió. Sólo olía a trapo viejo.

Al sacudir el cofre salieron unos ruidos casi metálicos, enrarecidos por el ~~ruido~~ de la lluvia que venía del techo de zinc. Un pañuelo anudado saltó por la abertura del cofre y dio tres brinco sobre la mesa. Adentro había tres anillos. Dos lisos, con iniciales por dentro, otro con una piedra brillante. Las iniciales de uno decían T.C a L.A; la del otro: L.A a T.C. Apartó Eme los anillos y acercó el botón suelto, brillante, en círculos concéntricos que descendían escalonados hasta acabar bordeando los agujeros. Un botón que no se dejaba vincular con tamaños proporcionales ni con nombres de ropa de vestir. Tenía existencia por sí mismo, abarcando todo su brillo y su propio tamaño. Ni siquiera era un botón ornamental. Tras veinte años de oscuridad, parecía contemplado por primera vez, tratando de esconder su fragilidad en los cuatro agujeros que le permitían ser botón. Pero la palabra botón no alcanzaba a nombrarlo. Era opaca. En todo caso podía llamarse botón a alguno de sus contenidos, el último círculo del centro que encerraba los agujeros. Desde allí hasta su máximo círculo en el contorno, era una materia silenciosa con potencia de sonido; algo capaz de producir zumbidos audibles aun bajo el ruido de esa lluvia chi-

rriante, y por poco no se movía por sí mismo, por poco no se ponía a girar en remolinos zumbando hasta dormirse como los trompos cuando alcanzan el equilibrio en sus movimientos giratorios. Es una maravilla, dijo Eme deslizado el objeto hacia Emebé.

Todavía queda algo adentro, dijo el enlazador moviendo el cofre junto al oído. Algo raspaba en el fondo, ahora que la lluvia en las chapas alcanzaba su máximo sonido. Sacudiendo, cayeron veinte o treinta piedrecitas como granos de maíz partidos, mezcladas con tierra. Qué raro, dijo Emebé, todo tan limpio y ahora esa basura. No las tire, dijo Jotazeta, por algo estarán ahí; parecen esas piedras que picotean las gallinas, ésas que tienen en el buche para hacer la digestión.

Eme recordó la letra inconclusa de la canción del gallo blanco, como sacándola de otro cofre. Todo coincidía con ella: el pelo que la madre recortó al niño antes de enterrarlo, la tierra que recogió al pie de la cuna donde picoteaba el gallo. Todo, salvo el botón suelto.

Lo último que salió del cofre fue una palabra. A pesar del tiempo, mantenía su forma en el grafito granuloso a punto de desprenderse del papelito volandero, que salió aleteando, justo cuando dejaba de llover, y cayó boca abajo, echado encima de la palabra. Emebé lo dio vuelta. Las letras, temblorosas pero sin desprenderse unas de otras tomadas de la mano, decían Lumbreras. Como el botón, tampoco estaba en la canción del gallo blanco.

Eme puso el papelito junto a los anillos y acercó el botón. Lo miraba como a un retrato colgado en la pared. Bajo el chorro de aire de ^{su} ~~la~~ respiración del ~~cantor~~, el papel se deslizó hasta el borde de la mesa, tras algunos equilibrios inútiles cayó como diciendo adiós. En el laberinto de los movimientos de los pies bajo la mesa, las letras, desmembrándose, perdieron su orientación. Lo que quedaba de la palabra Lumbreras fue a fijarse finalmente en un zapato de Emebé, que lo transportó hasta la salida. Desde

allí el agua de la lluvia que corría hacia el río lo arrastró entre flores y hojas primerizas de manzano boyando en la corriente, donde sus letras deformadas se separaron para siempre tomando cada una los diferentes hilos de agua que corrían por el terreno. El grafito fue tragado por la tierra porosa; el papel, cayendo finalmente al río, inició el dudoso camino del puma.

El techo de la casa de Jotazeta goteaba cuando dejaba de llover. Eran dos gotas solamente, que podían durar días desalojando el agua acumulada en los escondrijos de las chapas. Jotazeta colocó el balde grande en una, la palangana blanca en otra, en lugares que se sabía de memoria. Se sentó a esperar atento el comienzo del concierto. Ahí viene, dijo viendo correr una gota colgante por la ondulación del zinc. Tlon, dijo una gota obesa en el fondo del balde grande; tlin, contestó enseguida la otra estrellándose contra la palangana blanca.

96
78
18

Palabra Lumbreras

Borrosa en el grafito, era su propia lápida. Apagada, a pesar de su connotación luminosa. Letras como entramado de huesos formando un esqueleto que mostraba su muerte. En veinte años se fue muriendo. No tenía historia ni porvenir. No porque el grafito estuviese a ~~punto de desprenderse~~ ^{desprenderse} cuando la sacaron, ni por la fragilidad del papel a punto de resquebrajarse. Moría de soledad. Seguramente llegó muerta a Minas Altas, aquel cofre era su ataúd, donde permanecería muerta hasta que Eme algún día le pusiera voz y la resucitara.

Volví al Mirador afligido por aquella muerte. Lumbreras, sin luz. Carbones secos. Lo contado por Fábulo ese día hablando del pasado se me convirtió automáticamente, como siempre, en el presente necesario de las palabras escritas. Todo, menos esa palabra. Se quedó allá lejos, en el pasado, como si el papelito no hubiera salido del cofre. Le hice una visita en el Diccionario. Su epitafio no la relacionaba con ningún pueblo de los Llanos que se llamara Lumbreras. Y por qué no la había recogido la canción. Acaso ^{ojo, lo cuenta antes, tampoco lo recoge.} ~~la palabra~~ también murió el día de la matanza, o formó parte del botín de los asesinos. Por eso, por haber muerto como tanta gente esa madrugada, la madre de Eme la enterró en el cofre considerándola ceniza. Entonces esa palabra también era un recuerdo, como todo lo que el cofre contenía.

Con la pluma de trazos gruesos, ^{que uso para los títulos,} ~~la que uso para los títulos de~~ las gotas, escribí con jugo de limón la palabra desaparecida. La

arrimé al calor del fuego cuidando que no se derramaran los trazos, tan cargados de jugo, como las gotas ~~las gotas~~ que corrían por el zinc de Jotazeta. El tiempo pasaba y los trazos invisibles no aparecían. La muerte de aquella palabra estaba demasiado lejos en el pasado. Los bordes del papelito empezaban a tostarse, mi mano a chamuscarse, pero la palabra permanecía en sus invisibilidades, sin voluntad para revivir. Lumbreras, Lumbreras, la llamé, ayudando al fuego, de la misma manera que a los cóndores cuando vuelan. Y no sé si por el fuego o por mi voz, los trazos fueron apareciendo. Primero en las partes rectas, luego en las difíciles curvas recargadas de jugo. Sólo cuando la sentí viva la retiré del calor. Temblaba, ella, en mis manos. Lumbreras, le dije, demorándola, mirándola. Lumbreras, amor mío. Y para que empezara a respirar como los recién nacidos, la escribí, por primera vez con tinta, en la cabecera de ~~esta~~^{una} hoja.

Entonces fue posible ver Lumbreras, aunque el pueblo, tapado por el polvo que arrastran los vientos llanistas, con los techos caídos, las paredes de adobe perforadas por insectos zumbantes, estuviese devolviendo sus formas al paisaje para ser ~~llano otra~~
~~vez~~ línea de horizonte. Lumbreras volvía a vivir fugazmente cada vez que se ~~pronunciaba~~ ~~la palabra~~, durando lo que ella. Yo la decía lentamente para que al menos en la vida de la ~~palabra~~ el pueblo durase unos segundos más de lo permitido por sus tres heridas de voz. En esos momentos era posible adivinar, tras unas elevaciones pétreas, la presencia de un conjunto de casas escondidas, las pequeñas calles que casi sin querer formaban entre ellas, el humo de las cocinas, el ruido del agua en las acequias, la ropa tendida al sol ondulando en el viento, balidos de animales recién nacidos, el canto del gallo blanco en la tranquila madrugada antes de la llegada de los asesinos. En las paredes de una casa estaban, altos y vivos, los retratos de los padres del cantor, sombrero y bigotito, mano con ramo de azahares. Recorría las ca-

lles el olor de la albahaca llevado por el viento que rizaba el agua en las acequias; muñequaba el maiz y en la más pequeña de las casas, casi una choza, tlintineaba la cajita de música que mencionaba la canción.

El irse del cantor halla su cuadrante

Antes de cantar, Eme se concentraba ^{el instante} para elegir el momento justo de empezar a hacerlo. Mientras dejaba pasar los momentos falsos que precedían al elegido, imaginaba un círculo con dos rayas cruzadas. Cuando éste llegaba, disponía todavía de cuatro pequeñas demoras, en una de las cuales comenzaría el fluir de la voz. Y la elección del cuadrante era más de la voz que de sí mismo.

Los momentos falsos de la partida llegaron puntualmente avisando a Eme que debía ya imaginar su círculo. El primero fue un caballito de tres hierbas que Jotazeta criaba en un pastizal a la vuelta de un cerro. Eme lo descubrió muy temprano desde su cuarto, abrió la ventana para verlo mejor y vio que el caballito, curioseando su nuevo domicilio, lo miraba atentamente desde la huerta. A mediodía Jotazeta lo bañó y le recortó las crines. El caballo no dejaba de divisar hacia ^{el cuarto} la ventana de Eme, acaso por mirarse a sí mismo reflejado en la ventana.

Para el cantor, aquella forma amanecida en la huerta era la evidencia, bajo apariencias de caballo, de su irse de Minas Altas. El brillo del ^{su} mirar joven del ^{sumero} ~~caballo~~ ^{animado} lo invitaba a un juego de trotes y galopes. Los caballos van y vienen, sirven para ir y para volver de cualquier parte, decía el brillo del ~~caballo~~ jugueteón. Pero claro, ignoraba muchas cosas, sabía lo justo para ser caballo y no podía entender, según los datos caballunos que tenía del escaso mundo conocido, el brillar sin ánimos de juego que había en los ojos del cantor que lo miraba. Brillar que no era ni triste ni alegre, estas situaciones son en un cantor atributos de la voz. Y de esto el caballo, por ser tan joven, no sabía nada,

por eso lo miraba de la única manera que sabía hacerlo, como un objeto de juego, sin darse cuenta de que el hombre en cambio lo estaba mirando como un objeto que pertenecía a la distancia, cuya existencia ignoraba el caballito. Para él todo consistía en ser caballo, corretear por aquel pastizal que era su infancia, y ahora por esta huerta con aquella ventana tan graciosa donde parecía haber un hombre junto a un caballito como él. Tampoco supo, en su inocencia de potrillo, que su forma, percibida por mucha gente la madrugada en que Jotazeta lo trajo al pueblo, era un signo con un gran significado. En cuanto lo vieron llegar, tirado de la rienda por el enlazador, se formaron palabras, nacidas a partir de su forma y circunstancia, que antes del mediodía habían recorrido el pueblo: Eme Calderón está por irse.

Me da mucha pena, dijo la vieja del cofre, me da mucha pena lo que le va a costar salir al pobrecito, ahora que Emebé y él se habían descubierto. Entonces la gente empezó a abrir los arcones donde tenían guardadas sus propias ausencias, para ayudarle a salir con menos pena.

Ya está, dijo Jotazeta chasqueando los dedos mientras le probaba una montura; por su manera de mirar lo vamos a llamar Intruso. Creo que es una palabra que se vuelve muy suave si le contagiamos un caballo como éste. Eme vio la montura puesta y oyó los ruidos de frascos y paquetes que Emebé colocaba en las alforjas, sintiendo que el irse ya había empezado y él pronto tendría que imaginar los cuadrantes de su círculo. Sonrió mirando al caballo jovencísimo, ignorante de que también para él había empezado la partida, de la que la puesta de la montura era el primer momento falso.

En el lenguaje que se maneja en este pueblo no existen palabras para decir adiós. Irse de Minas Altas es un acontecimiento muy serio que nunca pudo encontrar palabras adecuadas. La gente se queda como tonta cuando alguien se va. Y como no les gusta que-

darse ni llorar en despedidas, prefieren esconderse cuando está por producirse la partida, para que el que se va no tenga que oírlos llorar ni escuchar palabras de alta estupidez. Se meten tras las puertas y dicen despacito no te vayas, no te vayas por favor.

Emebé y Jotazeta más o menos conocían el momento pero ignoraban el cuadrante por donde saldría, con lo que el no tener que despedirse quedaba asegurado. Actuaban naturalmente, evitando palabras evocativas. Ni camino, ni salinas, ni distancia; ni tiempo. Ni caballo, por supuesto, que felizmente podían sustituir por el término Intruso, cuyos relinchos y resoplidos oían indiferentes, considerándolos ruidos de lluvia. La despedida se iba dando por acciones: la ropa, los frascos con alimentos, el entrar y salir de las habitaciones actuando como palabras sustitutivas del desconocido adiós. Hablaban de cosas normales de todos los días, pero a medida que los falsos momentos se desvanecían dando paso al momento elegido con sus cuatro fugacísimos instantes, las palabras que decían perdían sus significados, convertidas en puro sonido cuyo fundamento era el adiós. Los nerviosismos del caballo, que habiendo comprendido quería salir cuanto antes, eran también parte de aquel sonido. Los sigilos de Emebé y Jotazeta no podían evitar que mirasen a Eme como alguien que está por irse, sin adiós palpable y sin palabras. Me miran como yo miro al caballito, como algo que ya pertenece a la distancia, pensó Eme esa noche que todavía se mantenía como falso momento aunque ya contenía los elementos de la partida. En su inocencia de palabras de adioses, las miradas que echaban sobre Eme eran los signos sustitutivos. Y claro, eran tristes. Pero de una tristeza que no se comunicaba; era la manera normal de mirar en Minas Altas, una cualidad que más pertenecía a la altura que a los sentimientos.

El astrónomo joven, asomado a su altísima ventana, echó una ojeada hacia abajo y vio que el irse del cantor serpenteaba en un cos-

tado del río iniciando un movimiento claramente elíptico. Es una verdadera pena, dijo volviendo los ojos a la segunda ley de Kepler, mientras los músicos, que también habían observado el movimiento, cortaban las cuerdas de hábitos melancólicos y tapaban en sus tubos acústicos los agujeritos capaces de producir sonidos de tristeza, buscando un equilibrio entre el irse del cantor y la vida que continuaba^{ra} después de su partida. Caramba, dijo Jotazeta repartiendo equitativamente el peso de las alfojras a los costados de Intruso, parece que ha nacido un nuevo músico, escuchen qué hermosa música de nacimiento están tocando. Los músicos, dijo la viejecita del cofre, ésos sí que saben despedirse.

Burlado, me han burlado, decía el entrampador de cóndores apretando en sus puños las manchas de sus manos teñidas de sangre. Siempre había visto a Eme como su cóndor final, la pieza maestra, la caza última que mostraría como su gran hazaña cuando llegara la vejez y lo devolviera al pueblo salinero de donde había venido para hacer fortuna con el tráfico de plumas. Había invertido el dinero de las plumas de cien cóndores en la trampa pensada para el cantor. Tan ^edúlcida que no le dañaría la voz, lo único que valía en él, igual que las plumas en las aves, encerrado y sin daños en su trampa para cantores. Con el dinero recibido, ya no tendría necesidad de volver a Minas Altas, esa cueva de forajidos; envejecería tranquilo en el pueblo salinero donde empezó su existencia, respetado por las autoridades y rodeado por sus nietos, por favor abuelito, cómo entrampaste a ese cóndor que cantaba. Robado, me han robado, decía apretando en sus puños la memoria de cien cóndores.

El noviazgo de Emebé había aprendido a moverse por la casa sin molestar a nadie. Ya no se quedaba, distraído, atravesado en los lugares de paso, y hacía mucho que Jotazeta no lo atropellaba. No había perdido del todo su torpeza, pero teniendo casi toda ~~la~~ ~~la~~ la casa para él solo, ésta apenas se advertía. Como el ca-

ballo, no tenía idea de lo que estaba sucediendo. Era un noviazgo muy joven, sin experiencias en partidas o regresos. Sabía que ya estaba próximo el momento preciso del irse de Eme, pero no pensaba en eso. Ya llegaría solo sin que nadie lo pensara, y en todo caso él también podría irse con el irse, junto con Eme y Emebé por supuesto. Pero claro, habían ensillado un solo caballo, y no pudiendo entender eso se turbó. Perdió de golpe su antigua libertad, aquella casa enorme de pronto no servía para nada, era pequeñísima y lo obligaba a permanecer en los umbrales, torpemente como en los primeros tiempos, de tal modo que ni siquiera Eme o Emebé podían desplazarse sin atropellarlo. Bueno, esto se pone difícil, pensó Eme prestando más atención a los momentos falsos que pasaban, dispuesto a elegir uno dividiéndolo en cuadrantes, mientras afuera el caballito veía anochecer y escarbaba la tierra inquieto por partir ~~adivinando el viaje~~.

Empujando con la aguja de tejer metió el delantal dentro del cofre; y envueltos en un pañuelo, los cabellos; después echó dentro las piedritas aquellas y clavó la tabla en su lugar. Les dejó el cofre hasta que vuelva, me llevó este botón, y a los anillos los repartimos con Emebé. Colocó en un dedo de ella el más pequeño, junto con el de la piedra, se puso el otro mirando cómo la cara de Emebé cambiaba de color, como los cóndores cuando hacen el amor. Jotazeta, haciéndole un rápido esquite a una tristeza de viejo que venía muy derecho hacia él, dijo algo muy tonto sobre los anillos de Saturno, pero también chistoso, con lo que Emebé recuperó sus colores habituales viendo cómo los otros pasaban a la cara del cantor. Voy a dar una vuelta grande por ahí, a ver si puedo completar la canción del gallo blanco. Ustedes mientras tanto pueden ir preparando el ajuar. Me iré en cualquier momento. De paso veré de conseguir unos retratos para colgar en la pared, uno de la dueña del mandil, otro del dueño del botón.

Mire, dijo Jotazeta, si usted busca lo buscarán. Es un juego y un enredo peligroso. Muchos de aquí salieron a buscar. No todos regresaron. Otra gente aceptó a Minas Altas como origen, hermoso, creoyo. Emebé por ejemplo, ella ya es de aquí. A mí no me fue ni bien ni mal. Me dijeron que una casa abandonada podía ser la mía, allí encontré esos retratos; y un poco por deseo y otro por cansancio, decidí que pertenecían a los que me trajeron al mundo. Pero después tuve indicios de que podían ser de los que se llevaron del mundo a los que me trajeron. A veces me dan ganas de romperlos, pero me entra la duda, el miedo de confundir a mis padres con sus asesinos. Los retratos han quedado ahí; son un buen adorno; el tiempo les ha ido quitando sus dos sentidos y ahora son retratos nada más. Una vez por semana les pasamos el plumero, casi sin mirarlos. Ellos mismos terminarán borrándose. Mire, alguna vez habrá que dejar de preocuparse por no tener un pasado conocido. Ya sé que usted canta por buscar y que la vista de ese cofre le ha removido cosas. Ningún cóndor, una vez adulto como usted, pertenece a sus padres: es de la altura. Son libres y grandiosos, hay más sabiduría en sus costumbres que en la complicada relojería en que viven enredados los astrónomos. El cóndor mira al sol sin perturbarse, y su vuelo es más hermoso que el del sol y los planetas que lo acompañan.

Eme visibilizó un momento preciso entre la oleada de tiempo que llegaba; lo transformó en un círculo mental, donde trazó las rayas cruzadas. Disponía ahora de cuatro demoras, dentro de una se produciría la salida. La elección del cuadrante era un hecho que pertenecía enteramente al irse; él sólo tendría que poner su cuerpo; a lo demás lo haría el caballito.

Sobre un caballo dormido

Cuando los bichos que cantan entre las hierbas se ~~habían~~ callaron, y al lado del manzano el caballito por fin se ~~había~~ quedó quieto y parecía dormido, el cantor calculó que habían pasado dos cuadrantes. Gastaría el tercero en levantarse y vestirse, y antes de que acabara el cuarto estaría saliendo de Minas Altas.

Encendió la vela viendo que al mismo tiempo se encendían los retratos en la pared, bailando. Barbas y bigotes, tocas y sombreros, ojos sombreados por los retocadores de fotos, solapas con flor en el ojal y trajes abotonados envolviendo las figuras de dudosos parientes en los parques zoológicos de ciudades distantes, osos y monos en el fondo curioseando hacia el primer plano de la foto, bailando los caprichos de la luz de la vela temblorosa. Figuras que señalaban el camino a recorrer, vería muchos hombres y mujeres vestidos con trajes como éstos en ciudades como éstas, acaso él mismo se hiciera retratar en los zoológicos junto a un tigre de Bengala o un cóndor enjaulado, y en la ciudad habría una calle conteniendo una casa señalada donde encontraría, dentro de un baúl fabuloso, la prenda de la que fue arrancado ese botón, y en las paredes habría retratos como éstos. Los vecinos, viéndolo entrar en la casa abandonada, se asomarían a mirar y consultando memorias de veinte años dirían mirándolo de frente y de perfil: miren si no es el retrato vivo de T.C y L.A. Entonces les preguntaría por sus vidas. Si no sabían nada, averiguaría el paradero del Sietemesino y le preguntaría por sus muertes. Si el Sietemesino había perdido la memoria, le cantaría la parte conocida de la canción

del gallo blanco, seguramente él podría darle los datos que faltaban. Y si también el Sietemesino había muerto, entonces buscaría los restos de aquel pueblo ayudándose con la canción. Después volvería a Minas Altas para arreglar lo de Emebé.

Dio tres golpes suaves en la pared sabiendo de antemano que eran inútiles: si estaba dormida, no alcanzarían a despertarla; si despierta, fingiría dormir para ayudar a su sigilo en la partida. Apagó la luz; la oscuridad se tragaba los retratos deteniendo la danza, paralizando trajes y botones, los monos y los osos asomados desde ciudades borrosas. Afuera vio el estrellero marcando la hora de máxima actividad de los astrónomos. El caballo dormía. Tirándolo apenas de la rienda lo sacó por el callejón emparrado. Ni siquiera se despertó al bajar la escalinata, cuando Eme se detuvo echándole una ojeada última a la casa, donde todo parecía silencioso, salvo que su oído clínico le revelaba que allá dentro, primero Emebé y enseguida Jotazeta, acababan de esconderse tras las puertas. Aguzando el sentido pudo percibir con alguna claridad el no te vayas, no te vayas, de Emebé, y un poco más borroso el de Jotazeta tras la puerta de su cuarto.

En la calle río terminó de ajustar la montura y aspiró el profundo silencio de Minas Altas como si fuera un perfume. Pensando esa partidã había previsto mirar largamente el pueblo antes de dejarlo, creyendo que así debía ser. ~~en las partidas~~. Y aunque bajo la luz lunar el poblado era visible hasta el Alto permitiéndole fijarlo todo en su memoria, apenas le dedicó un par de parpadeos. Ahora sabía que cuando se sale, aunque se mire no se mira nada. Además, las cosas estaban recelando: las sombras opacas de los troncos retorcidos, las piedras de las escalinatas, las puertas silenciosas, en recelos nocturnos, no se dejaban mirar. Minas Altas dejaba de ser lo que hasta entonces convirtiéndose en lo opuesto de su irse. Recordó momentos y rincones de la casa, palabras

oídas, el sabor de una fruta, que se le mostraban por última vez antes de que él las abandonara. Minas Altas y todo lo que él guardaba en su memoria pasaron al lado receloso, salvo Intruso, que por no ocupar ningún lugar en sus recuerdos permanecía de este lado, donde estaba la partida.

Caballo tonto, está dormido, dijo sacudiéndole la cabeza. Intruso entreabrió los ojos, sintió en la boca el freno que le habían introducido sin que él se enterase, y se dejó caer de nuevo en las distracciones del sueño caballuno. Cuando sintió encima el peso del hombre, la llamada en las riendas y talones en los ijares, echó a andar. Pero sólo con las patas; con el resto, dormía.

Aunque los trancos eran suaves, los minalteños oyeron y abandonaron sus lechos para ayudarlo a salir y de paso afrontar la hora de la despedida. Había bisagras de todo tipo en las puertas de Minas Altas. De hierro forjado y quejumbrosas, de tubos de bronce de las antiguas minas con un chirrido casi musical, de chapa enmohecida aliviada con jugos de girasoles, o simples artilugios de maderas enronquecidas. El ruido de las bisagras avisaba a los de más arriba, que no podían oír los pasos del caballo sonámbulo, que Eme Calderón se estaba yendo. El chirrido llegó hasta la altísima casa del astrónomo joven, que abandonando su razonada compostura de sabio se escondió tras la puerta y con su simple voz de mulero dijo no te vayas, no te vayas, dejando deliberadamente que se le escapara un precioso guiño de Venus.

Eme no pudo oír el ruido de las puertas, tampoco las palabras. Pero sentía de otro modo que la gente lo ayudaba a salir empujándolo con sus propias ausencias. Lo sentía en la revelación de que todo lo que quedaba a sus espaldas era de pronto, aunque él ignorara la palabra patria, inexistente en Minas Altas, su patria verdadera.

Aquí podía ir la foto "Las palabras"

DE ESTE LADO DE EÑE

Objeto pluvial de nombre desconocido

Las nubes que llegaron del sur hace tres días, tan bajas que seguramente cubrieron el Peñón de los astrónomos, empezaron a subir anoche. Esta mañana el refugio de los arrieros había desaparecido bajo los cascarones hinchados de vapor imitando enormes escarabajos tornasolados. Aligeradas por la delgadez del aire, en menos de una hora han llegado a este Mirador, para detenerse en las líneas que en mis mapas imaginarios es el techo de los cóndores. Puedo ver al mismo tiempo los colores en la luz de sus lomos hirvientes y la negrura de sus entrañas ^{cargadas de agua} desinflándose. La falda del cerro donde recibo las ^{cosas de aquí} palabras de la Céfira es ya invisible para mí. Ha vibrado un rayo como salido de un gigantesco espejo. Ahora mismo está llegando el trueno torpe, demorado por los peñascos. Millares de varillas de agua se desprenden con ritmos alternantes. Unos minutos más, y estará lloviendo en Minas Altas. *Faltan 27 días para encontrarme ahí con el cuerpo.*

Diffícil que pueda hoy poner en palabras la última historia de Fábulo. Cuando entra en sus metáforas, necesarias según él para eludir el contacto con ciertas formas despreciables; cuando se enreda en esos viajes del Sietemesino por distintas sangres, me cuesta comprender; no puedo ver hacia dónde quiere llegar, seguramente porque él mismo no lo sabe todavía. Diffícil que pueda hacerlo hoy con esa lluvia, de la que tengo su nacimiento, no su conclusión, que es lo que importa de las lluvias.

No me levanté bien esta mañana. La historia del cantor, terminada anoche, me dejó un sabor amargo. Tengo miedo de lo que le haya sucedido. (Fábulo nunca adelanta nada), y tampoco sé nada de la suerte corrida por Jotazeta y Emebé. La historia del cantor me re-

veló un área de la realidad que yo no sospechaba. Digamos que voy entendiendo el mundo tal como es, el que tendré que palpar el día que lo recupere. Y me da un poco de miedo volver a mi memoria antigua, si es que vuelvo.

La última vez que bajé llovía como ahora. Ene Vega me acompañó hasta la casa de la Céfira, recomendándome que no dejase que llegase la noche para volver al Mirador.

Parece que hoy me desperté con la palabra "difícil" en la lengua. Después de esos movimientos tontos que uno hace por la mañana a ver si todo está en su lugar, averiguando, por ejemplo, si las montañas están o no en el mismo sitio, si durante la noche a la Tierra se le dio por girar en otra dirección, me senté en la banqueta y mirando mi sombra dije: difícil que hoy bailemos.

Mi sombra, para quien todo es alegría y bamboleo, me miró suplicante, se movió en aires incrédulos y luego se quedó muy tiesa en su propia banqueta a la espera de que yo cambiara de opinión. Parecía parpadear como los perritos cuando echados en el suelo nos miran a ver si los sacamos a pasear. Es muy difícil, dije pensando en las metáforas de Fábulo, y vi de reojo que la sombra se rascaba un tobillo como desentumeciéndose ~~()~~. Aunque sentada en su banqueta, como toda ella estaba en el suelo se estiraba más que yo, se adelgazaba en aproximaciones a una silueta bailarina. Claro, bailar a esas horas era su costumbre, y tras ese rito inaugural ella me seguía todo el día cambiando de forma según las variaciones de la luz (que era una manera de seguir bailando), mientras yo, inalterable, mantenía mi única forma en un aburrimiento incommovible de líneas y volúmenes. Giré un poquito y quedamos mirándonos de frente, yo casi sin sombra, ella casi sin cuerpo. Me moví como quien empieza a mecerse para bailar y ella, oculta en mí apenas se movía como si tuviera vergüenza. Pensé en la alegría de tener una sombra y enseguida, en lo que acaso ella pensaría; pero no pude; cuando intenté asociar las palabras sombra y piensa, la

sombra de la Gramática se imponía, aunque ellas personalmente no se oponían a un enlace. Intenté varios colores para ella, pero nada. Las palabras se estiraban hasta casi rozar sus dedos, sin tocarse. Entonces, sin pensar en nada, se quedó ensimismada la negrita. Está bien, dije, y en dos saltos alcancé la pared donde cuelga la guitarra. Bailamos como siempre, cada uno en su danza, que es la mejor manera de bailar; yo tocando mi guitarra, ella la suya, un poco más larga y bailarina que la mía. Después cada uno se olvidó del otro. Cuando uno se olvida de la sombra, ella no existe.

Difícil que con el aguacero que está cayendo en Minas Altas pueda concentrarme en algo que no sea el único recuerdo (muy reciente, como todo lo mío) que tengo de la lluvia. Porque además de llover en Minas Altas es como si estuviera lloviendo aquí también: por la ventana entre el olor de las hierbas mojadas allá abajo, y entonces no puedo evitar el deseo que tengo del cuerpo de la Céfira escamoteado por la lluvia. Ahora que me doy cuenta, esta mañana todo se presentó difícil porque las palabras, por esos caprichos que tienen, amanecieron con ganas de la Céfira.

El brazo en alto de Ene Vega no había acabado de desaparecer en la bajada cuando llegó ella, ojitos brillantes de intenciones. Lluvia: eso, lluvia: llovizna, dijo señalando a todas partes, tratando de convencerme de entrada, de que en mi desmemoria se me había perdido esa palabra. La deletreé un par de veces. No, iuvia no: llu-via. Lluvia moja, ¿entendido?. Necesitaríamos un, un, vamos a ver. Y fingió que ella también olvidaba ^{como yo.} ~~la palabra~~. El caso es, que no me acuerdo, dijo. Yo tampoco, no tengo la menor idea de eso que necesitaríamos, y además nunca he visto un un, dije aprovechando para eludir una palabra que no me gusta, es larga de decir y no tiene semejanza con el objeto que intenta designar. Es como un bastón al revés que acaba en un gran murciélago redondo, creo haberlo visto en una revista, pero no me puedo acordar de la palabra, mintió la

Céfira gozando su mentira, en su hablar montañés y acurrucándose en sí misma bajo la llovizna; cabríamos los dos debajo sin mojar-nos, y por arriba sonaría la lluvia igual que sobre las chapas del techo de una casa. Pero cómo era la palabra. Si la tengo en la punta de la lengua.

La Céfira bajo la lluvia, un hecho tan fuerte de sentir que ahora mismo está sucediendo. No está apagado en la memoria, pronto a encenderse en el momento de la evocación, como sucede con los recuerdos. Sigue transcurriendo. Es como haberse olvidado de apagar la luz. La Céfira está encendida bajo la llovizna.

Se acurrucó protegiéndose de la lluvia y al mismo tiempo de su desprendimiento del girasol donde la tenía fija mi memoria. Parecía un solo acurrucamiento pero eran dos. El primero, visible en actitudes; el segundo carecía de mecanismo físicos, estaba en ella de la misma manera que su pelo retinto, en permanencia y continuidad. El acurrucamiento para la lluvia estaba en su manera de echar los hombros hacia adelante en busca de una envoltura invisible que yo sentía nacer en mis manos, creada por su acurrucarse, y en sus pasos, que atravesando con vibraciones la verticalidad de su cuerpo acababa en un brevísimo aleteo de sus cabellos, donde las gotas apenas alcanzaban a posarse, rebotaban en ellos y resbalaban integrándose al caer oblicuo de la lluvia. En el segundo acurrucamiento, el girasol seguía siendo su al lado a pesar de la distancia. La Céfira penetraba en la lluvia desprendiéndose de atributos amarillos, de modo que el girasol seguía al lado de ella, bajo la llovizna. *y esto era visible y casi palpable por el ritmo de su curva de cuerpo bajo la llovizna.*

En cada uno de los instantes, que sumados eran en el tiempo el caminar conmigo, yo podía saltar sobre mis sentidos habituales y todo lo que uno entiende por su yo, dejando permanecer activos mis contornos, puntos vivos de contacto con su proximidad viviente, para ser casi sus prolongaciones. Era como ^{mirar al punto} cuando me desnudaba ante el fuego deseando ser la Céfira. Ir juntos era como ser el otro, bajo el placer de la llovizna. La calle única nos aseguraba andar

juntos y no dispersos en la lluvia, que debe ser una de las formas más feas o tristes de estar lejos, porque las lluvias confunden las distancias, les hacen perder su mensurabilidad, y si uno no puede saber cuánta es la distancia, entonces está lejos sin remedio. Las lluvias tienen cercanías, y la calle única las favorece. Ir juntos es la manera más adecuada de mirar y sentir sus cercanías, que son sus verdaderas posibilidades de ser lluvia. Porque en sus lejanías se confunde con las borrosidades, es como el polvo del camino, no se la oye; y una lluvia sin sonido ha perdido la mitad de su naturaleza.

La voz de la Céfira enredaba en la verticalidad del agua las vibraciones del hablar montañés. Las sílabas saltaban como gotas en los techos, en brocales de pozos y aspas de molinos, en roldanas y veletas, rasgueo granizado en los maizales reventando gotas. Todas palabras de la Céfira salpicando lluvia. Es, *esta es la lluvia muy or* ¿cómo te diré?, *pero es todo* saltaban las sílabas translúcidas, como un bastón que te nace en la mano y se sube y se sube para arriba donde se abre como un gran girasol negro. Me encantaría tener uno, nunca se ha visto una cosa semejante en Minas Altas. Y según se deslizaban sus palabras, el objeto iba encima de nosotros. ¿Cómo decirlo? Como un permiso que te da la lluvia para que andes por ella sin mojarte.

Una vez suelta en la lluvia, iba creando espacios donde todo se acomodaba a su estatura. Y uno los traspasaba compartiendo el pulso de la lluvia, tocándola en su temblor, que era al mismo tiempo el del cuerpo de la Céfira, pero encendido.

La lluvia, sin techos de zinc, buscaba en nosotros un lugar donde sonar a gusto, para cantar y ~~ser~~ ser más lluvia. Si tuviéramos ese aparato, dijo, podríamos andar oyendo ese ruido de lluvia con techo, tan hermoso. Ni siquiera tenemos la palabra, dije yo. Es una pena, dijo ella, y le brilló en los ojos el placer de la mentira alegre. Ella tiene sus propios ruidos, dije. Claro, admitió; es un ruido de lluvia pero no de gotas sueltas, un ruido de ella misma cuan-

do está sola, antes de ser gota. Si hubiera un techo encima de nosotros, sonaría como un instrumento músico; el techo de zinc vendría siendo una guitarra de llover, ¿no?

Cuando pusimos el techo de zinc encima de nosotros cerramos puertas y ventanas para que no escaparan afuera los aromas de las hierbas que cansadas de mojarse se habían refugiado en casa de la Céfira. Cuidadosa, escrupulosamente, la llovizna cayó durante toda la noche sobre la caja de zinc. Cuando dejó de lloviznar aparecieron dos goteras casi juntas, una gorda y otra flaca. Se llama paraguas, ahora que me acuerdo, dijo la Céfira descolgándolo ^{de} de la pared, y lo colocó abierto bajo las gotas.

Mientras se descargan las nubes que vinieron del sur, van llegando otras desde el Pacífico, reventando gotas suspendidas, y se suman a las que tengo enfrente. Pronto oscurecerá. Y en Minas Altas lloverá toda la noche.

Un calco de Emebé y el puente puma

Jotazeta trenzaba tarareando una copla donde un joven puma era seguido por una estrella fugaz, cuando vio entrar a Uve, la costurera, y a su ayudante la pequeña Eñe, muy empolvadas y peinadas. Uve y sus grandes pestañas arqueadas a fuerza de saliva y tijeras, la mejor costurera de Minas Altas que hacía maravillas sólo con una aguja y un dedal. Me parece que Emebé duerme todavía, dijo retomando la copla interrumpida.

Desde la salida de Eme necesitaba poner algo muy grande en su cabeza para poder distraerse. Algo que sin ser la astronomía exigiese tiempo interminable y desmesura. La idea de trenzar un puente parecía perfecta. Se lo representaba mentalmente perdiéndose en las urdimbres hasta dormirse, pensando que sería una obra de arte. Al despertar le parecía una basura. Entonces el puente se borraba durante unos días, hasta que volvía a considerarlo hermoso, con lo que el puente se presentaba otra vez en sus pensamientos, casi terminado, con día de inauguración incluido y músicos que tocaban festejando apoyados en sus barandas. Cuando el puente se iba de su cabeza sin dejar un mínimo recuerdo, Jotazeta se paseaba nervioso tratando de recordar qué era eso tan importante que se le había ocurrido, y no sabía qué hacer ni dónde ponerse, le molestaban sus manos y los grandes espacios de la casa. Hasta que el puente reaparecía, sosegando al enlazador. Por fin se fijó en su memoria, aunque con flujos y reflujos donde perdía y recuperaba la forma pero no la idea, que pasó a ser permanente. El puente se tejía y destejía en la memoria. A ratos era hermoso, a ratos un adefesio. Lo mejor de su puente era el tiempo que contenía: iba tan lejos que abarcaba el regreso del Cantor. Cuando alcanza-

ba esas longitudes temporales, Jotazeta entraba en unas coyunturas que lo distraían enteramente de la ausencia de Eme.

Emebé, medio dormida, se subió a una silla para que Uve tomara cómodamente las medidas. La costurera desenrolló la cinta y extendiendo los brazos la desplegó desde la garganta de la novia hacia abajo y sin soltar la punta fijó cerca del extremo un pulgar a la altura de los tobillos. Uno cincuenta y siete, dijo Uve; Eñe mojó el lápiz ^{de} tinta en su lengua azulosa y apuntó la cifra. Cuello, sisa, largo de manga, busto, cada palabra dejaba una nueva mancha azul en la lengua de Eñe y unos garabatos mitad azules mitad grises en la hoja del cuaderno. Partiendo de una Emebé casi desnuda, la costurera, según iba midiendo, veía armarse en su mente un vestido de novia que todavía estaba en el futuro. A golpe de cinta, cada vez que la apoyaba en el cuerpo de Emebé, lo iba acercando en el tiempo. Cuando lo tuviera al alcance de la mano daría el tirón definitivo que lo haría visible, como salido del fondo de un arcón.

Es como trenzar un puente, pensó Jotazeta. Sólo que a él en ningún momento se le había ocurrido tomarle las medidas al río. El vestido de Emebé, milagrosamente, acababa de salvarlo del error más grave que habría cometido: tejer un puente demasiado corto, que no alcanzase a la otra orilla, o tan largo que al extenderlo se combase hacia abajo hasta tocar el fondo del río, y entonces el puente para qué. Ante las perspectivas de las mediciones, su puente dio un buen paso hacia un campo más concreto, de un sacudón se liberó de las fantasmagorías del primer momento. Ellas fueron necesarias, pensó el enlazador, ya cumplieron su misión; ahora mi puente ha entrado en el terreno de los hechos concretos y no las necesito. Les dijo adiós con un silbido. Las urdimbres fantasmales desaparecieron dejando libre en su mente una estructura mensurable.

Claro, tampoco se trataba de medir porque sí en cualquier parte

del río. Había anchuras para elegir y también estaba aquello de la seguridad, ahora que el punte era casi real sometién dose a cálculos y medidas. Tenía que ser útil, siempre que no alterara, por supuesto, sus planes primeros de meter algo descomunal en su cabeza oponiéndoselo a la implacable lentitud del tiempo de la espera. Había un lugar con peñascos en cada orilla que podían ser extremos muy seguros donde colgarlo. Pero allí el río era angosto, unos cuatro metros, y un punte de esa longitud se tejía en tres meses y después qué. La ausencia del Cantor duraría mucho más. Entonces había que elegir un lugar para un punte cuyo tejido durase más que la ausencia de Eme y que a la vez fuese transitable y seguro. Abrumado por las exigencias, lo abandonó, cuando ya estaba casi tenso en sus deseos, a los fantasmas primitivos. El entramado de cueros trenzados cayó al fondo del río y él reanudó su silbido interrumpido tomando tres tientos para trenzar un nuevo lazo.

Mientras recorría el cuerpo de Emebé con las precisiones de su cinta de medir, Uve soltaba unas palabras en temblores de encajes de bolillo cinturete puntilla y canesú, ñandutí polisón y punto sombra, que ascendían hasta los torpes oídos de Jotazeta, donde reventaban como pompas de jabón. Bayetas y corsés, mitones y pespuntos, corpiño y miñardí, y la enorme burbuja de la palabra tafetán campanilleaban dibujando en el aire el vestido de bodas de Emebé.

Palabras girando alrededor de un cuerpo para imitar su forma, pensó el enlazador. Seguramente los puentes colgantes también tenían palabras como éstas, desconocidas por él. Si las supiera, evitaría su enredo de tientos y de nudos, de tramas y urdimbres donde su mente se perdía. ¿Por qué no embarcar su punte en el sentido de las palabras de la costurera? Siseando y pespunteando por caminos de cuello o canesú con cueros perfumados y nudos de rizo y eslabón hasta llegar a la otra orilla del río. Poco antes de la curva había un lugar ideal ^{→ donde} ~~para~~ emplazarlo. Visible desde las dos puntas del pueblo, uno se despertaría muy temprano y al abrir los

ojos lo primero en aparecer sería aquel punte altísimo como colgando de las primeras luces, desplegado de orilla a orilla como alas de cóndores.

Emebé, tiesa mientras la costurera le medía el cuello, oyó que su padre murmuraba algo y alcanzó a divisar una sonrisa entre las asperezas de su cara. La sonrisa era la parte emergente de un contenido donde Jotazeta, frustrado como enlazador y astrónomo, hallaba la alegría de ser al final el autor de ese punte que le estaba dando un sentido a su existencia. *lello hasta aqui*

Eñe tiró de un hilito, un rollo de papeles crujientes se desplegó. Uve, con una mano prolongada en tijeras, mordisqueaba el aire a la espera del papel. Jotazeta vio avanzar los filos en líneas sinuosas que buscaban la forma del cuerpo de su hija. La tijera dudaba recorridos, pero la mano de Uve la orientaba en giros increíbles. Emebé veía nacer su forma en el papel sintiéndose copiada, mientras copiaba mentalmente el vestido que nacía y Jotazeta lo utilizaba visualmente dándole realidad a su puente. Las tijeras, después de contornear en la sisa, entraron en la zona del canesú buscando el cuello de Emebé, donde pasaron desprendiendo unos destellos siniestros, y bajando por el hombro iniciaron el camino hacia la cintura, donde descansaron. Uve seguía soltando palabras, pero ahora sin formas de burbujas, aplastadas entre los labios que apenas se abrían sin que los dientes se despegasen, por estar la boca llena de alfileres. Las tijeras, tras el descanso, desplegaron un gran giro de caderas y se perdieron, casi sin ruido, en la extensión de las piernas y el final del doble papel. La costurera, mirando atenta los contornos de la novia, clavó alfileres en los del papel. Jotazeta dejó de trenzar y sosteniendo en el aire un nudo a medio armar observaba los pinchazos de Uve en aquel espantapájaros. Crujieron los papeles a punto de romperse cuando la costurera, metiendo las manos por las sisas y soplando por la abertura del cuello, volvió hacia afuera lo interno de la hechu-

ra haciendo aparecer la forma de la novia. Eñe, trepada sobre la mesa, embocó en la cabeza de Emebé el vestido de papel. Uve tiraba desde abajo, Emebé se escurría. El cuello, al llegar a la cabeza, se encajó en el pelo recogido. No quiere pasar, dijo Eñe. Uve tiró de la cinta que lo sostenía; las hebras lacias del pelo de Emebé caían y caían y no acababan nunca de caer. La costurera ayudó a sacar los cabellos que quedaron entre la espalda y el papel y arregló detalles en el busto y la cintura. Y donde Jotazeta veía un modelo para su puente y Eñe una bolsa de papel que contenía el cuerpo de la novia, Uve veía el vestido en el día de la boda, los encajes, el corsé escondido tras el polisón, el punto sombra bajo la tela transparente, el ramo de azahares que aparecería en los retratos del futuro.

El suelo del puente colgante forzosamente necesitaría unas maderas que mantuviesen tensa a la malla evitando que el que la cruzara fuera hundiéndose en cada paso como el que camina sobre una red de pescadores. Tejería una trama cerrada dejando unos ojales cada treinta centímetros para pasar transversalmente las tablas. Las barandas no tenían por qué ceder partes de su hermosura a la exigencia utilitaria. ~~Allí sus manos podrían recoger, tejiendo, caminos de libertad. Serían un verdadero primer.~~ El solo hecho de observar equidistancias y simetrías demandaría a cualquier paseante ~~sobre el puente~~ una larga hora de contemplación. Un puente para pasar, sí, pero especialmente para mirar, en su doble papel de paseo y monumento. ~~Vamos al puente, dirían~~ los minalteños en los días más luminosos, y se pondrían las mejores ropas y zapatos nuevos sólo para ir a ver aquellas tramas. ~~Las barandas irían de mayor a menor hasta el centro y luego volverían a crecer, especie de curva de una cuna, manteniendo en el centro la altura necesaria para que los niños se asomasen sin peligro de caer.~~ El tejido de ^{ellas} las barandas contendría diferentes dibujos; pero vistos desde lejos tendrían la forma de un puma saltando sobre el río, su cuerpo en el aire como

volando, en el momento preciso de desprender sus patas de una orilla y alcanzar la otra. ¿Se han dado cuenta de que nuestro puente es el puma que se le escapó a Jotazeta?, dirían en Minas Altas. Desde cerca, en cambio, nadie sería capaz de descubrir la presencia del puma, dispersa en las formas de animales pequeños del llano y la montaña que bullirían en la trama. Las péndolas, de distintas alturas formando ^{un} ~~el~~ arco de ~~la~~ cuna, tendrían un alma de madera invisible, forrada con los tientos que treparían enroscándose hasta rematar en borlas con pequeños cascabeles afinados por los músicos, de manera que al pasar sobre el puente los pasos desatasen una música con un ritmo diferente para cada andar: el paso cauteloso de los muleros, los saltitos de Emebé. Qué maravilla de puente, pensó Jotazeta arrojando un nuevo lazo sobre la pila. Casi tan hermoso como el futuro vestido de Emebé, que partiendo de una desnudez adolescente ya existía, terminado y en vísperas de uso, en las manos y en la mente de la costurera.

La novia abrió los brazos. Uve por un lado y Eñe por el otro le colocaron las mangas de papel. Para fijarlas, Uve sacó de su boca los alfileres que quedaban, con lo cual sus palabras recuperaron la condición de burbujas que tenían para el enlazador. Ahora solamente hay que elegir la tela. ¿De raso o de organdí? Eñe afinó la punta de su lápiz ^{de} tinta, dispuesta a encolumnar las telas y los hilos, botones y puntillas que su madre le dictaría y que después su padre, en una mula rápida, llevaría a través de la cordillera en un bolsillo de su chaleco o en el fondo de una alforja, junto con los lazos que Jotazeta canjearía por esas telas blancas y labradas que se vendían en los pueblos remotos construidos junto al mar.

Manera retorcida de decir adiós

El perro U entró en la casa desparramando pelos, saltó sobre la falda de Jotazeta, lo lengüeteó todo lo que pudo. Repitió el saludo con Emebé y finalmente, gastada su alegría, dedicó a la costurera y su ayudante un par de meneos de su cola. Mi marido está al caer, dijo Uve. Eñe, por favor, ¿no podrías escribir más rápido?

La niña llevaba una hora encolumnando nombres de telas y puntillas por un lado, hilos, broches y botones por el otro, para facilitar de ese modo la lectura a su padre, el rápido hallazgo de cualquier palabra y, sobre todo, los movimientos del tendero: que no tuviese que trepar tantas veces por la estantería en busca de una altísima caja de botones que ya había bajado antes, por favor, pida todos los botones juntos, contó su padre que una vez le dijo ^{era} ~~aquel tendero~~. Era importante que el mulero ganara tiempo para poder regresar antes que empezaran las tormentas cordilleras. De modo que del orden y claridad de aquella lista dependía que su padre en el viaje de regreso no fuese arrastrado por la nieve o el viento del invierno que en pocos días más estaría a las puertas. Si el tendero se demora más de lo debido por culpa de una lista mal encolumnada, le había dicho Uve, tu padre tendrá que esperar a la orilla del mar, en las sucias pensiones de los puertos, a que pasen las tormentas, y entonces no se terminará nunca ese vestido.

Evitando aludes y vientos enfurecidos, Eñe puso el organdí debajo del tafetán y seguidamente el algodón y las puntillas; y pasó a otra columna unos botones muy pequeños de ropa interior que sin querer había puesto en la de las telas. Como en la hoja quedaba espacio para una tercera, allí puso todos los hilos, tanto los de coser como los de bordar, separados de los botones en previsión de que el tendero reservase un lugar especial para los hi-

los. Todo prolijamente encolumnado, sin olvidarse de las cintas anchas para festonear manteles, ni del medio kilo de almidón previsto para el viso, ni de los hilos de colores para el embozo de las sábanas, ni de una "cosa azul" en la que insistió Emebé, ni del alfiler blanco en que insistió su madre, ni de las pastillas para la tos, fuera de columna, que le dictaron a último momento, ni de la peineta que a escondidas apuntó al otro lado del papel, su padre sabría que era para ella.

Las aletas de la nariz de U, debajo de la mesa, se movieron aspirando el fuerte olor a sur de su amo. El mulero, titular de la única letra I que había en Minas Altas, ya fuese sola o combinada con otras, entró vestido para el viaje. Sombrero con orejeras, chaleco rompevientos, poncho de tormentas y botines para la nieve. El olor a sur era una mezcla de los lugares visitados y de los objetos que llevaba y traía, donde predominaba, junto a un perfume de humedad marina, el olor de las especias que llegaban al continente desde el otro lado del Pacífico, el pasto raquíptico de las alturas y la corteza de los troncos de los árboles que crecían en el sur interminable. Acaso por eso llamaran sur a esa mezcla de aromas, o quizá porque I, que siempre estaba por llegar o por irse, decía que venía del o que se iba para el sur (aunque se tratara del norte), sur era el nombre que para él tenía cualquier distancia y el único punto cardinal que mencionaba. También estaban los olores de las tiendas donde canjeaba los productos de Minas Altas por objetos de otros lugares del mundo, orozuz y benjuí, frutas secas o escarchadas, y en las bolsas de galletas que traía de sus viajes venía también envuelta en su aroma la calidez de las tahnas. Sin duda había más aromas en el olor a sur de ese mulero, pero a éstos solamente su perro era capaz de percibirlos.

La cara de I era morena, recta y alargada como la letra de su nombre, con pómulos gastados por los vientos y unos labios finísimos escondidos del frío cordillerano. Sus arrugas eran de travesías, no de tiempo, desparramadas en la frente y las mejillas, con

los viajes mezclados de tal manera que nadie, ni siquiera él mismo, podía distinguir cuáles eran las producidos por los vientos de la alta montaña ni cuáles los del yodo y el salitre. Con una sola mano podía cubrir la cabeza de Eñe, desde la nuca hasta la frente, y enteramente la de su perro cuando lo acariciaba. Manos a mitad de camino entre las de un mulero y un pescador, leñosas como raíces afloradas. Debajo del chaleco pasavientos y de sus dos camisetas estaban las cicatrices arrugadas y tristes de los tiros, deformadas por curaciones demasiado rápidas y malas coseduras. I despreciaba a los gendarmes que perturbaban la limpidez de las fronteras y el silencio de las montañas con sus detonaciones, y el aire mismo con sus formas embozadas y mezquinas. Pasaba por sus proximidades obligadas sin mirarlos, a la espera temerosa de los tiros cuatrileros, que eran la respuesta a su desprecio. Como I pasaba muy alto, y los gendarmes, incapaces de riesgos, estaban siempre muy abajo, las balas, cansadas, llegaban sin potencia y las más de las veces lo tocaban hiriéndolo apenas, como piedras disparadas por hondas. Entonces él mismo se extrañaba las que habían logrado penetrarlo y quedar a flor de piel.

I siempre estaba preparado para irse o yéndose. De los doce años que tenía Eñe, la mitad no la había visto. Y de los cincuenta ^{1 Suyo} que ~~él tenía~~, por lo menos treinta y cinco había estado solo, sobre una mula o un caballo, en la montaña o en el mar. Hablaba bajo y para adentro. Sabía de memoria la cordillera y las costas del Pacífico, y en general todo lo que fuese sur. En las ciudades que visitaba, amaba a las mujeres solitarias o abandonadas, a las que servía amorosa y puntualmente. La costumbre de viajar le vino de buscar a sus antepasados, que nunca aparecieron. A los treinta años decidió no buscarlos más y se fue a vivir con Uve, que lo amaba tal como era él. Se distraía del largo ascenso de la ida pensando en las mujeres que lo esperaban al otro lado. Con recuerdos táctiles y olfativos las iba recomponiendo por laderas y desfila-

deros. Al llegar a la cumbre, desde la que ya era posible percibir indicios del mar que lo atraía, se detenía a descansar, encendía un fuego y mientras bebía algo caliente trataba de ver hacia dónde querían llevarlo sus deseos, por qué pueblo iniciar el recorrido de la costa, para bajar la cordillera por el rumbo que lo llevara a la mujer elegida. Según la elección de su deseo, tomaba el norte o el oeste, aunque él en sus adentros se dirigía siempre al sur, que era más bien un cuerpo de mujer. Le gustaba jugar con U, llamarlo uniendo diez o más úes en un solo golpe de aire, separadas entre ellas por la hache aspirada que anteponía a cada una; con lo cual el nombre del perrito, tan breve, se prolongaba hasta parecerse al zumbido del viento.

Bueno, le dijo a Jotazeta, yo soy el que le va a traer las telas para el vestido de su hija. Echó una ojeada a la lista, miró el dorso y guardó la hoja en el bolsillo más hondo del chaleco, dentro de su libreta de docientas hojas. Con esto quería decir que ya se iba y que estaba diciendo adiós. Quedaba el tiempo justo para llegar con luz a la parte baja de la altura y hacer noche en el refugio de los arrieros. Emebé y Jotazeta cargaron las alforjas con los lazos necesarios para la compra, miraron brevemente y con alguna vergüenza al marido de la costurera, y se encerraron en la casa.

Desde adentro oían los plañidos de Uve y Eñe. De tanto irse el mulero, habían aprendido a despedirse. Pero como no conocían la palabra adiós ni otras que se le pareciesen, lloriqueaban sucedáneos imprecisos. No te vayas, no te vayas. Quién caminará ahora por la casa con esos pasos que tranquilizan, quién encenderá el fuego y tatará las goteras cuando llueva; quién cuando hay ruidos nocturnos dirá que es sólo el viento; quién abrirá las puertas por la mañana y dirá que hace un buen día, quién dirá cuándo ha llegado el momento de sembrar el maiz, quién dirá *es seguro que esta* noche llueve, quién abarcará con una sola mano la cabeza del pe-

rrito; qué haremos solas cuando el tiempo se empecine en no pasar, qué le diremos a la gente cuando pregunten cuándo vuelves, qué haremos cuando amanezca y ya no estés, cuando llegue la noche y no estés todavía; cómo estará la casa cuando no hayas vuelto, qué contestar cuando nos pregunten si estamos bien; qué hará tu ropa en los baúles, qué será de tus zapatos tan vacíos curvados por la falta de tu pie, quién traerá agua de la vertiente en medio de la noche oscura, quién se animará a mirar las estrellas habiendo tanta ausencia; cómo contar los días que pasaron y los que todavía no han llegado, cómo dividir los alimentos y repartirlos en la mesa, dónde poner la silla que sobra para no tener un nudo en la garganta, cómo mirar tu retrato en la pared cuando le da el sol de la mañana, cómo andar por la casa oyendo los ruidos de los pasos de uno tan solitos, cómo oír nuestras voces retumbando en las paredes y los techos, con qué cara decir que estamos solas, qué palabra buscar para tapar el miedo a que no vuelvas nunca, qué pensamiento para el pensamiento de que te pase algo malo; cuidado con los vientos y las nieves resbaladizas, cuidado con las crecientes y los deshielos, cuidado con el rencor de los gendarmes y con las aves nocturnas que salen de los cementerios, con la estúpida mula junto a los precipicios, con las víboras rastreras y el hambre de los murciélagos, con los vientos calientes que vienen desde el norte arrastrando un polvo fino cargado de enfermedades y de insectos, con el agua mala de los ríos traicioneros, con la puna y la nieve y el calor y las desgracias, con las trombas del mar y los barcos que se hunden, con los terremotos que abren la tierra en grietas profundísimas, con el silencio y la soledad de los refugios, con la llamada del aliento del abismo y la suavidad engañosa de las olas, no te vayas por favor.

I las besó y, ya sobre la mula, dedicó tres úes impecables al perrito. Las mujeres, sin dejar de plañir, se alejaron hacia la

casa sujetando a U.

Se despiden como si no fuese a volver nunca, dijo Emebé. Eso les pasa, dijo Jotazeta, por aprender a despedirse. Y abrió una ventana para que saliese el olor a sur.

El hombre, ya entre nubes, trepaba sintiendo que la mula tomaba poco a poco su temperatura. Sonreía pensando en la hache mayúscula escrita ~~con~~ con la saliva azul de Eñe que llevaba, camino del mar, en el bolsillo más hondo de su chaleco rompevientos.

Caballito marino

Tarea difícil como pocas sacar una canción del interior de un viejo frágil. Para arrancársela y poder escucharla necesitaban que el Ondulatorio continuase vivo, y allí estaba la dificultad principal, sobre todo si se tenía en cuenta su ^{trás la operación} senilidad ^{vejez} y la circunstancia de que la canción detectada en su momento por el Oidor había crecido con el tiempo allá en el fondo del viejo y que éste, demasiado pequeño para contenerla, podía romperse en el momento de alumbrarla, con lo que se quedarían sin viejo y sin canción. Esto explicaba la presencia del médico, encargado de velar por la vida del recipiente mientras durara la extirpación, un tanto artesanal, de la canción del gallo blanco. El extirpador, o interrogador, se había propuesto liquidar el asunto en una sola sesión. La noche sería larga, el viejo había dormido todo el día, confundido por la falta de luz de la mazmorra, por lo que creyó, cuando los vio entrar, que acababa de amanecer.

Buenos días, dijo el Ondulatorio sentado en la tarima, viendo llenarse la celda con cinco hombres silenciosos, difusos en la luz temblona de una lámpara que colgaron de un clavo en la pared. El hombre número Uno desplegó una banqueta y una mesa en el rincón más iluminado, donde instaló un aparato con botones que contenían letras, y se sentó a esperar. El hombre número Dos lo hizo poner de pie y llenó la tarima de linternas, espejos y herramientas diversas. El Tres y el Cuatro se apoyaron en paredes opuestas. El Cinco, alejado de la luz, estaba como muy lejos, dentro de un borrón, hacia él dirigían todos miradas y palabras; cuando decía algo, su voz venía atravesando brumas.

El quinto hombre pidió al Tres que repitiese la canción que le

había oído cantar al viejo. El Oidor sólo retenía un verso de los cuatro escuchados, el que mencionaba al gallo blanco. La melodía también se le había olvidado. La entonó con una tonada cualquiera. El Dos se acercó al Ondulatorio hasta rozarlo. Queremos esa canción entera, dijo mirándole la boca, a la espera de que ésta se abriese dando paso a la canción.

El viejo, que normalmente tenía la canción en el pecho, cerca de las cuerdas vocales, lista para salir en cualquier momento, tragó saliva un par de veces hasta hacerla descender. La canción bajó hasta los niveles donde él guardaba sus recuerdos más queridos y se ensambló con ellos: Emebé y aquel caballito trotador. Ranuras, espigas y lengüetas trabaron y engargolaron todo de tal manera que nadie hubiera podido separar las partes de ese armazón para diferenciar una canción de lo que era Emebé allá adentro y en esa trama, ni a Emebé de aquel caballito, ni a éste de su andar bajo el estrellerío. El viejo se cerró como la tapa de un cofre. El interrogador eligió, entre los objetos desparramados por la tarima, una llavecita de abrir viejos. La probó varias veces, seguro de que el cofre se abriría. Pero giraba en falso.

Vamos a tener que aflojar una tablita del costado, dijo el interrogador mirando al Cuatro. No hay problemas, dijo el médico. El Ondulatorio, tranquilo por haber podido esconder tan lejos la canción, abrió la boca seguro de que se encontrarían con un baúl vacío. En los viejos arcones, cuando no contienen nada, las pocas cosas olvidadas adentro carecen de sentido. Algún papelito, un carretel sin hilo, acaso una fotograffa, pelusas y polvillo. Al menos eso fue lo que dejó visible en la primera superficie de su baúl de doble fondo.

El interrogador encendió su primera linterna y alumbró hacia adentro. Es muy hondo y muy pícaro este viejo, dijo iluminando uno por uno esos objetos disimuladores. Vamos a tener que aflojar otra tablita para poder alumbrar un poco más abajo y ver si así encon-

tramos algo.

Más bajo, mezclados, los recuerdos del Ondulatorio habitaban una atmósfera de sueño. Emebé y el caballito que la transportó formaban una sola figura donde cada uno era prolongación del otro. Difícil saber dónde acababa ella y empezaba el caballo trotador, envueltos y confundidos por la canción del gallo blanco. Recuerdos muy crecidos por el tiempo y deformados por la ilusión. Allí de pronto era Emebé la que cantaba, acompañada por el ritmo de las patas del caballo dormido, y al mismo tiempo que cantaba montando ese caballo estaba en la galería de su casa. Hacía frío, él la arropaba. ¿Se siente a gusto? Sobre este caballo, toda la vida, decía ella. Este viejo tiene un empacho impresionante, dijo el interrogador apagando la segunda linterna, dirigiendo sus palabras al Cinco, envuelto en sus penumbras.

Ante una revuelta
El Cinco hizo una seña y el interrogador inició las preguntas fáciles, lentas y tranquilas, las de rutina, cuya única utilidad era preparar las que venían por detrás, aceleradas. El hombre del rincón más iluminado percutía con dedos flacos sobre los botones de su aparato, ruidos de caballos pequeñitos galopando sobre un vidrio; si las respuestas eran largas, el galope se volvía granizada en el galpón del fondo de la casa. Cuando el viejo vio en el horizonte de palabras la pregunta sobre la canción del gallo blanco, la quitó de donde estaba, entre Emebé y el caballito, la puso más abajo, casi en una inconciencia, tan oscura que allí Eme Calderón era menos que un sueño. Pero sin separarla del conjunto, *hizo seña* que giró ocultando un poco más la canción, acercando hacia el lado de afuera la figura de Emebé. Aunque tampoco la mencionaría. Sería bochornoso que esos hombres descubrieran sus amores secretos. Y terrible la vergüenza. Con la nueva posición también quedaba muy visible el caballito, pero bueno, qué podía importarle ese caballo al extirpador o al hombre de las brumas. Temeroso de todo, dejó las cosas en su sitio primitivo viendo que entre las preguntas asomaba la cresta colorada del enorme gallo blanco me-

tido en la canción.

No lo sé, no me acuerdo, he perdido casi toda la memoria, saltaban hacia afuera las palabras pasando por su hermoso aparato ondulator. Esperó el ruido que ^{estas} harían sus ~~palabras~~ al estamparse en el papel de la máquina del rincón más iluminado, pero ^{el aparato} ~~esto~~ se trabó; en el galpón del fondo ya no granizaba ni llovía, ni siquiera goteaba. Esa máquina se traba sola cuando quieren escribirle una mentira, dijo el Cuatro, el que sabía qué maderas se podían aflojar para llegar al doble fondo del baúl y conocía palmo a palmo todos sus órganos por dentro. Y si no sale esa canción, entonces habrá que aflojar las tablas más grandes. El Oidor repitió, desafinando, el verso que sabía. No tengo la menor idea, dijo el Ondulatorio.

Ahora se ve mucho mejor, dijo el Dos alumbrando con su tercera linterna, ayudado por unos espejitos. Miren señores, miren lo que esconde ahí dentro. Todos, menos el Brumoso, se asomaron a la boca del viejo para ver, iluminadas parcialmente allá abajo por la linterna multiplicada en los espejos, las formas ensambladas, deformes por el tiempo transcurrido y la ilusión sumada por el Ondulatorio a las figuras primitivas. Lo que más le dolía era que alumbraran su amor por Emebé; le daba vergüenza estar enamorado, a su edad, de una adolescente que guardaba medio desnuda allá en lo hondo, donde él, cuando quería estar con ella, desconectaba los años transcurridos para meterse en el tiempo de la muchacha. Ahora, dijo el extirpador, no nos queda otro remedio que meter la mano. Y se arremangó.

Fue metiendo y metiendo su largo brazo dentro de aquel pozo. Con el codo forzó peligrosamente un aparato muy delicado compuesto por dos cuerdas como labios, tan frágiles que el Cuatro, conocedor a fondo de ése y de todos los viejos del mundo, tuvo que decirle cuidado por ahí, si se dañan no podremos escucharle la canción. El viejo, con la cavidad bucal enteramente ocupada por el fin del brazo y el comienzo del hombro del extirpador, confiaba en sus es-

condrijos; y para distraerse del miedo que tenía sin embargo, miraba atentamente una viga vegetal del techo por donde corría una arañita, sintiéndose iluminada, hacia su grieta protectora.

Mientras el Dos hurgaba allá dentro, el viejo se tranquilizaba pensando y pensando que solamente buscaban una canción y parecía que ignoraban la existencia del Cantor. Si no sabían quién era, entonces no importaba mucho que por fin se la extirpasen. Qué podrían hacer con ella. Y si llegaban muy al fondo y descubrían a Eme, ¿qué. Diría que era una de esas personas que uno ha visto sin saber quién es. Si estaban dispuestos a creerles eso, les regalaba la canción. Con eso se tranquilizarían y ya no molestarían a Emebé. ¿Se siente a gusto? Con usted y sobre este caballo estaría toda la vida, decía la muchacha en el trasfondo del baúl donde arañaban los dedos expertos del interrogador.

La respuesta de Emebé, dicha por el viejo, salió al exterior abriéndose paso y aflautándose por el hilo de espacio libre entre el brazo sumergido del interrogador y las intimidades fónicas del Ondulatorio. El Oidor, después de escuchar atentamente el murmullo destemplado, dijo que no era así la canción que antes le había oído. El médico levantó un poco al viejo desde abajo, presionó unos músculos para que el brazo del Dos llegase un poco más abajo. Ahora sí, dijo el Dos, ahora sí puedo tocar cosas concretas. Y sus dedos iban de la cresta dentada del gallo blanco a las crines del caballito, rozando, al pasar, los pechos tibios de Emebé. Viejo cochino, dijo el interrogador sin saber que estaba tocando los pezones destinados a amamantar a un descendiente de Eme Calderón. Y atraído por la desnudez de Emebé metió el brazo más abajo buscando sus caderas y sus piernas, sin advertir que las cuerdas vocales del viejo, único lugar por donde podía salir lo que buscaba, perdían su delicada afinación.

Adentro hay por lo menos un gallo, una hembra y potro, dijo el Dos limpiándose el brazo con un trapo, y ahora mismo vamos a sacárselos. El viejo desvió sus ojos de la arañita, que alcanzaba en

ese momento los bordes de su grieta, y vio los instrumentos que el hombre introducía por su boca moviéndolos como remos. El conjunto avanzó trabajosamente hacia arriba pero enseguida se trabó, no pasaba por los conductos. El Dos retiró los remos y metió un tirabuzón, ayudado por el Cuatro, que alumbraba con linternas. Me parece que enganché algo, dijo el extirpador, y sacó un largo viaje a caballo por una llanura interminable. No lo tiren, dijo el Cinco, eso podría tener su utilidad. Enganchados y temblando en la punta de la espiral metálica salieron sus últimos cumpleaños, marchitos y tristísimos. Después los aparatos extractivos llegaron a los años más activos de su vida, con siembras y cosechas, nacimientos y muertes, despedidas y llegadas, alegrías, desengaños. Increíble y asustada apareció la juventud del Ondulatorio, seguida de cerca por atolondramientos adolescentes. Salieron a plena luz sus amores secretos con una prima, y revolviendo en pleno territorio de la infancia saltaron afuera, sorprendidas, sus fantasías sexuales, masturbaciones, viejo asqueroso dijo el Dos, y todo se amontonaba tembloroso sobre la tarima donde el viejo había pasado durmiendo un largo día creyendo que era noche. Tengo, dijo el interrogador mirando al médico, el caballo, la mujer y la cresta de ese gallo enganchados en la punta del tirabuzón; ¿puedo tirar? Es peligroso, dijo el médico; habría que desarmar el engendro y sacar las piezas una por una, de otra manera es imposible sin romper los conductos. El Dos dio un tirón violento, pero la tríada se encajó violentamente ocupando vísceras y los huesos más próximos. El hombre la soltó, y hurgando por los costados logró sacar más cosas: unos pantalones cortos, un cuaderno con dibujos y las primeras letras, los miedos nocturnos de aquel niño que ahora era un viejo indescifrable, sus pequeñas mentiras, sus faltas de ortografía, su biberón, sus llantos infantiles. Son todos iguales, cortados por las mismas tijeras, todos tienen las mismas basuras, dijo el Dos mirando el montón de cosas extirpadas.

Nada de eso sirve para nada, dijo el de las brumas, lo más valioso se ha quedado adentro. Y abandonó la mazmorra, envuelto en su neblina.

El viejo murmuró algo para Emebé queriendo decirle que le perdonara haberla puesto en esa situación, el haber permitido que el Dos la manoseara. Pero usted ha visto que no ha podido sacarla de allí dentro, así que podremos continuar el viaje, el caballito también ha quedado intacto; siempre que usted se sienta a gusto, por supuesto, dijo ahora que estaba libre de aquel brazo buceador, dándose cuenta de que las palabras no salían, las cuerdas ya no respondían con vibraciones al impulso del aire que todavía le quedaba. Intentó atrasar su reloj de años para volver ~~en el tiempo~~ al tiempo de Emebé, pero ya no ^{tenía} había engranajes, ^{salvo los del presente} la adolescencia ~~había desaparecido como un paisaje que quedó atrás, sólo existía un~~ ^{que era vejez,} ~~su amor por ella sólo era posible por el recuerdo de su~~ tiempo de vejez; ~~ya no podría volver nunca al plano de la muchacha,~~ ~~y su amor por ella, aislado, moriría de tristeza.~~ Palpándose interiormente, sólo encontró la cresta enardecida de aquel gallo. Emebé, aterrada, había desaparecido. Jamás podría sentirse a gusto entre las piltrafas manoseadas de ese viejo cochino que había dejado exponer ante la luz sus amores secretos. Es una cosa que jamás podría perdonarle, ¿entiende?, decía su pequeña voz, ya perdida en la extensión de las Salinas, mientras los hombres recogían sus ^{herramientas} instrumentos ~~de trabajo,~~ volvían a colocarlo todo sobre la tarima, cerraban la puerta y se marchaban por pasillos que él desconocía.

A falta de Emebé, concentró sus pensamientos en el caballo, mirando el trozo de pared al alcance de sus ojos. Llegaba a su casa y ya no podía decir miren lo que les he traído, porque ella ya no existía. Jamás le había pedido que la trasladara al pueblo próximo en su caballito trotador bajo el estrellerío. Sentía que se disecaba, vaciado de todo iba quedando un cuero pelado tendido al aire puro. Cuando un viento y un ^(desconocidos) sol acabaron de secarlo aproximándolo a las sonoridades de un parche de tambor, sintió unas percusiones en su

75
1/73

piel: eran tres golpecitos insinuantes de Emebé, que regresaba.

Entre esas alegrías se fue quedando quieto y transparente, como un caballito de mar.

Meteorófono

Las ondas de radio pasan de largo aquí, por encima de la altura de los cóndores, y van a perderse en el mar, donde vuelcan el sobrante de sus cargas de palabras y de música. Se necesitarían aparatos muy potentes vigilando en la noche y apuntando hacia aquel reguero de sonidos que pasa altísimo hacia ciudades distantes, para derribar alguna frase o melodía y hacerla caer en Minas Altas. Lo imaginé como una franja que va de un extremo a otro de la bóveda, semejante a la Vía Láctea, compuesta por millones y millones de sonidos, voces humanas, instrumentos musicales. Su inaudibilidad es al mismo tiempo su invisibilidad. Terrible que ese continente de sonidos sea silencioso. Me gusta pensar en lo hermoso que sería escuchar aunque sólo fuese su murmullo, aunque sólo fuese una sola vez. Me gusta tender el oído en el silencio de la noche en busca o acechancia de un indicio acústico. Se parece a la música de las esferas que menciona Fábulo cuando echa mano a sus astros y cometas para explicarme la conducta de algún personaje.

Algunas veces, en los precarios aparatos existentes en Minas Altas, han caído palabras sueltas, se han deslizado trozos de melodías como si se tratase de aerolitos. Frases sin un verbo que les dé sentido, segmentos musicales sin conexión con un principio o un final. Goteras.

En la memoria de Fábulo había varios de estos cuerpos caídos del espacio exterior: compases de un vals vienés tocado por gran orquesta, propaganda de un jabón de tocador y un aceite comestible, final de un sermón religioso con palabra amén incluida, y un buen número de

palabras extranjeras. Me gusta pensar, aunque parezca absurdo, que a causa de estos desprendimientos fortuitos aquel vals llegó a su destino faltándole unos compases; el aceite y el jabón, con la recomendación de usarlos pero sin el nombre del objeto de uso; y el sermón sin poder cumplirse, por falta grave de la palabra amén. Sus lejanísimos radioescuchas jamás pudieron enterarse ^{de} cómo se llamaba aquel jabón que usaban las estrellas de cine, ni remotamente pudieron imaginar que los elementos faltantes habían caído en este remotísimo rincón del mundo llamado Minas Altas, donde además eran perfectamente inútiles. Fábulo afirmaba que por las muestras caídas aquella franja que cruzaba el cielo como otra Vía Láctea estaba compuesta por basuras. Y según sus palabras, era hermoso imaginar unas basuras tan altas, rozando el cielo iban valeses y jabones, navelas de amor y mensajes de hombres poderosos, sermones y dentífricos. Llevadas por su mezquindad y sus impulsos, las basuras caían en el mar, sin destinatarios, donde eran devoradas por los grandes peces ansiosos que hay al otro lado del horizonte marino.

El único capaz de visualizar esos objetos celestes era el ~~segundo~~ muñeco anunciador de Fábulo. Inclinaba la cabeza alzando una oreja, y jugando con el silencio, que hacía durar más de lo debido en largas pausas que él estimaba brevísimas, producía incómodos movimientos de espera en Ene Vega y en mí, sus únicos espectadores. Ahora mismo, decía, está pasando una orquesta impresionante, miles de músicos, qué goce, qué placer escuchar esos sonidos, veo ~~arcas~~ y violines, trompetas y otros extraños instrumentos. Vienen del lado del mar, cruzan la cordillera y atravesando el continente llegan al otro océano. Desde la altura donde viajan, a pasmosas velocidades, todos los caminos son visibles, hasta el último sendero. El más largo y perfecto de los puentes, sólo que nadie podría transitarlo. Llevan voces de hombres y mujeres hacia otras mujeres y otros hombres, acaso la voz de Ene Calderón rozando ^{planetas} ~~cometas~~ y satélites. Alguna vez me ha parecido escuchar la canción del gallo blanco, aunque acaso se

trate de puros deseos de mi oído. Porque aquella canción, aunque estaba prohibida, era cantada secretamente en todos los pueblos de la sierra y del llano, existía en tantas partes que los oidores, desesperados, ya no sabían dónde buscarla. Cuando llegaban a un pueblo, guiados por la canción, ésta cesaba en los adelantes de los ~~dellos~~ oidores y empezaba a sonar en el pueblo que habían dejado a sus espaldas, como los grillos cuando nos acercamos demasiado. Y si esos oidores estuviesen capacitados para escuchar la música que pasa allá arriba seguramente oirían la canción que tanto buscan y desesperados por no poder alcanzarla y arrancarla reventarían sus tímpanos con agujas y tijeras.

Las pilas nuevas traídas por el mulero junto con las telas para el vestido de Emebé sólo sirvieron para perfeccionar los dos o tres ruidos principales de la radio que Uve usaba para distraerse mientras co-sía en las larguísimas tardes que pasaba en la casa de Jotazeta. Cada ruido tenía su calle propia en la pequeña ventana del aparato. El más fuerte, en la calle más ancha, sonaba oscilante, como interrumpido por las grandes moles de montañas. Salvados los obstáculos, fluía limpio y solitario como un viento nocturno, apto para recibir cualquier palabra que cayese del cielo. A un dedo escaso de distancia había una calle-ruido más angosta, seguramente honda como el río seco de Minas Altas, donde corría un ruido difícil de definir, ^{como resaca} viento del llano arrastrando una arenisca brava. Las demás calles, que como las anteriores ocupaban siempre el mismo sitio en la ventana, apenas tenían espacio, eran simples senderos o caminos de cabras que aparecían y desaparecían como berradas por el viento. Por las calles principales de vez en cuando algún sonido o palabra se acercaba, escuchén, escuchén, decía Uve apuntando hacia la radio con sus tijeras, pero siempre, cuando estaban por definirse, el mismo viento que parecía traerlas las arrastraba lejos. Eñe movía los botones en busca de las palabras idas y siempre se le escapaban en grandes remolinos. Cada vez que cansada como todos de oír ^{la misma respiración} el mismo ruido movía los botones a ver si por otra calle estaba pasando algo, Uve le decía que no tocara na-

da; al rato ella misma le pedía que cambiara de calle. Eñe obedecía sin comentarios y mirando de reojo a la costurera, una vez ubicada la nueva calle, aumentaba el volumen del ruido para molestar a su madre. Después miraba la sonrisita que el juego producía en Jotazeta y los dos se divertían con el no funcionamiento del aparato de Uve.

Con la puesta del sol aumentaban las calles y con ellas las posibilidades de que palabras rezagadas o sonidos con poca resistencia de vuelo cayesen del cielo por el aparato. A esas horas Jotazeta movía los botones en busca de la calle máspropicia. Esto lo distraía de su puente, que desde la llegada de la radio de Uve y con el nacimiento del vestido de Emebé había ido degradándose en su memoria y sus deseos hasta quedar convertido en unas sogas raquíticas apenas anudadas, sólo transitables en caso de urgencia grave como evacuación forzosa ante una creciente impresionante, y ni siquiera capaz de eso ya que unas sogas tan decrepitas sólo permitirían el pasaje de una persona por vez, sogas tristísimas bajo la humillante definición de la palabra andarivel, cuya presencia Jotazeta era incapaz de soportar. A eso había quedado reducido su maravilloso puente-puma desde que Uve introdujo ese entretenimiento en su casa. Quitándole sólo un par de nudos dudosos y a la vez inservibles, su puente era apenas una soga que a duras penas iba de orilla a orilla, un hilo de coser, una línea a borrarse, mientras la costurera, tan segura de su oficio, había plantado los cimientos del vestido y empezaba a levantarse la intrepidez de un gran castillo desparramando materiales y herramientas a su alrededor, tijeras rectas y tijeras curvas, dedales y agujas de todos los tamaños, almohadillas con alfileres y bolsitas de arena con estrellas formadas por clavos donde los hilos de colores iban y venían buscando la forma de un bordado que luego apenas sería visible en los extremos de un mantel. Andarivel, qué horror, pensaba Jotazeta, palabra senando a senderito lleno de yuyos, a piedras salientes para cruzar un arroyo, a huella borrada por el polvo. Apenas eso quedaba de su puente desde que Uve metió en la casa los ruidos fascinantes de su radio y desplegó por todas partes las grandes superficies ondulantes de las telas que abarrotaban las

alforjas de las dos mulas que necesitó su marido para traerlas desde los puertos marítimos al otro lado de la cordillera. Sin su puente y a la espera de palabras se paseaba por la casa esquivando, para no pisarlos, trozos de tiza, puntillas y botones desparramados, sin saber dónde ponerse o quedarse quieto. Desde la llegada de las telas, Uve se ensanchaba y se ensanchaba convirtiéndolo todo en sus alrededores. La sala grande era enteramente suya, ocupada por el interminable castillo que construía; había hilos y carreteles vacíos debajo de las camas, broches y botones en los peldaños de la escalera, cajas vacías en la cocina y paquetes todavía sin abrir encima de los muebles; todo cuidadosamente esquivado por Jotazeta en sus paseos sin saber dónde ponerse mientras las tres mujeres cosían silenciosas y como mirando muy lejos, mientras por la radio salían esos chorros de aire entrellos que aparecían a veces, entrecortadas, palabras extranjeras desprendidas de la Vía Láctea, y el armonioso puma de su puente, no habiendo alcanzado la otra orilla, caía desde el andarivel y en un clima de sueños se sumergía en las secas arenas del río.

Las interminables tardes de Uve entre hilos y tijeras. Llegaba la noche pero la tarde seguía para ella, la prolongaba en sucesiones de puntadas, atacada por urgencias que intentaban forzar el regreso de Eme Calderón. Las mujeres tejían y cosían sin hablar ni enterarse de la llegada de la noche, Emebé rozando con filos de tijeras las rayas de la tiza sobre la tela, Eñe de peineta nueva respunteando en un rincón, y en la cocina un hueso solitario en el agua que hervía hasta agotarse haciendo ^{saltar} ~~castañear~~ la tapa de la olla mientras Jotazeta cabeceaba en su silla entrando en el sueño que le arrebatava el puente entre burlas y espejismos. Porque Uve había roto la inercia de las telas encaminando violentamente su condición de corte amorfo hacia un vestido de bodas, es decir, hacia el regreso del cantor. Porque el vestido se vinculaba directamente con aquel regreso, era la fuerza decisiva que lo haría posible. Porque estaba, además, en la voluntad misma del cantor: ustedes pueden empezar a hacer el ajuar (y no un puente), había dicho antes de partir, fijando algo en el tiempo para aquel regreso, fijando ese vestido cuya tremenda impor-

tancia descubría de golpe Jotazeta. Mucho más importante que su puente, desde que lo había pensado para ocupar un tiempo de ausencia sin intentar modificar el tiempo, mientras el vestido, por sus alcances y significados, estaba anticipando aquel regreso. Con cada puntada Uve acercaba un poco más al cantor. Su puente, en cambio, acababa en sí mismo, no había podido salir de la inercia, no iba más allá de unos alcances limitados por la espera, y en ese sentido tanto valía una gigantesca construcción con forma final de puma como el humillante andarivel en que había acabado su proyecto. Aquel vestido, razonaba entre sus sueños *Jotazeta*, abarcaba su puente convirtiéndolo en uno de sus pliegues, en mínimo detalle que se olvida ante el deslumbramiento del conjunto. Entonces decidió ceder secretamente ^{su} la potencialidad ~~de su puente colgante~~, que estaba intacta y era lo único real hasta el momento, a la construcción de aquel castillo de sedas y puntillas hacia cuya posibilidad se orientaba el trabajo tenaz de las mujeres silenciosas.

Con la energía que el enlazador traspasaba mentalmente, el vestido crecía, sin que las mujeres lo notaran, hacia su ^x verdad final. Doblegado el raso, ~~la estructura~~ del castillo encontró ²⁶⁹ por fin sus formas y colgando del techo y apoyándose a la vez en sus cimientos iba de una orilla a otra acertando distancias. Convocadas por el enlazador, llegaron costureras de otros pueblos, de la sierra y del llano acudían viejecitas temblorosas trayendo sus agujas y dedales, trepando se desparramaban por los andamios desplegados desde el ruedo de la falda hasta las alturas del canesú. Las costureras, trabajando en distintos niveles, tan lejos unas de las otras que debían hablarse a los gritos cada vez que necesitaban izar un hilo o un botón, desarrollaban el conjunto armoniosamente envolviendo la forma en centenares de metros de puntillas espiraladas que ascendían como caminos de ~~una~~ ^{caracol} en la montaña, aplicadas pacientemente por aquellas abejas calladas y empeñosas alrededor de aquella falda abultada por el enorme poliésón, mientras otras abejas, más ágiles, trepadas en los andamios más altos, hacían lo mismo en las mangas abullonadas y aquí y allá, en distintos lugares de la sala-baldío ocupada por la extensiva Uve,

otras costureras trabajaban en distintas prendas con hilos de bramante, colocaban bayetas a un corsé, aplicaban bordados amarantáceos en prendas de satén o brocatel, y el castillo crecía y crecía desafiando la ausencia del canter.

Eñe, dijo Uve, ¿quieres prender la radio, por favor? El botón del volumen estaba al máximo. Cuando la niña giró el otro abriendo la calle que conectaba a Minas Altas con la gran calle que corría paralela con la Vía Láctea, un bólido huracanado envuelto en estrépitos diversos paralizó la mano en alto de Uve con el hilo tenso, alejó a Eñe del aparato como huyendo de un incendio y desfiguró la boca de Emebé, que mordisqueaba un hilo con intenciones de cortarlo, mientras Jetazeta, conmovido en su silla, veía a sus ancianas costureras caer de los andamios envueltas en el delirio de sus trapos negros, deshaciéndose en el aire iban las viejecitas torpes, deshilachadas por el tremendo ruido del meteorófono que acababa de caer.

Los músicos mueven negativamente sus cabezas

Objeto musical descaudado

La cortina de tela que tras unas maderitas labradas ocultaba las entrañas de la radio pareció partirse en dos para dejar salir los sonidos, como queriendo inflarse sin poder dar paso libre al torrente de notas de todas las alturas que invadiendo y paralizando la casa de Jotazeta escaparon, sin dejar de fluir, por ventanas y resquicios, puertas y chimeneas; en chispas de segundo remontaron la calle de Minas Altas y traspasando el peñón de los astrónomos allá arriba escapaban en busca de su origen y el cierre del circuito, convirtiendo a Minas Altas en un vaso comunicante con la calle sonora que corría al lado de la Vía Láctea con sus millones de palabras y sonidos, como una gran serpiente eléctrica, a tal punto que, de no haber quedado todos paralizados, hubieran corrido a cerrar el botón abierto por Eñe para evitar que aquella franja celeste, alocada y sin control, tomara cauce por el río, lo desbordara y se convirtiera en la más peligrosa de las crecientes.

Desde la silla donde estaba la radio, el meteorófono desparó los hilos y pelusas dispersos por el suelo abriendo un cráter que llegó hasta los pies de Jotazeta, el más alejado del aparato. Un botón de camisa caído en el suelo se movió de su sitio, contaba luego Eñe, y sólo se detuvo cuando fue a dar contra la pata de una silla. Al lado del aparato había una tela inservible, con cicatrices de tijeras, deshilachándose, a punto de separarse los hilos de la trama de los de su urdimbre: el soplado del engendro terminó la tarea convirtiéndolos en finísimos cabellos que fueron arrastrados por el suelo.

Toda acción quedó suspendida en el aire con la caída del cuerpo es-

tratosférico. La aguja de Uve quedó en alto con el hilo tenso, sin poder acabar la puntada; Eñe, refugiada tras Jotazeta, se tapaba los oídos como para siempre, y los incisivos de Emebé se detuvieron, merdiendo, en la mitad de la pulpa del hilo; el hueso solitario que hervía en la cocina dilató sus poros para dejar entrar en sus médulas aquel sonido que atravesaba los metales. Ni siquiera las ancianas costureras de Jotazeta alcanzaron a llegar al suelo tras la caída desde sus andamios: suspendidas en el aire, tiritaban dentro de sus vestidos negros como luces de velas temblorosas mientras el sueño de Jotazeta, suspendido también, no lo dejaba despertar del todo y los andamios y las viejas y los kilómetros de puntillas serpenteantes alrededor de la catedral de seda no se borraban como sueño y bordeaban peligrosamente la neutralidad del raciocinio del sano enlazador.

En el momento de la caída, el ajuar de Emebé había progesado considerablemente sin necesidad de la valiosa ayuda de Jotazeta. Dos juegos de sábanas, con sus embozos labrados de angelicales fiandutíes, ya estaban planchados y plegados en sus cajas, y un corsé de telas impalpables bajo los pechos del maniquí se enlazaba detrás con nudos y corchetes disimulados bajo el viso de color que daba sombras y luces a la transparencia del vestido. Afuera, lejos, un zorro detuvo su carrera y los pumas se erizaron. El perrito del mulero, que dormitaba a sus pies, alzó el hocico para poder desalojar en forma de gemido el turbióñ altisonante que acababa de entrar por sus orejas, y los músicos, en enjambre, abandonaron sus viviendas en tropeles y corrían hacia la casa del enlazador zumbando como abejas enardecidas. Los astrónomos, asustados, pensaron inmediatamente en la rotura de un cometa próximo que estaban esperando y asomados a sus altas ventanas trataban de descubrir la consiguiente lluvia de meteoros, la cabeza con forma de gota de agua cayendo destruída entre explosiones luminosas; pero el cielo, recién anochecido, estaba limpio y serenísimo, las primeras estrellas de siempre temblando sobre los picos nevados de la cordillera.

Después de la sorpresa, el objeto sonoro continuó fluyendo más tran-

quilo y cada cual fue recuperando de a poco sus aptitudes habituales. Por la más angosta de las calles, la del sendero de cabras lleno de pedregullos y de yuyos estériles, se había filtrado aquella maravilla. Uve bajó su mano y concluyó la puntada, el hilo se cortó entre los dientes de Emebé, Eñe volvió a la silla donde bordaba, Jotazeta abandonó su tiniebla, y sus ancianitas, aterradas de por vida, desaparecieron con sus andamios y puntillas para nunca más volver. El meteorófono fluía serenísimo entre el oleaje de su armonía como enfriándose, soltando humos de secretas combustiones, solidificándose por fin en contacto con la tierra. Jotazeta y las mujeres, inmovilizados y sin saber qué hacer, escuchaban desvalidos mirando el aparato, ante un hecho sonoro que los sobrepasaba; y como ninguno tenía palabras para esas sonoridades nuevas, se miraban entre ellos avergonzados y tristísimos, dudando entre llerar o sonreír, paralizados por la ignorancia que tenían de esos golpes de luz y sombra como grandes salpicaduras de algo que sonaba en un lugar invisible y sin embargo era tan verdadero. Creyendo, en su inocencia, que aquello que no existe no existe para siempre, no podían salir al encuentro del hecho nuevo y se convertían en sus caminos, pasivamente, para que éste los pisara. Quietos, dejaban que lo nuevo los penetrara; y aquella invención armónica que por primera vez entraba en sus cuerpos vírgenes se incorporaba a sus existencias con la fuerza de un recuerdo y atravesando sus memorias compartía sus pasados.

Equidistantes y tristes alrededor de la radio, olvidados de puentes y de ajuares, sentados en el suelo y apoyando sus cabezas en manos pensativas los hallaron los músicos llegados en enjambre. No es para tanto, dijo un arpista de barbita fina, se trata simplemente de un objeto musical desconocido y ahora mismo vamos a copiarlo. Bajaron el volumen de la radio y se sentaron alrededor formando un doble círculo que bordeaba el cráter abierto por el meteorófono, mezclando cabezas negras y canosas y secreteándose entre ellos. Silencio, por favor, dijo el arpista y atemperando sus oídos se dejaron penetrar por las voces del lejanísimo instrumento.

Había cabecitas negras y cabecitas blancas, niñas de la edad de Eñe

pero con años duplicados por la frecuentación de los sonidos, viejas con los dedos achatados de tanto apretar cuerdas, enjutos adolescentes de mofletes hinchados por la frecuentación de los tubos acústicos, ancianos rozagantes por la práctica diaria del sano deporte de mezclar los sonidos con el tiempo. Había ojitos donde brillaban alegrías, ojitos dubitativos, candorosos, despistados, distraídos, preocupados, aquiescentes, negativos, huraños, perdidos, adormilados, clínicos, lejanos, minuciosos, juguetones, románticos, umbríos, canelos, recelosos. Había manos juntas, lentas, abandonadas, infantiles, sufridas, atentas, olvidadas, cautivas, parsimoniosas, traviesas, alarmistas, cada una al lado de su oído regulando intensidades y distancias.

Jetazeta esperaba que los músicos sacaran sus papelitos para calcar el instrumento nuevo, que desarmaran el círculo y se desparramaran por la casa abriendo y cerrando aberturas, que trepasen a las mesas ~~para escuchar desde arriba~~ o pegasen sus oídos al suelo midiendo intensidades como hicieran cuando copiaron la voz de Eme Calderón; pero los músicos no se movían, atentos a la repartición que estaban haciendo de las voces múltiples del complicado instrumento que venía acaso desde el otro lado del mar, para juntar ^u después las partes en una memoria única. La música iba repartiéndose en el doble círculo de cabezas, ~~negras en el de adentro y blancas en el de afuera~~, de lo agudo a lo grave las notas eran guardadas en la doble fila de cabezas habitadas al uso natural de la armonía.

Un ruido lateral sesgó el fluir y fue acortándolo hasta que la música desapareció. La calle, vacía, siguió manteniendo su respiración. La más nerviosa de las manos movió en sus dos sentidos el botón buscando en otras calles, pero nada, pura respiración quejosa, ruidos del viento en los peñascos, el aerolito había terminado de caer y era uno solo, no había más, los astrónomos hacía mucho que habían cerrado sus ventanas desinteresándose del suceso, y allá arriba muy alta la franja paralela con la Vía Láctea seguía trasladando sus millones de sonidos sin notar la pérdida o caída de uno de sus instrumentos, confundida con el estrellerío de la noche plena. Una caída

casual seguramente, un desprendimiento de instrumentos producido por la fricción de la abundancia, o acaso estos bóhdos sonores, como los cometas, tuvieran sincronizadas sus apariciones ante ojos y oídos humanos y a los habitantes de Minas Altas ya no les alcanzase la vida para asistir a otra caída, reservada a sus hijos cuando fuesen viejos o a sus nietos en edad adolescente, o quién sabe a quiénes, en vano Eñe movía ahora todos los botenes buscando el instrumento por si se había perdido en otra calle, el regreso de aquella música estaba al otro lado de su vida.

Los ~~diversos~~ músicos se quedaron tan ~~tristes~~ desvalidos como Jotazeta y las mujeres cuando ellos llegaron. Aquel instrumento, tan de pronto ausente, les dejaba el desasosiego que produce el paso de una estrella fugaz sin haber pedido formular ni siquiera uno de los tres deseos. Arracimados en un rincón juntaron laboriosamente las partes que cada uno había retenido y reconstruyeron lo oído nota por nota, sin olvidarse de una sola ni omitir los matices ni el más breve de sus silencios. Pero la forma del instrumento se les iba, había escapado al apagarse la estrella fugaz. La música se parecía a los juegos armónicos que ellos practicaban en conjunto, pero hecha por un solo instrumento, al parecer tocado por dos o más personas. Ellos, que habían ^{oído} ~~sido capaces de~~ copiar la voz de Ene Calderón, que nunca habían estudiado música porque venían de ^{ella} ~~la música~~, que eran como su árbol y la generaban, no podían penetrar en la forma de aquel instrumento volador que era capaz de caer como las lluvias o desplazarse como el viento. Jotazeta y las mujeres los miraban ansiosos a la espera de una explicación. Los músicos, preocupados como si se tratara de una enfermedad muy grave, en climas de desahucios y sacramentos últimos movieron negativamente sus cabezas. La noche había cerrado y la luna entre congelamientos se alejaba de los picos donde la nieve era eterna, alumbrando la extensión de Minas Altas, su pequeña realidad y sus raquíuticos alrededores, donde se había filtrado o había caído o pasado, por primera vez en su historia, una música que habitaba etres mundos y un instrumento que desconocían.

Lo importante, dijo un flauta viéndolo la desolación en la cara del

enlazador, es que ya tenemos su música y ahora se trata simplemente de adivinar el instrumento de donde viene. Yo pienso, dijo Jotazeta, que es el único instrumento digno de acompañar la voz de Eme Calderón. Los ~~diversos~~ músicos, como atacando un compás al mismo tiempo, inclinaron hacia el enlazador ^{→ SUS} ~~los~~ ojos blanquecinos y espinosos reprobando su temeraria afirmación. Y ~~moviendo negativamente sus cabezas~~ se apartaron alrededor de la mesa grande a dibujar la forma intuída por cada uno, entre un desorden de telas y de hilos, ⁰⁷ ~~hebillitas~~ y botones nacarados.

Volaba el cóndor, sonaba el cascabel

Verdaderos ingenieros esos músicos, inclinados sobre sus planos arrugando la cara en severidades recónditas para dar vida en líneas de realidad a un objeto preciso captado por sus mentes agilísimas. Había quienes echando mano a las reglas y cartabones de Uve trazaban planos de prolijas complicaciones, otros que a mano alzada y con preponderancia de curvas trazaban figuras de difícil definición, y algunos que utilizando tijeras de diversos tamaños recortaban papeles y retazos de telas que pegaban con engrude incluyendo en sus cuadros los botones y corchetes diseminados por la mesa y cualquier otro objeto pegable que estuviera a su alcance. Que cada uno, dijo el arpa, dibuje o haga el instrumento que la música le haya sugerido. Después tomaremos lo más verosímil de cada uno y juntando las partes tendremos el instrumento misterioso.

Algunos dibujaban buscando conscientemente aquella forma, preocupados por la preocupación de Jotazeta que parecía tan ansioso; otros, que habían iniciado sus trabajos con la misma responsabilidad y preocupación, enseguida se dejaron llevar por la propia dinámica del dibujo, por sus verdades impensadas y caprichosas, y empujados por el deleite de las líneas olvidaban no sólo a Jotazeta sino al propio instrumento deseado.

Emebé se acercó a un ^{músico} ~~instrumentista~~ y vio esbozado sobre su papel una especie de moline de viento con un aspa que batía sobre un gran cordal desplegado en el cuerpo del molino. Es hermoso, dijo y contestó "muchísimo" cuando su padre le preguntó si le gustaría tener el instrumento que acababan de oír para acompañar a Eme cuando regresase. Entonces, dijo Jotazeta, formará parte de tu ajuar, lo haremos traer de donde sea. Cuando acaben de dibujarlo sabremos cómo es y si ^{será} posible tra-

erlo por la cordillera, dijo Emebé presintiendo por el sonido un instrumento enorme. Jotazeta echó una ojeada al molino de viento, que ahora el músico coloreaba rodeándolo de un paisaje más importante que el instrumento mismo, aprovechando unas tizas de colores que encontraron en el costurero de mimbre de Uve. No creo que salga nada de ahí, están jugando, como siempre; jamás podrán hacer una cosa en serio, nunca en la vida, dijo Jotazeta.

El ex enlazador dio una vuelta alrededor de la mesa observando los dibujos. El molino, tres veces más alto que los árboles del fondo, tenía una rueda giratoria y dos aspas, una que recibía el viento haciendo girar la rueda y otra que, impulsada por ese movimiento, rozaba las cuerdas que eran a la vez la estructura del molino. El cordaje terminaba casi contra el suelo, en un palo agujereado desde donde era posible tensarlas y moverlas. El ^{músico} ~~enlazador~~ le explicó que acortando o alargando las cuerdas con el cabezal el ejecutante podía orientar a su antojo la intensidad del viento sobre el cordaje y que la música cesaba automáticamente cuando acababa el viento, como seguramente había ocurrido cuando la radio dejó de sonar de pronto, no había otra explicación para tan brusco cese. Y es como tocar con el viento, dijo el músico; uno puede darle o quitarle cuerdas al aspa que golpea, mamejándolas con este cabezal como si fuesen riendas; y cualquiera que sepa andar a caballo podrá tocarlo sin problemas; es realmente una preciosidad.

Pero más disparatada todavía era la cúpula con cuerdas que dibujaba el músico de enfrente, cientos de cuerdas desde la bóveda hasta el suelo. No entiendo, dijo el enlazador, no entiendo para qué esa cantidad de cuerdas. No son cuerdas, dijo el músico girando la hoja para que Jotazeta dejara de verlo del revés; es lluvia que cae sobre unas varillas de metal acanaladas, y golpea sobre ellas produciendo música; el único problema que se me plantea es cómo regular los golpes de agua; como goteras, ¿se da cuenta?

Miró como al descuido una serie de dibujos tan malos que más parecían bichos que instrumentos, aunque, debía reconocerlo, bichos ente-

ramente musicales, con grandes uñas o zarpas aptas para cuerdas de cualquier calibre, animales de seis patas con doce uñas en cada una y colas suplementarias rematadas en plectros aptos para intervenir en los pasajes más difíciles. Dentro de este estilo vio también monigotes, espantapájaros, viboritas y aves acuáticas, que nada tenían que ver con un instrumento musical.

Había una especie de arpa muy grande, acostada sobre una caja, con unas tiras acanaladas en vez de cuerdas, recibiendo desde arriba algo así como un aguacero. ¿Lluvia?, dijo Jotazeta señalando las varillas verticales que caían. Todavía no sé qué es lo que llueve, dijo el músico; más bien diría que son piedras, granizo. Y siguió dibujando, exageradamente inclinado sobre el dibujo, tan prolijo que indicaba la extensión de cada una de las tiras acanaladas con números arábigos y el espesor con números romanos.

El más serio de los músicos, el arpista responsable, el que siempre era consultado y siempre respondía con medida y sabiduría, trabajaba, y a Jotazeta le parecía ser mentira lo que veía, sobre un disparatado cuadrúpedo como si no fuera un hombre adulto, padre de familia y de hecho responsable del conjunto de los músicos. Lo importante, dijo seriamente cuando Jotazeta carraspeó a su lado, es lo que tiene adentro, porque allí suena; solamente me falta saber por dónde salen los sonidos.

Miren qué cosa más hermosa, dijo Uve levantando una lámina maravillosamente coloreada. Era la mitad de una gran rueda de madera (la otra parte parecía estar enterrada o sumergida en un río), con rayos que acababan, sobrepasando la circunferencia, en dientes irregulares. De su eje salía una manivela, sobre la que apoyaba sus manos, para hacerla girar, un hombrecito azul. El hombrecito, más pequeño que su instrumento, tenía un pie apoyado en un pedal, con el que acercaba o alejaba de los dientes de la rueda, según su voluntad, un juego de lengüetas flexibles capaces de vibrar con el roce de los dientes de la rueda. Detrás del instrumento había personas escuchando, pájaros detenidos en el aire escuchando, y al fondo la inmensa cordillera con un sol risueño que acaso se asomaba, acaso se escondía. Los colo-

res de las lengüetas corresponden a espesores y longitudes; los demás son de adorno, para alegrar el ambiente, explicó el músico. Es un hermoso cuadro, comentó Jetazeta. Pero todavía no suena, dijo el músico, un hombre pequeño de barba pitagórica, arpista, flautista y a veces cantor, según las necesidades. El músico que estaba a su lado dibujaba también una rueda, directamente copiada de la de su compañero, claramente metida hasta la mitad en un río, pero en vez de dientes tenía unas especies de baldes para sacar agua, con lo que su rueda musical se convertía en una noria, sin lengüetas visibles que rezar, salvo que estuviesen sumergidas y su instrumento sacase los sonidos desde el fondo del río.

Contra un fondo andino, de frente, sobre un gran trozo de tela pintado a la carbonilla, había un cóndor en vuelo. Era el mejor de los dibujos, con detalles del plumaje y de los ojos, del cuello blanco y de los remos. De las alas, que visibilizaban por contraste un gigantesco espacio, pendía triangularmente un entramado de cuerdas enlazadas allá abajo en una ^{pejora} ~~bola~~-cascabel donde el sol destellaba. De las garras del cóndor partían unos hilos más finos que sujetaban por detrás la bola de metal manteniéndola en la dirección del vuelo elegido por el pájaro. Volando por encima de las nubes y las nieves, en un aire tan limpio y transparente, aquellas cuerdas, afinadas desde los nudos que las sujetaban desde el interior del enorme cascabel, sonarían doblemente heridas por el movimiento de las alas y las corrientes cálidas que atraviesan las grandes alturas y son los caminos que transitan los cóndores. Es un capricho, dijo el músico agitando la tela; y volaba el cóndor, y sonaba el cascabel.

El arpista responsable recogió los dibujos y demás hechuras y entregó todo al músico del cóndor para que hiciese el dibujo definitivo del extraño instrumento.

De este lado de Eñe

Jotazeta, desolado, veía que el instrumento para Emebé, en manos de esos hombres, tendría el mismo destino que su puente colgante. Nunca había podido entender a los músicos, a mitad de camino entre un astrónomo y un enlazador. Eran generosos y cordiales, alegres y comunicativos. Pero convertían el riesgo del enlazador en juego irresponsable y la precisión del astrónomo en diversión casera. Los niños se comportaban como adultos y éstos como cachorros inconcientes. Jamás se supo de uno, salvo Eme Calderón, preocupado por sus orígenes. Los eclipses solares y lunares previstos por los astrónomos tras fatigosos cálculos nunca existieron para ellos; no les daban importancia porque, según decían, los eclipses eran matemáticamente aburridos.

El arpista autor del engendro del cuadrúpede observó uno por uno los dibujos y le dijo a Jotazeta que ya podía adelantarle algo. Para empezar, Eme Calderón no necesitaba que ningún instrumento lo acompañara, salvo que existiese alguna voz como la suya. Curioso, casi todos habían coincidido en una forma de arpa, pero sin duda se trataba de un instrumento incómodo, muy grande y pesadísimo. Algo de arpa o de guitarra, sí, pero le faltaba pulso; como tocado desde lejos, por músicos que apenas respiraban. Cuerdas; había cuerdas; pero cómo se tocaban; parecían golpeadas desde lejos por unos objetos no definidos. Como una habitación con cuerdas interiores, una casa de música donde hasta se podía vivir sin necesidad de salir del instrumento, protegida del sol y de las lluvias, seguramente tocada por varias personas a la vez. No, mejor no hacerse ilusiones ni permitir que Emebé las tuviera, imposible transportar una casa como esa, un aerolito como ese, a través de la inhóspita cordillera. Un arpa, sí, pero ciega y pesada, tocada desde lejos. Imposible que aquello hubiera caído del cielo como los meteoritos. Más bien parecía brotado de la

tierra, una enorme raíz negra aflorada por las lluvias.

Sus compañeros, sentados en el suelo, habían formado dos filas, una de cabezas blancas y otra detrás de cabecitas negras. El arpista responsable se ubicó entre las primeras. Uno de ellos entonó y los demás afinaron sus gargantas. Pidieron permiso para cantar algo que ayudase al dibujante, que también afinó desde la mesa donde trabajaba, a trasladar al p  pel la forma definitiva del complicadísimo instrumento.

Cuando sonó el primer acorde, E  e volvió a saltar como cuando tocó el botón dando paso al b  lide sonoro; un zorro dormido despert   en su cueva y el perrito del mulero alzó el hocico echando afuera en forma de gemido aquella música que volvía a penetrar por sus orejas, y los astrónomos asustados volvieron a abrir sus ventanas temerosos de la rotura del cometa que esperaban. Hilites y pelusas dispersos por el suelo fueron barridos por el canto y los bordes del cráter que se abrió llegaban a los pies de Jotazeta arrastrando un corchete y un botón, y en el corsé del maniqu   temblaban las tiritas y bayetas que sostendrían el busto de Emeb   el día de su boda. Era exactamente la música que había salido por la radio, apenas alterada por un timbre diferente y por octavas más altas o más bajas en sustitución de los registros extremos del instrumento no alcanzados por las voces.

Son tremendos, pens   Jotazeta arrepentido; si pueden reproducir su música, también podrán adivinar el instrumento. Cabezas blancas y cabecitas negras, a la derecha las finísimas voces de los niños, la música se entretenía como si dibujase largamente en ellos y luego, violenta y caprichosa, corría hacia el otro extremo cerrando y abriendo bocas, dudaba por el centro de las filas, volvía a los agudos y de golpe, como golpeando aquellas caras alineadas, se desparramaba en los graves de la izquierda insistiendo con duros golpe-teos en la cabeza del último músico grave, que emitía un sonido apenas audible de tan grave que era, en profundidades de ruido; jugaba luego con un par de voces en el centro, a veces juntas, a veces cada una por su camino, para dividirse en seguida en dos corrientes, una hacia cada extremo, saltando de cabecita en cabecita con pasos

secos y muy cortos hasta llegar a los dos extremos, para volver hasta encontrarse otra vez en el centro con pasos más largos encabalgándose uno detrás del otro. Exacto, dijo el ex enlazador recordando la música salida por la radio, y esperó un silencio que retenía en su memoria a ver si era tan fiel la reproducción que estaban haciendo. El silencio llegó en el tiempo justo, retenido por el recuerdo. El hecho colocó a Jetazeta dentro de la música. La nota que siguió recorrió vena por vena y latido por latido el cuerpo del laceador, removiéndolo parte por parte hasta hacerlo vibrar entero; con el ritmo marcado por los músicos de la izquierda se mecía Jetazeta en la melodía que salía por los de la izquierda.

El dibujante tuvo que abandonar el canto para poder mirar con atención a los cantantes y completar a través de ellos la visión del instrumento, con grave riesgo de que a aquella música le faltasen notas; pero sólo se perdió una cerchea gracias a la rápida sustitución que hizo en la fila de las cabezas negras uno de esos músicos que nunca faltan en cualquier orquesta que se precie. En la repetición del pasaje, la cerchea perdida reapareció con todo su vigor; al oírlo, el dibujante sonrió al sustituto agradeciéndole la recuperación de la figura musical extraviada en un descuido. En la realidad instrumental sugerida por los cantantes no había sitio para ruedas dentadas y molinos musicales, y ahora todo parecía estar más cerca del cuadrúpedo dibujado por el arpista responsable, especie de caballito pensativo, de mesa solitaria, de tablas abandonadas. Tuvo que renunciar también a su cóndor-arpa, que abandonó a los vientos de la altura; agitando corrientes de aire cálido se alejaba el gran pájaro seguido por los sonidos que decientos metros más abajo emitía el cascabel sostenido por las cuerdas que pendían de sus alas nevadas. La realidad, pensó tristemente el músico, por ahora se aloja en este humilde caballo de madera.

Trazó un arpa en el interior del cuadrúpedo, duplicando y triplicando las cuerdas según las voces que estaba oyendo. Que tengas una buena digestión, querido, le dijo para familiarizarse con el animalito que empezaba a absorber vida bajo los trazos de la carbonilla. El bi-

che parecía no tener intenciones de sonar. Aquellas cuerdas encerradas en la oscuridad de su vientre no tenían, como su instrumento abandonado, ni alas que las agitasen ni corrientes de aire cálido que entrelazándose con ellas las hiciesen vibrar. Atravesaban verticalmente al animal, silenciosas y tristísimas. Giró el arpa hasta acostarla, con lo que el cuadrúpedo se deformó hasta perder una de sus patas. Para que entrase un poco de aire y de luz dibujó una ventana abierta sobre el lomo, que resultó al convirtiéndose en un impensado homenaje a su instrumento-cóndor. No, con esta ala de madera el caballito no volaría nunca, pero a través de ella podrían escapar los sonidos del arpa prisionera. Lo observó con cariño, retirándose y acercándose a la figura, y halló que le faltaba vida a su dibujo. Entonces, mirando atentamente las dos filas de músicos, copió sus cabecitas blancas y negras en el frente del instrumento trípode. Luego, tras alguna vacilación especulativa, dibujó abajo entre sus patas el pedal de la rueda dentada sintiendo que faltaba algo pero que no podía agregarle nada más. Un ejemplar zoológico rarísimo, pero lo más aproximado a la música escuchada y al aspecto de sus compañeros cantando como golpeados por martillos invisibles. Y lo más alejado de su instrumento volador.

Acabado el dibujo, el canto fluyó todavía unos momentos mientras Jotazeta y las mujeres, desvalidos, se disminuían dejándose penetrar por las voces, y el mulero, que había oído las dos versiones desde su casa, no sabía si llerar o senreir, tapando con una sola mano las orejas de su perro para evitar que en sus concavidades perrunas aquella música se transformase en inútiles gemidos. Una de las cabezas blancas sopló generando un ruido lateral que sesgó el fluir de la canción y la música desapareció. Se oyó la respiración quejosa de los músicos, un ruido de viento en los peñascos. La música, esta vez, no regresó a la franja celeste para ascenderse hasta la extinción de la vida de Eñe y de los hijos de sus hijos. El ~~mekorófono~~ estaba dominado, sujeto por cuerdas que pedían conducirlo a su antojo, y en el momento que quisiesen, haciéndolo sonar con una voz, una rueda dentada, un cascabel o las aspas de un molino, de este lado de la vida de Eñe.

Un refrescante olor a sur llegó a la casa. Maravilloso, dijo I; escuché ese instrumento no hace mucho en una taberna marinera. Tiene como una cola que se abre y se cierra. El arpista le mostró el dibujo definitivo. Exacto, exacto; mejor dicho, casi exacto, se corrigió el mulero, divertido por el aspecto equino del modelo. Este que aquí parecen cabecitas son las teclas; sobre ellas golpeaba el músico con los dedos. Una delicia, vea. Aquí había un candelabro, y aquí otro. Y me parece que los pedales eran dos. Un bicho enorme, negro, pesadísimo. Claro que de caballo no tenía nada. Nosotros, dijo el arpista responsable, ya sabemos cómo es el instrumento. Lo único que necesitamos es la palabra para nombrarlo, si usted es tan gentil. Es facilísima, dijo I; una palabra como cualquier otra, pero que en este momento no me acuerdo; me parece que la tengo anotada en un papelito que guardo en el bolsillo hondo del chaleco junto con otros papeles de las cosas nuevas que voy conociendo en los viajes. El arpista esperó que buscara el papelito, pero las manos del mulero seguían quietas en los bolsillos de sus pantalones. I quería divertirse, que los músicos intentaran adivinarla, sabiendo que no eran muy duchos en cuestiones de palabras. Bueno, si usted no quiere darla, dijo astutamente el arpista eligiendo un tono patético de voz que inmediatamente formó nudos en las gargantas de Uve y Eñe, nosotros, de todos modos, se lo agradecemos.

El mulero echó una ojeada a las ~~diversas~~ caras dispuestas a divertirse con él, y juzgó aquello un golpe bajo al ver asomar primero una lagrimita y enseguida otra en los ojos de Eñe. Está bien, la diré, dijo I con un poco de rabia advirtiéndole que detrás de aquellos ojos aparentemente compungidos había un jugueteo, aquellos hombres manejaban los sentimientos a su antojo, capaces de reír y de llorar al mismo tiempo. Para serenarse, fingió buscar en el fajo que sacó de su bolsillo un papel que no existía. Se me ha perdido; se lo habrá llevado el viento; habrá caído en el fondo de un precipicio. El arpista, entre alegres perversidades, eligió un tono terriblemente consternante para sus próximas palabras, destinadas a hacer llorar al propio mu-

lero, mientras los ^{demás} ~~quince~~ músicos ~~se~~ se disponían a poner en movimiento un arsenal de tonos lacerantes; pero se contuvo ante las razones de I explicando que tenía la palabra en la punta de la lengua. El mulero arrancó un papel en blanco de una libreta y lo puso ante Eñe diciéndole que escribiera. Eñe cargó la mina de saliva para que la palabra saliera bien azul. Se la fue dictando letra por letra. Cuando terminó de dibujar la pe, I le dijo que la tachara y la escribiera con mayúscula. Eñe dibujó una hermosa P llena de rulos en la orilla del margen dejando todo el espacio libre para el resto de la palabra, que imaginaba interminable. Cuando acabó de escribir las cinco letras, sin lazos de unión entre ellas y con una clarísima tercedura hacia abajo, los músicos recogieron el papel y se lo fueron pasando sin comentarios, hasta que el último lo guardó en un bolsillo. El arpista dijo que era tardísimo, al día siguiente tenían un ensayo muy temprano, con lo cual estaban diciendo al mismo tiempo gracias, adiós y buenas noches.

En el camino juzgaron la palabra, sin uso y sin objeto, virgen de cosa y de recuerdo, por sus alcances seneros. Estaban desilusionados. Habían esperado algo mejor, más relacionado con el sonido que producía el instrumento. Aquello, a sus oídos, no era un nombre. Unas pobres letras, dislocadas y a los tropezones. Seguramente una invención del mulero, para divertirse. Piano, piano, decían despectivamente separando la palabra en tres sílabas. Palabra como aplastada por el peso del instrumento. Nombre más bien de pollo, de gallinácea, ¿no?, dijo el arpista. Un gallinero lleno de pianos y pianas cacareantes, tan engreídas, tan rechonchas.

PALABRAS Y DIBUJOS

Rayitas

159
141
18

Está noche. Hace solo. Fría (como quien dice: llueve). La Gramática me aconseja decir: Es de noche, estoy solo, hace frío. Pero no se trata de eso. No es la corrección lo que busco, salvo que se corresponda con la realidad. Pero esa correspondencia es muy difícil porque la realidad es incoherente. Buscar pequeños órdenes dentro de un caos es estéril. Al caos hay que hablarle en su mismo idioma si intentamos una relación real que nos conduzca a un conocimiento verdadero. Fría tremendamente, hace solo y está noche es lo que quiero decir, aunque no exactamente porque cada concepto ocupa lugares diferentes en el espacio y en el tiempo y lo que yo siento en este momento es su simultaneidad, las tres cosas mezcladas y emitidas al mismo tiempo, igual que las notas de un acorde. Si hubiera guitarras para tocar palabras, con tres deditos apoyados en trastes diferentes y un rasguído, el solo el frío el noche se desprenderían juntos, y ensamblados dirían exactamente lo que quiero decir.

En todo el día no he escrito una línea, postrado acaso por un cansancio de palabras, o por la realidad, que es lo que ellas representan. La mañana se me fue íntegra en la relectura de la Gramática. He pasado toda la tarde, hasta ahora mismo que empieza a estar noche y yo hace solo y fría al mismo tiempo, escribiendo sobre el viento, con esas rayitas que se enderezan o se inclinan fijando su conducta. Ellas también son palabras. Sin sonido, claro. El viento tiene dirección y

sonido. Las palabras que lo nombran, solamente dirección. Expresan o nombran sólo una parte del viento; lo mutilan. Cada viento, según su dirección y su sonido, podría tener una palabra de verdad. Serían miles y miles, como un idioma. Con un vocabulario de vientos, de sus nombres, surgirían por necesidad las acciones. Verbos de viento. Luego los calificativos. Y los nexos, que vendrían solos. Un idioma del aire en movimiento. De la misma manera, si observara y anotara la conducta de los cóndores, tendría primero nombres de cosas de cóndor, luego acciones y enseguida un idioma. Podríamos entendernos con ^{ellos} ~~los cóndores~~, comunicarnos lo que nunca pudimos decirnos en miles y miles de años. Qué descubrimiento, qué alegría nueva para un hecho nuevo, poder decir hace cóndor por ejemplo. Con un idioma cóndor y un idioma viento existiendo plenamente, enriquecidos por sus propias posibilidades abiertas, se abriría también la realidad que vemos y nuestras pobres palabras, descubriendo aquellas maravillas, se pasarían al otro bando abandonando sus ropajes envejecidos y entregarían a la verdad iluminada sus sonidos puros para mestizarse cambiando de forma y de color. Poder decir miren, en el jardín ha condoreado una rosa sur, y que sea natural; porque con nuevas palabras sucederían nuevas cosas, habría otros caminos y otros lugares donde llegar. Lugares creados por palabras, abriendo la realidad aparente y monolítica y generando otras con nuevos espacios para la formidable aventura de vivir.

Los trazos que uso para hablar del viento tienen su forma en los espacios de la hoja cuadriculada, uno al lado del otro, en distintas actitudes según el discurrir del viento y la fidelidad de mis miradas a los globos testigos. Un alfabeto de cuatro letras: vertical, horizontal, dos diagonales. Hay heras (y hojas) en que siempre se repite la misma línea. Inscriptas en un círculo, por lo menos tendrían otras posibilidades de inclinación, ~~mas~~ ángulos, uniendo otros extremos como sucede con las treinta y dos puntas de la Rosa de los Vientos que usan los navegantes. En los cuadraditos donde se aprietan, mis rayas, cuando hay vientos encontrados, son tristes cruces de diferentes formas. Si en vez de representar solamente la dirección del viento se ocuparan

también de su sonido, en cada cuadrado aparecería junto a la orientación una nota musical, formando una figura donde la rayita sería la plica o cuerpo de la nota representando la dirección del viento, la nota su sonido, con la posibilidad de agregarle todavía unos corchetes que representasen su duración e intensidad. Y eso ya sería un viento más o menos presentable. Todo viento emite sonidos perfectamente identificables. El tema de mi ^{pieza} ~~tema~~ es precisamente una combinación de vientos. Rele, ruja o ulule, en virazón o ponientada, en ramalazo o remelino, cada cual tiene un sonido diferente, desde el grave de un viento encañonado hasta el silbido del chiflón. Los del este suenan en tonalidad de do mayor, los del sudeste en su relativo la menor. Los que interpretan estas rayas al otro lado del mar (~~los que viven en el otro lado del mar~~) seguramente no necesitan el sonido, Para ellos las rayas serán como letras. Combinándolas según su ciencia acaso consigan formar palabras con sentido, armar frases coherentes y hasta bellas.

Nacen estas rayas en Minas Altas, que es casi como decir en el viento; el lentísimo mulero tardará doce días en cruzarlas por la cordillera, para llegar a los puertos marítimos donde todavía esperarán la llegada del barco destartalado nunca puntual que las seguirá demorando por el mar, cuando ya se ^{han} convertido en un puro recuerdo de los vientos que representan. Los hombres que las leen en las grandes ciudades llenas de cristales y de luces, se enteran así de vientos que ya no existen ni volverán a existir nunca, porque cada cosa tiene su momento plenario y después se desvanece. Y mientras ellos leen, ignoran la existencia de otros huracanes y otros torbellinos. Los vientos que hoy he escrito serán leídos cuando ya estén muertos.

Mis rayitas van a Europa, que imagine como una interminable cordillera enteramente poblada de grandes ciudades, elevadas como picos nevados, habitadas por astrónomos sabios que viven apuntando al cielo con grandes telescopios. De allá vinieron las palabras. Las juntaron unos monjes, tomándolas de la gente, y las amontonaron en un polveriento convento de la montaña hasta que un gramático las guardó en un libro orientándolas en su justo sentido, de acuerdo con su manera de pensar

el mundo. Llegaron aquí en boca de unos hombres que venían armados y envueltos con el vahaje de sus dioses. Mataron, y después ellos mismos murieron. Nos dejaron sus palabras, estas mismas que escribo, hace medio milenio. Podemos mirar el mundo y pensarlo como lo hicieron ellos. Pero solamente "como", es decir, parecido. Porque no somos ellos ni tampoco lo que fuimos antes de su llegada. Venimos de un mestizaje. Somos palabras nuevas, pero sin objeto preciso. Perdimos un pasado imposible de reconstruir, fue destruido cuando todavía no sabíamos tener memoria. Lo mismo que yo cuando Fábulo me desmemorió haciéndome cruzar aquella franja. No sé nada de mí, pero podré saberlo. Mientras tanto, siento que soy un puro objeto de la soledad, a solas con palabras. En conjunto, somos una soledad para siempre. Las historias que ha rescatado Fábulo, una gota en el mar.

~~mi mundo.~~

Ellos vinieron y después de su fracaso volvieron a su pasado. Nos dejaron ruinas y su propio fracaso. Pero en las palabras que trajeron quedó aquí lo mejor que tenían. Por lo menos algo de ese mundo que tiene pasado y mira su futuro, nos pertenece como si fuera verdaderamente nuestro.

Los nuestros que murieron también dejaron sus palabras, medidas por las cunas y cantadas por las madres. Palabras que ^{apenas} se escribían, solamente por el sonido tenían existencia. Para poder tenerlas era necesaria la presencia de un ser humano vivo, de modo que el hombre era la palabra. Con ellas, se miraba el mundo de una manera diferente que jamás volverá a repetirse en la historia del planeta. Las que han sobrevivido, cada vez tienen menos cosas que nombrar y menos gente que las diga. Miles y miles ya han desaparecido para siempre, y con ellas momentos irrecuperables de la realidad, miradas sobre el mundo que se quedaron sin cauce. Desmembradas del cuerpo al que pertenecieron, apenas alcanzan a nombrar objetos en desuso. Han perdido sus relaciones, sus metáforas, sólo conservan sus sonidos, que salen como a destiempo, con vergüenza. En algunas partes las usan sólo para las circunstancias íntimas. Hay palabras que alguna vez tuvieron su significado, su conexión real, y alguna gente las rescata para hacer el amor.

La Céfira conoce algunas. Más importante que esas palabras es la forma obligada de sus labios cuando las dice. No sé lo que significan, quizás tampoco ella. Las asociamos a un momento y en eso consiste la vida de estas palabras solitarias que, al revés de mis rayitas, carecen de orientación, tienen sonido solamente. Figuras musicales incompletas. Huesos. Reliquias.

Criaturas de curiosa ortografía que andan solas por el mundo, desorientadas. Como la palabra cóndor por ejemplo, o kuntur, que es su nombre verdadero. Dentro de los diccionarios, da vueltas y vueltas por el planeta, asomándose tímidamente a las dilatadas ciudades que nunca conocieron la existencia de los cóndores. Palabra sola de absoluta soledad, salvo en esta cordillera. *El cóndor está hecho, y hace*

sola, y fría.

*Y aquí se podría
empalmar con lo de
Abeirja*

Sietemesino, guarda tu puñal

Esta noche he vuelto a sentir miedo a las estrellas. Están ahí mismo, colgando a punto de caer, desnudas. Su desnudez me revela la mía, mis precariedades. Mi cansancio de palabras se agranda y se convierte también en un cansancio de estrellas. Estrellas y palabras me hacen conciente de estar solo. Los cóndores, que son mudos, posiblemente no se sientan solos ni tengan miedo a las estrellas. Si no tuviera estrellas y palabras me sentiría libre.

La desnudez de las estrellas se parece a la palabra crimen; el Sietemesino, a una fría desnudez de estrellas, patente en el filo de su cuchillo. La soledad de estas estrellas patentiza nuestra soledad y es la soledad del hombre lo que hace posible al crimen. No tenemos testigos diferentes de nosotros que puedan señalarnos, y el resto de lo viviente no habla. Entre nosotros sabemos arreglarnos, para eso hemos inventado el perdón y también el olvido. Hay un millón de años de mantanzas olvidadas. Y las estrellas brillan.

No necesito recuperar mi memoria personal, saber quién soy y qué hacía en Minas Altas. Sé muy bien a qué conjunto viviente pertenezco. Y me da miedo. Cuando llegué aquí, desmemoriado y libre, antes de conocer las historias recuperadas por Fábulo, para mí no había tiempo porque el tiempo era yo mismo. Ahora soy su objeto, mi tiempo pertenece a la memoria del Sietemesino, que conoce todos los tamaños de la vida y de la muerte, el fondo de los mares y seguramente el frío interestelar. Los astrónomos deberían volver sus ojos hacia nosotros, escudriñar estas lejanías remotísimas que somos, como si fueran testigos diferentes de nosotros. A lo mejor el Sietemesino, apuntado por un telescopio, guarde su cuchillo. Telescopios con una luz potente alum-

brándonos bien adentro. Como al viejo ondulatorio, alumbrado con procedimientos que luego se olvidan y perdonan.

El brillo de estas estrellas nos coloca en el centro de un exilio. No somos de ninguna parte. Los animales, que nos observan, saben mejor que nosotros cómo somos, por ser víctimas y testigos a la vez. Pero no tienen las palabras, nadie se las trajo todavía desde un lejano convento en la montaña atravesando mares desconocidos. Si se las diéramos, quién sabe qué sería de nosotros y en qué podría terminar este exilio, este suicidio de un millón de años.

Acaso nosotros tampoco tengamos palabras y los lenguajes de la Tierra sean gritos. Es lo que perciben de mí los cóndores próximos a mi refugio cuando les hablo. Gritos ante una realidad que no hemos podido percibir por ser nosotros mismos ella. Cuando esos telescopios iluminen y podamos vernos, las verdaderas palabras, que nunca figuraron en los diccionarios, vendrán solas por gravitación de cosas nuevas.

Un idioma, un diccionario que nos mire. Entonces las antiguas palabras, que por falta de percepción o arbitrariedad eran tan sólo gritos, las muy solemnes palabras de naturaleza sacrosanta, las que sostenían, convencidas de su eternidad, la inmensa estructura de los gritos, pasarán solas al olvido con sus viejos ropajes y estridencias. Otras, las hermosas y limpias, abandonarán sus antiguos significados y reclinándose en el puro sonido servirán de susurros para hacer el amor. Siempre que los hombres y las naciones de rapiña se dejen alumbrar por esos telescopios y olvidando su lecura suicida permitan que la vida continúe.

Un conterno de cóndores

Cuando escribí aquello de está noche y hace solo, en el fondo me refería a un cóndor; después derivé la situación hacia mí como para aliviarlo de lo que le pasó, y me dejé llevar, ~~por las palabras~~. Lo sucedido me turbó el ánimo y tiñó mis palabras; ya no estaban en condiciones de contar, como era mi propósito hasta ese momento, la historia de unos dibujos muy hermosos que hicieron Jotazeta y el mulero.

Tampoco voy a poder contarla ahora: por primera vez en mi vida de aquí arriba me ha entrado la tristeza. No debería contar lo del cóndor, porque no pertenece a las historias de Fábulo; pero si no lo hago, éstas correrán el riesgo de salir teñidas.

Es el cóndor del cerro donde espejea la Céfira, separado del Mirador por el ancho de una nube normal. Su cueva está un poco más arriba de la falda donde se reflejan los espejes, en una roca de basalto al abrigo de casi todos los vientos pero expuesta totalmente al del sur, que aunque menos frecuente es fuertísimo y casi siempre arrastra polvo de nieve y pájaros sin vida. Un cóndor azuloso que vi asomarse a su cueva cuando la Céfira me envió las primeras señales amorosas de su espejito. Siguió los vaivenes de la luz con movimientos de cabeza y cuando la vio detenerse en un punto se lanzó. Descendía, y las sombras de sus alas ascendían por las rocas en un vuelo inverso. Voló en ^κ círculo ~~may~~ cerca de las intermitencias lumínicas, se acercó casi hasta rozarlas y remontó ~~hasta~~ hasta pasar a un par

de metros del ventanal donde yo estaba asomado. Una luz de espejo desviada por el temblor del pulso de la Céfira allá abajo relampagueó en su cara aproximando a mi vista, como si las tuviera junto a los cristales, sus arrugas rosadas de mulero del aire.

Regresó a su refugio y cada vez que recibí mensajes de la Céfira repitió su acción. Muchas veces, distraído, me enteré de las señales luminosas por sus vuelos; él era el primero en leer mis cartas. Seguramente a partir de la primera experiencia lo consideró un juego, actividad principal de los cóndores. Dedician tres años a enseñar a jugar a sus hijos, y cuando éstos se van siguen jugando soles. A veces bajaba con la cóndora. A jugar con las luces, claro. Y siempre, en el vuelo de regreso, pasaba rozando casi mi ventana dejándome ver de cerca los vellones de su cuello blanco, la parte blanca de sus alas, sus adornos crestarios, las plumas terminales festoneadas como algunas prendas del ajuar de Enebé, el velo de gasa rosada que llevan en sus ojos para mirar el sol.

En mis relaciones con ese cóndor, las palabras eran lo que más me alejaba de él. Yo las usaba lo mismo, y aun sabiendo que él no podía considerarlas más que un grito le decía rápidamente, en el tiempo permitido por el breve paso de su vuelo junto al ventanal, cóndor, hermoso; ~~tu cóndora es preciosa~~. Pero él tampoco tenía experiencia de los gritos, porque los cóndores son mudos, o callados, no lo sé. Sin embargo parecía entender las palabras de espejo de la Céfira, con las que jugaba enterándose de nuestros secretos. Y en ese lenguaje equidistante nos entendíamos los tres.

Su cueva está a media altura entre los cóndores de abajo, que viven próximos al nacimiento de las nubes, y los de arriba, invisibles para mí, que habitan las cumbres que ocultan el mar próximo. No he visto a otros cóndores desde tan cerca como ^(a) éste, pero he podido comprobar que no sólo no son iguales entre sí sino que tampoco se parecen, del mismo modo que una persona no se parece a otra aunque tenga la misma forma y proporciones. Las diferencias más visibles son de actitudes. Puedo reconocer en todos los cóndores dos maneras diferentes de volar: la

de búsqueda y localización del alimento y la de aviso a los demás cóndores invitándolos a compartirlo. El vuelo de invitación de mi cóndor era casi una danza, una manera sólo suya de inclinarse en las curvas, una especie de traspíe que daba en el mismo lugar del círculo en cada giro como cayéndose en un pezo de aire imaginario. No lo tenían los demás cóndores y él no lo hacía por necesidad o torpeza; parecía más bien un chiste, un regodeo. En Minas Altas y en toda la Tierra hay personas con semejanzas de animales. Este cóndor, sin llegar a tener semejanza humana, poseía el encanto periférico de la figura de Ene Vega, su belleza acababa en su cresta y no había más allá, de la misma manera que el esplendor de Ene Vega acababa en su sombrero y tampoco había más allá.

Lo he visto jugar con la cóndora correteando en las planicies, asustarla y esconderse, fingir corridas invitándola a volar y luego quedarse en tierra cuando ella rementaba. Lo he visto hacer el amor emitiendo unos sonidos que no están en mi guitarra, cambiando de color hasta tornasolar las arrugas de su cara desnuda y abrir las enormes alas abrazando a la hembra. Lo he visto haciéndole perrerías al conderito, y no precisamente para enseñarle a velar. Lo he visto ascender atravesando lluvias y vabar luego por encima de ellas bajo el sol. Lo he visto rozando mi ventana en una complicidad de espejes comunicativos. Lo he visto velar contra el sol que nace y a favor de los penientes. Lo he visto regresar de las cumbres más altas después de visitar el mar vedado a mi visión. Lo he visto desnudo, porque su plumaje es desnudez, asomándose a su cueva mirando sin miedo las primeras estrellas, que para sus ojos habituados al sol apenas tendrían un brillo de tristeza de candiles. Y lo he visto caer, cansado de ser cóndor, sobre una saliente de la roca próxima a mi ventana.

No tengo palabras para mirar por dentro al cóndor en su último vuelo. Si las de los espejes tuvieran sonidos, rayitas para representarlas, quizás pudiera hablar de sus adentros durante el vuelo final, por ser el único lenguaje posible donde coincidíamos, aparte el roce amistoso de sus alas en los cristales de mi ventana haciendo temblar los

globos eólicos con un viento diferente, tibio de su cuerpo de altas temperaturas de ave de los hielos y las nieves. Nunca puse en rayitas los movimientos generados en los globos por su cuerpo en vuelo, que seguramente estaba añadiendo algo. Las hubiera amontonado como aquellos monjes de conventos de ultramar, las hubiera ordenado y unido hasta convertirlas en palabras. Las palabras son sonidos, su vuelo era sonido; sólo faltaban las rayitas.

Lo único que puede hacer es hablar de sus contornos. Su contenido era impenetrable y así se quedará. Lo vi asomarse a la cueva, a la hora en que ya brillan las primeras estrellas, donde siempre se quedaba hasta que cerraba la noche, posiblemente entregado a sus sensaciones de habitante de este mundo dentro de su hechura de cóndor. En la penumbra, apenas su forma de huso hueco ajustado para el vuelo; invisibles las plumas escamosas protegiendo los fuegos de su temperatura mortal para nosotros; invisible su pico cortador de aires; invisible su determinación de vuelo último.

Sin actitudes diferenciadas como la de su vuelo de invitación a compartir alimentos, apenas con su estricta mecánica de ave, despejado de todo y a solas con su determinación, se lanzó en aleteos furiosos, olvidado de su vuelo a vela, llevando consigo todos los cóndores, desde el pequeño al adulto que había llegado a ser, sus juegos y sus bromas inocentes, su desdén por las estrellas tan silenciosas como él, su miedo al entrampador, sus recuerdos de nubes y sus deseos de dejar de ser un cóndor para siempre.

Lejos abajo, nubes ocultando las últimas alturas humanas; lejos arriba, estrellas encendidas; cerca, files del aire bramando en las remeras negras; un silbido helado en los astiles y la humedad del aire lagrimeando en el calor de las arrugas, con astillas de nieve en la cresta, olvidado de todo llevaba el cóndor su contorno para dejarlo abandonado en la saliente de la roca.

Sus tres metros de alas convirtieron los globos eólicos en sismógrafos inútiles. Sus movimientos, traducidos en rayas, hubieran sido unas grandes manchas negras sin orientación y por encima de cualquier

sonido que el oído pudiera percibir.

Cuando tuve la roca a unos segundos de su cabeza plegó las alas. Su contorno en forma de huse, encerrando fuertemente el contenido del cóndor y su determinación de morir, roló borrando y confundiendo formas hasta encontrar los filos de la piedra. Apenas hizo ruido. Una manzana que se cae y se parte.

Envuelta en sombras apareció la cóndora y se posó junto a su cuerpo. Inclina la cabeza en varias direcciones enfocando las distintas partes de su cóndor. El huse, en desarreglos; como si nunca hubiera velado. Las timeneras, junto a una pluma blanca desprendida de las alas, temblaban en el borde de la saliente movidas por una brisa del sur.

Le dije adiós sin usar palabras, moví un brazo intentando que fuese un ala. Quería decirle que habíamos compartido el mismo aire y unas cartas de amor. La cóndora se fue enseguida dejándolo hace solo y está noche y fría.

Para elvidar estrellas

La muerte del cóndor ha extendido una niebla que no me deja ver las historias de Fábulo y pone en duda la oportuna de las palabras. Su muerte no está sólo en él y su contorno. Un viento sur idéntico durante horas, que llevado a los cuadrantes es una monótona sucesión de rayas idénticas, como un gran silencio, se llevó al cóndor a las profundidades y luego, durante toda la noche, sopló desparramando su muerte por abajo y por arriba del cerro, penetró de cueva en cueva; y no pudiendo traspasar allá abajo el límite de unas nubes cerradas ni las capas de aire de las últimas cumbres allá arriba presionó hasta formar un gigantesco huse que abarca todos los espacios entre los dos grandes cerros. La forma de su muerte penetró por los resquicios de mi ventana convirtiendo al Mirador en parte de sus contenidos, de modo que amanecí incluido en el suceso como si tuviera, ahora para siempre y detenido, el roce momentáneo de sus alas contra los cristales.

A media mañana las nubes ascendieron cargadas de electricidad, soltaron su primer relámpago y desde una lejanía llegó el trueno. Llevía en Minas Altas, llevaba en las Salinas, acaso llovía sobre el mar. Aquí el sol estaba pálido y frío todavía. Pentagramé unas hojas dejando que mientras tanto la muerte de ese cóndor se expandiera hasta donde alcanzase, y en vez de notas puse palabras en sus líneas y espacios, con el propósito de restarles rigidez en el juego, quitar certezas a la muerte del cóndor y buscar a la vez, por combinaciones, la posibilidad de otras palabras.

Las palabras tienen altura, en cuanto sonido, según las vocales pre-

valecientes. Yendo de lo grave a lo agudo, la letra u es la más grave, asciende por la o hasta llegar a la altura media de la a, la e ya es aguda y por último la i, agudísima. La combinación feliz de estas alturas es lo que les da belleza sonora a las palabras. Probablemente por estas razones los músicos de Minas Altas desecharon la palabra piano, donde, francamente, no me parece feliz la combinación de las vocales si las pensamos por su altura.

Para empezar mi juego coloqué la palabra nieve en el centro del pentagrama, por considerarla ni aguda ni grave; aunque tiene dos vocales agudas, su combinación y pronunciación en una sola herida de la voz le resta agudeza colocándola en un término medio. Allí la dejé y tomando otro ejemplar de la misma palabra la puse en los registros más graves, allá lejos muy debajo del pentagrama, y procuré escuchar su posible sonido, su nuevo significado. No dejó de ser nieve pero se fue tiñendo hasta llegar a un azul muy profundo, casi violáceo, debajo del cual su sonido era casi imperceptible, bloqueado bajo un hielo oscuro y sucio; la clara combinación ie, allá en lo hondo, casi en el borde de una u, como ululando, perdidas ya sus apariencias niveas. La dejé ulular un buen rato abajo, como quien mantiene sumergido un objeto sonoro candente, una brasa que chirría bajo el agua hasta convertirse en un carbón, y cuando dejó de sonar como la brasa cuando se apaga la traje a la superficie, tiznada, humeando aún por la combustión sufrida.

Cuando la sentí fría la empecé a subir por los espacios dejándola descansar sobre las líneas, y a medida que perdía sus forzados atributos de u alcanzando las ya humanas tensiones de la o, iba insinuando su médula blanquísima a través de las capas azules desprendidas. En la cuesta entre la o y la a se fue desgranando en fuegos artificiales, liberándose de los colores que no le pertenecían ya, arrojándolos lejos, hasta que con el último velo desprendido recuperó su blancura, justo a la altura de la nieve que había quedado esperándola en la mitad del pentagrama. Era una nieve dos, tan blanca y esponjosa como la nieve nieve. Hermosas las gemelas paraditas sobre la línea, tan igua-

les que en una distracción no supe más quién era quién. De modo que nunca pude saber si la que enseguida me llevé hacia arriba era la que había quedado esperando o la que puse a azular en lo más hondo del pentagrama.

En cuanto la moví de su sitio llevándola al espacio inmediato superior, amarilleó pasando muy cerca de la significación de un girasol; y a medida que la subía hacia la e, era increíble ver la cantidad de cosas que pueden esconderse debajo de la palabra nieve. Casi sobre la e llegó a ser nube, sin llegar a formarse (el movimiento de traslación era demasiado rápido y no me permitía visibilizar todos los cambios producidos), y en el ascenso hacia la i final ya se iba sola, como gaseificada, sin necesidad de que la empujara nadie. Al llegar a la última letra de la escala su amarillez había desaparecido y estaba tan blanca como la gemela que la esperaba más abajo. Forzando sus posibilidades de palabra la empujé todavía más arriba, sobre unas líneas adicionales de muy escaso uso. Allí se cuajó en una geta que no pude retener, cayó verticalmente hasta las profundidades violáceas de la u, donde la abandoné. Hice lo mismo con las palabras nube, viento y cóndor, cuyas peripecias no es necesario contar, sufrieron transformaciones parecidas de acuerdo con su contenido, y el juego es infinito.

La desgracia del cóndor permanecía en su sitio, insensible a mi juego, llenando toda la mañana. Para ella el tiempo no pasaba. Escribí palabras al azar y las recerté en papelititos apenas más grandes que ellas para agruparlas según sus propias afinidades, o las muy visibles, o las que se esconden y se niegan. Las consonancias son fáciles de hallar, ellas vienen solas como cóndor-nube-cielo, remanidas. Más divertidas son las disonancias imprevistas, como amor-nariz, términos que al principio parecen antagónicos y después se van tiñendo mutuamente hasta reconocerse asombrosos parentescos. Los acordes de tres ofrecen reconfortantes sorpresas, como pérgola-idóneo-usucapir (a esta última la robé del Diccionario), y en la doble cuerda me encontré una perla, luna-luna, que son iguales pero diferentes por tener distinta entonación la segunda vez que uno la dice; viniendo de la primera y ligándola con ella, la primera u tiene un acento más gordo que el de la pri-

mera luna. La asociación de cuatro, teniendo en cuenta que deben oirse juntas para que sean graciosas, resulta un poco más difícil, aunque todo es cuestión de educar un poco el oído hasta poder captar sin distraerse el racimo de trasge-gasa-selva-leve, donde queda sonando al final algo así como tráigasemele, una palabra especial para gramáticos.

Después está la posibilidad de descubrir las aspiraciones secretas que muchas palabras ocultan por falta de coraje o excesivo sentido de la seriedad, pero las están deseando. Entonces surgen hechuras tales como naipes de espejos, menta en la marea,,relámpago con mariposa, chispas de sonámbulo, con todo lo cual uno puede jugar a ser eterno olvidándose de todo.

La temperatura a que me llevó el juego me hizo sentir que con cada hallazgo lograba rescatar un día de la eternidad de la muerte en expansión y que al mismo tiempo iba sumando días a mi vida. Y jugaba y jugaba para no morirme, de la misma manera que los niños juegan para no ser adultos, y los adultos para volverse niños y estar lejos de lo que le pasó al cóndor que compartía conmigo las cartas de la Céfira.

El juego es divertido, y más todavía si uno echa mano al Diccionario y se encuentra con argumentos del tipo de usucapir, especie de gusanito laborioso según sus alcances sonoros. Contiene una valiosa colección de palabras en desuso; deseosas de ser utilizadas aunque sea una vez más, se desprenden fácilmente y corren a tu encuentro. El Diccionario, con sus museos, es utilísimo en estos casos. Un naipe que permite llenar noches y noches olvidando la presencia de las estrellas tan eternas que esperan allá afuera helándose en su propio frío, mientras uno se divierte con setas, reyes y caballitos de palabras muy envejecidas pero que pueden servir como juguetes.

*Roberto
Personitua
cap. 1*

Descanso de palabras

Cuando acabé mi juego, en Minas Altas había dejado de llover. Un poco del sol de aquí arriba llegaba abajo atravesando nubes residuales casi transparentes. Las expansiones de la muerte del cóndor habían desaparecido; su persistencia era apenas un peso en la memoria, se aligeraba para empezar a convertirse en un recuerdo. Como mi memoria casi no los tiene, sus grandes espacios vacíos permitirán al cóndor moverse libremente sin temor a desplegar sus alas.

La Gramática, junto al candelabro, me recuerda el deslumbramiento que me produjo el descubrirla. Fábulo me había instruido sobre su existencia. Debía amarla y respetar su concepción de las palabras. Sin ella, las historias de sus muñecos jamás podrían salir de Minas Altas y en consecuencia su destino predecible era el olvido, que era a la vez el de todos nosotros, nuestra desaparición. Cuidado, dijo Fábulo, cada palabra bien ordenada será un poco de aire puro, y todas ellas nuestra respiración. Usted póngalas como dice el libro que hay que ponerlas, así conseguiremos que nos entiendan todos, al otro lado de las Salinas y también al otro lado del mar.

Un libro pequeño, con tapas de cartón que olían todavía a humedad marina. Estaba sobre una carpetita de encaje, protegido por un pañuelo de mujer. Era el objeto más importante de la mesa, en el centro de ella junto al candelabro. A su lado había unas hojas en blanco, el tintero y esta pluma. Lejos, en la otra punta, las planillas para

apuntar la dirección de los vientos eran objetos secundarios. La Gramática había llegado al continente atravesando el mar. Unos muleros, analfabetos por elección propia, a pedido de Fábulo la cruzaron por la cordillera. Por ignorar de qué se trataba, la consideraron un objeto frágil y la travesía fue lentísima, las mulas apenas se movían, temerosas de que la Gramática se quebrara. Sin abrirla, la dejaron junto al candelabro, tal como la encontré esperándome.

Antes de fijar en ella una larga mirada contemplativa me lavé las manos y miré todo lo de alrededor apropiándome primero del ámbito que la contenía. Debajo del olor marino de sus tapas estaba como envuelto en un secreto el olor de la tinta, escapando de las hojas ciegas que había que recortar. Su peso era apenas una distracción para la mano, y toda ella estaba como agitada por los presentimientos que contenía. Entre ella y las hojas en blanco destinadas a la escritura flotaba la existencia de un aprendizaje que intuía dulce, como el que hay entre un instrumento musical y el momento de tocarlo.

Hermosa, le dije entreabriendo al azar sus hojas unidas por arriba, y vi asomarse como respuesta, entre unos caracteres con formas de bichitos agrupándose, las palabras *debaño*, *leñes*, *açafrán* y *atramuzes*, que como voces vivas pasaron directamente a mis oídos vírgenes de ellas. Ella se dejaba leer ofreciendo gozosa la totalidad de sus palabras. Teníamos para los dos un largo tiempo por delante, pero yo prefería tomar palabras sueltas que me salpicaran, *llaes* y *guadafianes*, oviese amado y yo vuelvo los ojos, tal como las recogieron de la gente aquellos monjes del convento en la montaña y las ordenó hace quinientos años un ~~hombrecito llamado~~ Antonio de Nebrija, adecentándolas para el largo viaje ultramarino que las trajo al continente, desde cuya orilla unos muleros las cruzaron por la cordillera y las dejaron sobre esta mesa junto al candelabro. El las dibujó una por una, fijando sus sonidos y orientación, y por ellas puedo enterarme de las voces de hombres ausentes desde hace siglos, de la misma manera que los hombres que miran mis rayitas pueden leer vientos desaparecidos.

Recuerdo el deleite conque vi, muy temprano en una mañana fría,

el aiuntamiento de letras cogidas en una herida de la boz para hacer nacer las sílabas. Sílabas con longura de tiempo, y assí, el que habla, porque alça unas y abaça otras, en alguna manera canta. Porque ordenar las palabras es verdadera mente quasi canto, de modo que el pensamiento, herido en el áspera arteria que llaman gargavero, por lengua, paladar, dientes y beçes sale en forma de música. Y en el pure deleite de esa mañana fría efa el nacimiento de las sílabas con el sonido intermedio que hay entre el silencio de la nieve y el cuchicheo de la lluvia.

Dilecto señor mfo: sus palabras siguen titilando en el candil que me alumbra en Minas Altas. A su luz quiero decirle que en cuanto disponga de un rápido mulero capaz de llegar con sus alforjas al roquedal de su convento, le enviaré algunas palabras que entre hilachas y lágrimas andan deshaciéndose. Tras cinco siglos de andadura necesitan descansar para poder seguir fijando ~~luego=luego~~ la historia de este pueblo y salvarlo del olvido, seguras de que a su arrime cuidadoso recuperarán el aura de su aliento, assí para su memoria, como para hablar con los absentes y los que están per venir.

Jotazeta descubre un cefre para el gallo blanco

Posiblemente I desconociera la palabra no, e se resistiera a usarla (y esto era un buen síntoma), pero los gestos con que la sustituía cada vez que Jotazeta le pedía que se ocupara del traslado de aquel instrumento eran peores que una negación directa. Sin mover negativamente la cabeza como los músicos, su no era más rotundo.

Acababan de comer. Las mujeres, envueltas en los artificios de sus costuras, rumoreaban en el centro de la sala, y el sol de la siesta, penetrando horizontalmente, amoderraba al mulero casi tendido sobre la silla donde Jotazeta acostumbraba pensar su puente, y se desparrahaba por la pared iluminando los dibujos de los músicos, enmarcados y colgados según un orden que iba desde el melino inverosímil hasta el modelo definitivo, pasando por los bichos de seis patas y los monigotes infantiles. Jotazeta lo había invitado a comer calculando una larga sobremesa, le había cedido su silla de pensar y descansar, se había sentado frente a él para hablarle y convencerlo, y ahora el mulero se le dormía, se iba durmiendo justo en la mitad del gesto que utilizaba para decirle no, por allí iban quedando fijas sus facciones en un no tranquilo y calentado por el sol.

Caramba, ~~caramba~~, pensaba el ^{laceró;} ~~mulero~~, tiene una cara buena, su propia largura de I sin complicaciones gráficas es una benanza pura, en la debilidad de una I se apoyaba la bondad de su cara, en i de decir sí vacilaba ahora su no, fijado por el sueño calentado por el sol siestero. Tiene la voz del bueno, que se vuelve un silbido muy dulce

cuando llama a su perrito, esa voz que convence cuando dice que nosotros aquí somos usurpadores porque le quitamos a los pumas su propio territorio y que el aire que respiramos pertenece a los cóndores. Tiene esas manos tan enormes donde Eñe empequeñece si la acaricia, ese cuerpo que desprecia las balas cuatreras de los gendarmes rastrosos, esos files de pómulos que avanzan contra el viento y el mar, esos ojos que jamás se perturbaron y mantienen el brillo de su primer día de vida, habituados a las nieves y a las ondulaciones de los cuerpos desnudos de las mujeres que viven junto al mar. ¿Por qué se niega entonces a traer ese instrumento a Minas Altas?

Le rozó una rodilla con los dedos para desamodorrarlo. La I de la cara del mulero se movió en negaciones, confusas debido a que, según vio Jetazeta, mientras la letra se movía el punto permanecía fijo, negándose con su inmovilidad al no retundo. ¿No le parece?, dijo el enlazador. Ya le dije que es difícil, dijo el mulero moviendo lo azul de sus ojos paseados largamente por calles mutiladas que acababan en el mar. Y volvió a quedarse quieto, su medio no calentándose al sol.

I, yo creo que podrías, dijo Uve tocándole la otra rodilla con su dedo endedalado. Has traído arados y herramientas pesadísimas; partes de molinos y muebles imposibles; has traído cemento y piedras de colores que ^{brotan} ~~salían~~ a la orilla del mar; rollos de alambre y herraduras para los caballos; has traído una fragua y montones de martillos; la bigornia y los hierros más pesados; chapas de cinc para los techos y baldosas para el piso; les has traído libros a los astrónomos y cuerdas a los músicos; muletas a los inválidos y maderas del sur; has traído lámparas de aceite y también una cuna; las azadas para la tierra y las pailas para el dulce. ¿Qué no has traído, I, en las alforjas de tus mulas?

Por las arrugas (de viento, no de tiempo) de la cara del mulero, alumbradas hasta el fondo por hebras de sol, se desparramaba el silencio, más amederrado que él, sosteniendo su no, mientras el piano ocupaba todo el espacio disponible en la mente de Jetazeta, más empujado y tenso que su puente colgante. Negro y enorme, lo veía como un

pájaro; como la sombra del cóndor, deformada, sobre el granito de las rocas que caían a pique. Y como una sombra de cóndor en vuelo se le escapaba el instrumento en el silencio que sostenía el no adormilado del mulero, desparramado en sus arrugas. El instinto lo llevaba al deseo de enlazarlo, pero el lazo volvía vacío, burlado por la sombra.

Las palabras de Uve y Jotazeta llegaban bolicuas al mulero, y refractadas por las arrugas prismáticas penetraban en él convertidas en arrullos acuáticos, oleajes de las mujeres marinas que lo aguardaban al final de cada sendero, con lo que sus medorras eróticas se cerraban a cualquier intrusión con un no silencioso y discreto. En esos momentos bajo el no del mulero se desplazaba con forma de burbuja una desnudez ondulante de ojos claros, mientras los barcos mecidos se dormían, y él mismo se dormía en la burbuja de la mujer marina, protegido por unos muros donde inútilmente golpeaba el piano que había ganado la cabeza y los deseos del enlazador.

El dedal de Uve, tocando la frente del mulero, deshizo burbuja y desnudez, y los ojos de Jotazeta, ansiosos de piano, aparecieron exageradamente abiertos bajo el sol. También los ojos de las tres mujeres, sentadas junto al enlazador, tenían claras ansiedades de aquel instrumento. Per favor, I, dijo Uve, per favor. El mulero, dispuesto a no hablar per saber que sus palabras lo traicionarían, intentó el gesto que utilizaba para decir no sin recurrir al término; pero el gesto, dormido, no salió. Eñe estiró los brazos y atrajo hacia ella al perrito que dormitaba en el suelo apoyando la cabeza en un pie de I. Instantáneamente en los ojos de U brilló la ansiedad de los otros, y en los ojos de todos se reflejaba un piano. Es imposible, dijo I, ni poniéndoles ruedás podrían mis mulitas arrastrar un piano per la cordillera. Per favor, dijo Eñe, per favor. Aunque les pusiéramos ruedas, necesitaríamos miles de puentes para nivelar alturas. Al menos, dijo Jotazeta, que hiciéramos un solo puente, pero sobre las mulas. Como cuántas se necesitan para aguantar el peso de ese piano. Y, per lo menos unas ocho, calculó el mulero. Una especie de balsa sobre las ocho mulas, y encima el piano, dijo el enlazador, de esa manera ellas mismas llevarán un puente permanente bajo el piano, nivelando todas

las alturas.

La cara del mulero se enderezó berrando el no rotundo, y sin llegar al sí se quedó vacilando en sus proximidades. La idea es buena, dijo, pero peligrosa; y sería una crueldad para los animales. Mire, Jetazeta, no existe un piano en el mundo que valga más que la vida de una mula. Porque algunas morirán en el camino. Ese piano no será más que un adorno en Minas Altas. Un mueble innecesario. Pregúntele a los músicos, verá que a ellos no les interesa. Son instrumentos pensados a nivel del mar. Y quién nos asegura que podrá sonar aquí. Seguramente muy difícil de tocar (vienen de Europa), pasarán años antes de que Emebé pueda aprender lo necesario para acompañar la voz de Eme Calderón. Y usted mismo sabe que ni para eso sirve, acuérdesese de la mirada de los músicos cuando usted les mencionó ese tema. Yo no entiendo, amigo Jetazeta, cuál es la razón profunda que usted tiene para querer un piano en Minas Altas. Es muy simple, dijo Jetazeta: para memorizar en esos sonidos y esconder en el arpa de ese piano la canción del gallo blanco.

El mulero se puso de pie. Desplazándose en diferentes direcciones, cavilaba; seguido por los ojos de las mujeres y Jetazeta, recorría mentalmente los pasos cerdillleranos que conocía a la perfección, los desfileros capaces de admitir el paso de ocho mulas con aquella balsa y ese piano, los senderos estrechos que tendría que evitar. Caminaba nervioso despidiendo olor a sur. Los files de sus pómulos y la claridad de sus ojos apuntaban hacia la memoria que tenía de cada roca y cada ventisquero. Se detuvo ante el dibujo definitivo del piano y allí concentró sus pensamientos en horas, días y estaciones, tormentas de nieve y vientos traicioneros. Eso cambia las cosas, dijo sin dejar de mirar el caballito de tres patas con su única ala de madera; ahora hablemos de su balsa.

La mula delantera que casi rozó una rodilla de Uve

Maravillosos con otros comentarios

Para pensar la balsa necesito conocer las medidas de ese piano. Dibújelo ahí si puede, dijo Jotazeta señalando un espacio en el suelo junto a la ventana, el lugar que tenía previsto para el instrumento.

Arrodillados soplaron el suelo dejándolo libre de hilos y pelusas. Jotazeta mantenía fijo el cartabón mientras I trazaba una línea con la tiza, lo alzaba y volvía a colocarlo buscando una continuidad recta. He elegido este lugar porque es el menos húmedo y recibe sol toda la tarde. Más adelante abriré una ventana en aquella pared para que reciba también el sol de la mañana. Estos instrumentos, dijo el mulero, no necesitan tomar sol, son como muebles. Jotazeta corrió su silla de pensar puentes dejando vía libre a la línea blanca que venía abriéndose paso. El mulero, a mano alzada, trazó una curva cerrada en cada extremo de la línea, se retiró unos pasos y miró detenidamente buscando un punto donde confluir los extremos de las curvas que unirían los vértices. El punto daba justo debajo de U, acurrucado para su siesta. I lo apartó suavemente tirándolo por la cola sin desarmar su acurrucamiento, llevándolo hasta el lado de la silla donde bordaba Eñe. La niña quiso correr la silla un poco más a su derecha para poder alejar al perro un poco más del espacio manejado por los hombres, pero no pudo hacerlo, sus piernas rozaban ya el espacio de Uve, sus cajas, sus cestos, el borde de la extensión hasta donde llegaba el brazo de la costurera con su aguja cada vez que daba una puntada. El mulero alejó con un soplido unos pelos desprendidos de U, y

trazó alrededor del punto elegido su tercera curva aguda, donde Jotazeta, sin que I se lo pidiera, apoyó el cartabón en busca del segundo lado de aquel triángulo donde posar el piano. Son dos líneas perfectas, dijo el enlazador cuando el mulero terminó de trazar la segunda raya. Esta línea, dijo I, tendría que ser curva; pero no me animo a dibujarla, podría arruinar un piano tan hermoso..Jotazeta le pidió la tiza, quería ser él quien trazara la última raya encerrando su piano. I apoyó el cartabón. Hágala con rayitas salteadas, le dijo, así de paso le dibujamos las teclas. De todos modos, decía el enlazador procurando que las rayitas fuesen todas iguales, piense abrir esa ventana en la otra pared; aunque no necesite luz solar, siempre estará más ventilado. Mulero y enlazador, de pie, contemplaron su obra, casi rozando a Eñe, casi en el extremo de las puntadas de Uve; el grueso zapatón rompehielos del mulero, casi rozando los últimos pelos de la cola de U. Jotazeta dio una vuelta lenta y apropiativa alrededor del triángulo. Casi tan grande, dijo, como el establo donde dormía el caballito en que se fue el canter.

Con la experiencia puentífera que trafa, pensar una balsa, se dijo Jotazeta, era una pura diversión. Una balsa: apenas poco más que su andarivel chamuscado por el meteorófono. Desppales paralelos con tablas clavadas al través y a flotar; en este caso, sobre el oleaje marrón y calentito del lomo de las mulas. Con una tiza celeste, para evitar que el piano se confundiera con el navío, trazó cerca del triángulo el primero de los pales. Calculando el ancho de las cuatro mulas donde iría atravesado, el pale se extendía y se extendía; teniendo en cuenta que entre los animales había que dejar un espacio libre para que caminaran sin rozarse, se extendió hasta que, a punto de alcanzar su extremo, encontró en su camino el maniquí donde colgaba el vestido de Emebé. Uve vio que un mulero y un enlazador trasladaban esas fragilidades apenas hilvanadas reduciendo sus espacios, de la misma manera que la proximidad de Eñe había reducido el largo de sus puntadas, como si un enorme mueble acabase de ser introducido en la casa de Jotazeta. Eñe vio que el otro palo, gordo y celeste, pese a sus suaves

terceduras venía recto en dirección a ella, y corrió su silla arrastrando a U antes de que se lo dijeran, colocándose debajo del extremo de las puntadas de Uve para evitar pinchazos desagradables. Uve corrió su silla sin levantarse hacia Emebó y ésta hacia la puerta, con lo que los extremos de la balsa pudieron flotar en un espacio libre. Sin tocar una sola línea del piano, salteándolas con su cuidadosa tiza azul celeste, Jotazeta representó las tablas que clavadas en aquellos paños completaban su balsa o puente permanente. Con un ¹²²⁰ ~~1220~~ de doce tientos que trazaría luego, uniría aquellos extremos a las grupas de la mula madrina que montaría I guiando por la cordillera aquel barco mulero con el piano sobre su cubierta de pino. Qué les parece, dijo.

Esperó miradas y aun expresiones de asombro sobre su proyecto, pero sus palabras se encontraron con un silencio inerte y era como si no las hubiera pronunciado. La indiferencia de las mujeres, que ni siquiera alzaron los ojos de sus labores, mosqueó al enlazador, y en cuanto vislumbró los gestos que se componían en las arrugas del mulero comprendió por sí mismo que las influencias de su puente colgante en este caso eran nefastas. Estaba claro que, ya con el piano cargado, en cuanto I diera el primer tirón con su mula madrina la balsa se deslizaría por los ondulados lemos de las mulitas, quietas y apenas asombradas por el estrépito de la caída de la balsa y el precioso instrumento. Claro, dijo enfrentando la mirada de I, habrá que atar la balsa a los lemos de las mulas. No es eso, dijo I, las mulas necesitan ver donde caminan; con las cabezas gachas por el peso y esa balsa encima, se comportarían lo mismo que ocho mulas ciegas, y aunque saben tantear, en plena cordillera, los precipicios, imagínese, todo eso.

Lo peor de todo, pensó Jotazeta, era la libertad en que el mulero lo dejaba, abandonado, a solas con su balsa, y no había más verdad que ésa. Ahora I se paseaba distraído mirando los dibujos de los músicos, llamaba hermoso al disparate del molino encordado y no tenía una mínima palabra de aliento, la menor de las sugerencias, para el aparato que necesariamente había que poner entre las patas del piano y el lomo de las mulas. Soy un inútil, pensó el ex enlazador, y el pu-

ma joven que dejó pasar y morir alumbró un instante en su mente la precariedad de unas tablas mal clavadas. Qué será de Emebé, qué será del cantor, qué será de todos nosotros, decía en voz baja su amargura de ex enlazador y astrónomo frustrado.

Recogió una almohadilla de Uve, le quitó el pencial de agujas y cuando estaba por borrar con ella su balsa mal nacida, una pulsión creadora permitió a Jotazeta dibujar siete agujeros en su balsa milagrosamente recuperada, por donde asomarían sus cabezas siete mulas jóvenes uncidas al cayado-balsa, cuatro adelante y tres atrás con perfecta visión entre los espacios de las de adelante; eficaces vellones de oveja entre las tablas y los lomos, y aquel piano allá arriba como una gran sombrilla protegiéndolas de los ardientes soles, quedando la octava mula para I guiando su artilugio por los desfiladeros. Lo dibujó sobre un papel, aquellas siete cabecitas asomadas a su balsa en el amplio espacio que las patas del instrumento dejaban libre y bien aireado entre el piano y la balsa, eran una delicia para ver, pensó el enlazador; pero oyendo los pasos de I que se acercaba escondió el papelito y no se animó a mencionar los agujeros dibujados en el suelo, que ahora vio como guillotinas, cuando el mulero le preguntó qué significaban esos círculos. Claro, la balsa ya no resbalaría sobre el oleaje mular cuando la mula de I diera el tirón; estaría sostenida por siete cogotes nervudos, y las cabezas de las mulas protegidas de la intemperie; pero bastaría que en los traqueteos se rompiera una sola de las patas del piano para que los siete animalitos, aprovechándose de la gran altura, continuasen el viaje en dirección al cielo, acaso más cercano que la tierra firme en el fondo de los precipicios mencionados por I. Los círculos, explicó mintiendo Jotazeta, son para encajar las patas del piano. Pero voy a borrarla ahora mismo, viene mal esta balsa, tendré que pensarla un poco todavía. No, no la borre, lo alentó el mulero; lo único que necesita su balsa o su puente es prolongar un poco más esos palos, de modo que las cuatro prolongaciones apoyen en las mulas, de dos en dos, dejando la balsa libre en el medio para apoyar el piano. Como unas angarillas. Y así las mulas podrán ver donde caminan,

que necesitan de algunos cables

Sin comprender bien, Jotazeta intentó dibujar esas prolongaciones. No en ese sentido, corrigió el mulero, porque entonces sería muy ancha nuestra balsa, no pasaría por los desfiladeros más angostos. Un momento por favor, dijo Jotazeta, y salió hacia el galpón.

I le echó un ojo a un rollo de lonilla anaranjada que Uve no había tocado todavía. Con esta lona, dijo el mulero palpándola, habrá que hacer una funda para el ~~instrumento~~ ^{piano,} con unas tiritas atadas a las patas y un elástico que la mantenga pegada al instrumento, sin dejar aberturas por donde puedan filtrarse los vientos. Me creo, dijo Uve, que eso sería una exageración; esa lonilla es para unos toldos que hay que poner en todas las ventanas de la casa. Allá arriba, continuó el mulero, los vientos son tan fuertes que si llegaran a filtrarse dentro de la funda la convertirían en un globo y lo levantarían, con piano, mulas y mulero, como si fuera un trape. Pebrecitas mis mulas volando, rozando las crestas de las sierras y los mástiles de los barcos hasta perderse mar adentro. Unos elásticos muy fuertes por debajo, eso es todo, Me ha tocado otras veces aguantar gotas de aire dentro de estas fundas; es como si a uno se le llenara la cabeza de viento y las mulas van como atontadas, inflándose con los bramidos. En ese caso, dijo Emebé, sería preferible una lonilla blanca que se confunda con la nieve; el color anaranjado se ve desde muy lejos y puede atraer a los gendarmes. El mulero sonrió. Los gendarmes no existen, dijo.

Jotazeta apareció con una larga regla de madera destinada a facilitar el dibujo sin necesidad de ir corriendo por el suelo el pequeño cartabón y servir a la vez de elemento visibilizador de líneas abstractas. Lo que yo digo, dijo I prolongando los trazos, es que las cuatro puntas de los pales deben sobrepasar el ancho de la balsa lo suficiente para poder apoyarse en los lomos de dos mulas. Cuatro mulas tendrán el piano a su izquierda, las otras a su derecha, ¿ve?

La prolongación de uno de los pales llegó justo bajo los pies de Eñe, que apenas tuvo que levantarlos ^{dejando pasar} ~~para que pasara~~ la tiza; pero cuando I, para que Jotazeta comprendiera bien, dibujó una de las mulas, Eñe tuvo que correr su silla arrastrando a U donde estaba la de

Uve, Uve la suya donde estaba la de Emebé, y ésta quedó contra la pared, como si algo demasiado grande estuviese entrando en la casa, incapaz de contenerlo sin cambiar todo de sitio, el maniquí girando sin saber donde ponerse, las telas apiladas hasta el techo, los cuartos vecinos invadidos por balsas y por mulas, los retratos de los supuestos antepasados de Jotazeta corriéndose por las paredes sin encontrar un lugar tranquilo donde amarillear con el paso del tiempo, y el propio enlazador, que antes de la llegada del meteorófono y de lo que le siguió no hallaba donde estar ni ponerse, ya no encontraba sitio en esa casa. Córranse un poco más, dijo Jotazeta. Eñe se apropió del espacio del perro colocándolo bajo la silla de Uve, que se corrió al espacio de Emebé, que se inclinó para evitar el roce de la pared con sus espaldas, con lo cual, después de soplar pelusas en los espacios ganados, dibujaron las sombras de las ocho mulas en tamaño más o menos natural.

Aunque estéticamente prefería la versión anterior con las cabecitas de las mulas asomándose debajo del piano-sombrilla, Jotazeta quedó alucinado con la nueva hechura. Cómodamente atadas de dos en dos en los costados de su balsa, como si fueran ruedas, la vista libre con todo el paisaje cordillerano por delante, aquellas mulas eran capaces de trasladar un piano, o lo que fuese, desde el Caribe hasta la Patagonia. Lo único que le faltaba al dibujo era la yegua madrina de I tirando el artefacto con aquel lazo de ~~dece~~ ^{dece} tientos que luego luego trenzaría, pero representarla significaba desalojar a las mujeres de la sala, con su maniquí y sus vestidos y sus telas y sus hilos y su perro dormilón. Y aunque todo en su casa había quedado descolocado por la presencia del piano y de la balsa y ahora de las mulas, la sintió más amplia y alegre, más iluminada, como si ya hubiese abierto aquella otra ventana y por cada una entrase un sol distinto. Dedicó secretamente su alegría al puente desaparecido. Después de todo, era el fundamento de la balsa; después de todo, se trataba siempre del puente, acabado en balsa. La única diferencia era que el puente abarcaba la larga espera del regreso del cantor mientras la balsa, ya casi real con la tácita aprobación del mulero, quedaba de este lado de la ausencia.

Enebé y Uve han pensado, dijo I, hacer una funda para el piano con esa lona anaranjada, y me parece una buena idea porque de otra manera cualquier embalaje aumentaría el peso. Además, ese viaje no puedo hacerlo solo. Se necesitan por lo menos dos personas más. He pensado que tendrán que venir conmigo un astrónomo y un músico. Yo puedo apalbrar un astrónomo que además es buen mulero. Lo necesito por si hay que hacer rodeos y nos perdemos, ellos se pueden orientar por las estrellas. Encárguese usted del músico, que será el responsable del instrumento. Yo me hago cargo del bulto solamente. Saldremos cuando usted termine su balsa, en un día y una hora que todavía tengo que pensar; en estos viajes el momento mejor para partir es una cuestión muy delicada.

Una de las mulas delanteras, la de la izquierda externa, era particularmente hermosa. Parecía elevarse desde su planitud hasta rozar una rodilla muy cercana de Uve. La única donde I fijó algunos detalles, una insinuación de orejas, las crines de mayor a menor en toda su extensión, el nacimiento de la cola. Las demás eran unos simples óvalos bajo los travesaños, pero era posible, por la corrección de las líneas, imaginar sus volúmenes y aproximar sus movimientos a la mente.

Preciosos animalitos, pensé Jetazeta; maravillosas criaturas caminantes; mulas adolescentes que ^{caso} por primera vez en la historia de los pianos harían asomarse uno a lo alto de la cordillera. Todas regresarían con vida. Ni siquiera el más insignificante de los rasguños habría a su regreso en sus patas cansadas de berdear hábilmente los abismos. Se haría cargo de esas mulas para que nunca más las ensillase nadie. Las mantendría libres y felices en el prado donde se crió el caballito del canter. Allí las dejaría pastar y jugar, hasta que envejeciesen.

Capriche en una prenda íntima de Emebé

Para festejar el nacimiento de la balsa, que de paso era el de su puente, y agasajar al mulero, Jetzeta preparó una infusión con ciertas hierbas de la montaña que entre otras propiedades enriquecían notablemente el poder de la visión. Empleaba en la tarea un tiempo mayor que el habitual debido a que se desplazaba entre la sala y la cocina zigzagueando y haciendo rodeos complicados para no pasar por encima del piano ni pisar la balsa con sus mulas laterales que llegaban casi debajo de la mesa grande atestada de prendas y telas en plena confección. El mulero, por respeto al enlazador, esquivaba también esas presencias, de modo que a veces se encontraban en un espacio muy estrecho entre el extremo izquierdo del teclado y el hocico de una mula, y se cedían el paso cortesmente.

A I le costaba mucho mantener un lápiz mucho tiempo entre sus dedos, gastaba más energías de las necesarias, y llegaba a cansarse, por no saber tomarlo correctamente; empleaba los cinco dedos, con una rigidez que le impedía hacer trazos pequeños, ya fuesen números o letras, más o menos decorosos. Si alguna vez tenía que escribir algo se lo dictaba a Eñe, que aunque empleaba la misma técnica para tomar el lápiz conseguía con paciencia que sus trazos fuesen legibles. Mientras se paseaba gambeteando entre las rayas de tiza hacía mentalmente sus cálculos matemáticos. La duda era si los ocho animalitos podrían soportar sin agotarse el peso de ese piano, calculando que era inhumano cargar a cada mula con más de cincuenta kilos, teniendo en cuenta que

sus patas estaban principalmente para soportar el peso de su propio cuerpo y que un simple mulero encima ya era un estorbo para el animal. Si el plane aquel, como sospechaba, alcanzaba los trecientos kilos, entonces la balsa de Jotazeta no debía sobrepasar los cien. Y todavía le faltaba estudiar el itinerario, en función de la forma de la balsa.

El mulero dijo perdón tomando al azar una enagua de Emebé que acababan de bordar y la extendió sobre la mesa dándole la forma aproximada de una ese mayúscula. Bifurcó el extremo superior de la letra aprovechando los tirantes de la enagua; amontonando trapo arrugadoeensanchó la curva inferior y fue adelgazando el resto de la S hasta acabar la letra en las finísimas puntillas del ruedo. Amontonando y plegando trapo en el recorrido sinuoso de la letra hizo surgir formas encadenadas, alturas y profundidades que corregía al pasar con toques muy precisos procurando aprovechar encajes y bordades que agregasen detalles amables a las formas abruptas que se generaban. Pero la tela era rebelde. Cuando I conseguía que una forma lograda se mantuviese quieta, bastaba intentar otra en cualquier parte del recorrido de la enagua para que se deformase sepultando los picos en las depresiones y convirtiendo a éstas en colinas sedosas. Eñe miró de reojo el remoline que introducía su padre en las delicadezas de esa prenda que les llevó dos días de trabajo y se quedó pensando divertida en las alarmas de Uve cuando alzase los ojos de su costura y viese el estropicio que armaban los larguísimos y más bien terpes dedos del mulero.

Como los grandes plegamientos escalenados se resistían a mantener sus formas, roció toda la S con el aparatito que utilizaba Uve para humedecer las telas antes de plancharlas, con lo que consiguió fijar por lo menos los detalles principales; ahora pedía dar a las pendientes la inclinación deseada y mantener los picos en su sitio. Los hilos sueltos sobre la mesa fueron a parar a distintos puntos de la S de I. Descendían desde las alturas en líneas viboreantes esquivando obstáculos, unos hacia el resto liso de la prenda a la izquierda de la letra, y otros se perdían en las suaves ondulaciones que al plegarse la enagua quedaron al naciente. Modelaba el mulero con dedos atentísimos,

corrigiendo un pliegue exagerado, elevando una hondura, afinando los picos más altos, y observaba los juegos de luces y de sombras mezclados a los brillos naturales de la tela nupcial.

Acabada su siesta, U salió a hacer pis empolvando sus patas en unas tizas aplastadas por los hombres en sus trajines, con lo que el piano y dos mulas de la izquierda quedaron salpicados por unas huellas blancas. El mulero recogió las tizas aplastadas, aplastó otras, mojó todo y desparramó la pasta en las partes más rebeldes de la enagua. Esto le permitió modelar detalles importantes en el tramo de la letra de trapo que más le interesaba. Con puntas de lápices y agujas trazó caminos de cornisa, profundizó profundidades^d que le importaba tener muy presentes, corrigió elevaciones, modificó, fijándolas, las curvas de los hilos, pegó granos de arena en puntos estratégicos y dejó que otros se desmoronasen libremente de arriba hacia abajo.

Las mujeres, apretujadas entre mulas y pianos, no prestaban atención a I; creían que el mulero estaría observando los primores de la enagua, acaso toscamente a causa no de una intención sino de sus manos enormes y nudosas. Per favor, dijo Uve, no arrugues ni ensucies las enaguas de la boda. No importa, dijo Emebé, total hay que lavarlas y plancharlas. Jotazeta, acodado en la mesa, veía moverse las manos de I modelando ese trapo, pero desconectado de su sentido visual por hallarse totalmente entregado a la garantizada posibilidad de su balsa, que contenía, por fin encauzados, aquellos sueños frustrados de su puente.

El mulero, no conforme con la rigidez alcanzada en su estructura gracias al polvo de tiza, pidió un poco de harina a Jotazeta y espolvoreó la S desde el cordelado de los tirantes hasta las puntillas del extremo sur, cargando mucha harina en unas eminencias que había a la altura de los encajes y dejándola rafear en los descensos. Llamó a Eñe y le dictó palabras al oído para que las escribiera.

Jotazeta bebió su infusión y descubriendo el juguete vio extenderse la enagua de Emebé desde las tiritas bifurcadas del Caribe hasta las puntillas de la lejana Patagonia. Un dedo del mulero señalaba una raya enmontañada, especie de nido de paso o cueva de los cóndores, fí-

jese usted lo que parece de lejos Minas Altas. Y aquel volcán nevado en alturas de corsé era el Chimborazo, para no creerlo. Las nieves y los ríos, y el Pacífico a la izquierda con su horizonte en la parte lisa de la enagua sobre la mesa. Y el continente que se ondulaba a la derecha buscando electro mar, es increíble. Faltaría la parte norte de la cordillera, dijo el mulero, pero no la conozco y la enagua no alcanzaba para más.

Eñe le mostró los papelitos escritos. El mulero le dijo que los colocase según sus conocimientos geográficos, teniendo en cuenta que ese grano de arena correspondía a Quito. Con lo que Temuce apareció en Colombia, Piuraa dio unas vueltas dudosas hasta quedarse en Chile, el Aconcagua se afinó en Bolivia y Eñe no sabía todavía dónde poner el papelito donde estaba la palabra que más le gustaba, Curicó.

Ahora, dijo el mulero a Jotazeta, tenemos que estudiar el camino más aconsejable para traer el piano. Después le explicó, sin poder hallar las palabras y un poco avergonzado, que era puramente casual el hecho de que el Chimborazo, tan hermoso con su pico nevado, estuviese a la altura de los senos en la enagua de Emebé.

Per las arrugas del mulero

La infusión de I ya estaba fría y Jotazeta no se animaba a decirle que la bebiera de una vez, de tan concentrado que lo veía en esa franja de la maqueta que iba del Pacífico a Minas Altas con sus sierras y crestas, zonas de ventisqueros, puertos y gargantas, todo cuidadosamente endurecido por el engrudo. Miraba las arrugas del mulero (de vientres, no de tiempo) cuarteadas por el frío de las cumbres y el furor de las ventiscas, suavizadas por las dulzuras de las mujeres marinas que lo amaban y vueltas a cuartear en las borrascas; miraba el pañuelo blanco de su cuello y las enormes alas del sombrero bramador, todo como flotando sobre aquellas cumbres.

I recortó un cartón dándole con las tijeras la forma de la balsa sin olvidar los cuatro pales salientes destinados a apoyarse en los lomos de las mulas. Lo perforó en dos esquinas donde ató un cordel formando un arco que servía de maroma a un hile con nudo corredizo que atado a la mula madrina guiaría al conjunto. En la parte trasera de la balsa ató otro cordel para contrapesar. Hurgó en una cajita metálica, eligió un botoncito nacarado de tres agujeros, lo puso sobre la balsa y colocó todo a la izquierda de la S, al borde de la parte de la enagua que había quedado libre de plegamientos. Tomó un extremo del hile conductor y viendo que la balsa se deslizaba bien y el botón apenas temblaba sin moverse de su sitio le dijo a Jotazeta: lo invite a dar un pa-

see por la cordillera para estudiar los pasos; todo lo que tiene que hacer es sostener ese cordel mientras yo tiro, haciendo de contrapeso; con mucho cuidado, equilibrando fuerzas; el botón no debe caerse ~~de la~~ ~~balsa~~ por ningún motivo; ahora usted y yo somos las mulas y a la vez los hombres que las conducen. Sin soltar su hilo, se bebió de un solo trago la infusión.

Desde el costado de la mesa epuesto al de Jotazeta, I conducía suavemente la balsa por las primeras estribaciones, ya alejada del mar, desde cuya orilla el enlazador procuraba mantener tenso su cordel, cualquier endulación que se produjera sería indicio de grave peligro de corrimiento y caída del botón. Los músculos de los hombres, a cada lado de la cordillera, se endurecían como si transportaran un gran peso, gastando fuerzas sólo para impedir que las mismas ~~fuerzas~~ desbordasen el punto de equilibrio necesario para deslizar la balsa sin cortar los hilos o romper el cartón.

Ese desfiladero es muy peligroso, decía I guiando con ambas manos mientras Jotazeta apretaba los dientes y sus manos se volvían más nudosas en procura del equilibrio ahora que la balsa trepaba por unas arenas sueltas que en sus retinas comenzaban a ser enormes piedras, y el botón, temblando más de lo debido, arrancaba las primeras gotas de sudor a los intrépidos viajeros.

Pasado el pedregal, el desfiladero temido permitió un paso muy lento pero suave del artefacto. Su balsa es un portento, dijo I mirando rápidamente a Jotazeta y atisbando de paso un mar que ya se le borraba. El desfiladero, enroscado en una montaña desde la base hasta la cumbre, obligó a los hombres a cambiar de posición girando alrededor de la mesa, como meviendo marionetas se movían mientras la balsa, ajena a los esfuerzos y sin acusarlos con movimientos peligrosos, ascendía limpiada hacia unas nubes que, por asociaciones necesarias, fletaban por debajo de los picos nevados.

El conjunto avanzaba ahora por una planicie tranquila, se notaba en los brazos y caras de los hombres aflojando su tensión. Al compás del paso sosegado de las mulas virtuales, apenas temblaba el botoncito. Ha-

cia arriba, entre unas cadenas de montañas más grandes que las que acababan de pasar, estaba el paso elegido para el cruce. Es el más peligroso, dijo I, pero el más cierto; se puede cruzar en doce días con una carga normal, póngale quince ^{con} ~~el~~ el piano. La balsa flanqueaba un hilo serpentoso que los vapores de la infusión, trepando por Jotazeta, mostraban como un río terrencial. Viera la cantidad y el tamaño de los peces, dijo I; allí puede ver usted también los cóndores que bajan a comer, invitados por los pumas que acostumbran a cazar en esa zona. El enlazador estuvo a punto de tirar bruscamente de su cordel para evitar que la balsa rozase a un puma que bebía en el río, pero viendo que el mulero no lo había advertido lo consideró soñado, ~~no~~ sin dejar de admirar, al pasar tan cerca, el lujoso brillo de su pelaje.

La cadena que usted ve más arriba, dijo I, es zona ventiscosa; hay que oír los bramidos de ese viento bravo arrastrándose hasta levantar la nieve y sentir que le azota la cara como si fuese una arenisca. Calcule usted lo que pasaría si el viento maligno se colase por la funda del instrumento inflándolo a fuerza de bramidos, adónde irían a parar con el piano nuestras mulas, que en estas alturas y para estos vientos pesan menos que un grano de maiz. La ventaja de esta planicie, verdadero comienzo del camino, es que cuando usted ha llegado allí los tiros de los gendarmes, si es que se han dado cuenta de algo, ya no tienen fuerza para seguir subiendo; usted puede ver los plomitos como si se detuvieran unos segundos en el aire antes de caer al bajo, apenas conducidos por sus pesos ciegos; y si uno pudiera asomarse sin peligro a esos precipicios, hasta podría manotearlos, créame.

Las mulas trepaban por una ladera cuya pendiente inclinaba demasiado al ^o botón obligando a Jotazeta a moverse como bailando para mantener tenso su cordel y evitar un deslizamiento. Ya no veía una enagua arrugada y un cartoncito arrastrando un botón; las dimensiones de la maqueta coincidían con la realidad y por momentos la superaban. En su respiración, quejosa y alterada por sus propios pensamientos, oía el jadeo de unas mulas apunadas y agetadas por el esfuerzo. ¿No le parece que los animalitos necesitarían un descanso? No, respondió I; todavía

no ha anochecido y un poco más arriba, pasando ese recodo, hay un refugio de arrieros donde crece un pastizal, con buenas aguas de vertiente. Apenas llevamos unas horas de viaje y las mulas están frescas todavía. Ahora nos interesa saber qué puede pasar por esas curvas; no se me distraiga por nada y siga sopesando del cordel como hasta ahora,

Jotazeta vio unas piedras enormes en medio del sendero, malamente representadas por unos granos de arena pegados con engrudo. A la izquierda del camino una de ellas sobrevolaba por su parte alta, y aunque a ras del suelo permitiera el pase de las mulas, aquel volado pétreo, ante un mínimo traspie de los animales, inclinaría el plano hacia la saliente; y si llevaba el ala o cola desplegada, como parecía, se haría añicos contra la roca, una por una las teclas arrancadas de cuajo, mezclándose con el polvo y las piedras desmoronadas que el instrumento arrastraría en su caída. Y el mulero, inconciente, no había visto ese peligro. ¡Cuidado!, gritó Jotazeta alargando un dedo para apartar aquella roca. No toque nada, dijo tranquilamente I, esas piedras existen y ni la fuerza de cien hombres podría mover una sola de su sitio. Gracias a la resistencia de I a las hierbas, traqueteando y a los temblores la balsa pasó casi rozando el grano de arena más grande, cuya saliente permitía todavía un pequeño espacio libre entre la arista más filosa y el borde del botón. Con lo justo, dijo I; habrá que acortar un poco los pales de la derecha de la balsa para poder recostar más a las mulas contra el cerro aumentando la distancia entre el plano y esa piedra belicosa.

Tengo frío, dijo Jotazeta, mucho frío, tiritando ante unas extensas formaciones de nieve como figuras humanas penitentes, y el ruido de las patas de las mulas en las piedras y el crujido de las maderas de la balsa y el turbión de los ríos de deshiele y el silbido del viento llegaban drásticamente a sus sentidos. No es para menos, dijo el mulero cerrándose el chaleco con media mano libre sintiendo él también el frío de la altura, no es para menos, se ha soltado una berrasca como hay pocas, vea que lleve años cruzando estas montañas y nunca había visto nada como esto. Esos hombres están locos, dijo Uve; parece que

bromean, dijo Emebé, y el mulero percibía ahora todo tal como lo veía Jotazeta, los granitos de arena convertidos en enormes piedras, no sé cómo hemos podido pasar entre esas rocas. Se lo dije, dijo el enlazador, se lo dije en su momento. Pero lo peor de todo, dijo I, es que las mulas no ven donde caminan, no sabemos lo que hay a cinco metros de nosotros y tampoco podemos detenernos, esta nieve nos sepultaría, cuidado por ahí, mantenga tenso su cordel, parece terreno flojo lo que hay bajo la nieve, procure que no se mueva el botón, si aguantamos un poco repechando, el refugio no está lejos, allá podremos descansar hasta que pase esta borrasca. Pobres mulitas hijas mías pobrecitas sin abrigo sin agua sin comida y llevando un bulto tan desconocido negro bajo nieve como los buitres picoteando el lomo de mis hijitas cuidado por favor no se me asuste cuidado que se inclina arrímele una piedra por debajo unas raíces en el borde que da a ese precipicio no vaya a ser que con la nieve se resbale la mulita ladera de la izquierda va como ciega en la tormenta puede caer y en ese caso prefiero arrojar lastre adiós al piano y salvar la vida de las mulas pero entonces adónde vamos a esconder la canción del gallo blanco cuando lleguen los requisadores no se me resbale mulita compañera hermanita de mi alma a ver ese enlazador que se prepare para lo peor y no le tiemble el pulso para enlazar el instrumento y sujetarlo antes que rueda para abajo todo es por culpa mía debí elegir algún paso del sur aunque se alargara hasta el doble la distancia no aguante el frío se me parten las manos ya no siento las riendas el refugio está cerca pero no puedo verle habrá un buen fuego adentro y los arrieros de abajo estarán contando historias de finados a ver si pueden escucharnos compañeros y entre todos a pulso llevaremos el piano hasta el refugio allá podremos esperar hasta que las mulas se calienten a ver si nos escuchan compañeros nos está llevando el viento y las mulas ya casi no caminan por el frío y el hambre que vienen padeciendo escuche Jotazeta usted no había oído nunca al viento bramar de esta manera. me lastima los ojos este viento.

Cuidado que se cae, gritó Jotazeta viendo el traspié que dieron las mulas delanteras de la izquierda abandonando el peso del piano hacia

las traseras, que si tropezaban como las primeras provocarían la caída de la maravilla acústica. El mulero vio el segundo traspie y abrió los brazos bifurcando el hilo conductor haciéndolo jugar en el nudo corre-dizo que lo unía al cordel, tirando y aflojando según el balanceo para mantener el piano en equilibrio en lo más recio de la tormenta, que al otro lado de la balsa, de la parte de Jetazeta, empezaba a mermar mientras las piedras y el piano se achicaban poco a poco para el enlazador, que sin ~~una~~ excesiva convicción bifurcó también su hilo. Con los brazos abiertos, dando fuertes pasos en su sitio, agotados, sudados, mantenían la balsa en equilibrio en el más peligroso de los desfiladeros.

I, viendo que ya no podía contar con la colaboración plena del enlazador, que empezaba a dormirse en el otro extremo, inició unos movimientos desesperados en busca del refugio. Jetazeta lo miraba entre sueños, la cordillera se achicaba como deshielándose, las mulas eran apenas unas sombras y luego desaparecían, quedaba el cartoncito trepando con su botón trastabillante. Arriba, ~~hijas~~, hay que ver la maravilla de fuego que nos espera arriba, ~~hojas tiernas para comer y hojas secas y tibias para dormir junto a las piedras calentitas y despertar mañana~~ viendo cómo los cóndores vuelan bajo el sol mis mullitas queridas.

Entre sueños vio Jetazeta trastabillar al mulero, que aunque logró equilibrar el cartón inclinándose sobre el pie izquierdo, abrió demasiado el brazo derecho sin soltar el hilo suficiente con el otro. El botón abandonó el temblequeo que sin embargo lo mantenía en su sitio y empezó a levantarse por un costado dejando caer la harina que le había tocado en las salpicaduras. El mulero, viendo vacilar la mole, abrió grandes los ojos mostrando desnudo a Jetazeta el miedo que había en sus azules, y vio al botón, enérme de pesadilla, erguirse en escorzo hasta alcanzar sus propias curvas deslizantes, con las que abandonó la balsa para siempre. Liberado de las mulas y de la mente del mulero, rodó por faldas, trepó colinas y caracoleó en un valle; entre el azar y la gravitación se deslizaba por el borde de una cresta, desde la que vaciló como oteando para inclinarse luego y descender hacia el lado del continente, donde tintineó saltando hasta que

se acabó la tela, y mordiéndola su curva atravesó el resto de la mesa mientras I se tapaba los oídos y los ojos con una sola mano, de allí saltó al vacío y allá abajo rodó en espirales hacia adentro buscando su reposo hasta detenerse junto a una pata de U.

Por las arrugas del mulero se arrastraban, lentísimas, un par de lágrimas (de llorar, no de viento) bifurcándose en muchas direcciones. Su sombrero se movía de arriba hacia abajo siguiendo movimientos del cuerpo. Fingió toser para mezclar y oscurecer la debilidad convulsa de sus sentimientos. Aproximándosele, no es para tanto le dijo el enlazador, todo ha sido un juego y nada más. El mulero se secó los ojos con ^{media} ~~una~~ mano sintiendo que en la otra se le apoyaba la de Jotazeta.

-¿Pasa algo? -llegó la voz de Emebé.

-Se ha caído un botón -respondió Jotazeta.

Uve metió la cordillera en una tina. Parece mentira, dijo para sí, frotó y restregó borrando tizas y macizos, engrudos y ventisqueros, huellas de mulas en la nieve, bramidos de vientos en los filos de las rocas, gemidos de mulas ateridas y restos de nevascas, dejando libres otra vez encajes y bordados. La tendió afuera, la enagua goteaba moviéndose entre un viento ligerísimo.

-Mañana amanecerá escarohada -dijo Eñe.

El mulero recompuso su figura alterada por las peripecias de la travesía; enderezó su sombrero, se ajustó el pañuelo al cuello, estiró las arrugas del chaleco antiberrascas.

-No hay que tener en cuenta la caída del botón -dijo-. Si le hubiéramos fijado con un alfiler no se habría caído. De todos modos, no usaré ese paso. Prefiere los del sur.

La mansa

Ay, hijitas, qué asunto tan tristísimo elegir sólo ocho entre más de veinte mulas para llevarlas a ver el mar, dijo I viendo y sintiendo la excitación mular producida por el viaje inminente. Asomadas tras el cerco de buganvillas, en cuanto lo divisaron se dejaron poseer por el deseo de ir al mar que emanaba del hombre, visible en el ritmo de su acercarse, corporizado en los botones nacarados de su largo chaleco rompevientos y en el vaho de mirada gozosa arremolinada bajo el ala de su sombrero.

La máxima aspiración de aquellas mulas era el mar, tan próximo que su presencia era ineludible y estaba a flor de piel, y a la vez tan lejano por la verticalidad de la cordillera. De este encuentro violento entre proximidad y lejanía procedía la excitación de las mulas, avivada por el andar de I hacia el cerco, en trances claramente marítimos. El ruido de sus zapatones sobre el pedregullo del sendero anticipaba caracoles secos aplastados en la playa, de tal modo que pese a la verticalidad de I era la horizontalidad del mar lo que veían aparecer las mulas, onduladas por el deseo.

Las dos bolsas de cuero que el hombre colgó en un poste del cerco vivo, con mazercas de maíz apenas cuajados y unos pastos muy dulces que crecían solamente en los bordes de un arroyo, y

unos pequeños cencerros casi cascabeles, mezclados con la hierba para que no tintineasen durante el trayecto ascensional de I, no consiguieron distraer a las mulas, tal como él se lo proponía, de su ansiedad de mar. La hierba dulce y los cencerros significaban fiesta, alegrías muy precisas que I varias veces al año desparramaba entre sus mulas; pero éstas, en contoneos de rápida decisión, incorporaron la fiesta posible a la alegría marítima y se excitaron doblemente. I festejaba cuidadosamente, sin olvidarse de ninguna, el cumpleaños de cada una de sus mulas. Las adornaba con flores y les colgaba cencerros de distinta afinación que las incitaban a la danza produciendo en ellas movimientos diferentes a la carga y a la marcha, que las aliviaban de ser mulas. Ellas, adornadas del mismo modo, creían que eran todas las que cumplían años. Y como, según la libreta que guardaba en el bolsillo hondo del chaleco, casi todos los meses tocaba festejar algún aniversario, las mulitas, de fiesta en fiesta, cumplían meses en vez de años, y con esto, pensaba I, se les alargaba la vida.

Los viajes de I tenían solamente dos orientaciones, una terrestre y otra marítima. Como las mulas sólo sabían pensar en un sentido, para ellas todo viaje significaba ver el mar; y en cuanto veían aparecer al hombre se ponían a ondular como olas; porque toda mula cordillerana, en el centro de sus deseos, tiene al mar. Habitadas a un mundo vertical, la horizontalidad del mar es el verdadero descanso y la única alegría de una mula. Cinco minutos de contemplación marítima les permiten, según cálculos muy precisos de I, considerar durante cinco meses que cualquier altura cordillerana, por más pesada que sea la carga que se lleva, es una simple distracción oceánica, y en esta situación anímica consiste el secreto de su resistencia y su pasividad. Los sueños de las mulas, pensaba I, son puramente oceánicos, y aun a más de cuatro mil metros de altura, por encima de las nubes, las mulas, cuando sueñan, habitan un oleaje. De la misma manera que el agua hierve

en esas alturas a menos grados, los sueños pierden consistencia y se resuelven siempre en movilidad de olas espumosas.

I no había podido desarrollar un sistema capaz de comunicar a sus mulas, desde el momento de su aparición, la naturaleza terrestre o marítima del viaje, para evitar la tensión mular durante las horas previas. Ellas solamente podían salir de la duda al iniciar el viaje, según el rumbo que tomaran. Durante las horas de ensillaje y carga I repetía, según el caso, la palabra mar abriendo exageradamente la boca y haciendo vibrar la erre final, a ver si visual o auditivamente sus mulitas aprendían con anticipación el rumbo y evitaban así falsas expectativas; o la palabra tierra, con dos aberturas muy visibles de la boca, una para cada sílaba. Pero las mulas no comprendieron nunca ese extraño silabeo, para ellas cualquier palabra que saliese de la boca del hombre mientras las ensillaba significaba mar, u horizontalidad, o descanso, o alegría, que venían a ser lo mismo.

Lo más doloroso para I era el tramo entre el cerco y la bifurcación, de máxima tensión para las mulas que recorrían ese espacio sin destino conocido. Sabían que si tomaban luego el camino de la izquierda podrían ver el mar; de lo contrario serían despojadas del deseo, inútil y molesto para una travesía de pura pena pedregosa. I quería evitarles la ambigüedad de ese tramo y la amargura de los deseos incumplidos. Mar, mar, o tierra, tierra, iba gritando desde la mula madrina por el sendero que conducía a la bifurcación, para sacarles de encima la palabra mar a sus mulas o reforzársela según el caso; pero los animalitos, pensando en el único sentido que eran capaces de percibir, bajaban las orejas captando imaginarios caracoles secos que se rompían bajo sus patas, mientras las no elegidas, ^{para el viaje} desde el corral, observaban inmóviles esperando el momento en que la mula que llevaba a I tomara el rumbo que solamente el hombre conocía.

I pensó muchas veces suprimir ese tramo que imaginaba camino de

suplicios; borrarlo a pala y pico; traer tierra negra del arroyo y sembrarlo de buganvillas; poner otra puerta en el corral, de modo que una diese a los rumbos terrestres y otra a ese mar cuya persistencia llegaba hasta el cerebro de sus mulas obligándolas a vivir en su inquietud. Pero esto, aunque acertara el suplicio, lo volvía más intenso; sonaba a decapitación. O en todo caso, criar mulas sólo para viajes por tierra en un corral, y en otro, de modo que nunca pudieran verse entre ellas, las destinadas al mar. Pero le parecía una injusticia, y cada vez que volvía a pensarlo hallaba que la injusticia había crecido. Entonces no quedaba otra posibilidad que el juego libre del deseo con sus polos de realidad cumplida y de sueño que se esfuma, porque así es la vida, hijitas, decía I abriendo la boca ante sus mulas en sílabas confusas ~~que ellas sólo entendían como horizontalidad marina.~~

Toda palabra salida del hombre en situación de viaje era, al oído mular, para referencia oceánica. Porque el hombre mismo era para ellas una entera implicación marítima. A fuerza de atisbar en él la posibilidad de mar, lo identificaron con un mar sustitutivo, sobre todo para los casos en que el mar fallaba, un mar consuelo. En la percepción de aquellas mulas soñadoras había un mar mar, mar puro, y un mar hombre, o mar-I, cuya oceanidad brotaba de sus zapatones sobre el pedregullo como si aplastara esqueletos de caracoles, y ascendiendo por los botones de su chaleco tormentoso acababa ^harremolinada bajo el ala de su sombrero rompedor de vientos.

Por eso cuando mar-I colgó las bolsas en el poste con aquellas mazorcas ~~indefinibles~~ y las hierbas dulces recogidas en los bordes ~~del arroyo, para distraerlas de la ansiedad oceánica con una celebración de cumpleaños,~~ lo único que consiguió fue que las mulas, con un simple golpe de deseo, incorporasen al mar mar al propio mar-I para empezar, y enseguida a los cumpleaños con sus mazorcas apenas formadas, apenas salpicadas de pequeños granos puro

jugo, las hierbas-caramelos y aquellos cencerros desiguales disimulados entre un olor a hierbas aplastadas y a mazorcas en trance de fermento. Y onduladas por el deseo, oían sin comprender las palabras del hombre apoyado en la cerca, convirtiendo cada uno de sus sonidos en ~~gratificante horizontalidad~~ y frescura marina.

Él conocía bien, por haberle meditado largamente en sus travesías de arriero, la naturaleza de las mulas. Pensaba que habituadas por sometimiento a los ascensos y descensos cordilleranos, la contemplación de la horizontalidad del mar era para ellas no sólo el descanso necesario sino el descubrimiento gozoso de que su verdadera naturaleza era marítima, ellas también pertenecían al mar, como las gaviotas y los barcos; o como las mujeres, que específicamente y sobre todo cuando aman son marinas, amarlas era lo mismo que poder abrazar el mar. Mulitas, pensaba él, enormes peces cálidos desde el flaqueo hasta los cascos, pasando por la casi acuática vena del espolón. Por eso gozaba llevándolas al mar; para que descansando de la montaña impuesta pudieran verse reflejadas en una bahía, sentirse ~~puramente~~ acuáticas, descubrirse hermosas, en la circunstancia feliz de un pez que puede mirar el mar desde la orilla.

Él repartió palabras inútiles y caricias por carrillos huesudos y babillas esponjosas; dedicó un pellizco disimulado a la que verdaderamente cumplía años; dio a cada una su ración de hierba dulce y de mazorcas de maíz recién nacidas; cortó buganvillas en el cerco y las entrelazó con crines y flaqueos; de cada una colgó un cencerro de distinta afinación. Y bien, mulitas, esto es una fiesta, dijo cuando vio que las mulas, en abanico, lo observaban. Una fiesta para bailar, dijo entre pasos de danza y se detuvo sintiendo claramente que aquella fiesta no existía porque sus veinte y tantas mulas, mirándolo fijamente, tenían sus pensamientos concentrados en el mar.

Está bien, dijo, y dando por concluida la fiesta no comenzada

alzó las manos ocultando los pulgares. Ocho, solamente ocho; es el viaje más largo y la carga más espantosa que jamás he visto. Las mulas, creyendo que todo aquello significaba mar, entornaron, languideciéndolos, unos grandes ojos en espera femenina destinados a conmovier el corazón de I. En juegos de ojos, la Mansa los dejaba chisporrotear aprovechando unos rayos solares desviados por una mata de brea; la Camella, de seis cuartas de alzada, arrebolaba los suyos en transparencias eróticas; Capulí miraba el suelo como distraída esperando que la sorprendiera el certero toque selectivo de un índice de I; Dorada, la adolescente, pestañeaba una tristeza fingida; Marcela parpadeaba entre titilaciones. Y cada par de ojos, en actitudes diferentes, decía lo mismo que los otros: por favor, llévame al mar.

Ante la indecisión de I, las mulas empezaron ~~haciendo~~ a menearse ^{haciendo} ~~para que~~ sonar los cencerros y, como casi siempre, ^{para que} las eligiese por sonidos afines, los que más le agradasen, procurando cada una que el suyo fuese lo más límpido posible. Conocían el juego: en cuanto empezaban a sonar, I recorría el abanico acercando su oído a cada cascabel, y separaba a las mulas de a dos, guiándose por concordancias. Pero el hombre no se movía. No las oía. Ni siquiera las miraba. Los fríos ojos ^{azules} ~~verdes~~ del mulero, encandilándose a sí mismos, habían cortado toda relación con ellas y sus ansias marítimas.

I pensaba en la caída del botón y en un inmenso piano negro que, desbarrancándose, arrastraba en su caída a ocho mulitas vírgenes de mar. Jamás dejaría librada al azar de unos acordes de cencerros la vida de sus criaturas. La forma y el peso del instrumento abarcaban todos sus viajes y sus cargas. Para ese piano, pesando a cuatro mil metros de altura, el mar era apenas un accidente olvidado y aquellas mulas unas sombras. Combinar deseos y sonidos para elegir las mulas que lo traerían era un azar demasiado peligroso. Entonces optó por la fuerza y la destreza.

Las separó sin nombrarlas, evitando cualquier demora en un asunto tan tristísimo. De las ocho elegidas, solamente dos, la Caracola y la Rubia, no conocían el mar. Las demás se quedaron quietas en sus sitios del abanico raleado, a la espera de un arrepentimiento o cambio de parecer. Las que estaban vírgenes de mar se adelantaron a las otras para salir del corral. Viendo que ~~el hombre~~ también iba a salir, la Mansa adelantó unos pasos desde un extremo del abanico en dirección al hombre, como si hubiese sido elegida.

Quieta, Mansa, dije el mulero. La mula se detuvo avergonzada, miraba el suelo, el deseo no la abandonaba. Yo creo que nunca volverás al mar, y que a partir de ahora mismo deberías empezar a desmemoriarte hasta olvidarlo para siempre. El mar es para los fuertes y ese no es tu caso, Mansa. Nunca podrás superar el miedo que le tienes y no podrías soportarlo en tu vejez. Dos veces tuve que postergar a la Pajiza, que por su edad acaso no pueda conocerle nunca, para llevarte a ti. Y antes habías ido muchas veces. Te llevé cuando eras apenas una niña y seguí llevándote hasta tu madurez. Y todo para qué. Cuántas veces te bastó el ruido del oleaje, tras las últimas colinas, para que te negaras a llegar. Y mientras las demás chapoteaban con el agua hasta el pecho y volvían las cabezas chorreantes hacia la nieve cordillerana, estabas escondida, atontada por el ruido de tu corazón asustado que casi pude tocar de tan afuera como lo tenías. Y volviendo a Minas Altas tus compañeras trepaban agilísimas mientras tú te detenías cansada y triste para volver la cabeza hacia el mar, ya invisible tras las rocas altas. Y en los viajes siguientes volvimos a llevarte, ahora se le pasará ese miedo al mar, decíamos, y unas colinas antes de llegar merma-
bas tu paso y te quedabas rezagada, y desde lejos volvíamos las cabezas hacia atrás y apenas eras un punto oscuro tan inmóvil como las piedras allá lejos, cuántas veces, Mansa. Preocupado por tu salud he hablado de ti con los muleros sabios que hay en las ciudades junto al mar y en las que están al otro lado de las salinas.

En otras lenguas tuve que hablar de ti para curarte y en otras lenguas me dijeron sígala llevando, es necesario y de justicia que también ella pueda gozar del mar. Y cuántas veces te negaste a llegar a la playa, mordida por tu miedo. ¿Por qué entonces eras siempre la primera en seducirme para que te llevara cada vez que preparaba un viaje, con esos ojos implorantes? ¿Qué te ha pasado siempre, Mansa? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Dónde naciste? Te he empujado muchas veces desde la última roca donde te escondías, hasta la pura visibilidad del mar, y cuando lo tuviste ante los ojos te echaste sobre la arena volviendo vertical la horizontalidad que no soportas y deseas. Nunca asumirás el mar, mulita. Cuando llegues a vieja te alimentaré sólo con esos pastos dulces del arroyo, y cuando te mueras, virgen de horizontalidad ^(oceanica) ~~marina~~ desdoblaré mi pañuelo para llorar por ti, que no puedes, tu miedo al mar marino.

Cuando vio que I desaparecía con las mulas elegidas, la Mansa regresó a su sitio para mantener todavía el abanico, pero las demás mulas ya lo habían deshecho. Las palabras del hombre resonaban en sus orejas, con sonido de mar.

LA CORDILLERA

Artefacto proyectado hacia
el mar de I

Jotazeta tuvo un sueño tan fuerte que lo despertó. Abrió los ojos y vio que el sueño había saltado a este lado de la conciencia y lo esperaba. ~~El artefacto se borró.~~ Era una nueva balsa para traer el piano. El artefacto, en vez de borrarse con su despertar, permaneció ~~en~~ en el aire sin deshacer su dibujo, concediéndole unos minutos para que lo memorizara y traspasase a un papel; luego se borraría, recuperando su naturaleza de objeto soñado. Era alta noche aún, y sin tiempo para buscar un papel manoteó una carbonilla y la dibujó sobre un trozo de tela abierta sobre la mesa, posiblemente alguna parte del vestido de bodas de Emebé. Y según lo iba trasladando al lienzo, el sueño se borraba.

Por fin, se dijo el ex enlazador, por fin se me dio la forma que buscaba. Y veía que en sus alcances la nueva balsa le entregaba, compensado y enriquecido, el puente tantas veces frustrado ~~que~~ que pensó oponer a la ausencia del cantor, y a la vez el artificio necesario para que las mulas de I pudiesen trasladar desde el mar a Minas Altas el cofre donde guardar la canción del gallo blanco. Ahora que terminé mi puente, dijo, ya no hay razones para que esa ausencia se prolongue; seguramente Eme está en camino y trae la canción.

La nueva balsa le reveló el defecto principal de la anterior, que provocó la caída del botón cuando la probaron sobre la enagua-cordillera de Emebé: no mantenía al piano en posición verti-

cal, por lo que toda inclinación era riesgo de caída. Urgentemente había que advertir a I, ya en franco descenso hacia el mar llevando en su mente los planos de aquella balsa defectuosa, para que los carpinteros encargados de construirla la sustituyesen por la que acababa de presentársele en sueños, donde el piano, sobre las ruedas de sus patas, mantendría su verticalidad aun en las pendientes más empinadas de la cordillera.

Si por mi culpa se cayese el piano, si también se me escapase como aquel puma que dejé pasar, entonces lo mejor sería que yo también me fuese, dejándome arrastrar por la próxima creciente, se decía el astrónomo frustrado mientras se vestía en mitad de la noche, mientras atravesaba la casa convertida por Uve y Eñe en un enorme cuarto de costura, pilas de telas y botones, encajes y carreteles, hebillas y madejas de hilo, tijeras y alfileres; mientras veía que Emebé se había dormido sin apagar la radio que le dejaba Uve para buscar en los ruidos que salían por sus calles, que aumentaban de noche, algún indicio de las lejanías transitadas por Eme, y ahora era un ruido o soplido permanente lo que salía por la calle que permitió la caída del meteorófono; mientras corría a ensillar una mula que bajo el estrellerío y el ruido de los deshielos ya lo llevaba tiritando cuesta arriba, manteniendo en su mente, como si las estuviera viendo, las líneas ya borradas de aquel sueño generoso.

Quería amanecer cuando Jotazeta alcanzó la línea de los chasquis; ya se oía un galope metálico sobre la calzada llevando los primeros mensajes de ese día. Lagrimeando de frío el chasqui oyó decir a Jotazeta que tenía necesidad urgente de hacer llegar al mar un sueño que había tenido, y de entregárselo a I, a quien seguramente habían visto pasar. Hará diez días, dijo el chasqui, que I y otro arriero pasaron por aquí.

Pero esa línea de chasquis no iba directo al mar; *el sendero* la calzada corría paralela con la cordillera, hasta adentrarse muy al norte. De

*lo memorice por si
el dibujo se perdiera*

todos modos recibiría su mensaje y lo transmitiría; luego éste volvería hacia el sur y en dirección al mar, por la línea que corría cerca de la costa, con lo que su mensaje o sueño perdería un día de camino. No importa, dijo el enlazador, a mí me llevaría quince días hacer el camino en línea recta, y casi seguro que antes de llegar me encontraría con el regreso de ellos y el piano peligrando en una balsa equivocada.

El chasqui se concentró para oír y memorizar ^{con ayuda del dibujo} el sueño de Jotazeta, donde un triángulo de mulas sostenía, a un metro de sus cabezas, una semiesfera de madera en cuyo interior el piano, deslizándose sobre sus ruedas, se mantenía siempre vertical en ascensos o descensos. La semiesfera se apoyaba en los vértices de mulas a través de tres varas ligadas directamente a unas monturas de madera afelpadas por dentro, mientras unos travesaños mantenían la forma del triángulo y la caja redonda en equilibrio, donde el piano bailoteaba libre manteniendo su verticalidad. Veía, hasta una persona podría ir dentro de la caja, tocando, sin advertir más movimiento que un meneo, decía Jotazeta agregando un detalle que no estaba en el sueño; y las tres mulas originales pueden ser duplicadas o triplicadas según el peso de la carga, siempre que estén ubicadas en ^{los} el vértice ^{de las puntas} del triángulo.

El chasqui apenas arrugó la frente al memorizar el aparato; lo tengo, dijo; antes de la noche habrá llegado al mar de I. Y sin despedirse salió al galope por la calzada haciendo sonar su caracol marino para advertirle su llegada al otro chasqui.

Puesto su sueño en movimiento, Jotazeta se sosegó y regresó lentamente viendo amanecer, pensando en lo hermoso que sería ver desde el otro lado de la cordillera el paso de su artefacto soñado, saltando de pico en pico, llevado por la fabulosa memoria de los chasquis.

Constelación casi descubierta

Viera esas mulas chapoteando en el mar, viera esos ojos cómo agradecían desviándose cada tanto hacia los hombres de sombrero sentados en la playa, donde sobresalía la estatura de I. Las viera parpadear de puro agradecidas por la horizontalidad, abarcando de paso a los carpinteros que más lejos al lado de una rampa y un camioncito verde daban los últimos martillazos al sueño-balsa de Jotazeta que los chasquis pasearon a lo largo de la cordillera antes de arrimarlo al mar.

Dorada y Capulí celebraban ^{su nuevo} su ~~cuarto~~ viaje al ~~mar~~ sumergidas hasta las rodillas, mientras ^{la} Caracola y la Rubia, que lo veían por primera vez, apenas se mojaban los cascos echando largas miradas hacia la nieve cordillerana, temerosas de olvidar su querencia a causa de la fuerza del encuentro con el ^{océano} mar. Tau, el astrónomo, veía ocho mulas danzantes contra el horizonte marino. En cambio I veía nueve: con una pata levantada que intentaba apartar el mar, se le aparecía, en transparencias marinas, el contorno de la Mansa.

La verdadera naturaleza de estos animalitos, dijo I apartando de sí una tristeza mular, es marítima; son una mezcla de barco y de gaviota; barco para llevar cargas y gaviotas para andar como volando entre las nubes; la cordillera ha sido su destino, pero se mueven en el mar como si nunca hubiera salido de él.

De la babilla de Sosegada colgaban unas algas esponjosas, y uno de los carpinteros, viendo la semi esfera montada sobre el trípode, decía miren qué capricho, se parece a una paila de hacer dulces; mientras Umbría, tan audaz, tenía sumergidas cinco de sus seis cuartas dealzada. Vamos a buscar una constelación, dijo Tau,

que tenga forma de mula, y a las ocho estrellas principales que la formen le vamos a poner el nombre de estos bichos tan hermosos. Se lo merecen más que nadie, dijo I sin oírse, por decir algo, atento a la excitación de sus hijitas, que bañaban en el mar la ceguera de sus sexos vírgenes; mientras el astrónomo veía desplegarse las partes extensibles del trípode, hábilmente agregadas al sueño por el propio Jotazeta para facilitar el retiro de las mulas sin tener que subir y bajar el artefacto.

Entre las brumas de la lejanía apareció un trasatlántico detenido. Su forma, creada por el mar, era una armonía perfecta con el horizonte a pesar de quebrarlo. Mire, dijo I, ese barco se ha asomado a ver bañarse a mis mulitas. Capulí y la Caracola pararon las orejas, miraban el barco como si no existiera otra cosa en el mundo. Ahora van a tener algo especial para soñar cuando estén allá arriba, pensaba I, cuidadoso del descanso de sus mulas. Seguramente, meditaba Tau, es el mismo barco que mes a mes se lleva las planillas de los vientos que estudiarán los sabios en Europa. Seguramente, meditaba I, no se acerca a la costa por ser de esos países extraños que hablan otras lenguas al otro lado del mar. Es posible, razonaba Tau en sus adentros, que desde ese barco aquellos sabios estuvieran echando unas ^Szondas oceánicas para estudiar los movimientos de la vida subacuática, de la misma manera que los telescopios estudian los movimientos de los cuerpos celestes. El fondo del mar, le dijo a I, es otro cielo, con sus sistemas y sus órbitas, constelaciones y cometas vivientes; mire en qué lugar ha traído a remojar sus mulas. Pero I no le oía: entrepensando y a la vez entresoñando, amodorrado por el sol de la siesta, se decía que aquél era el mismo barco que trajo el piano al continente y se asomaba para despedirse de él, a ver cómo esas mulas bañistas lo subían por la cordillera hacia un destino desconocido que estaba al otro lado de la nieve, que es el límite perceptible de

los barcos, condenados a verla desde lejos y como término del mundo. Hace cinco siglos, dijo Tau, que los barcos llegaron a estas costas; han traído palabras y la noción de otras estrellas que nosotros no podemos ver, animales desconocidos y las leyes de Kepler; sus sueños de mundos nuevos y también sus fracasos; estas mulas transoceánicas ^{que son los barcos,} merecerían también una constelación; son mulas de la horizontalidad, y al revés de las nuestras, ~~ellas~~ descansan mirando la verticalidad de la cordillera. Pero I no podía oírlo, las ocho mulas reales se le habían borrado y sólo percibía el contorno quebradizo de la Mansa, apartada de las otras, muy adentro en el mar, adelantándose en el abanico de mulas para que I la eligiera y la llevara a conocerlo.

La sirena del barco quieto sonó como si todo él fuese un gran caracol marino. Las ocho mulas volvieron sus cabezas húmedas al sonido y lo vieron moverse avanzando hacia sus brumas. El mulero y el astrónomo y más allá los carpinteros también lanzaron sus ojos hacia donde miraban las mulas, y todo el barco, mientras se alejaba entre guiños de luces, se envolvió con estas miradas hasta perderse en unas nieblas que ocultaban a los países de donde había venido tantas veces durante esos cinco siglos que mentó el astrónomo. I aprovechó la salida del barco para pasarle a esa partida marítima la ~~tristeza insoportable~~ de la ausencia de la Mansa. Tau, viendo que el mulero sacaba un pañuelo del bolsillo hondo de su chaleco y disimulando se lo llevaba a los ojos, le comentó que los barcos, tan alegres de ver, siempre son tristes cuando se van. Y miraba en la cara alargada de I en verticalidad ^{cordillerana,} ~~confusa,~~ cortada por el ala de su sombrero en horizontalidad marina, ~~lo~~ lo que las mulas allá arriba, cuando el hombre se acercaba, ~~llamaban~~ llamaban el mar-I.

I caminó por la playa aplastando caracoles secos y acercándose a las ocho mulas les dijo y bien, hijitas, parece que ha llegado la hora de decirle adiós al mar. Los carpinteros hacían señas des-

de lejos anunciando que el artefacto estaba listo para ser cargado. Tau se acercó y tocó las maderas que daban forma al sueño de Jotazeta, ojalá estuviese allí para mirarlo, esas concavidades de maderas finas como trenzadas, en las curvas externas esos brillos oscuros de las vetas impregnadas de betún; en tanto que las mulas, echadas en la arena, se doraban al sol mirando el horizonte marítimo cortado por el sombrero de I, y el barco que partió ya no era ni recuerdo, mientras la Mansa flotaba todavía en la memoria del mulero, y la horizontalidad oceánica era una pura soledad.

Los carpinteros apoyaron en tierra las varas extensibles del trípode dejando los tres pares de mitades de barriles unos pocos centímetros por encima de la altura mular. Subieron a la rampa y desplegaron la baranda trasera del camioncito apoyándola en un borde de la semiesfera, por la que deslizaron el negro meteorófano hasta dejarlo, bailoteando sobre sus ruedas, en el centro de la concavidad. Dos carpinteros se sentaron adelante junto al conductor del camión, dos más cerraron la baranda y se echaron en la carrocería entre cajas de clavos y herramientas; destartalándose iba el camioncito verde por la calle de tierra, saltando entre los pozos, con ruidos de martillos y tenazas golpeándose contra las tablas se alejaba levantando polvo de camino.

Tau y el arriero colocaron por pares a las mulitas en los extremos terminales del trípode. Los cuatro dedos de felpa de las mitades de barriles se redujeron a dos cuando plegaron las varas extensibles y el peso fue a repartirse en el triángulo de mulas. Caracola y Capulí quedaron a la cabecera, Dorada y Rubia en un costado, Marcela y la Camella por el otro. Umbría y Sosegada, montadas por el astrónomo y por I, quedaron de madrinas, atadas a la yunta de la cabecera. Con las energías ganadas al mar, las mulas trepaban hacia la cordillera como si en vez de un piano transportasen aquel botón que Jotazeta y el mulero utilizaron como piano para probar la balsa equivocada. Los flecos de la lona amarilla

con que cubrieron la boca de la caja tiritaban bramando contra una brisa ya cordillerana que se mezclaba con la frescura marina que las mulas despedían de sus cuerpos internándose en la verticalidad de aquellas moles que contenían la presión del océano aislándolo de Minas Altas.

La mula de cola, pensada para contrapesar en la balsa defectuosa, era ahora innecesaria, su lugar al final de la tropilla estaba hueco. I sentía ese vacío a sus espaldas, de tanto en tanto volvía la cabeza a ver si realmente no hacía falta. Como ~~quien se descarga de un remordimiento~~, con un guiño mental hizo deslizarse a la Mansa hasta el lugar vacío; y ya no tuvo necesidad de volver la cabeza, la mulita virtual los seguía por detrás ocupando plenamente el lugar vacío, ligada al conjunto por una larga rienda cuyo extremo el mulero retenía en su pensamiento. Reconfortado por el hallazgo, sonreía pensando en las dulzuras de las amantes que se quedaron esperándolo a orillas del mar. Allí las guardaba para un próximo viaje sin astrónomos ni pianos.

El mar estaba ya muy lejos, invisible, y, como el barco que partió, ni siquiera era recuerdo. Las mulas caracoleaban por las primeras estribaciones, golpeando con las patas en los mismos tiempos, salvo Capulí, que llevaba un paso sincopado. Tau y el mulero oían, en las subidas bruscas, el chirrido de las ruedas del meteorófono dentro de la esfera corriéndose en busca de su verticalidad. Esta mitad de esfera es un prodigio, dijo Tau; en caso de lluvia o nieve tanto nosotros como las mulitas, apretándonos un poco, podremos refugiarnos debajo y dormir bajo techo.

Ya estaban muy arriba, el paso de las mulas ~~se orientaba hacia~~ el descanso, y se habían encendido muchas estrellas que Tau sabía de memoria cuando I le dijo al astrónomo: me he quedado pensando en esa constelación con forma de mula que usted va a descubrir. Es muy fácil, dijo Tau; para el lado del sur celeste quedan

todavía muchas estrellas vírgenes; todo es cuestión de elegir ocho que se correspondan en la forma y ponerles los nombres de estas mulas prodigiosas; lo haremos esta misma noche, así las mulitas hacen el resto del viaje con una constelación que las proteja desde arriba. Yo le pediría, dijo I, que me dejara elegir el nombre de la constelación, en su conjunto. Se lo regalo, es suyo, dijo Tau. La Mansa, dijo I. Está hecho, dijo Tau.

La sexta luna de Saturno

Nada más parecido a un bicho que nosotros, dijo Tau; si pudiéramos vernos desde alguna altura, créame que la palabra insecto cuadraría; donde nosotros y las mulas seríamos las patas que arrastran al cascarón. Cierro los ojos y debajo de la bola amarilla veo sobresalir unas orejas y unas colas que vienen siendo las orejas del bicho; las mulas serían sus patitas pero no las veo, apenas oigo el ruido que hacen; tiene unas alas amarillas que no le sirven para nada, y un par de pinzas o de antenas, usted y yo, orientando al cascarón según nuestro capricho. Es un bicho muy raro, créame.

En cambio visto de costado, dijo I, parece más simpático el ~~bicho~~ ~~chito~~. Desde ahí usted puede ver que las patas invisibles de su insecto son los perfiles íntegros de las mulas, figuras en relación con el paisaje que frecuentan, porque mula y montaña vienen a ser la misma cosa. Allí lo único extraño es la forma de la carga, como si llevaran sus alforjas por encima de ellas. Como hormigas arrastrando media nuez, si usted quiere, una situación que también tiene su rareza. Desde otro punto de vista, para quien no alcanzara a ver las mulas, sería una canoa con tres remos, vea qué gracioso.

Hablaban como quien temiéndole a la oscuridad va por ella diciendo palabras que la disipen y para no sentirse solo; porque es-

taban en plena zona de gendarmes, de costado y desde abajo al alcance de sus tiros.

Los invisibles dueños de la cordillera habían resuelto que una lejanísima ciudad fuese puerto único, y como sabían que no tenían razón utilizaban balas para convencer. Las balas eran ciegas y tanto podían perforar cabezas o patas de mulas, romperle las notas al piano dejándolo convertido en un mueble viejo, incrustarse en el centro del corazón de I, o en el de Tau sin darle tiempo a descubrir esa constelación que pretendía.

Hablaban y hablaban para no pensar que si una de esas balas simplemente quebraba la rodilla de una mula de la cabecera, caería arrastrando a la otra, y el piano, despedido de su caja, las aplastaría. Si una bala penetraba en una mula del costado izquierdo, que daba al abismo, suponiendo que este peligroso pensamiento, en un descuido de la conversación, lograra penetrar en la mente de los arrieros, inmediatamente lo cubrirían como con un trape negro para no imaginarse la caída de todo el conjunto, donde hasta el propio pensamiento moriría.

Es peligroso este desfiladero, dijo I; y no podemos evitarlo. Es el lugar donde han muerto más arrieros, desde abajo está a tiro de fusil. Se tarda media hora en cruzarlo, media hora de blanco permanente para que los gendarmes practiquen puntería en los hombres y en las mulas. El de más arriba también es visible para ellos, pero allí las balas llegan sin fuerza, apenas consiguen traspasar la ropa y penetrar, si no dan en un hueso, un par de centímetros apenas. Vamos a esperar aquella nube que se ve venir; les tapará la visión hasta que lleguemos al otro lado. Además, parece que trae agua.

Existe una mecánica de morir, dijo Tau, que pertenece al cosmos, a la naturaleza. Los seres vivientes somos el punto más elevado pero más frágil de la materia. Ella se piensa con nosotros,

somos sus pensamientos. Usted, I, es un pensamiento del camino, que es inerte; él se mueve con usted, se imagina que viaja; y para completar su pensamiento le ha regalado la existencia de las mulas, por eso usted las quiere tanto, es como si usted mismo las hubiese pensado. Los pensamientos de la materia, usted y yo, tienen una duración equis, luego desaparecen en la mecánica de morir; se apagan como las estrellas aunque luego todavía por un tiempo podamos seguir viendo su luz. Cada porción de la materia que se piensa con nosotros puede tener muchos pensamientos, de ahí la diversidad de la vida. El mismo camino que lo ha pensado a usted y con usted se piensa, ha pensado otros arrieros, otras mulas y otras formas vivientes que necesita para conocer todos sus adentros. La vida es hermosa porque la materia es hermosa, y por serlo, sólo intenta generar buenos pensamientos, en orden y belleza, que son los principios donde se asienta el universo. La mecánica de matar, en cambio, es falsa. Los asesinos utilizan, usurpándolo, este camino de las verdades cósmicas; y matando en propio beneficio, demenciales y mezquinos, asesinan los pensamientos de la materia. Y esto es vergonzoso para la dignidad de la vida y del pensamiento. Hacen peligrar la vida en su conjunto. Matar es una sed creciente, y entonces el crimen se organiza bajo las diferentes formas del poder, creyendo que copian fielmente la organización de la materia y que con ello alcanzarán su estabilidad. Los asesinos son pensamientos que se niegan a serlo y quieren ser la propia materia; pero son una perturbación de ella. Si el crimen se impusiera finalmente, la materia dejaría de pensarse y entonces el maravilloso fenómeno viviente desaparecería y ^{el mundo} ~~la materia~~ volvería a una infinita soledad.

Crucemos ahora, dijo I cuando la nube ocultó el desfiladero. El carromato iba por la nube, las mulitas movían sus fosas nasales percibiendo otra vez una humedad marina, abajo los gendarmes no

sabían qué hacer con sus fusiles, los pasaban de una mano a la otra en un nervioso jugueteo.

Nosotros, a la vez, prosiguió Tau, somos pensamientos capaces de pensar. Cuando lo hacemos en el sentido justo, devolvemos a la materia sus propias sustancias, elaboradas, pasadas por la vida, y esto complace a la naturaleza. Cuando lo hacemos antropocéntricamente, menos que eso, tribalmente, entonces entramos en la máquina de matar, no de morir como muere un pensamiento, y perturbamos la materia que nos sustenta.

Por la mitad del desfiladero la nube se raleaba, y temiendo I que los gendarmes percibiesen desde abajo sus movimientos y tirasen a esos bultos o esas sombras, temiendo concretamente que una bala penetrase por azar en el maravilloso cerebro del astrónomo, que iba del lado del desfiladero, que una bala irascible detuviese esos razonamientos que no captaba totalmente pero le producían placer, le pidió que cambiasen de mula. Vaya usted en la Umbría, me siento más a gusto con la Sosegada. Tau quedó del lado del cerrro, I del lado de las balas, ^{disimulado} protegido por la nube.

Si a mí me está pensando este camino, dijo I, me gustaría saber quién lo está pensando a usted. Tau desparramó por su cara la sonrisa tranquila de sus cincuenta años montañosos, se tocó la barbita, y acomodándose en la silla fue a decir lo siguiente:

Yo siempre digo, más de la mitad en broma y otro poco en serio, que a mí me piensa una de las lunas de Saturno, que como usted sabe tiene diez. Igual que mi madre, que tuvo diez hijos. El verdadero astrónomo de la familia fue ella; mi padre siempre se quejó de esta ciencia diciendo que su verdadera vocación era la de mulero a secas. Entonces ella a cada hijo le fue poniendo el nombre de los satélites de Saturno, su planeta preferido, ignoro por qué ni tampoco entiendo esa clase de preferencias. Dejó un tratado sobre su segundo anillo, no sé por qué precisamente el segundo, cuya lectura provoca cariñosas sonrisas en los grandes

maestros octogenarios. Curiosamente, los sexos de los hijos que nacían coincidían con el orden de las lunas y sus nombres, masculinos o femeninos. Calcule: Mimas, Encéfalo, Tetis, Dione. Mire qué familia. Y todos somos astrónomos. Yo soy el sexto, Titán, un nombre que nunca me gustó y un buen día me lo cambié por Tau, aprovechando que mi hermanita Temis, la décima y última, me llamaba así cuando era pequeñita. A tal punto no me gusta Titán, que en mis mapas estelares personales la sexta luna de Saturno también se llama Tau. Mi tiempo de revolución, para más datos, es de quince días, veintidós horas, cuarenta y un minutos y veintisiete segundos, según lo apuntado por mi madre en la libreta de familia, mientras mi hermanita ala última figura con veinte días, veinte horas y veinticuatro minutos justos.

El ruido de los tiros se multiplicó en los ecos que devolvían los cerros; parecían cincuenta, pero sólo fueron cinco o seis. Uno rozó una vara extensible del trípode sin dañarla, y pasando entre las orejas de la Caracola se estrelló en las piedras; un segundo disparo sacó chispas junto a la pata derecha trasera de la mula de paso sincopado, sin dañarla; el tercero simplemente silbó por las cercanías de la Camella sin alterar su paso; un cuarto rozó el cascarón de madera embetunada, perforó un fleco volandero de la lona amarilla y se incrustó en unas raíces retorcidas entre las piedras. El último hubiera dado en la cabeza, aún caliente de pensamientos, del sexto satélite de Saturno, justo bajo el costado derecho del ala del sombrero, de no haberse encontrado antes con el cuerpo de I. Los tiros en realidad venían de una lejanísima ciudad donde vivían los amos de la cordillera, venían de las sombras, y los gendarmes, que sólo apretaron el gatillo, también apuntaron a unas sombras que vieron pasar entre nubes. Por eso no dieron en el blanco, las mulas no cayeron al precipicio con su carga y sus hombres, la sexta luna de Saturno pudo continuar en

su órbita, y el corazón de I se salvó por dos razones: primero, por estar en el lado izquierdo del mulero, que daba al cerro; y segundo por la libreta de docientas hojas que llevaba en el bolsillo hondo de su chaleco, el de la derecha. El golpe del plomo lo inclinó sobre Tau; transmitido por las costillas, se le desparramó por todo el cuerpo haciéndolo temblar como si tuviese mucho frío. Por lo menos ciento cincuenta páginas, calculó, quedaron perforadas, desparramadas y alteradas las letras hechas con lápiz-tinta por su hija Eñe. Las mulas no perdieron por esto el ritmo de su marcha, y entraban ahora en la parte más oscura de la nube, donde el olor a mar era más intenso y regocijante.

Aquí, dijo I cuando alcanzaron el desfiladero de arriba, ya no llegan sus tiros y tampoco podrán vernos porque fíjese, son nubes de borrasca. Metió una mano entre la piel y la libreta, hurgó un poquito. Mire, una palabra de gendarme, dijo mostrando el plomo que sacó y luego arrojó. Tenía una mancha de sangre en los dedos. Entonces, dijo, tampoco se salvaron las últimas páginas, en blanco todavía, de la libreta, ni la contratapa. Un raspón en las costillas que se cura con saliva.

Tau, recuperando en su cara el color de sus cincuenta años morenos, se acomodó otra vez en la silla ~~y dijo~~: esa bala era para mí, y yo no guardo una libreta de docientas hojas en el bolsillo del chaleco. Si usted me lo permite, en agradecimiento por haberme cambiado de mula -y de destino-, le voy a hacer un regalo. El más hermoso que se pueda hacer. Pero dentro de unos días. Exactamente, dentro de cinco noches.

El Jumento

Al lado de la Mansa

Tau no podía perder su costumbre de dormir de día (y Umbría era un excelente lecho) y velar por las noches. Viendo que amanecía otra vez sin que se despejase el cielo, pensó que si Minas Altas estuviese en ese lado de la cordillera los astrónomos no existirían, por falta de cielos claros.

I se desayunaba junto al fuego, que elevaba una línea de humo azul, y las mulas, echadas en una especie de caverna, dormían todavía. El artefacto de Jotazeta, en reposo, ^{a Tau} le pareció bastante feo. Esa manera de apoyarse sobre las patas, ese cascarón, esos flecos salientes humedecidos por la nube que los perseguía, qué forma tan absurda de estar en el espacio, se dijo contrariado por la noche estéril. Pero claro, era el producto de un sueño que serviría una sola vez. Pasado el piano, su forma caprichosa carecería de sentido; y como copia de un sueño, su único destino posible era el olvido. Qué lástima, dijo arrimándose al mulero, estas nubes de borrasca que nos persiguen. Ya hubiéramos encontrado las ocho estrellas necesarias para armar nuestra constelación; ya las habríamos unido con líneas imaginarias formando el contorno de la Mansa. Y pensar que apenas mil metros más arriba el cielo sigue siendo azul.

No parece, dijo I señalando hacia lo alto un bulto humano sentado en una roca; eso que se ve allá arriba es un músico, ya me

*quita visibilidad
coleóptero, dejar solo
la de molino*

ha hecho sus señas; ha venido a esperarnos y a conocer el piano; está más o menos a mil metros en línea recta y, como usted puede ver, por encima de él las nubes son más negras.

De Ce, arpista y tubista adolescente, veía ascender el carromato a ratos de frente, a ratos zigzagueando en busca de la altura, entrando y saliendo de las nubes. Ignorante del contenido de la semiesfera, creía que ésta y el trípode que la sostenía eran el meteorófono que cayó aquel día por la radio de Uve, cuya forma él mismo había contribuido a descubrir dibujándolo como un molino acordado que se tocaba aprovechando el viento. Es como yo lo pensaba, se dijo; ese trípode no puede ser otra cosa que el cuerpo del molino, y la rueda eso redondo que lleva encima. Faltaban el aspa y el cabezal para tensar las cuerdas, pero bueno, el instrumento seguramente venía desarmado, los demás elementos estarían debajo de esa lona amarilla. Lo instalarían justo en la mitad del pueblo para que fuese visible desde todas partes. Dejarían las cuerdas afinadas para que en los días de viento se tocase solo, usando el aspa como plectro. Escribirían un concierto para molino con acompañamiento de orquesta. Una delicia. Bueno, algo nunca visto, al menos en Minas Altas. *De Ce tenía estas visiones*

De Ce tenía estas visiones cuando lo veía avanzar de costado en los largos zigzagueos ascendentes; pero en los tramos en que la hechura ascendía de frente, desaparecido el trípode-molino, oculto bajo la caja redonda, aquello dejaba de ser un instrumento musical de cuerda y viento para convertirse directamente en un coleóptero. Ese amarillo de escarabajo, esa quitina, ese estuche cubierto con alas membranosas, esa metamorfosis complicada, ese aparato masticador de adelante.

Este músico, o cualquier otro, dijo I, debió venir con nosotros. Siempre se dijo *de Ce* que un profesional de los sonidos integraría la expedición ocupándose de la parte acústica del asunto. Al prin-

cipio demostraron mucho interés, y cuando consiguieron adivinar su forma dejé de interesarles. Tengo entendido que están construyendo uno, habrá que ver qué sale de allí y qué dirán cuando lo comparen con el modelo auténtico. A la hora de decidir el viaje se echaron para atrás diciendo que tratándose de un objeto personal más bien destinado a integrar el ajuar de Emebé, no correspondía un acompañante músico. Aunque sabían, creo yo, que el objeto final del instrumento es grabarle para siempre la canción del gallo blanco cuando Eme Calderón consiga los datos necesarios para terminarla. En fin, los músicos son díscoles, será porque toda la armonía de que son capaces la ponen en los sonidos. Pero bueno, ya lo tenemos con nosotros, y la parte más difícil del viaje está por verse todavía.

Cuando la recua que transportaba el melino musical apareció por la punta del desfiladero donde él estaba, De Ce montó su mula y fue a su encuentro. La trompa masticadora del celeóptero era ahora la cara familiar de I, la barbita de Tau, y más abajo las cabezas gachas de Sesejada y de la Umbría. Las alas membranosas sobre el estuche del insecto estaban convertidas en los flecos de una lona tremolantes. Del melino encordado no quedaba nada, ese trípode apoyado en los lomos de las mulas encajonadas en mitades de barriles era lo más alejado de un diapasón que pudiera pensarse; y esa enorme mitad de naranja embetunada, ese enorme tambor de parche amarillo, bueno, su desilusión era terrible. ¿Y eso era el piano cacareado?

Jetazeta, les explicó, ha resuelto que el piano quede bajo custodia de los músicos hasta que se grabe en él la canción del gallo blanco, por eso me han mandado a unirme a la expedición. Y que una vez grabada o guardada, se llevará el piano a su casa para regalarlo a Emebé como parte de su ajuar. Siempre que haya boda, claro, porque los chasquis han traído unas canciones nuevas que

cuentan partes del viaje de Eme Calderón, y en una de ellas se menciona mucho a una flautista que lo acompaña, llamada Azul nada menos. Entonces parece que Emebé está muy celosa por lo de Azul, miren qué nombre, y les tiene prohibido a Uve y Eñe apurarse en la costura. De modo que entre puntada y puntada se quedan suspirando, y de suspiro en suspiro se van quedando dormidas junto a U, que duerme todo el día. Jetazeta las ve dormir o suspirar y se pone nervioso, anda intranquilo sin saber qué hacer ni dónde ponerse. A nosotros nos gustó mucho esa canción, hecha por un tal Tuy, del que ya conocíamos una pieza muy graciosa, y que parece que es de la partida. Entonces pensamos que lo mejor era estrenarla dándole una serenata a Emebé, al fin y al cabo allí se habla de su novio. Y bueno, debido a esas consecuencias hemos decidido por ahora excluirla de nuestro repertorio, para no contrariarla. Pero la canción está de moda y hasta el cazador de cóndores la canta.

Después de festejar el encuentro y las noticias frescas, De Ce le dijo a I que se haría cargo de la gufa trasera del conjunto, y que luego, en el descanso, vería ese plano. Y subían y subían, De Ce como furgón de cola pensando en el contenido de la caja, sin sospechar que en la mente de I él iba al lado de la Mansa.



El grumete

El paso por el mar, la nube de agua que los perseguía ascendiendo con ellos, y acaso la condición de la carga que llevaban, orientaron el cruce de esa parte de la cordillera hacia una clara navegación. Las mulas, que se llevaban el mar dentro, caminaban como bogando. Tau, habituado a los grandes espacios, sin obstáculos, no alcanzaba a notar el cambio. De Ce, mezclando la desilusión del concierto para molino y orquesta ^{con} la avidez por conocer el piano en cuanto parasen a descansar, no se daba cuenta de nada. Tan sólo I se resistía a esa impensada orientación del viaje. Estas mulas se me han contaminado de mar; hay que ser tontas para trepar así, como si navegaran; miren el aire de barco que le están dando a nuestro cargamento. Déjelas que boguen a su aire, dijo Tau; si se creen remos, es cosa suya; lo importante es que naveguen, ya sabe usted que sobre el agua las cosas pesan menos, como en el espacio; además, qué otra cosa pueden hacer con esta nube que es pura agua en suspensión.

Poco antes del oscurecer alcanzaron un punto de la altura desde donde hubiera sido visible otra vez el mar, oculto por las brumas o por el alcance de la vista. Su existencia o presencia era evidente sin embargo, patente en la conducta de las mulas. En la planicie avistada, donde pensaban hacer noche, se declaró la borrasca. Los flecos de la lona bramaban en el viento con aguanieve buscando soltarse de la soga que los amarraba a la canoa embetunada. Las fuertes voces de I, vacilando entre vientos encontrados, pedían a

De Ce que abandonase la popa y ayudase a las mulas de estribor, que por torpezas de Capulí la sincopada tendían a empantanarse en el torrente que bajaba de los cerros y caía del cielo. El grumete obedeció en el acto y agarrando las patas de la mula a contratiempo la obligó a acompañarse con las otras, con lo cual consiguió que la canoa no virara en dirección sur sureste, donde las aguas se precipitaban en forma de cascada hacia los fosos profundos que poblaban los gendarmes.

El propósito de I era llegar a un refugio de arrieros avistado, ya casi invisible en la oscuridad creciente, y detenerse allí, al abrigo de las furias encontradas, pero las mulas apenas podían avanzar, rechazadas por el viento y con el agua rozándoles el vientre. Los animalitos hacían lo que podían, chapoteando o remando, pero siempre en el mismo lugar, con lo que decididamente la canoa se escoraba a babor. I se paró sobre los estribos y entregando a Tau las riendas de la ^{St se gasta} Umbría, donde capitaneaba, se apoyó en las grupas de la yunta cabecera y trepó a lo alto del cascarón, que a esas alturas ya era una cofa. Rápidamente soltó la soga que amarraba a la lona y desplegándola la envergó en su cuerpo, mientras daba gritos ordenándole a De Ce esas cosas que normalmente hacen los grumetes en la tempestad. Con un par de taconazos perforó el fondo de la cáscara, que recibiendo el agua que chorreaba por la funda del piano actuaba como bomba de achique, mientras la lona, hecha vela alrededor de I, convertía al conjunto en una especie de tartana encallada en un trípode. El grumete, de acuerdo con las órdenes del piloto, desmontó las varas extensibles y se las pasó. El mulero encajó los tres palos, rasgó la lona, y con trozos de soga convertidos en obenques envergó una vela al tercio y otra de abanico, reservando un trozo triangular que envergaría en la entena. Y bueno, con esa arboladura la tartana se convirtió en una carraca, se inflaron las velas, y las mulitas, desempantanadas, con

viento próspero empezaron a bogar hacia el refugio. Y bogando, ya casi era un galeón, casi una carabela la carraca, navegando de bolina con un piano adentro, a miles de metros sobre el nivel del mar; bajo el control de aquellos intrépidos muleros marineros; sin temor a bajos, para eso estaban las patas de las mulas, esas quillas cautelosas; Tau por avante a manera de bauprés; De Ce tarareando en la pepa; y el pilote en la cofa, fantástico vigía, a unas pocas brazas del refugio, con claras intenciones de pairar la nave, barloventeando iban los muleros; y el piano serenísimo dentro de su funda, en un suave movimiento de babor a estribor sobre las cuadernas del navío; y la orilla deseada, ya con la nave al paio; y el grumete que sirga desde tierra; y el timonel que se apea de la Sosegada sin soltar a Umbría; y el pilote arriando la vela de mesana; los mástiles que vuelven a ser varas extensibles devueltas a sus sitios en el trípode; las mulas recogidas y los vientos que amainan y desaparecen llevándose las nubes y poniendo al descubierto un impresionante estrellerío que devuelve la paz al corazón de Tau; y el fuego que se enciende en el refugio de arrieros donde las mulas mascan pastos secos; las llamas que proyectan las sombras de los arrieros sobre el artilugio que De Ce, por un instante, vuelve a ver como un molino musical.

El ojo de la Pajiza

El refugio tenía la misma forma esférica del cascarón que contenía al piano, sólo que de piedra bruta, cuatro veces mayor y boca abajo, con una entrada de caracol que se perdía en una curva interna, y en la cúspide una tronera por donde salía del humo del fuego alrededor del cual se ^{celebraban} secaban las mulas. Los hombres, ya secos, miraban el cielo desde la boca del caracol. Es una pena, dijo I mirando el cascarón, no poder meter también el bicho ese en el refugio, así de paso De Ce nos hacía escuchar esa canción de moda. Yo no creo, dijo el grumete, que después de una tormenta como la que ha soportado ese piano, lo perjudique un rato de intemperie. Mejor le quitamos la funda, si les parece, y la ponemos a secar junto con los restos de la lona.

De Ce conocía el celo de los muleros por sus cargas y esperó resignado el no de I, que echado sobre el muro ascendente de la entrada parecía entredormido. Es impermeable, dijo I, pero bueno, quítele si quiere, así de paso le echa una ojeada a lo que usted llama piano. Usted mismo nos hizo conocer esa palabra, ¿se acuerda?, dijo De Ce trepando al techo del refugio, desde el cual tendría acceso a la boca de la caja. Sí, de acuerdo, le contestó el mulero; pero es una palabra de dos tiempos y usted le pone tres. Es verdad, dijo el grumete desde el interior de la caja, desatando las tiritas de la funda; usted tiene toda la razón, pero a nosotros nos pareció una palabra demasiado corta para el sonido escandaloso que tenía el instrumento, y la alargamos un poquito para que se le pareciera. Pero como tampoco nos gusta, entre nosotros preferimos llamarlo meteorófono, que es mucho más linda.

El mulero veía que, ante la última frase de De Ce, la cabeza del

astrónomo se movía en un entusiasmado sí, como un resorte que responde a una fuerza, y no sabía si recordarle o no aquello de la constelación; el segundo de a bordo parecía muy cansado. Entonces dijo: cuántas constelaciones, mirando sin reconocer ninguna. Cómo la quiere, dijo Tau; enorme enorme, cubriendo medio cielo, pero que sólo podrá ver en las noches muy despejadas, o pequeña casi tamaño natural, perceptible aún en las noches algo nubladas, entre los claros de las nubes. La preferiría pequeña, dijo I, la Mansa es de poca alzada.

El astrónomo encorvó los dedos, cerró un ojo y miró el cielo a través del hueco de la mano recorriéndolo por porciones, como quien mueve un telescopio. Per allá, dijo, veo una mulita, pero no alcanza a tener ocho estrellas y además está en la zona donde suponemos que tiene su recorrida Némesis.

Muy cerca, como rozando los bordes del supuesto telescopio, vieron pasar un pájaro, de frente hacia ellos. Agrandado por la proximidad, casi rozó los bordes del cascarón y la tronera del refugio; luego se elevó y desapareció. Venía desde la dirección del mar y parecía cansado de volar. Desconozco esa variedad de pájaro, dijo Tau; es de esas aves que recuerdan a los dinosaurios, de los que se desprendieron hace más de docientos millones de años. A mí, dijo I, las aves nocturnas me parecen muy desagradables; soy supersticioso.

El astrónomo escudriñó hacia el sur. Ya la tenemos, vea qué maravilla, dijo encorvándole los dedos al mulero como si le pasara el telescopio; mire, ahí está Venus, ahí la Vía Láctea; y en ese costado está la Mansa. Ahora vaya trazando líneas para donde yo le diga. Vamos a empezar por el cogote del animalito, donde usted después podrá ver hasta las crines; de allí, a unos dos metros a la derecha, imagine una línea de dos metros más o menos, que llega hasta el anca; ahora bajamos a las patas, mire qué claras; suba

un poco apoyándose en esa estrellita, siempre buscando la forma que usted conoce, con lo que llegamos a las manos; subimos un poquito y vea, ya estamos en la garganta; desde allí le será fácil ubicar la boca, vea qué encanto de babilla; finalmente saltamos a esas dos estrellas parejitas y las unimos con la primera que le dije. Para que le quede claro, vea ahora esa estrella medio triste que parpadea en el centro de la cabeza; ¿no es un ojo perfecto? Qué maravilla, dijo I, y hasta orejitas tiene. Claro, dijo Tau, esas estrellas gemelas; y vea, vea esa espuma en el otro extremo, mire si no es la cola de su mula. Es una delicia pura, dijo I. Si observa bien, se entusiasmó Tau, verá que hay ocho estrellas principales en la figura, pero que nos hemos valido de otras, menos brillantes, para apoyar la forma, a las que usted podrá darles si quiere el nombre de las mulas que se quedaron en Minas Altas, le sobrarán estrellas. Ahora vaya nombrando a las ocho principales, en el orden de recién, para anotarlas luego en mis mapas estelares.

La primera, dijo I, es la Caracola; después vendría la Rubia, luego la Dorada; en esta pata, Capulí; y en la boca la Camella, vea qué perfección; y dejamos a Umbría y Sosegada para las orejas. Nos faltaría, dijo Tau, un nombre para el ojo. Yo al ojo, dijo el mulero, le pondría la Pajiza; es una mulita vieja de mirada triste, no ha conocido el mar y posiblemente nunca lo conozca; y siempre mira parpadeando.

La Mansa es un nombre perfecto para esa constelación, dijo Tau, porque esos cielos son muy serenos. Medio corta de patas, ¿no le parece?, dijo I. Sí, admitió Tau, pero mire esos belfos, esa nariz tan hermosa, esa cola de pura espuma cósmica. Será muy fácil ubicarla. Recuerde: Venus, la Vía Láctea, luego hacia el sur. No tenga cuidado, dijo I, el sur es el único punto cardinal que reconozco; y ahora, con esa constelación, más todavía.

245
 216
 ———
 29

Doc. 051

La estrella múltiple de Tau

Pero qué hace ese muchacho, dijo Tau oyendo los golpes de madera que daba De Ce a las teclas del piano sacándole unos sonidos agrios. El piano, gritó alegremente I, se toca con los dedos, no con palitos; sosiéguese un poco y venga a ver la constelación que tenemos.

De Ce el grumete se descolgó del techo del refugio y se echó entre los dos hombres. El meteorófono que estamos haciendo, dijo, se parece bastante a éste, y se toca con palitos sobre unas tablas afinadas. De allí el sonido pasa a unas calabazas que van de mayor a menor. Este en cambio tiene adentro un arpa, pero al arpa ya la conocemos. Lo que más me ha gustado es el brillo que tiene, las estrellas se le reflejan como en un espejo.

Viendo que nadie le respondía, el grumete apoyó su cabeza de dieciseis años en la rodilla de cincuenta del contramaestre astrónomo, y buscando la constelación que I el piloto le señaló vagamente con un movimiento de cabeza, parpadeó un rato como la Pajiza hasta dormirse.

Qué maravilla pensar, dice Tau, que todo eso que estamos viendo es nuestra casa y a la vez nuestro camino; vea qué lujo esos jardines, esos palacios, esos interminables animales de la forma que usted quiera elegir, uno solo de ellos no cabría en nuestros mares. Delicia pura vagar por esos senderos, esas llanuras, esas montañas iluminadas. Y dice I: ¿Se imagina trasladar un piano por esas cordilleras? ¿Ha pensado en sus gendarmes y en sus balas? No me haga chistes, dice el astrónomo, le estoy hablando en serio.

Cuando usted y yo nacimos, estábamos en un punto de ese espacio, muy lejos del punto donde estuve después cuando nació este músico grumete. Cuando destruyeron Lumbreras, pasábamos por lugares imposibles de precisar; esas calles donde usted ve ahora brillar la constelación de la Mansa ya fueron recorridas por nosotros, estuvimos allí aunque no podamos recordarlo. Usted es un sabio, dice I, yo un mulero. Y dice Tau: todos los hombres somos muleros o arrieros, vagamos en el espacio utilizando la tierra para trasladarnos, como si fuera una mula, todavía no sabemos hacia dónde. No puedo imaginarme, dice I, unas mulas de esas vecindades. Y fue a decir Tau: mulas como las nuestras, vivas, no hablo de animalitos celestiales, tampoco yo me imagino mulas astronómicas, porque pienso esas extensiones en términos de vida animal, no podría hacerlo de otra forma por los condicionamientos de mi mente. Por eso mismo, dice I, resulta divertido pensar que las mulitas van por un estrellero como si fuese un pedregal de puras luces. Lo que intento decirle, dice Tau, es que de la misma forma que mueren las personas, también mueren los planetas que la vida habita. Será tristísimo cuando muera nuestra Tierra, acaso a manos de sus propios habitantes, acaso de otras fuerzas. Imagínese la Tierra sin ríos ni estaciones, vacía, y tanto el mar como la cordillera, un enorme pedregal. En la Tierra hubo y habrá extinciones en masa, orientando o desorientando la evolución, no sabría decirselo. A los hermeses dinosaurios los mató una estrella asesina que no conocemos; periódicamente desata lluvias de cuerpos que chocan contra la Tierra y oscurecen el sol por mucho tiempo; es como un tiburón de los espacios, recorre los sistemas depredándolos. Algunos astrónomos dicen que se oculta entre Neptuno y Plutón preparando su próximo zarpazo; otros, que es una estrella compañera del sol. Se llama Némesis, la Estrella de la Muerte. Se me pone la carne

de gallina, dice I, quiere decir entonces que la vida va a desaparecer. De ninguna manera, dice Tau, no es eso lo que buscaba decir. Lo vivo es eterno precisamente por ser vivo, sustancia última y resultado permanente del cosmos. Cambiar de casa es consecuencia de lo eterno de vivir. Cuando la casa de la vida se derrumba, entonces lo vivo, capaz de cualquier forma, lo vivo se trasladada. Por eso hay millones de formas de vida conocida, y otro tanto de formas que desconocemos. Dice I: un traslado con mulitas y todo, qué fantástica mudanza. Usted, dice Tau, quiere divertirse, y me parece bien, pero esas fatalidades, o como quiera llamarlas, existen. Por eso la vida, que es un juego calculado y como juego nunca tiene fin, se organiza de otro modo. Y va saltando de estrella en estrella, de la misma manera que hasta ahora ha venido saltando Minas Altas cada vez que la destruyen, buscando sobrevivir. Lo vivo, en su conjunto, es más importante que esto que llamamos hombre, que es un producto derivado y reciente. Así como hay una estrella de la muerte, yo creo que hay también una estrella de la vida. Me la imagino múltiple, como un conjunto de cometas buenos, portadores de vida, que vigilan el cosmos protegiendo esta última actitud de la materia. Y cuando ven que en algún planeta la vida ha sido destruída, por suicidio o por fatalidad, se suicidan a su vez contra los cuerpos celestes propicios a la vida y allí la entregan nuevamente. Y dice I muy pensativo: cuántas veces habremos saltado ya, cuántas Lumbreras ~~borradas~~ borradas habrá por esas soledades de allá arriba. Seguramente, dice Tau, muchas veces; pero nada sabemos, no existieron palabras capaces de fijar esas historias ni historiador para contarlas, y solamente por eso son un puro olvido. No hay memoria conocida que la registre y la traslade junto con la vida. Y no hay recuerdo entre una estrella y otra, de la misma manera que un par de vidas hacia atrás ya los padres desaparecen para uno, por eso la pater-

nidad que muchos buscamos en Minas Altas no es más que una ilusión. Pero vea correrse aquella estrella, mire qué arco más lindo. Y le dice I: un arreo, a todas luces, qué mulas ligeritas, vea, ya llegaron.

De los traslados de Minas Altas, dice Tau regresando a la Tierra, nunca hubo memoria porque los mismos que la destruyeron tantas veces se ocuparon de borrarla; hasta que, bajo el nombre de Lumberras, alguien la fijó, sin darse cuenta de lo que hacía, en lo que después vino a ser la canción del gallo blanco. Cuando Eme Calderón regrese, esa canción estará completa y será nuestra memoria. Y para que nunca más se pierda, la vamos a esconder bien adentro de este piano, como quien lleva la vida a un planeta más propicio.

Figúrese entonces, dice I, qué clase de carga es la que estamos llevando, compañero; qué responsabilidad de arrieros; qué ponderación estas mulas milagrosas; qué descansa el del músico grumete.

Las relaciones musicales, dice Tau, tienen mucho que ver con todo esto. Y este chico que duerme las conoce a fondo. Pero no las piensa, como nosotros. Sólo juega con ellas, y es feliz.

Feliz cumpleaños, I

Redondeando un cerro por caminos de cornisa ascendía el cascarón altísimo, con un andar tan suave que adentro el piano apenas se movía con lentitud de caricia. Por influencia de nubes muy lejanas allá arriba y también muy lejanas allá abajo, el camino parecía algodonoso a los arrieros, como si treparan por la enagua de Emebé y ~~el cerro fuese uno de sus pechos.~~

Las nubes de arriba proyectaban sus sombras sobre las de abajo, que eran como el suelo de los muleros quitándoles el miedo al suelo real de las profundidades que acaban junto al mar. En el suelo algodonoso se elevaba una cordillera de nubes con sus propios abismos, sus propias cimas y sus cóndores. En cada vuelta de espiral los muleros veían la cordillera de algodón, y era como si ya hubiesen traspasado la cordillera real y estuviesen llegando a Minas Altas. Otras veces, por influencia de las nubes de abajo, y de la altura, creían que acababan de iniciar el viaje y que el mar estaba ahí mismo, apenas se traspasaran esas nubes, y un oleaje ficticio zumbaba en sus oídos. En vueltas de noria, sin fuerzas para hablar, adormilados por el traqueteo, en perplejidades de escarabajo amarillo trepaban y trepaban, buscando traspasar aquellas nubes de arriba, al otro lado de las cuales estaba el descanso nocturno y el comienzo del descenso.

En la cola del escarabajo, De Ce urdía un tema que se dejaba modular de maravilla, pero cuando estaba a punto de definirlo, una nueva vuelta de noria se lo orientaba hacia otras posibilidades; cuando éstas a su vez iban quedando claras, se esfumaban con una nueva vuelta de espiral.

I tenía ahora su constelación para acortar distancias mentalmente, contando las vueltas de echo en echo, con una mula-estrella para cada una, desarrollando el recorrido por el contorno de la constelación, mientras Tau, a su lado, se movía con el traqueteo mular encerrando en su cabeza hurtada a los gendarmes su preocupación por no poder llegar a tiempo para asistir con los demás astrónomos a la primera visibilización del cometa sobre el que venían trabajando juntos desde hacía tanto tiempo, sin atreverse a comunicar su preocupación a I, para quien sin duda el traslado del instrumento y el descanso de sus mulas eran más importantes que el estudio de los cometas.

En las nubes de abajo se ponía el sol pintándole un incendio a la cordillera de algodón, y en la siguiente vuelta de espiral ya se había apagado, ardían solamente las crestas en una larga cinta ondulada como cuando se queman las montañas, mientras la mecánica de hombres y de mulas, vista desde el suelo de nubes, se perdía ya, caracoleando, a medida que atravesaba las nubes de arriba.

Allá la tropilla se enfrentó a un tranquilo oleaje de montañas que parecían encrespadas por los vientos de la altura, que corrían cargados de nocturnidad. Tan lejos que estaban del mar, pensaba el astrónomo, y sin embargo todavía se proyectaba, la naturaleza lo copiaba, o simplemente lo recordaba, no había que olvidarse de los fósiles marinos hallados a miles de metros de altura, no había que olvidar que, millones más o millones menos de los cortos años terrestres, la cordillera emergió de las profun-

didades y todavía seguía creciendo con lentitud geológica. Era hermoso entonces pensar que Minas Altas, sin necesidad de trepar por caminos de cornisa, subía rodeada por sus altos girasoles.

I temía que las mulas, a la vista del fingido oleaje, se excitaran inútilmente cansándose más de lo debido, pero echándoles una ojeada y oyendo el ritmo no alterado de sus pasos comprobó que ignoraban que ahora iban por una copia del mar, y que habían asumido nuevamente la verticalidad de su destino cordillerano. Menos mal, se dijo, así tendrán más fuerza para soportar los vientos encontrados de esta zona.

Pensaba, dijo Tau, en los cinco siglos que llevan las mulas recorriendo la cordillera desde la Patagonia hasta el Caribe, a miles de metros de altura con sus cargas de mercurio, oro y plata pero también de payadores, yaravíes y aires pampeanos, que se les convirtieron en piezas de artillería durante las guerras de la independencia. Los guerreros que cruzaron la cordillera en mulas como éstas aparecen en los monumentos montados en caballos poderosos copiados a las enciclopedias polvorientas.

Pero I casi no lo oía, atento a los vientos que se reflejaban en las crines de las mulas, convertidas en anemómetros. Vientos mareros y terrales que iban a encontrarse ahí alterando las treinta y dos direcciones conocidas de la Rosa de los Vientos. Una bocanada fresca que venía sesgante obligaba al piloto mulero a ceñir su castigada recua. Cuando pudo conseguirlo, a puro golpe de rienda, con peligro de que el grumete que iba a popa se le desprendiera tragado por el virazón, una tremenda ráfaga a la cuadra castigó a Capulí silbando entre sus patas sincopadas. En su empeño por ganar el viento, I se sintió castigado por uno de proa que amenazaba arrancar el sombrero del astrónomo y tiraba violentamente hacia atrás los flequillos de las mulas, ~~que antes del~~ viaje estuvieron adornados con buganvillas, mientras las aletas salientes de la lona bramaban sin saber cómo bramar entre tanta

ululación. Aquellos vientos no declarados buscaban como enloquecidos fijar una dirección que no encontraban, y cada uno bramaba de rabia al encontrar su camino ocupado por vientos diferentes, obligando al piloto a los virajes más inverosímiles con su canoa castigada y sin velas entre un mar de palabras de viento, equivo-cando chiflones y nortadas, refregonos y torbellinos, ramalazes y vórtices. Cuando por fin se convirtieron en un solo viento cardinal, el mulero la cifó hasta llegar a la planicie con forma de bahía, con algunas rocas salientes, a cuyo arrimo pasarían la noche.

Sí, le dijo el mulero a Tau, he visto en las ciudades esas estatuas con caballos de enciclopedias.

Apoyados en piedras descansaban los arrieros junto a las mulas ya dormidas, con un poco de miedo ante la interminable desnudez de la noche por parte del grumete y el mulero, y de un ligero estremecimiento, también de miedo, por parte del astrónomo. En ese roquedal como balcón a los espacios, en ese silencio que los hacía vacilar en la continuidad de vivir, ansiaban ruidos humanos, la vuelta a casa, formas relacionadas con el hombre, una cerca, una chimenea, el martillo de un herrero, el viento sosegado de las veletas, el chirrido de una puerta, la voz de un animal doméstico, la presencia de una flor, que les permitiese no sentirse tan solos en el cosmos, donde las mulas parecían criaturas fantasmales llegadas de un planeta abandonado, y ellos se miraban las manos encontrándolas extrañas. Silencioso, como si fuera de papel, pasó volando a vela el pájaro aparecido durante el descubrimiento de la constelación, casi rozando la canoa andina mostró a los muleros las chispas del relumbre de sus ojos y desapareció.

Hoy es mi cumpleaños, dijo I. Me gustaría estar ahora en Minas Altas, con Uve, Eñe y U. Y escuchar esas últimas canciones que han llegado, y mirar a la gente.

En las cuentas del reloj cósmico que controlaba Tau, eran los

últimos años del último siglo del segundo milenio, contado a partir de un día torturado que después de muerto se extendió por el planeta, cuando el astrónomo cumplió su promesa de regalo a I por haberle salvado la vida, sin saber que coincidiría con el día de su cumpleaños. En un punto del sur el firmamento se rasgó como un papel de celofán. Tremendo era el esfuerzo del espacio para abrir ese paquete dando paso a un nacimiento, y los muleros, arrinconados contra las piedras, vieron el alumbramiento de aquella cabeza luminosa que salía de su cueva oscura mientras su cuerpo no acababa nunca, ~~destruyéndose~~, una interminable cabellera luminosa de millones de kilómetros.

Cuando acabó de salir, poniendo reflejos de su luz en las caras de los hombres y en las maderas del cascarón, las mulas abrieron sus ojos como si amaneciese, a lo lejos cantaron los gallos familiares añorados por los muleros. La luz del regalo de Tau era como un relámpago que duraba siempre, con esa cabeza rozando casi los bordes de la cordillera y aquella cabellera acabada de nacer que se perdía en el mar.

Con las manos escarchadas metidas entre las piernas, empequeñecidos por el frío, los arrieritos miraban el extraordinario objeto sideral sintiendo que a su vez él también los miraba, alguna noción de ellos se grabaría en su memoria cósmica, aunque supiesen que era imposible distinguir desde sus alturas a tres muleros en un rincón de la cordillera, y ni siquiera a la cordillera misma: su ojo navegante sólo le permitía ver la redondez de una pequeña bola silenciosa, con su pequeño mar y su invisible luna, con su pequeño sol y sus para él inexistentes girasoles.

Su regalo de cumpleaños, dijo Tau, viaja en dirección al sol. Espero que le guste. No sé qué haría con él, dijo el mulero, es demasiado para mí. Sólo mirarlo, dijo Tau; tanto usted como yo sólo podremos verlo una vez; acaso este grumete, cuando sea muy

viejo, lo vea pasar en otra randa. Y dedicarle una de sus piezas musicales. Al tema ya lo tengo, dijo De Ce; lo desarrollaré por el camino; lo pienso como un concierto para cuatro arpas indias, dos caracoles, dos tubos y acompañamiento del piano que llevamos.

Este vigía, dijo Tau, es parte de esa estrella múltiple que nosotros oponemos a Némesis, y ha venido a vigilar la vida, es decir, los pensamientos que genera el corazón oculto del universo. El conoció las primeras formas de la vida, la salida del mar, el ascenso de los reptiles, el hombre en estado de inocencia, el nacimiento del fuego, las metamorfosis de las piedras, la conquista de la palabra, la aventura del pensamiento. Traerá vida cuando falte, o exterminará a las razas ponzoñosas que la amenazan. Nos conoce más allá de nuestra memoria, y nuestra historia humana, tan breve, es casi olvido o distracción para él, que la contiene toda.

Dijo I: como nuestras mulitas alrededor del cerro. Y continuó la frase en su pensamiento, sin decirlo: como una mano giratoria alrededor del pecho de Emebé.

Partieron antes del amanecer, cuando el regalo desaparecía tras las moles andinas. Es el último tramo del ascenso, dijo I; mañana a esta misma hora estaremos descendiendo, y eso ya será como estar otra vez en casa, sin gendarmes ni falsas tempestades.

El nuevo día llegó con nieve, acercando la palidez del sol al relámpago durable del regalo de Tau. Ocho hilos de humo que salían por las bocas y narices de las mulas, y tres hilos más finos que salían de los hombres, por el último tramo del ascenso avanzaba el sueño de Jotazeta bajo la granulación; acopiando blancuras en las montañas, que luego con los deshieles harían brotar los girasoles de Minas Altas; enrojeciendo la nariz adolescente del grumete; azulando el único dedo que Tau mantenía fuera de la ropa sosteniendo las riendas; agregándole vías a las arrugas del mulero.

Acabamos de sobrepasar los cinco mil metros de altura, miren cómo está sangrando Capulí, dijo el mulero. Las gotitas de sangre despedidas de la nariz caían lejos de la mula, llevadas por el viento en cuanto salían, de modo que Capulí no sabía que sangraba, no veía las gotas caer sobre la nieve. La segunda en sangrar, fue la Sosegada, enseguida la Umbría. Después, I ya no quiso mirar, hasta ahí podía aguantar él, que no sangraba pero sentía los golpes de su corazón en el chaleco, en las cicatrices, en la libreta que encerraba las palabras escritas con la saliva azul de Eñe. Las mulas oían el golpeteo del corazón de I, sin apreciar las diferencias entre el sístole provocado por la altura y el diástole agrandado por la alegría del regalo del astrónomo.

Un regalo con el que I volvía a ser niño. Aunque el frío de este viaje agregaba unas líneas más al mapa montañoso de su cara cuarteada, el cometa lo retrotraía. Aquel paquete cuidadosamente envuelto. Tirar del moño de la cinta. Rasgar el celofán. Y el objeto que sale iluminándole los ojos. Nunca podré agradecersele, le dijo a un Tau casi tapado por la granulación. Pero la sexta luna de Saturno no lo oía, iba cavilando perdido en sus enjambres estelares más densos que las granulaciones de la nieve. Entonces el mulero se entregó a los suyos, previo vistazo atrás a ver si el pequeño grumete los seguía: si aquel regalo era una estrella buena que generaba vida, de tan alto como iba se había congelado y deshecho en los fríos de esas noches del espacio. Y lo veía caer disuelto en esas granulaciones que al dar contra su cara se derretían bifurcándose por sus arrugas de mulero.

Negríto con madreselvas

La levísima onda terrestre que generaron las mulas con los golpes de sus patas al entrar en Minas Altas aquella madrugada, pasó debajo del Peñón de los Astrónomos sin dejar huella en los sismógrafos, y llegó a las orejas del perro de I, que dormía junto a unos zapatenes rellenos con esos papeles apretujados que disimulan el tiempo de la ausencia.

Al reconocer el pase difícil de Capulí, U paró las orejas, salió corriendo calle-río arriba y enseguida se encontró con el intenso olor a sur que desparramaba el mulero. Como el olor no venía por el camino, siguiéndole se metió entre los peñascos rozando piedras afiladas, y brincando entre las rocas se encontró con lo que buscaba, saltó sobre Umbría y sintió en la totalidad de su cabeza el calor de media mano de I.

Tau se descolgó junto al Peñón, donde los astrónomos discutían sobre los contenidos del cometa que la mayoría de ellos veía por primera vez. Salió corriendo apuradísimo, como si el cometa estuviese por escapárseles.

Sin hacer ruido que mis hermanas duermen, le dijo De Ce al mulero cuando desplegaron las patas del trípode junto a la galería de columnas con madreselvas. Inclinaron el cascarón como si vertieran el contenido de una olla, y el meteorófono, con su verticalidad intacta desde el mar hasta ahí, ocupó su lugar junto al cán-

tare del agua. Las hermanas de De Ce aparecieron vestidas y pintadas, con dos golpeadores de tamber cada una; destaparon el piano sin preguntar ni saludar, y allí estaban las gemelas tocando a cuatro pales cuando I, desde el borde de la calle, sosteniendo las riendas de un haz de ocho mulas, les gritó se teea con los dedos. Las gemelas eran pálidas, y con esas manchas de colerete en las mejillas parecían margaritas.

I tuvo que hacer callar a U, que quería llevarlo pronto a casa, para escuchar las maravillas que hacían las margaritas con el instrumento nuevo. Con razón, se dijo el mulero, lo que más se escucha últimamente aquí son duos, todo el mundo está componiendo para ellas. Calle abajo soltó el haz de mulas, dejándolas que fuesen solas a beber en la vertiente, y tomó el camino de su casa para darle otra vez aspecto humano a su ropa vacía en el ropero, quitar los papeles apretujados de sus zapatones y meter sus pies en algo menos helado que la cordillera.

El día que Minas Altas amaneció con piano se alteraron sus ritmos habituales. Los turnos de visita evitaron esperas y aglomeraciones. Las ancianas empolvadas y los viejos de bastón desfilaron hasta el mediodía mirando el instrumento aparecido esa mañana al alba, cubierto de rocío como un campo, rozando sus dedos en las teclas, acariciando sus patas estilizadas, viéndose reflejados en el brillo increíble de su ala abierta, asomándose al interior a ver esa arpa dorada, el complicado mecanismo de apagadores y martillos suavísimos. Luego llegaron los niños con sus maestros, que por carecer de bibliografía adecuada sobre el tema inventaban historias fantásticas, donde el piano era una especie de tesoro en una isla a descubrir, con viajes por el mar enfrentando a los piratas, y exploraciones en selvas no penetradas por el sol, largos ríos navegables pero con cascadas imprevistas, recorridos por un intrépido grupo de muleros de Minas Altas que finalmente lo

descubrían como si fuese América. Los niños lo dibujaron en sus pizarras con tizas de color, agregando detalles propios a la imaginación de los maestros. Los astrónomos, no pudiendo perder un solo minuto del paso del cometa, enviaron un delegado que trazó un plano del meteorófono por dentro y fuera, estudió las relaciones de sus sonidos y su campo acústico, y escuchó gravemente una pequeña improvisación de las margaritas, que habían suavizado las puntas de sus palos golpeadores con unos fieltros como el que tenían los martillos del instrumento. Los músicos, a punto de terminar la construcción de su propio meteorófono, desfilaron observando al piano con el respeto debido a un nuevo habitante que acaba de llegar y establecerse, recomendaron a las gemelas renunciar a sus palos utilizando los dedos como golpeadores. Es como tocarlo con diez palos en vez de dos, comentó un arpista, pero vean qué manera más retorcida de complicar un arpa. Más que el piano les interesó el artefacto de Jotazeta. Le cambiaron el destino con un parche de cuero que lo convirtió en un timbal que hacía tiritar la tierra cada vez que intervenía en los conciertos.

Emebé y Jotazeta hicieron una breve visita al piano una semana después de su llegada, solamente por cumplir y sin asombro. A Jotazeta le había entrado una tristeza dura, de la que Emebé estaba contagiada como si fuera sarampión. Entraron tosiendo, excesivamente abrigados, moviéndose apenas, exhibiendo una palidez que se patentizaba junto a la negrura sosegada del prodigio acústico. Como enfermos que sacan de la cama y llevan al jardín a ver que empieza la primavera pero sin desabrigarlos, el astrónomo frustrado y su hija melancólica se paseaban débilmente por la galería mezclando sus palideces a la del sol de la media mañana, incapaz de evaporar el rocío disperso entre los brillos del instrumento. El ex enlazador ni siquiera se conmovió cuando vio su artefacto soñado, ya timbal junto al cántaro; soltó una falsa tos de salón

tapándose la boca, era su comentario. Y rechazaron la infusión que trajeron las margaritas, dijeron ^{que} no con unos índices discretos y como amojosados por el encierro. El no de los dedos pasó luego a sus cabezas abrumadas cuando las gemelas ofrecieron tocar, ya con las manos, unas escalas que estaban practicando. Con las infusiones helándose en la bandeja y las manos fuera de las teclas, las margaritas veían alejarse calle abajo al abuelo con sarampión seguido por la hermosura griposa de la Emebé que acababa de ordenarle a Uve la suspensión de la costura.

De Ce y sus hermanas gemelas, por su corta edad y por ser hijos de padres desaparecidos, habían vivido hasta entonces rotando por distintas casas y distintos padres, sin abandonar el sector de los músicos. Esto les permitió, además de crecer, el conocimiento y la práctica de vibrófonos, cordófonos y aerófonos de todo tipo. La suma de casas y de padres nuevos significó para ellos la asistencia ininterrumpida a un casi infinito conservatorio. Cuando se adjudicó a los músicos la tenencia del piano hasta el regreso del cantor, los jóvenes virtuosos ofrecieron para guardarlo la deshabitada casa de sus padres desconocidos. La madrugada en que llegó el piano las gemelas fueron a dormir allí para esperarlo. Pero claro, con ese instrumento, la casa ahora parecía habitada. En cuanto se familiarizaron con su presencia de caballo nocturno, decidieron quedarse allí una temporada, convirtiendo al piano en una especie de papá de tránsito.

Con la llegada del verano y sus deshielos, el Negrito, como lo llamaron las gemelas y luego todo el pueblo, estaba perfectamente integrado a Minas Altas. Ocupaba un pequeño espacio oscuro en la memoria de cada uno de los habitantes; en forma de palabra recorría las conversaciones compartiendo simpatías; era convocado en los juegos infantiles; formaba parte de recuerdos y deseos; aparecía en sueños. El cántaro blanco, tantos años solitario en esa galería, volvió a trasudar agua de la vertiente; inducido por el

ambiente y los objetos que tenía a sus lados, ostentó nuevamente su antigua hermosura de barro, por la que se entrecruzaban los contrastes y tensiones entre los brillos ariscos del piano y la opacidad embetunada del timbal. A la siesta, las gemelas colgaban el toldo hecho con la funda y la lona amarilla; entonces los reflejos del sol filtrados en la amarillez apen^ubraban el cántaro, que en esa situación y junto a esos acompañantes casi parecía un instrumento más.

Y era hermoso despertarse cada mañana en el nuevo hogar, decían las gemelas, y ver cómo un par de guías de la madre selva, desprendidas de la columna, no teniendo donde enredarse curvaban su crecimiento apuntando hacia el entramado de las cuerdas del arpa del Negrito.

Blancuras nupciales desplegadas

A través de su ventana, Uve vio pasar una sábana volando. El viento la llevaba hacia la falda del más áspero de los cerros, lleno de cactus calientes y serpientes frías. Aleteaba como volando por su cuenta y al entrar en los giros por donde la obligaba el viento mostraba y ocultaba en remolinos el embozo bordado con hilos de color, las iniciales de Eme Calderón entrelazadas con las de Emebé. Abandonada a las corrientes del aire, orientada hacia las rocas y el espinoso camino de las cabras, iba dejando de ser sábana, convirtiéndose en un trape ceniciento, en una absurda agerería.

En el breve paso de la sábana por el marco visual de la ventana, la costurera vio diluirse en el aire los días dedicados a esa prenda, las delicadas labores del bordado de ñandutí, el chirrido de la plancha sobre la tela humedecida, los dobleces encerrando esas blancuras nupciales desplegadas ahora en el aire estéril lleno de polvo ceniciento. Asomada a la ventana, vio allá abajo un brazo de Emebé arrojando desde la suya las prendas del ajuar. Vamos, Eñita, Emebé se ha vuelto loca, dijo la costurera.

La sábana cayó sobre unas breas todavía accesibles. Cuando la estaban recogiendo vieron pasar muy alto la cosa azul que las novias deben llevar forzosamente el día de la boda para que haya suerte duradera, un triste trape sin forma, un pájaro apedreado, que descendiendo era la cosa azul desapareciendo entre las cactáceas de allá arriba.

Eñe recogía manteles con encajes y pañuelos bordados creyendo que habían tendido a airear aquella ropa; pero al ver en la ventana el brazo de Emebé desprendiendo lo que su madre llamaba tul ilusión, el velo que el día de la boda protegería el cutis de la novia de las asperezas del aire, tuvo miedo y sollozó. No llores, hijita, dijo Uve, todo se arreglará y será la boda más espléndida; me le han hecho mal a la pobre Emebé; influencias de su padre, que anda con la tristeza de estar viejo; la maldita canción que han inventado diciendo que Eme nunca volverá porque tiene un nuevo amor; el tiempo que no pasa nunca. Yo comprendo que quieras tanto a Emebé y que llores por ella, pero no llores por favor. Pero Eñe lloraba por miedo a lo desconocido; para ella lo que salía por esa ventana no era ropa, era violencia.

El pelisón salió despedido hacia arriba, y al desplegarse quedó convertido en un horrible espantapájaros. Raquíptico, esquelético con sus nervios de alambre, su tono azulino era pura lividez; era nostalgia, era recuerdo, que se borra, era desilusión, era incertidumbre, era despoje, era un olvido, un papel pisoteado, una letra borrándose en el agua, una postal de amor que nunca llega, una tristeza de lluvia en el atardecer, un velorio de angelito, un lamento que viene del mar, un vuelo de lechuza, una flor aplastada dentro de un libro que al tocarla se deshace, un viento de invierno chirriando en las veletas, un punto luminoso apagándose en el fondo de la noche. Fue a caer sobre unas piedras inaccesibles, donde quedó encajado, movido a ratos por el viento, a la espera del frío nocturno, del cambio de las estaciones, de las tristes lluvias otoñales que alargan las esperas.

A Uve se le saltaron las lágrimas cuando vio salir en una sola manotada el noviazgo de Emebé. Junto a mínimas prendas tejidas con punto sembra, entre bayetas y puntillas iban los primeros besos, entre mitones y respuntes las hermosas palabras, en fragilidades de organdí se deshilvanaban las promesas, mientras caía

sin remedio un nunca te olvidaré de brocatel. Los tres golpecitos en la pared, los dulces días de las vísperas, la hora precisa de la primera cita, aquel rubor y la reconciliación de los enojos, se deshacían en el aire entre un desprendimiento de alforzas y corchetes. Y Eñe corría tras el viento recogiendo pañuelos junto a besos perdidos, manteletas de punto junto a caricias que no fueron.

Aterradas vieron salir el traje de la boda, y alcanzaron a oír el sollozo de Emebé ahogado por el golpe de la ventana al cerrarse. Iba a caer cuando el viento, recogéndolo en el más avaricioso de sus remolinos, lo elevó. El viento le desplegaba el ruedo, penetraba hasta el canesú, inflaba sus mangas abullonadas como si fuese la propia Emebé habitando su vestido. Deformado por una multiplicación óptica de lágrimas, veían alzarse el vestido de la novia; rozando nubes bajas y papalotes rojos iba el vestido de Emebé, hasta que el remolino, enfurecido, le quitó sus formas, las mangas se perdieron en sus sisas, lo que fue canesú ya era un guiñapo, basuras los encajes, hilachas las puntillas, desgarraduras los bordados. Convertido en un papel arrollado, junto a los tres golpecitos en la pared se lo llevaba el viento.

Piano y enlazador tomados

Cuando las gemelas y De Ce abandonaron la casa, la madreselva tomó el piano. A las dos guías iniciales se sumaron otras, codiciosas, y recorriendo cuerda por cuerda el entramado, tejiendo con avaricia vegetal, convirtieron el arpa del instrumento en una especie de tapiz. Gracias al descuido de las gemelas que lo dejaron abierto, la madreselva encontró el sitio más excitante para seguir creciendo. Tras saturar el arpa, las guías salieron por la boca del instrumento, se enredaron en la varilla que sostenía la cela, y después de envolverle florecieron, convirtiendo al meteorófono en un tiesto de lujo. Con las flores llegaron las abejas, y era tal la abundancia de polen que el teclado quedó cubierto de su pelve amarillo. Las abejas zumbaban dentro de la caja senora del instrumento, tentadas de convertirlo en una gran colmena. El zumbido, por multiplicaciones acústicas, parecía el quejido del piano, sofocado por esas segas vivas que lo apretaban. El viento trajo semillas volanderas, y no era difícil que en la próxima primavera el instrumento tuviese su propia madreselva o cualquier otra enredadera del azar: las cuerdas son un entramado tentador para las trepaderas. No era difícil que con el tiempo las enredaderas tomaran también el cántaro y el timbal de Jotazeta, transformando la galería en una selva tupidísima; convirtiendo en realidad la leyenda inventada por los maestros escolares; los muleros que se abrían paso entre las lianas para rescatar del corazón de aquella selva umbría un piano luminoso, donde quedaría guardado para siempre el propio corazón de Minas Altas, es decir, la canción

del gallo blanco.

Sucesos que nunca sucedieron gracias a De Cel, que un día fue a mirar la casa y descubrió lo que con el piano estaba haciendo aquella madreSelva cruel. Cómo se descuidaron así, les dijo a las margaritas; ahora habrá que optar entre el piano y la madreSelva. Las gemelas se miraron. Cada una creía que lo había cerrado la otra.

Los demás músicos fueron a ver el espectáculo. Hay que dejarlo como está, opinaron; es una pura delicia. No vamos a sacrificar una madreSelva viva por ese instrumento. Ni cortarle uno solo de sus brazos. Ya se secará sola. Qué daño pueden hacerle unas flores inocentes. Consulten a Jotazeta, de todos modos; él es el dueño del piano.

Lo que sí podemos hacer, dijo un cencerrista, es evitarle más sufrimientos cortando la soga del toldo, si no las guías de aquella otra madreSelva pronto estarán aquí. Las guías que mentaba, correspondientes a la madreSelva de la tercera columna, habían alcanzado el techo y desdeñando un entramado de alambres que tenían a su alcance se acercaban a la soga apuntando hacia el piano, como mirándolo. Parecen plantas carnívoras, comentó.

El arpista mayor, en el camino hacia la casa de Jotazeta, tarareó un tema que acababa de ocurrírsele. Piénsenlo en arpa, dijo, y si les gusta háganle las variaciones que quieran, con versiones para los demás instrumentos. Lo titularon "MadreSelva tocando un meteorófono", y se puso tan de moda que la gente dejó de cantar las canciones de Tuy que hablaban del viaje del cantor y unos supuestos amoríos, permitiendo que Emebé se distrajera de los enojos provocados por la misteriosa Azul.

Mi padre no quiere recibirlos. Ni a ustedes ni a nadie, les dijo Emebé. Y les manda decir que hay que sacrificar la madreSelva, que ese piano es lo más importante que hubo jamás en Minas Altas; que

ese piano, fíjense en lo que dijo, vale más que todos los músicos y todos los enlazadores juntos. Es que mi padre está muy mal, y con él casi todos los enlazadores. ¿No han visto que en todas las casas están cerradas puertas y ventanas? No quiere ver la luz; se encierra a llorar en el altillo y además habla solo. Jetazeta, lo que parece, es que quiere morirse, sollozó Emebé. Le he oído decir que ni él ni los demás enlazadores tendrán fuerzas para emigrar o resistir cuando acaben el camino y aparezcan por aquí los dueños de la cordillera; apenas, ha dicho, puedo soportar que existan, verlos aquí sería intolerable. Le he oído decir hasta el cansancio que Eme nunca más volverá a Minas Altas; hasta el cansancio, que lo mejor será seguir las huellas de aquel puma blanco que se le escapó. Y la creciente está al llegar, sollozaba Emebé.

Las tristezas que normalmente se reparten en el transecurso de una vida les llegó a los enlazadores de una sola vez y colectivamente. Un pesimismo vergonzoso, comentaron los astrónomos que bajaron hasta el barrio de los músicos para ayudar a rescatar a los tristes. Y mientras discutían si Jetazeta había inducido a los demás a esa lamentable situación anímica, o se trataba de una calamidad generalizada, la creciente llegó como queriendo arrastrar la cordillera.

En el sector de los enlazadores el silencio de vida espeluznaba. Puertas y ventanas cerradas, y solamente el ruido de las aguas revolviendo piedras y troncos, árboles enteros, raíces retorcidas, animalitos aterrados. Pasó un baúl arrancado a Minas Altas; pasaron instrumentos de labranza; pasaron relicarios; pasó la puerta que daba acceso al Peñón de los Astrónomos; pasó un sismógrafo. Ningún enlazador se asomó a rescatar aquellas prendas, ni siquiera a mirarlas. Detrás de siete puertas se escondían, llorando;

Solo en su casa, vacía desde la suspensión de la costura, Jetazeta se paseaba por su tristeza. La veía deslizarse por la mesa sin telas ni puntillas, trepar por los bordes de las sillas donde

no colgaban manteles ni sábanas bordadas, saturar con su tufo insoportable la habitación donde Emebé todas las noches hacía girar inútilmente el botón de la radio que le dejó Uve, buscando ruidos que la conectasen con las ciudades lejanas transitadas por Eme.

Ay, hijita, dijo refugiándose tras una puerta. Aquí venimos a morir, pero lo olvidamos trenzando lazos o escudriñando las estrellas. Las gemelas hacen música, y sus padres desaparecieron. Ni siquiera sabemos cómo los asesinaron, ni dónde. La gente olvida las matanzas, las viejas coleccionan pelos y ropas de muertos dentro de sus cofres. ¿Adónde iremos cuando terminen el camino y lleguen aquí a clavarnos sus cuchillos otravez como en Lumbreras? ¿Cuántos moriremos? ¿Cuándo? Ay, hijita, gemía.

En Lumbreras me engendraron unos padres desconocidos, como a Eme el cantor, como a tantos de los que hemos venido a morir en este paridero. Todo es absurdo y allá lejos hay una fiesta, ruidos horribles, careajadas, borracheras; saben que están en un degolladero, pero cantan y bailan junto a los degollados. El mundo es de la gente fuerte. Los débiles soñamos o morimos, plañía Jetazeta.

Y qué pasó cuando salí a buscar Lumbreras. Los caminos ya no tenían nombre, las ciudades habían cambiado de sitio. Renegué de mis padres cuando renuncié a buscarlos y los cambié por unas fotografías que no les corresponden. Lleve muchos años dando vueltas por el paridero del degolladero. Si me comieran los cóndores. Volar con ellos. Desde la altura ver el sigilo de los pumas blancos, esos maravillosos sueños de la vida. Protegerlos. Dejaré unos lazos, un puente inacabado, una balsa que me regalaron los sueños porque fui incapaz de pensarla bien, un cielo que intenté escudriñar y no pude comprender, se lloraba a sí mismo Jetazeta, poseído por unas fiebres astrológicas.

Paridero sanguinario, cavilé. Moriremos sin que nos recoja una memoria. Nos prestaron vivir. Parir y degollar, después el olvido. Hemos construido este pueblo para vivir, pero lo único que hemos

conseguido es cambiar unas piedras de lugar. Las ciudades del mundo son piedras que van cambiando de sitio para albergar ilusiones que luego desaparecen. Los que nos matan, apenas deshacen una trama, un poco de sangre, un momento de placer. Y qué solos estamos, sollozaba, qué soledad de todos en el mundo, qué solos los pumas y los cóndores. Millones de años viviendo y muriendo con ellos, en silencio. Qué hacen los peces en el mar y las estrellas en el cielo. Y qué nosotros en el medio. Astrónomos, dónde está la congruencia, gritó el enlazador.

Los músicos, escalonados a la orilla del río desde la casa de Jotazeta hasta la galería de las madre selvas, transmitieron, como los chasquis, las lamentaciones de Jotazeta al arpista mayor, que junto al cántaro consolaba a Emebé diciéndole que no pasaría nada. Minas Altas era el lugar menos indicado del mundo para un suicidio. Le recordó una crisis parecida, donde tampoco pasó nada. Son gente muy especial estos enlazadores, no saben estar tristes de a poco. Se entristecen de golpe una sola vez en la vida, y bueno, la fiebre es alta. Ritmos negativos que se neutralizan solos. Ahora mismo le vamos a dar un remedio que lo obligará a reaccionar. Y curando a Jotazeta salvaremos a los otros tontos, que lo siguen por solidaridad. Será muy fácil. Se trata solamente de enlazar a un enlazador. Y como no tenemos lazo ni sabríamos usarlo, lo haremos con la música.

Mientras los músicos se dejaban convencer a medias por la emoción que pudieran contener las palabras del enlazador, los astrónomos las escuchaban arrugando la frente, midiendo sus alcances fríamente, su sistema de relaciones, sus órbitas difusas, como si se tratase de un planeta. *enfermo*

El increíble lazo del arpista mayor

En murmullos, moviendo la cadena de músicos apostados como si fuesen una onda acuática, llegó la noticia de que Jotazeta había abandonado la casa y se dirigía pulcramente a la orilla de la correntada.

-Jotazeta, vamos a tirar su sueño al agua -gritó el arpista a través de una bocina.

Mientras De Ce y otros músicos jóvenes arrastraban el artefacto hacia la orilla, Jotazeta recibía doblemente el mensaje del arpista: por la vía clara y potente de la bocina, donde el tono resolutivo, llegando casi en el momento de ser enunciado, era casi el hecho mismo, y por el oleaje de los músicos en hilera, que llegó después y como un eco.

A pesar de su experiencia de navegación, sin un piloto como I que lo guiara, el cascarón-timbal se torció para siempre en el borde pedregoso y fue a caer de boca en el tumulto de agua helada, desarreglos de barro arrastrados y raíces artríticas, las tres patitas hacia arriba tiritando, sus betunes armoniosos borrados por los líquenes. *lotos y bacuras*

Jotazeta vio acercarse su sueño boyante y recordó el día en que la aparición se demoró en el aire dándole tiempo a que la copiara con carbonilla; movió un poco los músculos tercios de su cara y vio reflejarse en el agua la sonrisa más triste de este mundo. Los sueños no se enlazan, pensó contradiciendo una evidencia. El sueño se demoró todo lo que pudo frente al enlazador. Una corriente en círculo lo mantenía fluctuante al alcance de su lazo, dándole

tiempo a que tomara otra vez la carbonilla. Se movía junto a un vértice como pidiéndole por favor que lo rescatara. La sonrisa de Jotazeta tiritaba en el agua, cuya naturaleza era incapaz de arrastrarla, aunque eso buscara, mientras el enlazador permaneciese allí arriba. Como si de golpe recordase su primitiva condición de sueño, el timbal-canoa-cascarón pasó, sin borrarla, sobre la sonrisa tristísima de Jotazeta. Se fue desvaneciendo en la corriente, como una carbonilla que se borra iba cayendo en la cascada.

El oleaje, a contracorriente, del mensaje transmitido por los músicos dando cuenta de la caída del timbal y de la sonrisa que se borraba, conmovió al arpista y llenó de crispaciones las manos de Emebé.

-Jotazeta -salió la voz del arpista por la bocina y corrió por la cadena de transmisores apostados-. Escuche bien, enlazador, ahora vamos a tirar su piano al agua.

Jotazeta recibió límpido el mensaje traído por la bocina, que sacudió su corazón tomado. Se quedó esperando resignado la reiteración que venía recorriendo músicos, pero no llegaba, demorada por un encuentro de mensajes que perturbó a los chasquis. Hacia la dirección de Jotazeta iban las palabras del arpista, y desde la otra punta venía lenta una noticia triste: dos de los burros aguateros estaban pasando, todavía vivos, ante el indiferente enlazador. Con los ojos salidos, envueltas en raíces y latas iban las criaturas hacia la caída. El cheque de mensajes irisó las cabezas de los músicos, como las crispadas se movían. Y tuvieron que demorar el mensaje de la caída de los aguateros para dejar que pasara el ultimátum del arpista, que confirmó a Jotazeta aquella cruel determinación. La canción del gallo blanco se quedaría sin estuche, y a la intemperie moriría.

Goteando savia quedaron los troncos de la madreselva cuando las gemelas los separaron del piano a golpe de cuchillo. La parte

más hermosa de la planta, su floración y las futuras semillas, se alejaban con el piano, que se iba y se iba convirtiendo a los troncos en una tristeza de invierno junto a una columna fría. Las ramas y las flores entramadas en el arpa, y las que envolvían la cola, se movían ondulantes sin saber que acababan de morir. Cherreando flores que los músicos pisoteaban, y abejas zumbadoras que huían asustadas, el instrumento que había conocido el mar llegó al borde de la creciente, mientras el cántaro blanco, solo en medio de un velorio de madreselvas, empezaba a envejecer sin poder recordar que por reflejos entrecruzados alguna vez se pareció a un instrumento musical.

-Enlazadores -gritó el arpista sin tonalidad en la voz, con una estudiada indiferencia frísimas-, ahí va lo que nunca va a tener el gallo blanco.

-Pobre piano, qué final más espantoso -dijeron los músicos enfilados al oír el chasquido del meteorófono cayendo en la corriente. Y al pasar hacia Jetazeta las palabras del arpista, las fueron cargando todavía de más frialdad e indiferencia, de modo que a los oídos del enlazador lo que llegó, en vez de un mensaje, fue una provocación, cuya forma era una carcajada.

La carcajada fría sacudió la morosidad enquistada de la tristeza del enlazador y la aceleró. Turbulenta, espasmódica era ahora su tristeza en movimiento, arrastrando confusiones de padres ignorados, parideros sanguinarios, puñaditos de sangre y estrellas incongruentes. El movimiento de la tristeza acelerada rozaba las paredes interiores de Jetazeta, sus orillas, como queriendo arrancárselas, produciéndole un dolor humano de ay no puedo más, como si no pudiese contenerla. Mezclados con raíces arrancadas y piedras de la memoria iban los padres ciegos, los cuchillos de los asesinos, la fugacidad del puma blanco, la ausencia del cantor, el camino no hallado de Lumbreras, la forma esquiva de su puente.

-Enlazadores -grité Jotazeta, y su palabra abrió veinte o treinta puertas canceladas dando paso a los hombres que él había contagiado-; nos hacen responsables de una pérdida espantosa.

El piano se cerró al caer, y el río, penetrado por un objeto de naturaleza desmesurada, vaciló. Recorrió velozmente sus contornos buscando incorporarlo a su no poderse detener, pero el interior del piano resistía actuando como un objeto de demora. Con una certera actitud de su oleaje, inclinó el teclado a su favor, con centenares de fisuras por donde penetrarlo. Sin embargo las fisuras, taponadas por el polen, mantenían inviolada la oscura virginidad del ámbito interno, mientras el río vacilaba, distraído por los aromas de la madera que atravesaban los barnices.

El ay no puedo más de Jotazeta tuvo que ampliar sus límites cuando la creciente de su tristeza, ensanchándose, le rozó la acumulación entramada de sus recuerdos, las delicadas entrañas de su infancia; y la velocidad de su tristeza era ya como un viento en una casa que va quedando vacía.

Por fin el río logró meter tres chorros en el interior de aquella caja negra. Pero claro, no estaba vacía. Los apagadores y martillos obligaron al primer chorro a gastar una valiosa parte del tiempo del río en sus sinuosidades laberínticas. El segundo recorrió las cuerdas, que parecían infinitas, algunas eran dobles y otras estaban triplicadas, lo demoraban tejiéndole distracciones y postergaciones. Al último le tocó la multiplicación de las interminables relaciones acústicas por la parte interna del conterno. Y ya creían llevársele, pero les faltaba recorrer todavía el entramado de las madre selvas. Extendidos sus recorridos, la invención acústica era para el río una línea cuya extensión lo sobrepasaba llegando más lejos que él, que ni siquiera alcanzaba al mar, lo tragaban las salinas.

Los músicos apostados veían pasar el meteorófono en una tranqui-

la navegación, donde el movimiento pertenecía más al instrumento que al río. Miren, decían, el piano está arrastrando al río.

Sin embargo los últimos de la hilera lo vieron pasar acelerado, según la creciente iba tomando también las madreselvas, colocándolo en la dirección de Jotazeta y, un poco más allá, de la caída. Al mismo tiempo que la tristeza acelerada empezaba a terminarse y el deseo de vivir recorría al enlazador con un escalofrío virginal que desplegó su lazo.

Jotazeta lanzó dos círculos trenzados, que se ajustaron, cruzados, en aquel vientre negro. En el segundo tiempo del lazo, el de la recogida, apareció libre de polen la blancura del teclado. Y cuando los demás enlazadores arrojaron los suyos, apenas mantenía las patas en el agua; chorreando, recuperaba la intimidad de su interior oscuro; las cuerdas, libres de madreselvas, se escurrían como de un arrecife.

Apenas lo podía ver, le tiré a un bulto negro, decía Jotazeta cada vez que alguien lo abrazaba diciéndole maestro. Cuando el arpista mayor se acercó tendiéndole la mano, cambió de fórmula verbal: gracias por enlazarme, le dijo sin emocionarse.

Era de ver a los enlazadores tirar y recoger en dos tiempos precisos, amontenando en las orillas puertas y ventanas, baúles y sombreros, corderos y camisas, camas y cajas misteriosas, troncos y guanacos, y dejando pasar serpientes y epidemias.

Hasta que las aguas, serenándose, cambiaron de color. Ahora eran enteramente un río cadencioso y amarillo, con miles de cabezas de girasoles apretados rozando las orillas, tan densas que los pájaros podían posarse sin hundirse, mientras docientas Céfiras aparecían en las orillas con redes de cazar mariposas y amontonaban girasoles a secar.

Cuando el río volvió a quedar otra vez oscuro y apenas era un arroyo allá abajo, a lo lejos se vio boyar un punto blanco. Las

redes de las Céfiras no alcanzaban a recogerlo. Lo hizo un enlazador. El trazo apenas se desplegó en la recogida. Cayó sobre una piedra, el agua se escurría rápidamente en gotas resbalosas. Lo entreabrieron con un palo, recomponiendo su forma. Es el vestido de Emebé, dijo la costurera.

LUMBRERAS

Quizá se eliminó todo

El cantor incorpora un sonido
al trote de su caballo

Intruso, el caballo de tres hierbas que Jotazeta le regaló al cantor cuando se fue, salió dormido de Minas Altas; sin tener idea de lo que eran los viajes, por ser el primero que hacía, ni la menor posibilidad de saber que él, por el hecho de ser caballo, era un objeto perteneciente a la distancia.

Eme Calderón procuraba apurarlo para salir cuanto antes de su irse, especie de cinta fastidiosa que nacía junto a las casas de los astrónomos, atravesaba el pueblo y quién sabe adónde se perdía dando paso a la partida. Pero el caballito, no sabiendo adónde iba y ni siquiera que viajaba, no respondía a sus señales; movía las patas con lo justo, más bien llevado por la pendiente, evitando cualquier esfuerzo muscular que pudiera despertarlo. Además era muy temprano, la hora del alba en que cualquier caballo que se precie entra en sueños profundos, mientras él resbalaba sonámbulo con ese bulto despierto encima de su lomo.

Eme quería llegar cuanto antes a la partida para liberarse de la ambigüedad del irse, donde le parecía que ni iba ni volvía,

empujado de un lado por la gente de Minas Altas que con sus propias ausencias lo ayudaban a salir, y retenido del otro por el no te vayas por favor que la gente repetía escondida detrás de las puertas para no llorar, desde la casa de Jotazeta en lo último del bajo hasta el peñón de los astrónomos en lo último del alto.

También lo empujaba y retenía al mismo tiempo el hecho de que él había preparado ese viaje para ir en busca de un lugar de donde ser, y ahora que se iba sentía que era de Minas Altas. Estas fuerzas encontradas eran la parte dolorosa de su irse, del cual sólo podía aliviarlo la partida. No puede estar muy lejos, se dijo echando una ojeada hacia atrás para comprobar que el pueblo ya había desaparecido; seguramente el irme me acompañará hasta la frontera.

Llamaba frontera a la función de muralla de dos grandes cerros apenas separados por una abertura que sólo permitía el paso de un jinete por vez, guardada desde siempre por dos enlazadores latigueros de dientes castañeteantes por el frío, encargados de desviar a los invasores, a puro golpe de látigo, hacia un insaciable abismo colindante. Los latigueros, que tiritaban mientras cubrían la abertura con sus cuerpos, se abrieron dándole paso y amagaron sacarse los sombreros a modo de saludo, sin llegar a tocarlos. El cantor, al cruzar, emitió un sonido de boca cerrada; y con esto tanto él como ellos evitaron la molestia del adiós esquivándola rápidamente, justo en el lugar donde el irse se juntaba con la partida. Los latigueros, del lado del irse, y por lo tanto sometidos a su incómoda circunstancia ambigua, se escondieron detrás de unas piedras diciendo no te vayas por favor, dentro de lo que les permitían sus bocas medio congeladas. Eme, ya en terreno seguro, veía regocijado que en un sendero

próximo acababa también la partida y empezaba el viaje, sus desconocidas maravillas, entre las que seguramente estaban el verso y las notas que le faltaban para acabar por fin la canción del gallo blanco.

El caballo, por ser elemento de la distancia o por estar dormido, no tuvo ni irse ni partida. Cuando despertó estaba en pleno viaje, había pasado del presentimiento a la realidad cumplida sin transitar ningún espacio, por lo que se puso a trotar alegremente, sin que nadie se lo pidiera, abriendo caminos para que pasara el viaje. Olvidado del peso del cantor, a quien consideraba parte de su juego, era como si viajara solo explorando mundos nuevos. Los reflejos que debían responder a las riendas estaban interrumpidos, superados por la alegría de trasladarse libremente, mientras su sangre ansiosa lo impulsaba por esos enormes espacios montañosos recién amanecidos.

Sin búsqueda ni meta, era él quien viajaba en realidad. En cambio Eme Calderón, con Lumbreras puesta en su pensamiento, estaba limitado por un final de viaje, de sentido dudoso. La meta del caballo, si la había, era la alegría de viajar. Y como ya la tenía, siempre estaba llegando, con lo cual, libre de ansiedades, podía dedicar todo su tiempo al viaje.

El cantor, observando la conducta del individuo destinado a llevarlo a Lumbreras, dudó de que fuese capaz de hacerlo; y considerándolo más un regalo que un caballo le dio unas palmaditas. Las montañas se suavizaban en extensas ondulaciones que prefiguraban el verde y los arroyos; la nieve iba quedando atrás, se abrían horizontes, y el día, nuevo, era un gigantesco espacio capaz de contener el mar. A Lumbreras en este caballito, dijo como si se tratara de una letra de canción, dudando de que se dejase conducir a alguna parte.

Pero él era tan ignorante como el caballo, del rumbo que debía tomar. Qué punto elegir entre esos horizontes que se abrían después de cada ondulación trepada por Intruso. Detenido por sus pensamientos en instancias de tiempo puro, mientras el caballo reconocía sólo momentos del espacio apropiándose del viaje, Eme sonrió por dentro sin alterar los rasgos pensativos de su cara pensando que no sabiendo claramente adónde ir, ^{apenas} ~~lo~~ había conseguido sacar a pasear el caballito; volvería esa misma noche a Minas Altas, qué paseo más lindo, desensillaría a Intruso, lo bañaría, lo oiría masticar maíz en el morral, y el caballo tan contento.

Sin saberlo, transitaba por la memoria de Fábulo, donde Lumbreras era uno de los tantos nombres y lugares que había tomado Minas Altas para subsistir, saltando por la cordillera en cinco siglos de exterminios de pueblos y de lenguas. Sin saberlo iba en busca de una palabra que la fijara en la memoria del titiritero para saltar de allí hasta las palabras de mi manuscrito, a la espera de ser memoria duradera. Minas Altas zigzagueando en el tiempo por la cordillera, trasladándose como girasoles resbalando en los espejos.

De todas las Minas Altas que fueron, solamente Lumbreras subsistía como recuerdo gracias a la canción del gallo blanco que iniciaron los sobrevivientes y sin terminarla la pusieron en boca de chasquis memoriosos. Las demás fueron borradas de la memoria colectiva por distracción o por olvido, por no tener las palabras adecuadas, por matanzas nuevas. Un ejército de oidores exasperados recorría la extensión desde el Pacífico hasta las selvas vírgenes buscando esa canción en crecimiento a la que faltaban todavía unas notas y unos versos. Sin ella Minas Altas, desconectada de su itinerario en el tiempo, moriría por

olvido. Y los datos que faltaban estaban ocultos, en calidad de alto secreto, en la memoria del Sietemesino, verdadero sobreviviente de lo que fue Lumbreras. Eme Calderón tenía solamente el delantal que usó su madre para amamantarlo, cabellos del hermano degollado, areniscas, un botón de camisa ~~de su padre~~ ~~de su padre~~, el nombre del pueblo escrito en un papelito sucio que se llevó la lluvia.

Recordó los dudosos retratos que Jotazeta tenía por sus progenitores sin poder despojarlos de la sospecha de que fuesen sus asesinos. El tiempo había mezclado las calidades y ya eran las dos cosas a la vez. Se borrarían juntas en lo amarillo de las fotografías. Y sentía que la memoria del hermano muerto, germen de la canción del gallo blanco, pertenecía menos a los orígenes que buscaba que a la memoria del Sietemesino, y que él mismo no era nada más que un eco de la violencia.

Por eso mismo debía completar esa canción; para no mezclarse con las otras sangres y tener su propio amarillo en los retratos, apartado del espanto. Jotazeta le había revelado, como al descuido porque sostenía que el tiempo empezaba en Minas Altas y lo anterior debía ser borrado para siempre, que el día de la matanza de Lumbreras murió también su padre, presunto dueño del botón, mientras descansaba, todavía agitado, de unos juegos de cuerpos de los que él resultó engendrado. Alcanzó a salir del lecho. Afuera, un filo de cuchillo se le mezcló a los restos del placer. Según la madre que vino a parirlo a Minas Altas —dijo la memoria mezquina de Jotazeta—, su padre permaneció vivo durante el tiempo que el gallo blanco postergó su canto a la espera de un momento de quietud en la matanza y el saqueo, y que todavía lo estaba cuando el gallo cantó por fin mencionando el nuevo día; seguramente también oyó la cajita de música que sonó entre las ropas del Sietemesino envuelta en las plumas de los

almohadones despanzurrados, la oyó desde la acequia hasta donde logró arrastrarse mientras unos pollos insaciables picoteaban por detrás lo que a él se le derramaba; desde la acequia donde lo recogió la mujer apartándole primero una mano caída que el agua quería llevarse.

Debió ser una muerte dulce, pensaba el cantor, porque al sorprenderlo el cuchillo él tenía el cuerpo todavía lleno de placer, tan fuerte que las cuchilladas se perdieron en una sangre en deleites, en ese momento insensible al dolor. Mientras el gallo blanco demoraba su canto y él se arrastraba hacia la acequia, el placer fue cediendo hasta desvanecerse en sueño. Y cuando el dolor de los cuchillos encontró la vía de los nervios abandonados por el placer, su padre ya dormía al borde de la acequia donde la mano abandonada a la corriente demostraba sueños muy profundos.

Por los primeros versos de la canción, que los chasquis trasladaron a Minas Altas antes de que su madre llegara allí para parirlo, se sabía que ella cavó una tumba de tiro donde guardó al hombre y al hombrecito con sus ropas y sus cosas, incluida una cajita de música gemela de la robada que en el fondo de un armario escapó a la rapiña de los cuchilleros; recortó unos cabellos, disimuló la boca de la tumba, y ya con el sol alto atravesó Lumbreras esquivando cuerpos muertos, llevándose solamente, dentro de ella, los jugos de su padre.

Cuando acabó su tarea, nada vivo quedaba allí, salvo los pollos que por haber comido sangre los saqueadores despreciaron. La polvareda que en el llano próximo levantaron sus caballos al marcharse se había depositado otra vez sobre la tierra o se la llevaron los vientos salitrosos. Ya salía del pueblo cuando se sintió observada, y volviendo la cabeza vio que el gallo blanco, con el buche lleno de sangre, la miraba. A través de él sintió

la mirada de los asesinos, las iniciales del silencio definitivo que empezaba en el pueblo. Después se encontró con unos chasquis de alta montaña y les contó lo sucedido, sin saber que estaba haciendo los primeros versos de la canción que él ahora iba a completar, si encontraba los restos de Lumbreras. Tras la parición, nunca regresó a Minas Altas para convertirse, como tantas otras, en una viejecita empolvada, con relicario y alto peinón. Se perdió en otros pueblos, probablemente en otros hijos, en la muerte.

Jotazeta consideraba a todo esto como versos componentes de una canción independiente de la realidad, aún sabiendo que la canción era la historia, llevado por su deseo de borrar el pasado y hacer arrancar el tiempo en Minas Altas, seguramente en aquel puma que dejó escapar su lazo por torpezas de vejez o tristezas de astrónomo frustrado.

Mientras Eme Calderón se volvía pasado para poder tenerlo, mezclándose con acequias olvidadas y estridencias de gallos y cuchillos, asomándose a las tumbas de tiro donde unos huesos blanqueaban junto a una cajita de música, en busca de los versos iniciales de una canción con la que seguramente su madre lo acunó, el caballito alcanzaba una meseta deliciosa con árboles primeros y animales nunca vistos.

Advirtiendo que Intruso viajaba solo y que esas mesetas solitarias, tan lejos ya de Minas Altas, eran demasiado para un caballito de tres hierbas, resolvió prestarle un poco de atención y le dijo algo, un sonido grave sin palabras, un comienzo de canto que Intruso agradeció moviendo las orejas, a través de las cuales el sonido se incorporó a su trote.

Se dijo entonces que no conociendo el rumbo que lo llevaría

a Lumbreras, y mucho menos su caballo, Intruso era el animal más indicado para esa travesía.

Seguía considerándolo un regalo, pero útil. Y lo apretó con las piernas sin intenciones de apurarlo, como pidiéndole permiso para seguir viajando juntos.

En la memoria de un reptil

El Sietemesino, según refiere la minusiosa metáfora de Fábulo, recorrió ~~todas~~ las sangres zoológicas ^{procurando} ~~en busca de~~ su fundamento. ~~De muerte en muerte recorrió todos los instintos, que procuró perfeccionar con la idea de~~ introducir en cada especie la noción de un filo de cuchillo. Se desencantaba descubriendo que allí no había inteligencia criminal, que esos seres miserables eran movidos por una mecánica que no alcanzaba a comprender, y se enfurecía viendo cómo sus diferentes congéneres, según avanzaba o descendía en las escalas de la vida, se apartaban de él aunque tuviesen su misma forma. El destino del hombre era ser dueño de la muerte y a través de ella llegar a ser dios, esa forma infinita del poder. Cuando aquí en Minas Altas, comentaba Fábulo, la noción más completa alcanzada en ese sentido podía ser en todo caso la de un dios de la lluvia, un dios más bello que necesario, que se moja mansamente. A esa idea del Sietemesino, que podía ser la de la humanidad, se oponía la naturaleza, precisamente en salvaguardia del destino del hombre, cuya finalidad, insistía ^{Fábulo} ~~el astrónomo~~, era la alegría, lo único que podemos oponer a la muerte. En el tinglado del titiritero asistíamos a la contemplación de una lucha, no eterna, entre la irracionalidad del poder o el deseo de ser dios, y la libertad y la alegría, simbolizadas en el canto, bajo la forma de un reptil persiguiendo una canción. El canto era la respuesta de la precariedad del hombre an-

te la historia, y a la vez el ~~único~~ refugio de sus desgracias. Mientras el cantor hacía un viaje a Lumbreras en busca de una palabra o un sonido para nombrar el mundo, el asesino se metía ^{en él} ~~dentro del mundo~~ ^{provocando} introduciendo un ruido en el silencio de lo viviente, con lo que impedía que ^{se lo} ~~el mundo se~~ ^{se} nombrara. También él iba en busca de un pasado. Con ese propósito se introdujo en el mar.

Allí repitió miles de veces la matanza de Lumbreras, sosteniendo con las de abajo las matanzas de arriba, manteniéndolas en la veracidad, prolongándolas en el tiempo, justificándolas para siempre. El mundo era violencia y destrucción, y en el fondo de esta constante, como una belleza terrible, estaba la idea de ser dios, reservadas a los más fuertes y violentos. El mar, al que veía como una búsqueda permanente de muertes progresivas, era el lugar ideal para esos propósitos. Habiendo conseguido la condición del más sangriento de los tiburones, forzada hasta casi hacerla estallar fuera de sus alcances en busca de la belleza de la muerte, aspiraba a trasladarla intacta al cuerpo de una interminable ballena, de esos seres poderosos que se bañaban en el sol. Pero las ballenas, regresadas al agua tras una larga experiencia de la tierra, de la que sólo trajeron la leche materna introduciéndola como alimento, despreciaban a los tiburones. Para ellas, desde sus tranquilas lejanías cetáceas, eran como pequeños reyes glotones, y su ridícula ferocidad una forma asquerosa de comer. Es una lástima, se dijo el joven asesino acuático, la ignorancia de la muerte las llevará al exterminio o al suicidio; habitadas por mí serían inmortales.

Observando a las especies superadas, el soberbio tiburón, capaz de rebasar sus propios alcances se complacía en la certidumbre de que en esa aburrída grey de pequeños sobrevivientes él había introducido la belleza de matar. ~~Claro que nadie se lo re-~~ ^{Pero no lo entendió}

~~conocía; primero por el temor de acercarse a él, y luego porque~~
→ esas miserables formas vivas, alimentos unas de las otras en una eternidad sin sentido, no tenían capacidad de comprender su hazaña maravillosa. En sus soledades de tiburón aislado por sus propios congéneres, a quienes llegó a aterrorizar,, intuía sin embargo que ese enjambre interminable estaba en otra búsqueda. El mar, entonces, no era una afirmación de muertes que culminaran en una quieta inmortalidad, y se orientaba en cambio hacia la vida, frágil y temerosa. Tras millones de años y labores pacientes, las formas que los seres del mar arrojaron hacia instancias superiores de vida habían culminado en un ser terrestre tímido y cobarde que con su instinto criminal era el eslabón escapado de la infinita cadena, vuelto contra ellos y contra sí mismo. Concientes del fracaso, desde las algas hasta las poderosas ballenas buscaban una nueva forma destinada a completar el sentido de la vida, entregándose a una interminable cadena de sangres generosas.

Para evitar estos atisbos el Sietemesino-Tiburón se entregaba al goce solitario de su poder, una forma de melancolía ante la incomprensión del mundo al que por desgracia pertenecía. Y la melancolía rozaba los bordes peligrosos de la tristeza de vivir cuando veía pasar a lo lejos, radiantes de chorros espumosos, las inaccesibles ballenas como grandes crispaciones del mar, ya claramente inhóspito para él. Entonces borraba esas fronteras negativas matando y devorando, más allá de la saciedad, a los tiburones más sanguinarios y feroces, con lo que, multiplicando sus instintos, llegó a ser él solo todos los tiburones, que le temían. El mismo se temía en su isla privilegiada, sospechando que en cualquier momento, dejándose arrastrar por la belleza de la muerte y su placer irresistible, podría devorar-

se a sí mismo. Conocía esa tentación. Sus dientes, muchas veces, se habían fijado en su cuerpo con apetito por su propia sangre.

Entristecido y solo, un día, fabuloso en los anales de su raza, convocó a los demás tiburones alrededor de la gran esfera de agua que era su isla despoblada de vida. Los depredadores del mar se acercaron temerosos, apenas lo suficiente para poder oír las razones del venerable tiburón que los contenía.

Tiburones del mar inmenso, gritó; maravillosos aparatos de matar que sin embargo carecen de una noción precisa y con todo el poder que tienen forman parte sin embargo de la estúpida grey de los seres del mar nuestro. Es posible que mis días estén contados, por una debilidad que sufro, que en un momento dado ustedes me devoren y ocupando mi lugar me entreguen a la absurda mecánica de sangres de este mundo perdido.

Dominado por una tristeza letal que se le presentaba como término de su poderío, contempló su contorno de tiburón y se concentró en sus contenidos. Mirándose hasta el fondo de su sangre, donde guardaba todas las muertes recogidas en su largo viaje como deslumbrantes joyas rojas, vio que su incommovible palacio de terror estaba a punto de derrumbarse. El mar parecía vacío. Las familias acuáticas al oír su voz habían huido hacia lo oscuro de las profundidades. Sólo los terroristas del mar, aunque aterrados, se mantenían en sus puestos para ver la puesta de sol del carnicero venerable.

Tiburones, gritó poseído por las muertes que contenía; mis designios son más altos; yo no me perderé en búsquedas inútiles; pertenezco a la gloria; voy a comerme a mí mismo.

Giró furioso buscando los extremos de su cuerpo y cuando pudo darse la primera dentellada la enorme esfera acuática que abarcaba con su giro se convirtió en un oscuro ovillo de sangre que

él iba devorando sin dejar de darse dentelladas, vacilando entre cortarse o engullir su sangre, los dos extremos de su placer terrible, buscando el centro deleitoso que le permitiera por fin comer su propia boca y cerrarse para siempre en su poder y en su placer, acabar su vida en sí mismo, heroicamente, antes de que los otros tiburones, a la vista de su sangre, tragasen su formidable cabeza de tigre del océano. Pero los propios tiburones, sin poder soportar el espectáculo, habían desaparecido dejándolo a solas con su muerte.

Saciado su placer y viendo que no podía ir más allá de sí mismo aunque la imposibilidad de devorarse hasta el final desapareciese, se abandonó a una corriente tibia que lo llevó hasta la desembocadura de esos ríos dulces que bajan de la tierra, donde descansó sintiendo que su estirpe de tiburón lo abandonaba, y también el mar ingrato.

Cambiar

Caballo atraído por Azul

Desde hacía horas, Intruso seguía una sola línea recta, sin lógica geográfica. Seguramente, pensó Eme dando un tirón a la rienda derecha, no tiene idea de que también se pueden hacer curvas. El caballo torció la cabeza al costado pero no cambió de dirección; luego dio un tirón dejando otra vez flojas las riendas en las manos del músico, como si fuesen un adorno y no un timón. Quizás sólo supiese doblar para un costado, como muchos caballos de Minas Altas que solamente conocían una orientación de riendas y apenas servían para ir a visitar a los parientes que vivían del lado de la rienda conocida. Entonces tiró la de la izquierda, pero el caballo tampoco ahora respondió; anduvo un trecho con la cabeza torcida, aunque sin dejar de mirar hacia adelante, y luego, ante la terquedad del hombre, sacudió otra vez la cabeza, y las riendas volvieron a quedar flojas en las manos del jinete.

Eme era capaz de detectar desde muy lejos las voces que se escapan de los pueblos. Aunque entorpecidas por la fuga y los accidentes de las distancias, desviadas por los vientos o enrarecidas hasta no tener nada que ver con el timbre de su origen, él podía saber si se trataba de un balido, una campana o una risa. Lo que procuraba tirando de esas riendas era saber si Intruso le respondería en el caso de cruzarse con una de esas voces que los orientara hacia algún lugar habitado que los dos estaban necesitando; de ningún modo lo hacía para arruinarle el primer viaje perturbando su alegría caballuna con tirones de riendas indiscretos.

X
 En lo alto de una loma captó unas vibraciones que una vez desprovistas de alteraciones de distancia resultaron gemidos. Venían de la derecha, al encuentro cruzado de la línea elegida por el caballo. Lo siento, dijo Eme dispuesto a dar un tirón fuerte, justo cuando Intruso, adelantándose a la señal de las riendas, tomó la dirección que traían los sonidos, y al salir de la hermosa curva de noventa grados que dejó dibujada inició un trote donde la curiosidad era más importante que su ritmo. Ahora el sol quedaba atrás y la sombra del músico caía bajo las patas del caballo; la de la cabeza, adelantada de tal modo que Intruso tenía siempre ante los ojos un sombrero bailoteando que lo burlaba y atraía.

En el bajo ^{¿había?} estaba el pueblecito, escondido entre unos matorrales polvorientos; de nombre indígena como el de los pueblos de los llanos, no visible ni tampoco comprensible. Las pocas palabras indias que quedaron vivas se usaban para nombrar poblaciones, pero nadie conocía su significado; las pocas cosas que quedaron de los indios muertos estaban en un matiz de la piel, en un rasgo de boca o pómulo, en el fondo del brillo de un ojo de los que habiendo mezclado su sangre con ellos trasladaban partes de sus rasgos al futuro como un adorno que se asoma a los espejos. Como casi todos los del llano, era un pueblo gemelo de otro del mismo nombre, dobrado del original cuando los ingleses trazaron sus líneas ferroviarias de inflexible rectitud hacia las plantaciones o las minas, y pasando lejos del pueblo utilizaron su nombre para la estación, alrededor de la cual fue creciendo el hermano gemelo mientras el otro se despoblaba. Aquellos trenes, como Intruso, no sabían doblar y siguieron casi un siglo en línea recta marginando pueblos hasta que, acabadas las plantaciones y las minas, levantaron las vías; y los gemelos, a un par de jornadas de distancia, se visitaban mutuamente para no parecer tan despoblados ^{y entre tener sus soledades.}

Los gemidos oídos no eran de voces humanas ni de otras formas

animales conocidas; y entonces qué, pensaba el músico acústicamente preocupado recorriendo las calles del pueblito desierto. Al menos que perteneciesen a ese pájaro que retrocedía según Intruso y él iban avanzando, soltando un canto diferente desde el techo de cada casa, copias de cantos de otras variedades, como si el animalito, a todas luces único pájaro del lugar, fuese un montón de pájaros a la vez.

Además de único pájaro parecía el único habitante. Vacías las viviendas, aunque de algunas saliesen humos de fogones; casitas de cuatro horcones y techos de paja triste uniendof ondulantes paredes de arpillera con macetas pintadas sobre ellas, algunas atestadas de flores conocidas o inventadas, otras con helechos de dudoso verde descolorido que estaban pidiendo una mano de pintura. A través de las aberturas Eme Calderón veía colgar de los horcones retratos con escenas de bodas y zoológicos; y el silencio era tremendo, salvo aquel pájaro que retrocedía con un canto diferente en cada techo.

En el fondo de la calle apareció una ^{→ muchacha} vestida de azul. Intruso obedeció cuando Eme le pidió con las riendas que se parara para apearse. Adónde está la gente, preguntó dejando que el caballo se fuese a buscar pastos. Se han ido todos al entierro de un muerto que anoche trajo la creciente, dijo Azul; el cajón apareció ahí esta mañana, encajado en esas piedras; un poquito más y pasaba de largo; y como para ese lado ya no existen pueblos, casi seguro que llegaba al mar.

Viejos dormidos bajo los retratos

El viento y los pencales de allá arriba desfiguraron la música que compuse para el entierro de este muerto convirtiéndola en esos gemidos que usted dice, explicó Tuy, el músico del pueblo. Mi música no es triste; se ocupa de las lluvias que están borrando el pueblo nuevo que se quedó sin trenes y sin nada. Poco a poco las crecientes van trayendo su tierra para acá; han llegado muebles y animales, puertas de casas derrumbadas, y últimamente los muertos que no fueron enterrados muy hondo. Su cementerio va quedando a flor de tierra, y bueno, se los lleva el agua. En mi música cuento, un poco en broma si usted quiere, cómo será de malo ese pueblo fantasma inventado por los trenes que hasta sus muertos regresan a su pueblo viejo. Como ve, no se trata de un gemido. Para nosotros es una alegría volver a estar otra vez juntos. Escuche.

Trompeteaba Tuy desafinando en el lamentable instrumento de su invención, una vasija de cerámica rota combinada con maderas pretendidamente armónicas, mientras Eme, sin distraer su atención acústica, observaba a los veinte o más habitantes del pueblo concentrados en una sola casa, ~~sentados bajo los retratos de sus antepasados~~ apenas alterados por los retocadores. A la luz temblona de las velas ellos ^{parecían sus retratos} también eran retratos; de sombrero y bigote, con bufandas y abrigos cerrados hasta el último botón, se volvían antepasados con la lentitud del amarillo en las fotografías. Todos tenían dentro la palabra Lumbreras. Pero dijeron no cuando el can-

tor les preguntó por ella. Un no de miedo, tan difícil de disimular. Estar vinculado a Lumbreras por cualquier motivo, pese a su lejanía en el tiempo y a su desaparición sin necesidad de lluvias borrativas, era un peligro vivo. Escuchaban la música de Tuy entrecerrando los ojos, que ocultaban el conocimiento negado, pero en algún parpadeo descuidado dejaban ver detrás el chispazo fugaz de alguna letra de Lumbreras. A lo mejor, si usted pregunta más abajo; pero aquí nunca hemos oído esa palabra, decían esperando que amaneciese pronto y por fin se fuese el visitante perturbador.

Tuy acabó su muestra musical y en el silencio que siguió se oía a Intruso bajo techo mascar unos pastos de sabor desconocido, esos encantos imprevistos de los viajes. Los chasquis músicos, dijo Tuy, no han querido recibirme esta pieza; dicen que es muy difícil de memorizar. Entonces Eme Calderón se la limpió un poco entonándola sin desafinaciones. Y como pudo le afinó el instrumento. En señal de despedida, ensilló a Intruso como quien alza un brazo. Los pobladores dormían en sus sillas ~~bajo los retratos~~, encerrando cada uno la palabra Lumbreras.

El viento y los pencales, no hay otra explicación, dijo Tuy perfectamente montado, vestido para un viaje largo, su instrumento colgado a la espalda, adaptando el paso de su caballo a la desgana marcha iniciada por Intruso. Al asomarse Azul los jinetes tocaron sus sombreros. Yo puedo ayudarlo a encontrar las ruinas de ese pueblo, dijo Tuy; digo, si usted acepta que lo acompañe un trecho; y de paso puedo ir perfeccionándome, con su ayuda, en el conocimiento de la música. Me anda dando vueltas por la cabeza el tema de un muertito que usando su cajón como canoa consiguió llegar al mar; va a ser buenísima.

Eme le recordó, ya en las afueras, que dejaban sin asistencia a un pueblo de un solo músico. No hago más falta aquí, dijo Tuy, la mayoría de estos viejos se están quedando sordos. Mire, nos viene siguiendo ese pájaro, dijo Eme. El bicho los pasaba y en ca-

da mata los esperaba con un canto diferente. Según el único músico del pueblo, era capaz de imitar hasta cuatrocientas voces. Tengo un título muy bueno para otra pieza, dijo Tuy: pueblo de un solo pájaro pero de un solo músico; si le parece, la podemos hacer juntos.

Acabadas las matas donde posarse, el cuatrocientas voces se enancó en el caballo de Tuy. Iban al paso por unas soledades, dejando al pueblo sin pájaro y sin músico. ~~Los viejos dormitaban bajo los retratos.~~ Azul, asomada, veía amanecer;

Bandita de a caballo

A veces me da miedo, dijo Tuy, pensar que no tengo habilidad ^{suficiente} ~~para la música~~. La última vez que intenté pasarle mi pieza a los chasquis, porque me encantaría que la gente de arriba la conociera, vi que se secreteaban entre ellos y aunque con disimulo se reían. Y no sé si es porque a veces pongo los dedos en los agujeritos que no corresponden, o porque es malo el instrumento, o todo se debe a la malicia de ^{ese gente} ~~esos chasquis~~ burlistas.

Los chasquis, explicó Eme, sólo pueden llevar la música que es verdad, tienen el oído educado para eso; cuando no es cierta, no les entra en la memoria o la olvidan por el camino. Ni siquiera los chasquis silbadores, que son los más hábiles, pueden llevar ^{piezas} ~~músicas~~ no ciertas. La verdad de una música, y la habilidad para tocarla, no aparece ~~al momento~~ cuando uno se ha equivocado de camino y está forzando las cosas.

Mire, dijo Tuy señalando unos humos; son los primeros pueblos de frontera; ahí la gente tiene hábitos mezclados, y todo eso ya es dominio de los oidores. Así que ni se le ocurra mencionar Lumbreras.

Siempre hay que pensar, dijo Eme, que uno viene de la música, no que va hacia ella desde afuera. Así no forzamos nada y entonces hacer ~~la música~~ es una especie de recuperación. Uno busca los sonidos, pero acuérdesese que ~~la música pertenece al cuerpo; entonces el propio cuerpo de uno es esa búsqueda;~~ ya no hay necesidad de irse tan lejos, la habilidad para tocar y sentir es uno mismo. Cualquier música es bailable. Cuando uno baila está tocando.

Para evitar 11 líneas
Tabl. y luego RETURN

Y hay que tocar como quien baila. Entonces los sonidos son hermosos y verdaderos de la misma manera que el cuerpo es más hermoso cuando danza. Si uno sabe tener presente todo esto, la habilidad para tocar, que está en nosotros, viene sola. Con ^{ello} ~~la habilidad~~ creamos memoria. Después los dedos se van solos, impulsados desde adentro ~~por la propia música, que está en el cuerpo.~~ ^{o sea por el propio} Las cosas distantes o dispersas pueden palpase con la música, en relaciones de sonidos, y es como tocarlas con el cuerpo. Si no hubiera música, todo cambiaría de forma, y por falta de referencias claras pasaría a ser silencio. Los pájaros cantan y las aguas suenan porque existe ^{ese} ~~el respaldo de la música,~~ que vuelve claros sus sonidos, y esto vale también para la palabra, que es el canto del hombre, o su voz. Un sonido memorizado es acción pura, reconstrucción inmediata de palabra de hombre o galope de caballo. Y más allá, creación de lo que todavía no existe o está muy oculto, como puede estarlo Lumbreras por ejemplo. Si usted puede tener en cuenta todo esto, los dedos irán solos al lugar que corresponde, ya sea cuerda o agujerito. Y ahora, si le parece, podemos ensayar algo mientras llegamos, qué le parece si cambiamos un poco de música por comida.

Tuy descolgó el instrumento de su espalda y Eme cortó una hoja carnosa de un matorral al paso. La dobló relacionando nervaduras, y soplando en su interior le arrancó un par de escalas. El si bemol no sale, pero usted lo tiene repetido, dijo; vamos a ver cómo navega esa canoa escapada del cementerio nuevo.

Tuy halló algo enrarecido a su instrumento, debido a que Eme se lo había ajustado en una afinación congruente, pero veía maravillado que los deditos se iban solos a los agujeros que correspondían, apoyados por el contracanto que venía de la hoja. Pero qué pena, ^{pensaba Tuy,} qué verdadera pena no tener un chasqui a mano. Le faltarían

orejas para escuchar su pieza y de un solo galope llevársela al otro chasqui allá en la punta de la montaña, de chasqui en chasqui ~~la música de Tuy~~ desparramándose por esos pueblos, ya verían esos burlistas cuando oyeran ~~la nueva versión de su pieza~~.

Eme aprovechó los solos de Tuy para observar al pájaro enancado, que viajaba atentísimo, moviendo la cabeza para oír mejor. Aquella forma zoológica parecía un pretexto, Ni siquiera era un aparato de volar, esto se le daba por añadidura o era una acción más bien forzada; volaba para comer, era su trabajo necesario. Su esencia en cambio correspondía a un instrumento, las orientaciones de sus líneas eran puramente acústicas, y mientras una mínima parte del interior de su figura se ocupaba de las funciones de estar en la vida, el resto estaba entrecruzado por un tembladeral de cuerdas vocales que encerraban sus cuatrocientas voces conocidas, donde unas sonaban por sí mismas y otras por simpatía, como en algunos instrumentos de los maestros de Minas Altas, para que no se cansara tanto su garganta. Esta visión era posible gracias al fraseo impecable de su discípulo, que con una mirada lo invitó a incorporarse nuevamente al espacio de la música.

Se preparó y lanzó el primer sonido de su hoja en una parte del compás que Tuy jamás hubiera imaginado, lo encabalgó limpiamente y ahora la pieza de Tuy era una fiesta. Colina abajo, trompeteando sobre los caballos acompasados; ante la vista de las primeras casas de ese pueblo de fronteras; los niños que se acercaban a ver esa bandita que ruideaba alegremente con un pájaro prendido en las ancas; y los cascos de los caballos a cargo de una correcta percusión, miren qué quinteto más hermoso ~~aunque el pájaro no cante~~. Y era tan amplio y compacto el sonido de la bandita de a caballo, que seguramente las cuatrocientas voces del pájaro, intocadas, estaban sonando por simpatía.

Oidor herido mortalmente

Una nube de niños hermosos y descalzos acompañó al quinteto por las calles polvorientas hasta el centro de la plaza, rodeada por tres filas de casitas de adobe y otra enteramente ocupada por la fortaleza de piedra, de dos plantas, donde vivía el Oidor. El pueblo, rebautizado con la larguísima palabra Civilización, estampada en un monolito junto a un mástil, estaba casi vacío por ser día de tren en el pueblo gemelo. La mayoría de la gente se había marchado a vender sus sandías o mirar el tren, que unas veces paraba y otras no, una vez por semana. Qué alegría cuando la gente regresaba con las manos vacías y los bolsillos llenos de monedas ruidosas, qué tristeza cuando volvía cansados y cargados, las sandías reventadas por el sol de dos jornadas.

El placero los invitó a interrumpir la música y esperar la llegada del Oidor, ya asomado a una ventana de la planta alta al lado de un escudo. Y qué atuendos y qué cara, qué ondulaciones pétreas en sus mejillas anfractuosas, qué escudo con adornos era él mismo acercándose ahora con paso redoblado envuelto en su uniforme tan vistoso, qué cejas y qué ojos, qué nariz y obsérvese el tamaño de la frente, qué potencia en los labios entreabiertos, qué tremebundas las orejas de sinuosos canales, enceradas para facilitar el rápido paso de músicas permitidas o prohibidas, orejas deformadas por excesos, alargadas y recortadas pero al mismo tiempo apantalladas e hirsutas, celosas y ridículas, mezcla de burro y de murciélago dijo Tuy.

Soy el Oidor, muéstrenme el repertorio, dijo moviendo apenas los durísimos labios, y brillaban al sol las profundas cavernas de sus orejas, las mejillas como de cuero crudo, la antena plegadiza de su gorro iridiscente. Sólo sabemos dos piezas, dijo Tuy, que además no tienen letra; una trata de un muertito que arrastra la creciente; la otra, de un pueblo con un solo pájaro, que es ése. Está bien, dijo el Oidor, pueden dar una vuelta alrededor de la plaza cantando o tocando, y pasar el sombrero; pero una parte de lo recaudado, ya sea en monedas o en especies, deberán entregármela para el futuro alumbrado de la plaza.

Los caballos, azuzados y con riendas cortas que los obligaban a mantener muy erguidas las cabezas, iniciaron un trote de dos ritmos avanzando apenas, casi saltando sobre sí mismos. Tuy vinculó los fraseos zumbones de su instrumento al ritmo binario del caballo de Eme, éste desparramó los sonidos de su hoja en las patas ternarias del de Tuy. Las músicas se enlazaban solas en el aire, como los bailarines, mientras el cuatrocientas voces, prendido al anca, saltaba con el caballo abriendo las alas para no caerse, un verdadero danzarín. El quinteto, con movimientos peristálticos y seguido por la nube de niños que crecía, avanzaba como la creciente evocada por la música, provocando un abrirse de ventanas, un asomarse de mujeres que con grandes peines alisaban sus cabellos desplegándolos al sol y a la alegría de esa música. La media mañana de sol tibio interrumpida por la fiesta; el airecito fresco que venía de las lomas; la gente que acudía a la plaza bailoteando en los ritmos de los caballos percusionistas.

La polirritmia del quinteto, tras el largo recorrido por las cavernas enceradas de las orejas del susodicho, produjeron, pese a la dureza de la piel, una contracción de cejas seguida de una preocupante arruga en lo bajo de su frente. Cuando conseguía captar un ritmo se le escapaba el otro. Sus orejas científicas, por fal-

ta de capacidad de goce, no podían ensamblarlos, y decidieron que esos saltimbanquis tocaban mal pero muy mal. La arruga de desaprobación se distendió y la piel volvió a su sitio sin ningún trabajo; era el gesto habitual del Oidor y a fuerza de uso reiterado actuaba como una articulación. La gente imbécil, pensó, se alegra con esa porquería; y miró severamente al placero, que se mecía como los demás y en cuanto se sintió mirado quedó tieso.

Tres hombrecitos barbadas, que con entusiasmo subido tarareaban la música que oían, tendieron una sábana junto al monolito invitando a la gente a poner allí sus óbolos para evitarles a los músicos el pase de sombrero. Chorrearon las monedas, cucharitas de plata, melones aromáticos y sandías caladas, quesos y dulces de la sierra y breves poemas escritos en hojas de cuaderno, ante la mirada fija y las papadas pétreas del Oidor y el abrumado lápiz del placero, que anotando los óbolos que caían sacaba chispas del papel. El Oidor verificó la exactitud de las anotaciones y apartó para sí las monedas y objetos de plata, además de un queso de cabra cuya forma le gustó.

Acabada la ronda, los músicos recibieron el atado de sandías y poemas sin apearse, no estaban autorizados para hacerlo. El señor Oidor, dijo el placero, tendrá gusto en oírlos personalmente; luego podrán marcharse. Se secaron el sudor y afinaron. Sin percusión no será tan lindo, dijo Tuy, estos caballos no saben zapatear en su sitio. Entonces vamos a ejecutar, con su licencia, el hermoso tema titulado Pueblo de un solo músico pero de un solo pájaro, ese mismo que usted ve.

Y bueno, aquello fue una delicia. No habían acabado de emboquillar cuando el Cuatrocientas se les adelantó con ánimo solista paseándose por cinco voces diferentes sobre un fondo rítmico de joropo lujurioso que aquella gente, ni siquiera el Oidor, había escuchado nunca jamás en la vida. El trompetero y el hojero se incorporaron haciéndole contracantos al tema pajarístico. Las muje-

res abrieron nuevamente sus ventanas y volvieron a peinar sus cabellos renegridos, la nube de niños se arremolinó, los tres barbados saltaban entremezclando júbilos brasileños, la plaza con su monolito y las casas de adobe que la rodeaban tiritaban de gozo, y el Oidor, vencidas las resistencias analíticas de los meandros cerosos de sus orejas, sintió un tremendo dolor en las mejillas y la boca, provocado por una sonrisa que procuraba abrirse paso entre un laberinto de veinte años de rigidez adusta hasta llegar por dentro al cascarón de cuero crudo de la cara del Oidor. Desde otra parte de su cuerpo, desde el cerebro controlado, venía una corriente eléctrica de ira destinada a detener esa sonrisa que, hecha pública, vulneraría el honor de todos los oidores. Pero la corriente llegó tarde, resbaló en unos músculos y regresó al cerebro: la risa ya había cruzado la frontera y al ritmo de la música punzaba el cuero encallecido de la cara ante los ojos asustados del placero, que advirtiendo esa lucha interna temía el desahogo furioso del Oidor en cuanto se le pasara la risa a punto de estallar, no había risa en el mundo capaz de alterar su ferocidad. En cuanto se le pasara haría azotar a los músicos, los encerraría en esos sótanos ofídicos sobre los que se levantaba su mansión de piedra, le echaría a él la culpa de todo y lo haría azotar como otras veces junto al monolito.

Como un tajo que le hiciesen desde adentro, la risa le entrea-brió al mismo tiempo la boca y las mejillas, le arrugó la frente en sentido contrario a sus ondulaciones, le forzó los ojos y la nariz ecuánime, sacudió los complicados aparatos de sus orejas censoras volviéndolas inútiles, le anuló los conductos cerebrales con un derroche de placer. Con las mejillas resquebrajadas y la boca partida reía como sangrando, mientras las enfermeras corrían a preparar unas cataplasmas que contuvieran la hemorragia y cicatrizaran las heridas producidas por la música que venía de esos instrumentos diabólicos y del pájaro infernal. Y tan tranquilos

que tocaban, entrecerrando los ojos como si no pasara nada. Mientras tanto la risa se desparramaba por el cuerpo produciendo movimientos ridículos en vientre y uniforme, golpeteo de medallas, tontas oscilaciones en la antena torcida de su gorro.

No pudiendo soportar más aqué^llo a pesar de su capacidad acústica, el Oidor hizo tres señas espasmódicas: una para que acabaran de tocar, otra para que el placero les entregara el queso de cabra en pago del placer recibido, y la última, generosa, para que se alejaran del lugar antes de que él acabara de reír. El placero echó el queso en el atado donde estaban las sandías, palmeó a los caballos para que arrancaran y recomendó a los músicos no dejar de tocar hasta traspasar la colina, temeroso de que la interrupción de la música diese paso violento a la ira cerebral del Oidor. Pero mal podían dejar de tocar en medio de un fraseo pendiente de resolución. Y salieron sin poder despedirse, colina arriba iban tocando.

Qué pena grande que las enfermeras acudieran tan rápido a ponerle cataplasmas taponando con esos trapos^{llas} heridas abiertas que hubieran permitido ver al Oidor tal como era, sin esas deformaciones de disfraz o de función que lo desfiguraban, un hombrecito de esos cielos y esos campos, casi un músico en potencia. Y qué pena que su índole o la ilusión de poder en que vivía le impidiesen aprovechar la oportunidad y escaparse por la herida para volver a ser libre, lejos de arrugas y medallas.

Los músicos iban ya por lo alto de la loma. Cabezas de hombres y animales, desde la plaza repleta, vueltas hacia ellos como diciéndoles no se vaya por favor, toquen la última pieza. Y la nube de niños fijando en sus memorias vírgenes un futuro recuerdo o sueño de hombre libres llevando música por esas lejanías. Fue el año que que llegaron esos músicos, dirían en su ancianidad apresurada por la esclavitud y la tristeza; por esa loma junto a esas piedras blancas desaparecieron al trote alegre de sus caballitos

músicos, dirían doblando los espinazos cansados sobre tristísimos bastones; un caballo era negro con pintitas blancas y el otro no me acuerdo, por ahí mismo desaparecieron con su música y era un primer de ver y de escuchar, contarían los ancianos a otros niños del futuro, contarían aquella maravilla que fue el día más hermoso de sus vidas; y uno de los caballitos tropezó con esa piedra sacando una chispa que duró un segundo, todos la vimos desde aquí cuando todavía la música se oía y bueno, aquello era una alegría como no hay dos, dirían alargando las palabras para retener un poco más aquella chispa perdida en el invierno interminable de los Oidores. Qué pena el Oidor bajo las cataplasmas, pena las cicatrices que le quedarían de aquel tajo de risa, dulcemente en su cara espantosa para siempre; y qué pena sobre todo no haber aprovechado para escaparse por la grieta, con lo que hubiera conseguido su propia libertad tan temida y los demás se habrían liberado de un verdugo.

Trasponiendo la loma, en el último momento de su visibilidad con respecto a la plaza del pueblo, Intruso tropezó contra unas piedras blancas arrancándoles unas chispas que los niños vieron a contraluz como un fuego artificial gritando miren, miren qué hermoso; y cuando acabaron de decirlo el quinteto y sus fuegos artificiales ya habían desaparecido tras la loma, y la herida en la cara del Oidor empezaba su lento trabajo de convertirse en cicatriz.

En lo alto de la colina siguiente dejaron pastar a sus caballos y partieron una sandía, con la que también el Cuatrocientas Voces refrescó sus innúmeras gargantas. Iban por la mitad de la sandía cuando oyeron un galepe. Los cinco músicos enderezaron sus cabezas hacia el ruido. Enseguida aparecieron tres sombreros, desdibujando el gorro de Oidor que había empezado a formarse en la mente de Tuy. Eran los tres barbitas, vestidos para un largo viaje por diferentes climas, en el costado de uno de ellos bamboleaba una gui-

tarra.

Se disculparon diciendo que venían para acompañarlos un trecho, aunque sea largo y siempre que ustedes quieran, claro; de paso podríamos tomar de ustedes unas lecciones de música; provisiones traemos para rato y conocemos la zona mejor que el diapasón de una guitarra. El Oidør no nos quiere y tenemos prohibida cualquier clase de música salvo esas horribles marchas patrias.

Eme y Tuy compartieron un mismo pensamiento: a partir de ese instante desaparecía el quinteto que acababan de formar, dando paso a una formidable banda de a caballo, con aquella guitarra y los tubos acústicos que los nuevos músicos sacaron de sus alforjas.

No nos conviene seguir viaje ahora, dijo el barba entrecana enchufando las partes de su tubo; nos agarraría la noche por unas soledades altas, peladas y muy frías, infestadas de Oidores nocturnos. Mientras tanto podríamos tocar algo, aunque más no sea para agradecer el solo del cenzontle.

¿Así se llama el pájaro?, dice Tuy. Es un ave del norte que llega aquí por temporadas, dice el barba renegrada. Tiene nombre de instrumento, dice Calderón. Tocar el cenzontle, ser un cenzontlista, dice el barba fina. Afinar un cenzontle, dice Tuy.

La fácil lágrima de Tuy

Tres colinas arriba para el lado del poniente la tropilla de músicos vio tiritar y desaparecer enseguida una mancha azul que bien podía ser una ilusión óptica por reflejos de nubes, acaso un trapo llevado por el viento, talvez un papalote que no alcanzaba a remontarse. Veinte compases después, la mancha, ahora más definida, apareció por una colina más cercana, al parecer sobre un caballo blanco; duró unos segundos más que la anterior y volvió a desaparecer en el valle, fuera del alcance visual de los buscadores de Lumbreras.

Tocaban distraídos, mortificados por no haberse puesto de acuerdo sobre el rumbo a seguir para encontrar Lumbreras, de cuya ubicación cada músico tenía una idea diferente, por lo que el pueblo estaba ahora en cada uno de los puntos cardinales. Cuando Tuy, que afirmaba haber estado allí una vez siendo un niño, apuntaba al norte con su índice, dos de los tres barbitas fruncían la frente y señalaban al sur con sus pulgares, y el otro a cualquier lado, convirtiendo a Lumbreras en una gran rosa de los vientos que los rodeaba siempre desde todas pero en ninguna parte. Y a esta distracción se sumaba ahora la de la mancha azul, por lo que empezaron a desafinar y a perder ritmo.

Así no se puede tocar, dijo Tuy justo en el momento en que el caballo blanco con la ^{muchacha de} ~~mancha~~ azul aparecían en la colina inmediata y los músicos, salvo uno de los barbas que no había visto ni al parecer oído nada, dejaban de tocar. Con víveres y objetos para un largo viaje, Azul desmontó diciendo que se había asomado hasta ahí para recuperar al único pájaro del pueblo. Claro que si

me dejan seguir con ustedes, yo algo de flauta sé, dijo mirando a Tuy. No sabía que tuvieras una flauta, dijo éste. Siempre toqué en secreto, dijo Azul, vestida con ropa de hombre, el cabello escondido dentro de un sombrero de arriero. Cuando vio a Tuy y a Eme pasearse algo nerviosos intercambiando miradas oblicuas al cruzarse, y cavilar a los demás sin soltarse esas barbas dubitativas, habló con palabras preparadas de antemano, apuntando a cualquier parte con su flauta: Lumbreras queda por esos rumbos, no muy lejos de aquí; se lo oí decir a unos chasquis que bajaban de la cordillera.

Azul tenía preparadas unas hermosas respuestas a cualquier objeción corriente: la responsabilidad, es difícil, un viaje peligroso, qué haríamos si te pasara algo, y peor siendo huérfana. Pero no encontraba argumentos para ese pasearse nervioso en trechos cada vez más cortos ni mucho menos para esas temibles barbas imprevistas que no se soltaban de las manos. Era de lágrima fácil y ya el llorar le venía subiendo; juntando lágrimas el llorar se le acercaba sin dejarle pensar en lo que diría cuando Eme y Tuy se detuvieran y los otros soltaran sus barbas para decirle ^{que} no entre todos moviendo cabezas con miserativas. Tendría que decirles bueno, entonces les dejó las provisiones y la ropa, me vuelvo al pueblo sola con el pájaro; y todo eso sin una sola lágrima, porque llorar lo estropearía todo, probaría la debilidad que esos hombres estaban calculando con ánimo de decirle ya lo ves, no es culpa nuestra, para estos viajes se necesita mucha presencia de ánimo, cuando volvamos de Lumbreras con la canción completa pasaremos por tu pueblo y te la cantaremos.

El no que esperaba Azul, ya con sus lágrimas ^{amantadas} juntadas y listas para salir, se iba nutriendo ahora de gestos y manos que se alzaban y bajaban bordeando situaciones de emergencia, palabras al

oído de las que percibía sólo el movimiento que generaban en las barbas cautelosas, mientras Tuy susurraba a los demás hay que tener cuidado, es de lágrima fácil y cuando llora parte el alma. Cuando Azul percibió que el no estaba decidido y sólo faltaba que se pusieran de acuerdo en la forma verbal que utilizarían para disimular su crueldad breve y violenta, recurrió a un extremo peligroso: se puso a tocar la canción del gallo blanco sin importarle que una brisa que venía del sur la llevara a los centros poblados o a cualquiera de esos odores que nunca faltan por ahí acechando esa música prohibida.

Tuy conocía la peligrosidad de esa canción y ahora el de lágrima fácil era él. Sentía juntarse las partículas para hacerse gota, viendo cómo aquella niña frágil se convertía de pronto en objeto de la ira. Y ahora el único camino posible era protegerla incorporándola a la tropilla. El cantor entrelazó con la flauta sus registros de violoncello entonando los versos conocidos a los que añadió, gracias a la variación de melodía que salía de la flauta, aquella parte no resuelta hasta ese momento del hombre que no siente los dolores de la muerte por tener el cuerpo ocupado por el último placer. Los barbas, que sabían de la existencia de la canción pero no la habían oído nunca, ni tampoco una voz como la de Eme, nada podían hacer para evitar ese frío doloroso que les recorría las médulas. El cenizote abandonó sus semillas de sandía para prestar oído a un timbre que no figuraba entre sus cuatrocientas voces. Azul tocaba sintiendo que de aquel no que vio gestado no quedaban ni vestigios, y cuando ya lo ³¹⁴⁷¹⁰ vio muy lejos dejó escapar la lagrimita fácil, que ahora tenía otro sentido; como arrojándola por inútil la dejó salir mientras ella sonreía tocando, y Tuy, viendo mezcladas dos cosas tan opuestas, y acordándose de la fragilidad de Azul convertida en objeto de la violencia, dejó escapar la suya, enorme y caliente, que de paso

lo aliviaba de las tensiones de la canción del gallo blanco y de la voz de Eme Calderón.

Y no imagina usted qué gusto daba ver esa tropilla tocando y traspasando lomas, cambiando de rumbo o de intuición y embistiendo hacia cualquier punto de la rosa de los vientos, buscando completar una canción que ellos mismos eran sin saberlo; aquella mancha azul a la que a veces, por traqueteo de camino o torpeza de caballo, se le resbalaba el sombrero dejando escapar un contenido de cabellos desflecándose en el viento.

El pájaro que bordeó el sur

La tropa del cantor de Minas Altas zigzagueó por todos los puntos orientados hacia el norte sin hallar vestigios de Lumbreras. Los barbitas volvieron a señalar hacia atrás con sus pulgares, sin darse vuelta para mirar el sur que defendían sin vacilaciones, y ahora esos dedos dejaban de ser un parecer, convertidos en brújulas auténticas. Ninguno recordó a los demás que ellos habían defendido el sur desde el comienzo. Estaban contentos de haber paseado la bandita por las orillas de tantas poblaciones sometidas por el hambre y la ignorancia, llevando una noción de libertad y de alegría.

El peligro de tener con ellos la canción del gallo blanco en una envoltura tan frágil como la de Azul les impidió entrar en esos pueblos norteños para mostrarles su música desde cerca. Pasaban por las orillas sin aproximarse demasiado, pero el pasar de la banda era casi como haber entrado a tocar y cantar. La gente trepaba las colinas para verlos deslizarse lentamente allá arriba, y si el viento era favorable, incluso podían escuchar lo que tocaban. Aquello era más hermoso que ir a ver pasar el tren del pueblo gemelo; un tren de música, sin vías ni horarios, vagabundo. Sabían que aquella bandita iba en busca de algo fundamental, y esto aliviaba sus tristezas de trabajo forzado o de prisión. Subían a verla, en busca de un recuerdo-esperanza. Nos moriremos de tristeza aquí, pero la hemos visto pasar con nuestros propios ojos, por allá arriba iba viajando la bandita, y aunque desde lejos, hemos podido oír su música; iban componiendo la canción del gallo blanco, lo juramos por esta luz que nos alumbra.

Por las mirillas de los calabozos que daban al rumbo transitado por la tropilla, los presos la veían pasar como una nube alta y blanca manchada de azul, estirando los oídos en procura siquiera de una nota perdida. Y a la hora del recreo contaban el hecho a los presos que no habían podido verla; en palabras le pasaban lo sucedido agregando detalles surgidos de sus deseos solitarios. La bandita, una nube de pájaros, dijo un preso. Y esa simple comparación les demostraba que la libertad era posible todavía.

En cuanto la tropilla empezó a internarse por el sur, el Cuatrocientas Voces abandonó las ancas del caballo de Tuy y volando bajo se fue quedando rezagado. Aquellos climas no existían en su mente ni mantenían relación con ninguna de sus múltiples gargantas. Nadie advirtió la falta. Los siguió un trecho todavía, pero tomando altura. Bajaba al trote la bandita cuando alguien gritó miren, el cenizontle se ha quedado.

Era apenas un punto gris por encima de la colina, parecía suspendido en el aire. Allí quedó hasta que tanto él como los músicos dejaron de verse, borrados por el horizonte de una colina más alta. Son pájaros del norte, dijo un barba, nunca lo vimos en el sur. Es el único músico, comentó Eme, que cumplió lo que dijeron los demás: acompañarme un trecho solamente.

Y viera cómo lloriqueaba la de azul mientras el pájaro regresaba al pueblo; cortando vientos por encima de lomas conocidas; llevando encerradas por esos aires limpios sus cuatrocientas voces diferentes.

Canción con espejito sojo

Es el cenizón, dijo Azul

El regreso del único pájaro de su pueblo permitió a Tuy ver claramente la forma de su proyecto de canción. La letra era lo ocurrido, y la música llegó sola, tan entusiasmada que se le presentó en forma de dúo. Y mientras pensaba componerla, ya la estaba componiendo sin saberlo. El pájaro no había llegado todavía a su destino y la canción ya estaba hecha. Arrimó su caballo al de Calderón y le pasó las voces, aprovechando como ritmo el paso largo que llevaban los caballos. Eme le pidió por favor que repitiera una de las voces y se ocupó él de la otra. Cuando los oyeron cantar, los demás se arremolinaron alrededor de los solistas, controlando a golpe de rienda corta el paso de sus caballos de modo que se acoplaran al ritmo de los otros con variantes, metiendo dosis y otras figuras rítmicas acordes con la vivacidad y el humor de la canción, orejeando la melodía para poder participar con variaciones en una nueva ejecución. Ahora, le dijo Eme Calderón cuando acabaron, los chasquis tendrán que ponerse de rodillas.

Nueve colinas más arriba, un chasqui músico escuchó el dúo. Lo hicieron sin el acompañamiento rítmico de la tropilla, por respeto a la capacidad de su memoria. Es tan cierta esta música, dijo el chasqui, que casi podría memorizar las dos voces juntas. Pero cántenlas separadas por favor, así me será más fácil meterlas en el caracol. Casi seguro que hoy mismo llegará hasta los últimos rincones de la cordillera, y mañana a primera hora la podrán can-

tar en todas partes. Estas músicas tan alegres son sumamente codiciadas.

Esperó montado el final de la canción, listo para salir apenas acabase; ajustándose el sombrero mientras memorizaba, para que no se lo volase el viento artificial que crearía la velocidad. Los chasquis músicos, tras oír el mensaje recibido, no pueden preguntar nada ni decir adiós; ni siquiera mover un dedo; sólo pueden salir y galopar sin distraerse hasta el próximo chasqui, que ya lo está esperando en actitud de partida en cuanto oye sonar el caracol. Sin esperar que acabase la última nota, cuyo valor se deducía, como envuelto en un fuego escapó el chasqui loma arriba. Y qué ganas de volar tenía su caballo, atravesando nubes bajas sin soltar ni una sola de las notas de la canción de Tuy.

La tropilla esperó mucho tiempo en silencio la llegada del sonido del caracol del chasqui anunciándole al siguiente su llegada. Gastaron casi toda la luz de la tarde y cuando ya se marchaban, apenas con la claridad necesaria para encontrar un sitio donde dormir, alcanzaron a oír un lejano sonido discutible. Es el caracol, aseguró un barbita; como un lamento, imaginó Tuy; o tal vez el cenizontle, dijo Azul. Mañana mismo, dijo Eme, los músicos de Minas Altas la estarán tocando a orillas del río; después la curiosearán hasta meterle mano, la irán desarmando de a pequito, y ya con las piezas sueltas, de cada compás sacarán otra canción.

Canción con agujero rojo

(es continuación del anterior)

Como no podían pegar un ojo, excitados por el dúo de Tuy, cabalgaron toda la noche y con las primeras luces alcanzaron la ruta de los chasquis a ver si, aprovechando el descanso nocturno de esos mensajeros, podían adelantarse a la canción y verla pasar por esas tremendas altitudes ya nevadas. La posibilidad de ver a su pieza saltar de chasqui en chasqui era excitante para Tuy; comprobar si aquellos hombres, por ineludibles efectos de trasvase, se la habían alterado, o por afán de divertirse, agregado variaciones por su cuenta.

Por aquí no ha pasado nada desde ayer, dijo el chasqui; ni mensajes cantados ni pieza musical. Por la hora en que la despacharon, debió pasar por esta posta antes de la noche, o ahora mismo debería estar llegando. Prueben un poco más abajo, seguro que toparán con el chasqui que la trae.

En fila india por el sendero de lajas, los cascotes caballunos iban arrancando sonoridades metálicas. Los jinetes, silenciosos y medio entredormidos por vela y traqueteo, llegando a cada curva esperaban divisar el filo de la canción de Tuy; protegida por un cuerpo vivo, que es el lugar donde existe la música, no en los instrumentos, de los que se sirve para salir y entrar de los cuerpos vivientes, que la contienen, en trasvases de ida y vuelta. Por

ahí, gritó Azul señalando hacia el final de la recta. Las cabezas se sacudieron y en duermevela vieron pasar un puma. No se asustaron los caballos, seguramente caminaban dormidos.

También dormía el chasqui de la posta siguiente, por soledad o por la altura. Dormido les ofreció una jarra de agua nacida en un deshielo muy lejano que por allí pasaba casi tibia. Por esta ruta, dijo mojándose la cara, nunca se ha perdido nada en los últimos tiempos. Prueben un poco más abajo, a lo mejor viene viniendo. Perderse, no lo creo. Pero puede haber accidentes; las postas de allá abajo ya no son seguras; accidentes que pueden provocar en los chasquis la pérdida de su memoria, de la misma manera que se desbarranca una mula. Si la pieza no ha llegado hasta ahora, es casi seguro que tendrán que regrabarla. Cuando un chasqui por cualquier motivo ha demorado un mensaje y llega otro antes de que haya entregado el anterior, se ve obligado a memorizar el nuevo y en el acto y para siempre olvida el otro. Por eso cuando hay muchos mensajes los remitentes dejan pasar un buen espacio entre uno y otro calculando el tiempo de modo que no se atropellen los recados. Prueben un poco más abajo pero no demasiado. Si ustedes son gentes bajo la mira, sepan que por allá hay peligros, a esas postas llegan todavía las balas que los gendarmes tiran desde abajo.

Encontraron la pieza de Tuy después de mediodía. Bajo un cielo de bóveda visible como una inmensa arboleda. Tendida sobre una pequeña planicie, sus dos voces en una. A la derecha de su pecho, un bolsillo profundo lleno de papeles en el chaleco rompevientos, gemelo del de I; a la izquierda, un agujero rojo. Con los ojos aún abiertos, como mirando la arboleda. A sus pies, el caracol marino, con un agujero blanco, y en su interior un plomo de redondez achatada. Y más allá el caballito, que los miraba desde su aburrimiento.

Lo atravesaron boca abajo sobre su caballo, cuidadosamente, como si se tratara de un instrumento musical, sin movimientos bruscos que pudiesen desafinarlo. Al quitarle el sombrero, bambolearon un poco las manos cuarteadas por el frío, tembló el cabello ralo entreabriéndose para dejar ver en partes la maravillosa cabeza yacente que contenía todavía, aunque enmudecidas para siempre, las dos voces de la canción de Tuy; y acaso alguna variación que el chasqui mismo le habría agregado para hacer más llevadera la monotonía del camino.

Eme improvisó una canción de despedida, entregándole al dolor por la muerte del chasqui las emociones contenidas por el regreso del cenizontle.

Se lo llevaban por esas soledades. Viera qué tristeza esa tropilla.

El vuelo del gallo blanco

Desde el río dulce que remontó durante una larga primavera, el Sietemesino observaba las riberas adonde los mamíferos se acercaban a beber. Segregando una baba que atraía a los insectos aprendió a alimentarse de cuerpos ajenos al agua y a descubrir, a medida que se acostumbraba al contacto con la atmósfera, las apetecidas formas de la vida terrestre, que se le aparecían como criaturas de un insomnio. Podía percibir que antes había estado allí, que estaba entrando en otras formas de su pasado, pero no encontraba en su memoria el objeto necesario que lo conectase con el tiempo.

No desperdiciaba un solo instante de luz acechando aquellas formas que lo atraían, sus armoniosos movimientos en aquel medio abstracto que era el aire donde se movían sin tener que vencer ninguna resistencia como sucedía con las aguas, como si en vez de trasladarse simplemente danzaran. Conservaba cuidadosamente en su memoria aquella corzuela amamantando, la lengua tibia de la llama que bebía reflejando sus ojos en el agua, aquel pájaro aturdido que fue a posarse en su cabeza a ras del agua, el sabor de su sangre, que incorporó a su naturaleza semiacuática una noción de vuelo que él guardaba entre sus arrugas escamosas. Si lograba ser ave descubriría desde arriba aquella forma olvidada que conectándolo con el tiempo lo reinstalara en su pasado terrestre.

Aquellos seres poseían otra maravilla: emitían unas señales que sonaban, de la misma manera que las olas al romper contra las rocas. Las señales sonoras se trasladaban por el vacío de mar que

hacía posible esa danza permanente de los cuerpos, y era posible percibirlos antes que a la forma de donde procedían; escapadas de los cuerpos, tenían vida propia y además eran hermosas. La tierra era claramente un lugar para esas voces, a cada una le correspondía una forma viviente y a la vez cada forma era una voz. La tierra además estaba adornada con esas formas verdes que sin tener voz como las otras, ni sus movimientos, eran cambiantes; se cubrían como de algas que luego desechaban para volver a tenerlas bajo un contorno diferente. Muy arriba también había formas cambiantes, como grandes pájaros blancos en permanente transformación, que a veces se deshacían en un agua pulverizada. Y aquella inmensa bola luminosa de vuelos precisos en lo alto de lo alto. Cuando no había luz y cesaban las voces, recogidas por lo viviente, la parte más alta del espacio se convertía en un mar profundo repleto de peces luminosos.

Por fin abandonó las aguas y arrastrándose por una tierra dorada por el sol y rezumando lluvias recién caídas contempló, desde el propio espectáculo, el espectáculo asombroso. Desde el paso de los astros hasta el fondo de los mares, hermanando peces y cometas la vida desplegaba sus sentidos como recién empezada. El tímido dibujo de las corzuelas, la mirada de las llamas en el agua, la agilidad de los pumas y la lejanía de los cóndores, entregaban sus formas al vacío. Millares y millares de seres intercambiaban sus sangres generosamente manteniendo sus formas por si la del hombre fracasaba o desaparecía.

La súbita noción de hombre, dijo Fábulo, le reveló al engendro la existencia del objeto que conectándolo con su tiempo lo devolvía a su realidad. El reptil, camino de volar, ascendía por la cordillera hacia el peñón de los astrónomos, remontaba su pasado hallando en su memoria una madrugada con ruido de agua en las acequias, las casitas de adobe de un pueblo muy pequeño y un filo

cuchillo.

Al llegar a Minas Altas, sus atributos mentales de hombre eran completos. La posesión de un pensamiento le permitió considerar a su reptilidad una enfermedad o pesadilla, algo como una extraña mutilación. Desde lo alto de una roca, dejándose nutrir de sol, dirigía su mirada a la extensión sintiéndola su nueva patria. Aquellas casas de piedra rodeadas de árboles frutales; el humo azul de las chimeneas; la ropa tendida que se movía con el viento; los dorados girasoles. Sentía que por fin acababa su peregrinación.

Soy un hombre, se dijo mirando sus patas escamosas; me llamaban Sietemesino por el raquitismo de mi cuerpo. De tanto matar, me perdí en la muerte misma. Y recorrí todas las formas vivas repartiendo muerte, creyendo que al final sería un dios. Los animales que recorrí me rechazaron porque temen morir. Yo quise ser como la muerte. Ahora estoy viejo y triste. Si dentro de esta piel soy el pensamiento de mí mismo que escapó para habitar otras formas, allá en la ciudad a la que pertenecía o pertenezco debo estar muy viejo, apoyado en un bastón escupo bajo el sol pensando que soy este reptil tan torpe que antes desencadenó el espanto en el océano.

Quiero volar, gritó el reptil, aunque su voz no saliese; volver a la ciudad y ser tan fuerte como antes. El miedo a morir es ansia de vivir y recorre el universo desde los fondos de esos mares que conozco hasta la vida que pueda haber en las estrellas. Matar con mente fría y corazón ardiente ha sido cosa mía, un producto de mi pensamiento; no existe en la naturaleza, esa cosa tierna y temblorosa de alcances infinitos donde todo vive y muere sin saberlo, movida por un placer también infinito que no es el de matar. Quiero volver a mi ciudad y ser un hombre como todos, quiero tener miedo a la muerte. Si estoy soñando que soy este reptil y que antes fui tiburón y antes insecto, quiero despertar en la vi-

da apacible de los hombres que viven y que mueren.

Pero los sueños, dice Fábulo, no lo abandonaban todavía. Porque los sueños forman parte de la naturaleza, comparten el espacio del mundo junto a las formas vivas, y por ser naturaleza rechazaban los pensamientos o ilusiones de poder del Sietemesino, de la misma manera que los peces habían rechazado las formas acuáticas que usurpó para introducir en ellas sus horribles ilusiones. Los sueños lo llevaron a rogarle a los pumas que le prestaran su sigilo, a implorarle a los cóndores que le traspasaran la aptitud de volar. Le había entrado la Tristeza final. Por mediación de unos halcones que se apiadaron de él consiguió de los cóndores, que son los que reparten el vuelo, la condición más ínfima de ave, especie de gallinácea que entre saltos y vuelos le permitiría volver y despertar.

Como pudo -concluye la metáfora de Fábulo- voló sobre Minas Altas, recordó el sabor de la sangre del cantor cuando era niño, vio desde lo alto de la cordillera, durante una noche muy estrellada, a I y otros muleros atravesando entre los abismos un piano gigantesco, sobrevoló Lumbreras y recordó docientos degollados, el niño aquel cuyo gemido fue ahogado por el sonar de una cajita de música, llegó a su pueblo y por fin pudo contemplar su cuerpo abandonado que temblaba apoyándose en un bastón, poseído por sus remordimientos. Y penetró en él bajo la forma de un enorme gallo blanco.

Extrañas ceremonias de la tribu

Cuando el sexteto de a caballo formado por Azul, Eme, Tuy y los tres barbas llegó a esa sierra verdosa que separaba a la cordillera de los llanos, ya no existía como tal. En los pueblos recorridos se habían incorporado dos arpas indias o paraguayas, tres cacacoleros muy buenos, dos charangos, un cuatro o guitarra de cuatro cuerdas, una mujer madura que tocaba cencerros cromáticos y con Azul formaba un dúo separado, dos músicos sin instrumento que utilizaban sus cuerpos para tocar: palabras, silbidos y chistidos, mutuo golpeteo de pecho y manos y zapateo combinado, que hacían maravillas; una especie de tinglado acústico traído del Brasil, y un violín de lujo. Y bueno, hay que imaginar las maravillas que hacía aquella orquesta, mezclando ritmos y palabras de toda América menos una parte del norte.

Desde la cima del último arrabal de la cordillera, la formidable tropilla contemplaba esos llanos interminables donde comenzaba la civilización, en los que Lumbreras, por alguno de los puntos de esos horizontes, impalpables, estaba contenida en situación de olvido. El sitio de la canción del gallo blanco, dijo Azul trazando un arco en el aire, y en el abajo de lo lejos había puntos negros, acaso montes, acaso poblaciones bajo la luz de aquel escandaloso girasol que declinaba arrojando sus últimas líneas lumínicas a lo alto de la cordillera.

Desde los llanos empalidecidos, los caballos y sus jinetes músi-

cos aparecían inundados por la luz, según Tuy lo intuía buscándole una expresión sonora al hecho; para él todo era tema de música, algo a comunicar a los demás, mensajes urgentísimos que los chasquis veloces desparramarían por el mundo. En sus deseos, la orquesta, iluminada así, recorría los pueblos cordilleranos como una gran fotografía grabada en la memoria de los chasquis. Ya en Minas Altas, la increíble fotografía iba de mano en mano y llegaba a las personas de quienes les había hablado el cantor, Miren, aquí está Eme Calderón, decía Emebé; y éste de aquí seguramente es Tuy, diría Jotazeta aunque ignorara su existencia. Pero vista desde el ángulo donde estaban, la orquesta era un montón de sombras largas de hombres y caballos quebrándose en las rocas. Esta percepción, la lógica, no entraba en la intuición de Tuy. Y la otra se le borró, con la pieza que pensaba componer. Ahora el conjunto de jinetes, en relación con las desmesuras de llano y cordillera, volvía a ser una mínima bandita compuesta por tres o cuatro saltimbanquis.

El viento trajo primero un olor a carne asada y enseguida gemidos de cabritos; después vieron subir el humo y aquello es Santa Gema dijo el barba guitarrista, Santa Gema la vieja, que está más en una canción que le han hecho, porque aquí está desapareciendo. Sin embargo, cuando pudieron verla a la salida de unos matorrales, había allí unas mil personas, sentadas a unas largas hileras de mesas plegadizas.

Aquí en Santa Gema, les dijo una anciana, con el que enterramos ayer son mil quinientos ochenta y tres los muertos en el cementerio, y cuarenta y nueve personas que vivimos en esas casitas que se ven ahí. Esa gente llegó esta mañana de la capital, clavaron unos postes, tendieron esos hilos, y dicen que esta noche tendremos luz eléctrica, un milagrito más de Santa Gema. Llevan comidos más de docientos cabritos y quedan por degollar cerca de treinta.

Los de aquellas mesas todavía no han probado ni un bocado y es casi seguro que aunque les toque se quedarán con hambre, salvo que también maten a las cabras. Si lo hacen, Santa Gema no tendrá más remedio que ampararnos.

Los degolladores mataban cabritos casi sin mirarlos, arrojaban los cueros a una pila donde zumbaba el mosquerío y las reses abiertas a unas camas de hierro convertidas en parrillas, desde donde unas muchachas de trenza y flor en los cabellos llevaban los trozos a las mesas, mientras otras escanciaban el vino con largos cucharones y los comensales masticaban y hablaban mezclando el vocerío al gemir de los cabritos.

Los músicos comieron las raciones que les dieron los asadores y salieron a recorrer la fiesta en busca de los novios, estaba claro que aquello era una boda. Novia de traje azul y fino bigotito, novia envuelta en tules con flores bordadas y en las manos ramo de azahares como en los retratos, dijo Calderón lanzando un pensamiento directo hacia Emebé.

Como las cabezas masticantes apuntaban, en las distracciones del comer, hacia un mismo centro, Azul y la cencerrista se pusieron de puntillas tratando de divisar allí la cabeza coronada de la novia. Pero lo que había allí era un gordo mofletudo rodeado de policías que no comían y un cura de gorrito colorado.

Las casas de adobe de Santa Gema, la mayoría deshabitadas, se enfrentaban formando una calle polvorienta por donde transitaban unos burros del color del desierto, algunas gallinas sedientas y unas viudas encorvadas en sus vestidos negros llevando atados de leña sobre los hombros o baldes de latón con agua de la vertiente.

En la iglesia, de techos caídos, crecían hierbas junto a las alfombras deshilachadas, y en el altar con santos sin pelos ni narices ardían todavía las velas del tedeum celebrado por la ma-

ñana. Los gatos que vivían allí habían vuelto a su sitio tras la ceremonia y ocupaban ahora los recovecos del altar, los nichos donde dormían junto a las imágenes, los pasillos por donde se paseaban con las colas levantadas, relamiéndose de gusto por las entrañas de cabrito que les habían tocado en el reparto. En las dos torrecitas de su fachada lacrimógena había unos altavoces ocupando el lugar de las campanas, boca arriba en el suelo, caídas en el último terremoto; y detrás de la iglesia, un enjambre de coches y camiones junto a mulas y caballos atados a las ramas de árboles resacos.

Vengan a ver, dijo uno de los charangos y los condujo entre los jarillares a un extenso terraplén desde el cual las voces del banquete apenas se oían; miren eso por favor, dijo señalando una fila de aviones parejitos como caballos de carrera, ocultos, apartados, como protegidos por cristales enormes, como armas o secretos, como culpas escondidas brillaban los aviones de hélices intrépidas, con todo el desierto para ellos. Los músicos caminaron bajo sus alas y tocaron sus hélices, el vientre de aluminio con escudos estampados, adivinando el interior de los aparatos, los secretos del vuelo; como si se tratara de las cajas sonoras de unos instrumentos gigantescos los miraban.

Los cabritos habían dejado de gemir y bajo las parrillas las brasas se desmoronaban en cenizas y más allá del horizonte se enterraba el sol tirando sus últimos flecos hacia arriba, por lo que Santa Gema empalidecía a ras de tierra, y brillaba todavía la cima de la sierra verdosa donde la banda había sido una gran fotografía, iluminada al mismo tiempo por los rayos solares y la visión de Tuy.

Un cordón de policías rodeó a los comensales separándolos de la gente que venía de los pueblos vecinos a ver la ceremonia, seguida por los vendedores ambulantes que ofrecían globos y muñe-

cas, caramelos y tortillas, estampas de Santa Gema, medallas y amuletos. Miren qué lindo dijo Azul señalando un carrito de he- lados tirado por un burro lagañoso.

El gordo de los mofletes y el cura de gorrito se pusieron de pie haciendo saltar aplausos hasta el otro lado de la valla de policías, donde los curiosos se borraban en la naciente oscuridad, y se dirigieron hacia un palco apenas visible en la penumbra, ocupado por unas mujeres con forma de violines, que en cuanto se movían despedían unos perfumes que trepando por sus cuerpos si- nuosos tatuados con alhajas alcanzaban las alturas de sus sombre- ros atravesados por las plumas más buscadas de los cóndores.

Lejos, hacia el lado de los aviones, comenzó a ruidear el gene- rador de corriente. En el palco ya oscuro, una tijera relumbró a la luz de una vela, con la que el gordo o novio de la boda cor- tó una cinta mientras el del gorrito carnaveleaba salpicando con agua un tablero con botones y palancas. El novio sin novia visible movió la palanca que le señalaron, cuyo clic apenas se oyó, ahoga- do por el oh de la multitud iluminada por docientas lámparas eléc- tricas, al tiempo que relinchaban y se encabritaban los caballos, y las gallinas parpadeaban sorprendidas en lo alto de las ramas secas, en trance de poner viendo que amanecía olvidaban que no estaban en sus nidos y los huevos se les caían, reventaban amari- lleando el suelo, qué tremendo poder el de esa palanquita.

Parece que la calle de Santa Gema siempre fue triste, por esa curva innecesaria que tenía siendo tan corta como era, esas casi- tas torcidas por el viento, pero bueno, era un suceso edilicio en ese campo abierto, su referencia visual, y toda la llanura cir- cundante estaba a su servicio, conteniéndola como a un orgullo. Ahora, con las luces pálidas de sus cuatro farolitos, esos postes y los cables mal tendidos, esos conos de sombra y el silbido so- litario del viento por los hilos, era apenas el arrabal de una

ciudad perdida, el rincón más oscuro del suburbio, su sitio melancólico, y sólo faltaba que empezase a caer una finísima garúa para llorar de tristeza mortecina.

Tristísima también quedó la iglesia con un farol en cada torre, sus chorros cayendo sobre las campanas semienterradas donde hacían su siesta los lagartos y por la noche correteaban las hormigas girando inútilmente por los bordes. Y más triste todavía la lamparita que colgaron a la entrada, que en vez de alumbrar lo único que conseguía era reflejar los ojos de los gatos que lanzaban sus chispas verdes desde el fondo del altar oscuro y lo profundo de los nichos de los santos mutilados. Hasta esos rincones llegaba el poder de la palanca movida por el novio, haciendo girar de paso alrededor de los faroles de las torres, atropellándose entre ellos y abrasándose, los millares de insectos de varias leguas a la redonda que atraídos por la luz llegaron esa noche a Santa Gema.

Pero el verdadero altar era aquel palco, acaparando luces y mujeres. Allí las lámparas se molestaban entre ellas una junto a otra, y juntando sus luces envolvían al palco aislándolo del mundo. Al otro lado de las sogas que lo protegían, los fotógrafos alzaban sus cámaras para no perder detalles; todo allí era importante aparte de las lámparas; las mujeres enojadas, las cintas de color clavadas a las tablas y los clavitos que las sostenían, el table-ro con su palanca fabulosa, el hisopo del cura, las papadas del novio, los bigotes del locutor que sostenía los papeles del discurso, los policías que ni siquiera pestañeaban, las cuatro patas del palco forradas de papel brillante, los bordes de las maderas donde se apoyaban las manos de las damas de chispeantes uñas, las espadas doradas, los revólveres negros, las medallas y las gorras, el pañuelo del gordo secándose el sudor, el casco de bronce del bombero, la mosa^c que curioseaba entre las lámparas, el tul casi invisible que envolviendo al palco lo protegía de los bichos de

la luz, los banderines y estandartes, el clarín de las batallas, el micrófono plateado, los altavoces gemelos en cada costado del palco, los pensamientos altruistas que, por influencia del atunado, nimbaban aquellas cabezas inmóviles reflejándose en las lentes de las cámaras. Y al tiempo que los fotógrafos levantaban sus máquinas, al otro lado de la valla de policías las madres levantaban a sus hijos para que vieran mejor ese palco luminoso que parecía navegar por el desierto, aquel barco arbolado con las plumas de cóndor de los sombreros chisporroteantes de luces de aquellas mujeres armoniosas con forma de violín.

Con voz de varios hombres a la vez el locutor dijo hola hola; un hola para los altavoces del palco, dijo Azul, otro para los de las torres de la iglesia, solitarios y sin oyentes en el fondo de la calle; ese hola perdido andaría solo toda la noche muriéndose de miedo en tanta oscuridad hasta perderse en las barrancas que aparecen de pronto en el desierto. Pero esos holas, además de destapar los cables conductores de la voz, fueron usados por el locutor para afinar su garganta y, una vez comprobada la perfección del sistema, entregar a aquella gente la palabra rutilante, que era su preferida, dicha en delecto moroso y amoroso, empujando a una sílaba con la otra. En realidad lo que dijo fue "en esta noche rutilante", pero el en esta noche, dicho con pocas ganas si se quiere o como trampolín de la otra palabra, fue absorbido por lo rotundo del rutilante, que se demoraba y se hinchaba en el espacio, crecía el rutilar alumbrado por sí mismo, era más fuerte que las luces de las lámparas, se elevaba sobre el palco seguido por miles de miradas. Luego giró sobre la multitud atónita, y al alejarse desprendió de su núcleo una enorme cola refulgente, como un cometa sobrevoló la calle de Santa Gema convirtiendo sus cuatro faroles en velas miserables. Y se perdió en la noche, pero quedó rutilando en la memoria.

Después de esa palabra, las del novio o lo que fuese parecían gárgaras, cloqueos; y en cuanto querían rutilar se apagaban como chispas de carbón, fosforitos mojados que se descabezan al rasparlos. La gente las oía sin escuchar. Además las leía con trabajo, repitiendo sílabas equivocadas, y eran tan monótonas que apenas salían de los altavoces se caían al suelo, donde eran pisoteadas, o por falta de dirección las que salían del palco chocaban con las que venían de los altavoces de la iglesia, y por poco no volvían a su boca. Para colmo, cuando se apagaban las del palco llegaban las de la iglesia y de ese modo en vez de uno decía dos discursos.

"En este día glorioso", dijo intentando que su pobre "glorioso" rutilara. Los músicos, maravillados por los momentos que estaban pasando, se tapaban la boca conteniendo carcajadas. En el duplicado que venía de la iglesia, más claro que el original que salía por los altavoces del palco, decía que había resuelto asumir su cargo de gobernador vitalicio en Santa Gema por ser pueblo de patricios. Y claro, esto fue casi el acabóse. "Patricios" fue a estrellarse con el "vitalicio" que venía de los otros altavoces, se oyó un chisporroteo estrepitoso, un cortocircuito que estuvo a punto de hacer saltar los fusibles apagando las lámparas. Por encima de la multitud pasó el choque de palabras como un susto; y los caballos, aturdidos por el encuentro violento de esas dos palabras de carga positiva, se alzaron en dos patas soltando sus relinchos.

Su binomio patricio-vitalicio fue lo único digno de aproximarse al esplendor de rutilante. Las demás palabras, a pesar de deslizarse por un cable eléctrico, parecían ir en una carretilla sobre pedregales, tan colmada que el novio sudaba al conducirla, diciendo que las campanas caídas volverían a sus torres, el techo de la iglesia a su lugar, y aquellos gatos nauseabundos serían

rápidamente desterrados. Pero la gente olvidaba las palabras casi en el mismo momento de oirlas, liberando al gobernador de sus promesas. Habló también de unas defensas para el cementerio, los muertos no correrían más riesgos de traslado violento en épocas de lluvias y crecientes; haría pintar las cruces y las tumbas y en un futuro no lejano ningún viejo ni vieja de Santa Gema carecería de bastón, en honor de aquellos ilustres patricios, palabra que esta vez pasó sin ningún problema por los hilos eléctricos.

Descartada la boda, Azul y la cencerrista buscaban ahora en el palco el cargo o el poder que el ex novio iba a asumir. Como la novia, no aparecía por ninguna parte. No lo busquen más, les dijo Tuy, el cargo es él mismo. Entonces desviaron la vista a cualquier parte, no habiendo cargo ni novia de blanco aquello no tenía interés. Y no vieron cómo el gobernador se encontraba con su propio poder apoyando una mano sobre un libro, sin que por esto se produjera ningún cortocircuito, jurando por Santa Gema. Y al levantar la mano del libro el gordo era dos veces, él y su poder, como saliendo por altavoces diferentes.

Tras esta ceremonia todo se solemnizó. Ahora la luz y los hilos por donde circulaba pertenecían al gordito. A partir de ese momento nunca más en la vida el locutor podría lanzar libremente por los hilos la palabra rutilante. La guardaría en su memoria silenciosa como recuerdo para la vejez; tiritando con su bastón les diría a sus nietos yo dije una vez en Santa Gema la palabra rutilante y todo el pueblo se estremeció de gusto. A partir del momento de la jura, en cuando el jurador separó los dedos de aquel libro, todo lo que allí había, lo clavado y plantado y también lo caído, pasaba a su poder; desde los burros vendedores de helados hasta los niños en gestación; a partir de ahora el aire era enteramente suyo, y en el aire todo estaba contenido.

Es una tribu muy extraña, explicó Tuy; la conozco desde siempre, pero nunca he podido entender sus ceremonias.

Hasta el momento de la jura, la ceremonia hubiera podido ser desviada hacia una boda alegre. Pero en el momento de apoyar la mano en aquel libro, perdió esa posibilidad; sus atributos de novio feliz se borraron y cuando la retiró después de jurar, el tú ~~que~~ que lo acercaba a los demás se partió en mil pedazos dando lugar a un Excelencia que lo aislaba, el gordito feliz desaparecía para siempre. De ahora en adelante nadie podría tocarlo ni acercarse demasiado; si alguien le alcanzaba un vaso de agua lo haría desde lejos, en la punta de un palo le arrimarían la ropa y la comida; ya no podría reírse de los chistes ni alegrarse con la música y el vino; ahora menos que un hombre era una comunidad y las comunidades nunca ríen; ahora el pobre gordo terrible tendría que matar y decir que eso era justo. En cuanto tomó ese poder que al igual que la novia nadie vio, el locutor y demás hombres se apartaron; las mujeres violines se ahogaban aplastadas contra las barandas del palco haciendo reverencias, y nunca más en la vida nunca nadie lo llamaría amigo.

Es un pobre hombre, dijo Eme; me da mucha pena, dijo Tuy, conozco al oidor de mi pueblo, lo he visto enceguecerse sin saberlo; y este ex gordito que ha perdido la alegría nunca sabrá que al final de la ilusión que ha elegido lo está esperando la tristeza, lo único que mata verdaderamente; y ahora mismo, al tocar ese libro, ha recibido la primera puñalada.

Apenas los del palco, seguidos por los comensales, se dirigieron hacia los aviones, se abrió la valla de policías permitiendo el acceso de los visitantes a las mesas con las sobras del banquete. Quedaban todavía muchos huesos con carne, algo de vino en las vasijas, y las cabezas de los cabritos apenas habían sido tocadas. Cuando casi todos estuvieron dentro de los aviones, coches y camiones, se apagaron las luces. El generador calló, permitiendo un descanso más tranquilo a los gatos de la iglesia; las nubes de insectos alrededor de las torres volvieron al desierto, por las ven-

tanás de las casitas temblaban otra vez las luces de las velas.

Los electricistas subieron el generador al avión que lo había traído. El último en subir fue el locutor. Da mucha pena, le dijo Tuy desde el caballo a la orilla de un ala, pensar que esta gente que hoy conoció la luz se quedará sin ella. Con voz modulada respondía el locutor: y qué quiere que hagan ellos con un generador; de dónde sacarían el combustible; les dejamos los postes y los hilos, así lo ha querido el gobernador; y usted no podrá negar que cada vez que los miren recordarán una noche rutilante.

Su rutilante, pese a la modulación, sin altavoces no alcanzaba siquiera a alumbrarse a sí mismo; se le apagó en la boca, cayó al suelo, se perdió asustado en el tierral que levantaban los motores del avión.

Madre con pechos salpicados

-Dicen que Santa Rita, con sus cincuenta mil habitantes, es un orgullo del desierto. Durante más de treinta años he sido su fotógrafo y puedo asegurarle que se merece el título. Una ciudad muy vieja, la fundaron los españoles, y si no progresó más fue por culpa de los terremotos, que la tumbaron varias veces. Hace mucho calor y en verano falta el agua, pero en los días más críticos hay unos trenes que la traen de la capital. En esta ciudad tenemos dos cines que ofrecer a los turistas, un museo indígena, una iglesia antiquísima, una casa de juego, una sala de primeros auxilios, un prostíbulo y un pequeño zoológico.

-Yo le preguntaba de Lumbreras -dijo Eme.

-De Lumbreras conservo todavía los negativos. Puedo mostrarle algo en la ampliadora. Entonces dígame qué quiere que le muestre, porque ~~los negativos~~ son muy muchos, o qué es lo que anda buscando.

-Busco a mis padres, de los que solamente conozco las iniciales. Ellos eran de Lumbreras.

-Dicen que allá vivía mucha gente alzada, por eso la arrasaron -dijo el viejo manoteando unos rollos como quien hurga en su memoria. Apagó las luces y proyectó la primera fotografía, escena de una fiesta de cumpleaños infantil.-Vea -dijo corriendo el negativo con imágenes de la misma fiesta-, creo haber retratado a toda la gente de Lumbreras, ya sea en fiestas o en esos retratos

que vendíamos en mensualidades; pero ignoro los nombres, yo no podría decirle quién es quién; cuando los habitantes desaparecieron, quemamos papeles y facturas, tenerlos era peligroso. Si usted pudiera darme algunos datos, a lo mejor se me refresca la memoria.

-Por favor, quiero una copia de ese negativo -dijo Eme viendo en la proyección un niño y una cuna.

-Está fuera de foco. En este mismo rollo -dijo el viejo haciéndolo avanzar- hay fotos más logradas. Entonces era una costumbre hacer fotos de niñitos desnudos en la cuna. Mire qué lindo es éste, y éste, y aquel otro. Elija el que usted quiera y se lo copio.

Dio por visto ese rollo, aunque faltaban ver todavía varias tomas. Lo deslizó velozmente, como sombras en movimiento pasó el resto.-Son todos niños en sus cunas -dijo retirándolo de la ampliadora.

-No tengo datos, no sabría -dijo Eme-. Era un matrimonio con un hijo pequeño, en la casa había dos cajitas de música gemelas.

-No tengo fotos de cajitas de música ni recuerdo haberlas visto en Lumbreras -dijo el fotógrafo tras una rápida atención a su memoria inútilmente acumulativa-; pero de matrimonios jóvenes y de sus bodas, juntos o separados, puedo mostrarle todas las fotos que usted quiera.

-Una de las cajitas -contó Eme- la robaron el día de la matanza. De la otra no se sabe.

-Mire qué novia más bonita -dijo el viejo tocando la imagen-, el detalle de los encajes del vestido, la sombra de los azahares en los pechos, ese juego de grises. Y este es el novio; fíjese en la nitidez de las cejas; esos puntitos son la niña de los ojos. Esta otra novia también es muy hermosa, mire esa risa pícaro que tiene.

-Por favor -le dijo Eme-, vuelva el negativo a la novia anterior.

El viejo alzó la lente agrandando la proyección. Eme le vio crecer los ojos y que el cabello chorreaba desparramándose por los bordes de la mesa. Aquella cara le comunicaba algo, de alguna manera se conectaba con lo que se decía de ella en la canción del gallo blanco. El viejo giró la ampliadora lanzando el chorro de luz horizontalmente y proyectó sobre la pared a la posible madre. Eme contempló a la enorme mujer buscando objetos en sus alrededores, un cofre, una cajita de música, pero en los alrededores no había nada, toda la foto era su rostro, los pechos salpicados por las sombras del ramo de azahares. La fijeza de la imagen, el tiempo que pasaba y el deseo de encontrarla, rompieron su resistencia a la duda y a lo desconocido, y se entregó al azar de hacerla suya. La sentía como la cicatriz de una herida olvidada, cuyo origen se desconoce pero está en el cuerpo. Seguramente cualquiera de las madres yacentes en esos rollos negros podía ser la suya, de la misma manera que los hombres de Minas Altas son todos padres de cualquiera de los niños. Para qué entonces seguir buscando más allá si esta novia, con un gesto tan dulce, le estaba ofreciendo ser su madre, y al mismo tiempo el rápido hallazgo de su padre, apenas en el negativo de al lado, con esas cejas nítidas y el detalle de la niña de los ojos.

La imagen de la noviamadre, abarcando toda la pared, era como esos templos que los pobladores precolombinos dejaron en memoria de los dioses de la lluvia. La fachada, un gran rostro donde la puerta era la boca, que daba acceso a un cuarto vacío, al exilio de una raza, a un silencio de siglos.

Ante la sombra de la tremenda madre, sentía que su costumbre de cantar era el sentimiento de un origen, de una certeza que desconocía, del que su canto era una prolongación o muestra; y ahora que la certeza se le diluía en esos negativos sin memoria cierta, el origen sustentador se desprendía, le quedaba el canto solamente.

-Esos labios carnosos son muy parecidos a los suyos. Si se fija bien, usted tiene su misma boca -dijo el viejo y corrió el negativo para el lado del proto padre, la inmensa novia desapareció.

-Mire--le dijo-, los hijos siempre heredan rasgos de los dos. Y no me va a negar cuánto se parece usted a este novio, sobre todo en los ojos. El tenía más o menos la misma edad que la suya cuando lo retraté. Podemos buscar otros, si le parece, pero dudo que hallemos una coincidencia como ésta. Y dentro de las conjeturas, que es el único lugar donde podemos movernos dadas las circunstancias, estos novios tranquilamente pueden ser sus padres.

-Cópielos lo más grande que pueda, para colgarlos en la pared. Los recogeré a la vuelta. Y ahora dígame para qué lado está Lumbreras.

-Si usted y sus amigos quieren saber algo de ese pueblo, tendrían que preguntárselo al Sietemesino. Aunque fue su destructor, él nació allí, y es por lo tanto su único sobreviviente. No tengo fotos de él. Vive ^{se lo} en ese palacio que habrán visto al entrar en Santa Rita. Es un viejo riquísimo, pero se lo ve muy triste. El aquí es ya casi una leyenda. Cuando sale con su escolta, da pena verlo caminar sin saber adonde ir.

El viejo apagó las luces, lo acompañó hasta la calle, donde la banda esperaba para salir.

-Detrás de aquella sierra. A lo mejor todavía puedan ver el cementerio, al sur de unos horcones sin caer. Lo demás está tapado por los médanos, o se ha ido desmoronando.

Letra borrada por el viento

A la madrugada, los músicos divisaron Lumbreras. Cualquiera hubiera confundido esos últimos adobes ~~con~~ con el horizonte. Para ellos, era el posible final de una canción por terminar.

Dejaron los caballos junto a la sierra, temerosos de que sus cascos estropeasen los indicios, apenas visibles, del resto de la historia. Caminaban sintiendo que Lumbreras estaba bajo sus pies. Era una mezcla de tramos firmes y de huecos profundos formados por techos derrumbados y paredes a medio caer, que la arena no acababa de cubrir. Desparramaron por la arena los versos de la canción elaborados y modificados durante veinte años, a ver si coincidían con lo real, -y venían a ser como un mapa desplegado, de modo que todo lo escrito arriba se correspondiese con lo de abajo. Las estrofas, debidamente separadas en líneas, cada una acompañada por un músico, pronto cubrieron toda la extensión de Lumbreras. Cavando donde se podía, o adivinando, cada casa y cada calle tuvieron su músico testigo, que les darían por fin una forma definitiva en la canción, con lo que pasarían a vivir ~~en~~ en la memoria de la gente aunque estuvieran desapareciendo bajo tierra.

Los barbitas, reconstruyendo palmo a palmo el recorrido de la acequia, descubrieron una curva nunca mencionada en las versiones

circulantes, y los restos de un duraznero, en flor durante la man-
 tanza, cuyo aroma pudo percibir el padre de Eme mientras se dormía
 dejando una mano abandonada a la corriente. Los caracoleros descu-
 brieron el itinerario del Sietemesino entrando en Lumbreras antes
 del amanecer, y el punto exacto de su salida por el rumbo sur ga-
 lopando entre el polvo mientras cantaba el gallo. Por las calles
 oblicuas que los arpistas reavivaron una a una, pudieron verse
 con detalles las idas y venidas del hombre cargado con ollas y
 sartenes colgando de aquel palo atravesado sobre sus hombros como
 alas, el tintineo feroz de los cobres entrechocándose como en una
 lucha de cuchillos, mientras el arrastrarse del nominado T.A o
 L.C desde la galería de su casa hacia la acequia seguido por esos
 pollos hambrientos que picoteaban sus huellas, era minuciosamente
 revelado por la cencerrista que cabalgaba siempre junto a Azul.
 Fueron también los arpistas ^e quines, con un golpe de intuición, si-
 guieron las posibles huellas dobles de la nominada L.C o T.A, pri-
 mero desde la casa y luego desde la acequia, hasta la tumba de
 tiro donde ocultó los cuerpos del marido y del niño. Esto no ha-
 bía sido registrado ^{bien} en la canción, por posibles olvidos de
 Jotazeta en la reconstrucción, de la propia madre o acaso de los
 chasquis a quienes refirió lo sucedido sin saber que estaba dic-
 tando los primeros versos de la canción del gallo blanco, Y mien-
 tras todos buscaban hechos convertibles en palabras, Eme Calderón
 procuraba encontrar indicios de un tema musical que sabía único
 entre muchas posibilidades; a la melodía actual no sólo le falta-
 ban notas; carecía también de un fundamento, de una verdad que va-
 liera por sí misma.

Azul y Tuy hallaron un horcón saliente, al lado de una galería
 semienterrada en tierra y arena, por cuya pendiente se deslizaron.
 Me parece, dijo Tuy, que hemos encontrado la casa donde el Siete-
 mesino degolló al niño; ese pasillo coincide con el de la letra,

por esa puerta carcomida hizo su entrada el gallo blanco, me parece estar viéndolo.

Por las puertas entornadas de las piezas que daban a la galería se filtraba algo de la luz exterior que entraba por los huecos de los techos. La puerta de uno de los cuartos se desgajó al ser empujada y dar contra las piedras y la tierra que en pendiente brusca unían el suelo con el hueco por donde entraba la luz. Un armario a medio enterrar, perforado por las orugas, mantenía algunos cajones abiertos, tal como quedaron el día del saqueo. Vieron un espejito carcomido, semillas sueltas y una pluma de almohada. Había un cajón duro de abrirse, trabado por el tiempo. Apenas cedió cuando Tuy intentó abrirlo, provocando un deslizamiento de arena desde arriba que terminó de cubrir las patas del armario. Metió la mano y tanteando hasta el fondo no encontró ni cajita de música ni cualquier otro objeto que pudiera mencionar o no la canción del gallo blanco.

Azul escarbaba buscando el último cajón de abajo, totalmente sepultado, y por cada puñado de tierra que sacaba entraba otro desde arriba haciendo avanzar más la pendiente hacia la puerta. Eso es muy peligroso, dijo Tuy, podría desmoronarse todo. El cajoncito aparecía y desaparecía en la arena. Tuy la contuvo con la puerta desgajada. Azul descubrió y abrió el cajón. Adentro había una caja de lata. Y dentro de la caja una carpeta con unas iniciales bordadas que se entrelazaban, seguramente un regalo de bodas. T.C y L.A., leyó Tuy. Las iniciales de los anillos, dijo.

Hemos encontrado la casa de Eme, gritó dirigiendo la voz hacia la galería semienterrada; avisen a Calderón que estamos en su casa.

Pero nadie lo oyó. Los caracoleros estaban ahora en la pista de las viñas por brotar que parecían haber estado a un costado de la acequia; los charangos buscaban las trazas de un maizal que la can-

ción no mencionaba pero que según sus cálculos tuvo que existir; el violín de lujo escarbaba en el corral donde aquella mañana bailaron los cabritos; el cuatro colombiano buscaba la supuesta senda por donde la madre abandonó finalmente el pueblo en dirección a Minas Altas, llevándose los jugos del hombre que se arrastró hasta la acequia; la cencerrista determinaba el sitio exacto desde el que el gallo finalmente cantó anunciando la mañana; los músicos sin instrumento (porque eran ellos mismos) encontraban el poste donde estuvo atado el perro que gemía, hagan callar a ese perro gritaba el Sietemesino y nadie lo escuchaba en medio del saqueo; mientras Eme y los arpistas se esforzaban retirando las piedras que ocultaban la entrada a la tumba de tiro que en algunas versiones no mencionaba la canción.

En el dormitorio, Tuyo y Azul vieron que las piedras y la tierra cubrían casi toda la cama, de la que apenas era visible una pata herrumbrada; de la cuna, contra la pared opuesta y por caerse, sobresalía apenas la punta metálica del mosquitero. El techo había cedido, pero se apoyaba, inclinado, sobre la parte alta del montón de piedras y de tierra con arena. En el final de la pendiente sobresalía un zapato retorcido que quitaron fácilmente sin producir deslizamiento; el otro, un poco más adentro, era visible por la punta y no se animaron a sacarlo porque allí la tierra estaba endurecida y si escarbaban podía ceder el montón de arena y terminar de derrumbarse el techo. El hallazgo demostró que T.A (o L.C) salió desnudo y descalzo a la galería, donde recibió las primeras cuchilladas sin sentir las, y que L.C (o T.A) también estaba desnuda cuando vio entrar al Sietemesino que iba derecho al niño; que después de probar en él el filo del cuchillo a ella apenas la miró, distraído por los gemidos del perro o acaso por la melodía que salía de la caja de música oculta en su uniforme entre cucharas de plata y plumas de almohadones reventados.

Esto modificaba también los versos existentes referidos al arrastrarse del hombre en busca de la acequia, ahora iba desnudo por la orilla del agua, y entonces la mujer tuvo que vestirlo antes de arrastrarlo hasta la tumba de tiro donde seguramente lo dejó junto al cuerpo del niño.

Los arpistas ayudaron a Eme a meterse en el tiro o boquete de la tumba y se sentaron sobre las piedras a esperar, aprovechando el tiempo para sustituir, por versos nuevos, que también modificaban la música, los antiguos referidos al saqueador tintineante de de cubiertos y sartenes que aquella mañana atravesaba el pueblo en diagonal. Enseguida llegaron Tuy y Azul con nuevos datos fundamentales para la versión definitiva, y poco a poco los demás músicos ^{con} su carga de durazneros florecidos, viñas en brotación, el ángulo visual desde el cual el gallo blanco observaba, -el buche abultado por la sangre ingerida, a la mujer cuando se iba, el corral donde acababan de despertarse los cabritos salpicados de rocío y el galope polvoriento de los asesinos al marcharse. Con lo que la canción, muchas veces deformada por las distancias, las censuras, los trasvases y las leyendas, encontraba por fin su forma definitiva en cuanto a las palabras, sólo faltaban esas notas que Eme Calderón había bajado a buscar en el fondo de la tumba.

El cantor vio tiritar en el centro de la bóveda enfoscada las partículas de polvo levantadas por sus pies al apoyarse, tiritar en el chorro de luz que entraba desde arriba dejando el interior de la tumba en una sombra rojiza como la del cuarto del fotógrafo cuando proyectó los negativos. Los objetos de barro cocido, suavizados por los años, desprendían una frescura que anuló de antemano toda posible crispación. El cuerpo y el ánimo se atemperaban con los objetos y él mismo se sentía pasado, vasija de barro o ídolo de lluvia, formas que parecían soledad pero no lo eran, ocupaban su lugar, la contenían en su orden y quietud, en un silencio mez-

clado a la belleza. Como si en vez de haber descendido a una tumba de tiro, lo hubiese hecho a un tema musical donde él mismo era un sonido.

El hombre estaba tendido contra la pared, en la parte más rojiza y fresca de la penumbra, junto al hombrecito, más próximo al chorro de luz. Limpísimos los huesos, como si los hubieran frotado muchas veces. Hermosos, se dijo Eme, por haber sido detenidos en medio de un placer. Al lado estaba su ropa, limpia y doblada. Ella lo trajo aquí desnudo, pensó Eme. El pantalón mantenía su forma a pesar del laberinto que había formado el cinturón de cuero al retorcerse. La camisa, ya sin color y deshilachada, mantenía en su orden todos los botones menos el de la garganta, que el cantor sacó de su bolsillo y puso otra vez en su lugar. Para imaginarle una forma a esos despejos, pensó en la niña de los ojos del novio de bigotito que el fotógrafo le propuso como padre. Y como corriendo ~~un lugar~~ el rollo de negativos en la ampliadora, imaginó que el chorro de luz se desviaba contra la pared de la bóveda y proyectaba la imagen de la novia madre salpicada por la sombra de los azahares. El chorro de luz real, desviándose con el paso del sol, rozaba ya los cabellos del hombrecito como recién sacados de un cofre. Y todo esto, en vez de alterar la quietud mezclada a la belleza, estaba envuelto en una emoción sin crispaciones, en donde el cantor oía, en un país remoto, las voces conocidas de su tierra natal.

Atravesó el haz de luz para ver qué había en el otro costado de la tumba, y escuchó el murmullo que los músicos hacían arriba recomponiendo la canción. Allí encontró un cofre gemelo del que le entregó aquella vieja de Minas Altas; y dentro del cofre, envuelta en un paño de terciopelo, una caja hexagonal que al ser abierta dejó salir la más humilde, la más vieja, la más olvidada melodía de las cajitas de música. Era un viejo tema popular, de esos que se olvidan junto con la infancia.

Por el haz de luz, abriéndose camino entre los corpúsculos ilu-

minados, iban trepando las notas en dirección a los rostros de los músicos asomados al boquete, los ojos ávidos de los barbitas, la fácil lágrima de Tuy.

Uniendo lo que los músicos habían juntado arriba con lo que Eme Calderón trajo de lo hondo, asistieron deslumbrados al armado final de la canción. Ante la mirada ansiosa de los caballos que esperaban al pie de la sierra próxima, el día que acababa y el cansancio, no tuvieron ánimo para recoger los versos viejos que habían quedado desparramados por la arena. Los dejaron allí, para que los borrara el viento.

Y dice Fábulo que dicen que cuando la tropilla abandonaba Lumberras con rumbo a Santa Rita, se levantó ese viento. Y que ayudado por el viento pasó volando un gallo blanco.

Limitaciones de la memoria de Fábulo

En el camino de regreso a Santa Rita pulieron la versión final de la canción de modo ^{tal} que no fue necesario contar al pie de la letra la historia de la matanza, porque cada palabra elegida la convocaba sin nombrarla, tal como sucedía con la música. Y su poder de evocación ahora era mayor. Incluso propusieron cambiarle el nombre para evitar persecuciones; buscar algo folclórico, llamarla por ejemplo "Minas Altas es un girasol". La inclusión de Minas Altas en el título parecía justa, por cuanto la canción y lo que ella contenía era a partir de ahora su pasado, toda una prehistoria si se quiere, destruyendo de paso la absurda teoría de Jotazeta, que pretendía hacer arrancar la historia en Minas Altas omitiendo a Lumbreras, precisamente desde el momento en que aquel puma se le escapó del lazo.

Al llegar a la ciudad, Eme Calderón pidió no participar en un proyecto propuesto por Tuy y los tres barbas. Los esperaba en la casa del fotógrafo, de paso vería copiar los retratos de los novios. Cuando se les separó el cantor, Tuy miró la luna que se levantaba y dijo: es una noche perfecta para serenatas.

Eligieron una canción de cuna que utilizaban para dormirse entre ellos, y divididos en cuatro grupos abordaron los cuatro costados de las tapias que rodeaban las cuatro manzanas ocupadas por el pa-

lacio del Sietemesino. Los guardianes, al oír, creyeron que eran sus madres arrullándolos; y cayeron en un violento síndrome de infancia que los dejó dormidos sobre sus fusiles.

Permiso, es una serenata, gritó Azul dulcemente desde uno de los jardines; y oyendo, el viejo Siete se puso una bata muy bordada y bajó al salón de las medallas a ver si con un poco de música se olvidaba de sus horribles pesadillas.

Las cuatro altísimas paredes del salón susodicho estaban obviamente tachonadas de medallas y condecoraciones desde el suelo hasta el techo, y eran tantas que hubiera sido imposible, aún para él, encontrar la que correspondía a las hazañas de Lumbreras. En cada pared, una puerta de cristal comunicaba al salón con el jardín a través de escalinatas. Bueno, que pasen esos músicos, dijo amablemente el viejo asesino, de pie en el centro del salón, mirando hacia la puerta principal, que daba al este.

Por la del norte entraron ~~los~~ arpas indias y caracoleros, obligando al Siete a girar hacia su izquierda, sorprendido. Tocaban un tema introductorio a la canción, destinado a entretener al dueño de casa mientras los demás músicos se preparaban afuera. El Siete adivinó las intenciones de esa música y miró hacia los jardines en busca de sus guardianes, pero sólo vio músicos agazapados detrás de las estatuas griegas. Entonces la mano se le fue sola hacia el sitio del cuchillo, un sitio que no existía en el diseño de la bata.

Por la del sur entraron Tuy y el violín de lujo, desarrollando ya directamente el tema, tan rotundo y certero, que la defensa más fuerte del Siete, la de tiburón, se hizo trizas contra el primer compás. El viejo sintió aflorar la tristeza final que venía conteniendo para poder vivir; y viendo que era ineludible, se entregó a una melancolía de contenido místico, que coincidía ^{con} ~~que~~ sus humanos deseos de morirse de una vez.

La cencerrista, los charangos y el cuatro colombiano entraron por el este. Un agitadoísimo acorde de cuatro cencerros envueltos en un tiritamiento, apoyado por los demás instrumentos, dio en un costado del corazón del degollador destrozándole todos los olvidos y haciéndole brotar un árbol de remordimientos, mientras las arpas y los caracoleros, que seguían tocando, se introducían en sus células nerviosas agudizando una tristeza que le llegó hasta el bulbo raquídeo, con lo que el anciano depredador de hombres y de mares trastabilló.

Los barbas, con sus tubos y guitarra, acompañados rítmicamente por los dos músicos sin instrumentos, fueron más suaves para el Sietemesino, introduciendo en la médula de sus huesos un principio de placer que él pudiera elegir como final de su vida.

En eso estaba cuando vio entrar a Azul, que con su flauta hizo callar a los otros instrumentos. El viejo cayó en su sillón y oyó claramente la cajita de música que sonó aquella mañana junto al gemir de un perro exasperante, entre su vientre y su camisa. La cabeza de un niño, separada del cuerpo por un filo, se le cruzó entre los ojos, junto con un gemido. Hagan callar a ese perro, gritó; pero equivocándose de palabra; él quería decir que hiciesen callar a ese niño; que nunca había gemido, ni entonces ni ahora: todo venía de la flauta.

El viejo miró el rostro de Azul casi contra el suyo, justo en el momento en que, por la propia música que tocaba, la fácil lágrima de Azul se desprendía, mezclándose con su belleza. Esa belleza húmeda de Azul fue lo último que percibieron los sentidos del ilusionista de la muerte, revelada a último momento como una cordura final; cuando él se iba para siempre, el mundo le mostraba su aspecto más hermoso.

Fábulo dice que arrimando los tiempos de estos sucesos, todas las metamorfosis del Sietemesino podrían haber sucedido mientras

ofa tocar a los músicos que lo mataron contándole su propia historia. Lo dice, pero al mismo tiempo duda.

En cuanto los músicos abandonaron el palacio, los guardianes despertaron y viendo lo que había sucedido corrieron a dar la noticia provocando un disturbio en las comunicaciones y unos funerales a los que asistieron oidores y sietemesinos de todos los rincones del planeta, mientras los músicos se reunían con Eme Calderón y con asombro fingido decían oh, qué maravilla, mirando las copias de los retratos de sus posibles padres, y con un galope tendido abandonaban la ciudad sin mirar su zoológico ni su prostíbulo, y en las afueras llegaban al cruce de dos caminos.

Aquí vamos a separarnos en ~~varios~~ grupos, dijo Eme, para que la canción pueda llegar a todas partes.

Se separaron por afinidad de instrumentos. La despedida, difícilísima, encontró su forma adecuada cuando entonaron los últimos acordes que hacían juntos. Se encontrarían alguna vez en Minas Altas, cuando estuviese asegurado el desparramo de la canción hacia los cuatro vientos.

Y no se sabe qué vientos tomaron Tuy, o Azul, o los barbitas, ni quién iba con quién. En la memoria de Fábulo sólo se conocía el viento que tomó Eme Calderón, por el rumbo que conducía a Minas Altas.

$$\begin{array}{r} 366 \\ 255 \\ \hline 115 \\ 136 \\ \hline 246 \end{array}$$

TRES GOLPES DE TIMBAL

Giracéfiras

A mí también, dijo la Céfira asegurándose de que la traba de la puerta estaba puesta, claro que a mí también me gustaría que lo hiciéramos entre los girasoles; pero está un poco frío y además podrían vernos. Abriendo esa ventana los tendremos casi adentro, hay un macizo junto a los vidrios y además entrará el sol. Es una lástima, dije viendo que su perfil atravesaba la habitación y me miraba, es una lástima dije dejándome mirar por su perfil, que los mejores girasoles estén sobre la pared del sur, donde no hay ventanas. Ella giró privándome del placer de su costado más hermoso, y abarcándome con el frente concentrado de su cuerpo recién aparecido me dijo, desde el centro penumbroso de la habitación me dijo bueno, entonces vamos a traer los girasoles adentro.

Esquivé los paraguas abiertos que usaba para contener las goteras del techo, amalgamando uno de sus perfiles con otras franjas o estaciones de su cuerpo que mi vista era incapaz de retener más allá de su movimiento, mezclándose toda ella en una blancura giratoria. El espacio entre los dos paraguas invertidos, de cuyos mangos colgaba nuestra ropa, volvió a quedar en sombras tras el rápido paso del cuerpo de la Céfira.

Yo quería que lo hiciéramos entre los girasoles, es un capricho, dije desde el rincón donde me quedaba para escamotearle, por vergüenza inevitable, el crecimiento violento de mi cuerpo; y no vamos a sacrificarlos para eso, ni me voy a vestir para salir a cortarlos. Miren qué tonto, dijo estirándose para alcanzar una repisa absurdamente alta, miren qué tonto si piensa que vamos a cortar los girasoles antes de que maduren, decía estirada creando máximas tensiones entre las zonas de su cuerpo en erección, endurecido por la distancia entre el suelo y la repisa, mezclando en su artefacto viviente la arquitectura del puente de Jotazeta y la desnudez desconocida de Emebé. Necesito tu ayuda, dijo enteramente desplegada, en su máxima extensión el contorno de la Céfira. Tu ayuda, terminó de decir alargándome unos espejos que sacó de la repisa.

Con una mano en alto apoyada en la repisa y la otra ofreciéndome un abanico de pequeños espejos, igualando tensiones entre el frente y los perfiles, el cuerpo de la Céfira, independientemente de los ojos, veía acercarse el mío por el espacio entre los dos paraguas, la torpeza de mis pies rozando sus extremos y haciendo girar los armatostes, mis manos en velámen tratando de ocultar la arboladura. A mí también, dijo entregándome un puñado de espejos, me gusta que lo hagamos entre los girasoles.

Amontonamos los espejos sobre la cama, de diversos tamaños y forrados de latón. El abecedario, dijo mezclándolos con un par de manotadas y enseguida abrió la ventana del norte, por donde entraron, apuradísimos, la luz y el aire fresco. El aire le llenó el cuerpo de puntitos fríos; la luz, previa inundación del espacio antes oscuro entre los paraguas, dio a cada color su nombre y reveló que los ojos de la mujer estaban tan desnudos como ella, que apenas era la Céfira, desbordada por su cuerpo

de mujer. A mí la luz me llevó otra vez las manos hacia abajo, rápidamente desviadas por la Céfira antes de que llegaran a su destino, entregándome una caja con clavos y un martillo. Mirando mi desnudez con la de sus ojos me reinstaló en mi cuerpo, me devolvió al cuerpo que yo sentía ante el fuego deseando ser ella cuando la deseaba, me puso en mí ~~de la misma manera en que Fábulo me había devuelto a las palabras~~. Un clavito en cada hoja, dijo señalando lugares precisos.

Colgó un espejo en cada hoja de la ventana. Un matorral de girasoles de fácil viajar se instaló en el primero, y cuando hicimos girar la otra se reveló que también estaba en el segundo. Nada más fácil para nosotros, que habíamos hecho todo nuestro noviazgo con ese lenguaje, que trasladar de lugar los girasoles con espejos.

Ahora necesitamos otro clavito ahí, dijo señalando la para mí lejana pared que daba al sur, obligándome a recorrer esa distancia sin tener en cuenta mi situación, ~~de mi~~ las manos ocupadas por la caja y el martillo, la boca llena de clavitos agrios, y el fruto, que empezaba a dolerme, dejándose llevar como un caballito atraído por Fábulo. Si tanto te gusta hacerlo entre los girasoles, entonces no te queda otro remedio que poner clavitos, se burló la Céfira apoyada en la ventana del norte.

Años habré tardado en atravesar con mi carga esa equivalencia de cruce de la cordillera, seguido de cerca por la desnudez falsamente maligna de los ojos de la Céfira, aparte la mirada reposada de su cuerpo en espera femenina, donde los pezones eran ojos tranquilos esperando mi regreso. Poner un clavo en esa pared del sur era perderme en una serie de acciones postergativas que me alejaban del encuentro con el cuerpo con ^{que} deseaba fusionarme, y me arrepentía, a cada golpe de martillo, de mi capri-

cho de amar a la Céfira entre girasoles.

Cuando el clavo estuvo puesto ella atravesó la distancia como si no la hubiera, y arrinconándome con su aproximación colgó otro espejito, que por el sistema incaico recibió los girasoles que contenía el espejo anterior. Ahora, dijo, ya tenemos dentro unos girasoles como los que están al otro lado de la pared del sur. ¿Te gustan?

En las cosmogonías del astrónomo mulero esas plantas se comportaban como relojes, generaban tiempo, es decir, formaban parte del tinglado cósmico. Por lo que, con aquellos cuatro o cinco girasoles que entraron resbalando por los espejos, teníamos al menos una parte de la mecánica entrevista por Fábulo reflejada en la pared del sur. Vi que las líneas que trazaban viajando desde el matorral del norte hasta la pared del sur formaban una enorme Z. Claro que esos pocos girasoles eran nada comparados con el hecho de hacerlo en medio del matorral de afuera, y más cumplían la función de un modesto florero al lado de la cama, si se tiene en cuenta que en nuestro deseo estaban todos los girasoles que había en los patios de la casa de la Céfira.

No seas impaciente, dijo abriendo una de las ventanas gemelas que daban al patio creo que del este, en ese momento se me perdieron los puntos cardinales, confundidos por el zigzaguear de los espejos. La luz que entraba por esa abertura, que daba al mayor macizo de girasoles, tornasoló a la Céfira, la amarilleó a contraluz, todo el cuerpo se le volvió sombra amarilla salvo los puntos acuosos de los ojos, capaces de permitir el acceso al interior misterioso de ella. Si algo había en mi memoria anterior tras el girasol original, era ese cuerpo. Y el espacio entre los paraguas, y los paraguas mismos, los techos de la casa y la pared del sur, todo se hizo mujer.

La mujer amarilla apoyó un dedo en mi mentón y me puso en la

boca otro puñado de clavitos. Según los clavaba y colgábamos espejos, los girasoles del ¿este? iban de pared a pared recorriendo el camino sinuoso de los ángulos, y pronto la pared del sur quedó inundada de ellos, entre los que el florero del comienzo pasó a ser un mínimo detalle.

La habitación se saturaba de líneas de viajes de girasoles entrecruzadas, laberintos. Pero no conseguíamos llevarlos a la cama, ~~caían~~ a sus pies en el suelo. Los girasoles virtuales se cruzaban y confundían, rebotaban en las paredes, y en el techo, y algunos, por defectuosa colocación de los espejos, recorrían el camino inverso y volvían a la flor original; era como estar tirando girasoles por la ventana, cuidado, en una de éstas se escapaba también el cuerpo de la Céfira, que de espejo en espejo iba bailando una especie de danza nupcial. A todo esto el movimiento astronómico de Minas Altas alrededor de su eje hacía lo suyo modificando los ángulos, de modo que los viajes de los girasoles entre los espejos se desplazaban en sentidos no previstos, los pocos que habíamos logrado reunir cerca de la cama se nos iban hacia la traba de la puerta, y entonces hubo que poner más clavitos y espejos, inclinar los ya clavados separándolos de la pared con bollos de papel y ~~prendas menores de~~ la Céfira.

La ubicación externa de los girasoles reales y el movimiento rotativo de Minas Altas desplazándose, ~~iban~~ iban a contratiempo de nosotros. Cada girasol que conseguíamos posar sobre la cama tendía a ^{→ correrse} ~~desplazarse~~ hacia los pies y caer al suelo. Entonces hubo que ^{→ trasladarla} ~~desplazarla~~ hacia el centro del cuarto, adelantándonos a los espacios que ocuparía el movimiento estelar, con lo cual, calculábamos, tendríamos un par de horas de girasoles plenos, un tutti de flores amarillas en la cama, dos horas que eran el

tiempo restante para que el sol se pusiera tras los cerros; ~~con~~ los espejos dejarían de reflejar girasoles y darían paso a las estrellas que integraban la mecánica del astrónomo titiritero, momentáneamente robada por nosotros, con técnica de espejo, para convertirla en un adorno del placer.

Estoy harto de clavitos, dije escupiendo los que me quedaban; además se han acabado los espejos, y además me duele aquí. La Cé-fira, sin puntitos de frío en el cuerpo, había recuperado su temperatura. Abrimos la última ventana, donde los girasoles reales estaban casi pegados a los vidrios, y con unos hilitos logramos asomarlos a la habitación, con cuidado de no desviarlos, porque se romperían, de su manía de mirar al sol. No había tanta diferencia entre ellos y los que teníamos en las paredes y en la cama ya casi cubierta gracias a la hábil maniobra de adelantarla al sol. Además los girasoles de espejo se movían como navegando, mientras los reales se quedaban quietos como en un florero, asomados a la ventana como pájaros más bien tontos. Los virtuales se irían con la noche, y al otro día cuando despertáramos estarían puntuales esperándonos otra vez en los espejos. Y todo eso formaba parte de la fiesta prolongando el puente de agua, el mazo de céfiras bramantes de percales.

Eché su cuerpo sobre la cama aplastando girasoles virtuales, se echó como una pieza o invento viviente destinado a retener, en su fusión conmigo durante un relámpago brevísimo, la mecánica celeste de los astrónomos muleros. Estos de los espejos, dijo, son mucho más suaves que los otros; seguramente no me dejarán marcas en el cuerpo. Los girasoles que aplastó estaban ahora en los bordes de ella, tan orondos, la recorrían con la misma lentitud conque gira Minas Altas, el movimiento lento permitía una minuciosa percepción de ella poro a poro.

Tiré el martillo, que cayó en uno de los paraguas haciendo

girar su negritud y con ella la ropa que colgaba de su mango de bastón; Antes de que cesara su movimiento giratorio, yo había atravesado el laberinto de líneas cruzadas por donde viajaban los girasoles y había caído sobre el invento viviente para robarle a Fábulo una pizca de sus mundos desconocidos.

Ay, dijo en un gritito la mujer amarilla; ay, qué pasa,, dijo sintiendo en sus labios una lastimadura. Nada, le contesté; un clavito que sin que me diera cuenta se me quedó dentro de la boca. Lo escupí con violencia, haciéndolo llegar afuera. Lo oímos rebotar entre las hojas de los girasoles reales.

Agregar apéndice
de la gramática y

325

El defectuoso adiós del minalteño

carta a Melijar
quitado antes.

He tenido que abandonar el Mirador. Los espejos de la Céfira dijeron: "Fábulo te requiere urgente con el manuscrito". Luego, una pausa. Mientras la luz del espejo temblaba en blanco, sin palabras, vacilando, esperé algo muy grave, la llegada de los asesinos. La frase que recibí después no sólo me tranquilizó. Decía "te quiero", torpemente. Algo importante sucedía ~~para que~~ si ella utilizaba una expresión de la que solíamos reírnos.

Sabía de antemano que al recibir ese mensaje debería bajar para no volver. Lo esperaba, además. Concluido el viaje del cantor, la historia estaba prácticamente contada. Sólo faltaba un desenlace, si lo había. Acaso algún sermón final del titiritero, repitiendo aquello de los cinco siglos que hemos vivido en el olvido. Bajar definitivamente significaba recuperar mi identidad olvidada o perdida. Y me entristecía tener que abandonarme, ~~ser~~ ser un otro que ya no me interesaba ser.

No escribir más historias. Fábulo me sacaría de las palabras donde me puso, una vez cumplido su propósito. Yo sería alguien que le ayudaba a construir sus muñecos o lo acompañaba en sus viajes. Ha sido un privilegio estar con ~~las palabras~~ ^{ellas,} dije. Miré la Gramática, el Diccionario, las palabras que me gusta escribir en hojas sueltas para probar la pluma; eran residuos de una escritura terminada. Me las quitaría. El era el dueño de los muñecos y también de la memoria. Yo, un escribidor de paso. Lo más probable ^{pausaba} es que antes haya sido un mulero trasladando objetos de la cordillera al mar, al que le permitieron, desmemoriándolo, trasladar palabras ajenas desde la pluma a los papeles. Volveré a mis mulas y las querré tanto como I, como si fueran palabras ^{estas} las querré cuando ~~las palabras~~ me abandonen.

Era difícil decirle adiós a la pequeña vida que nació cuando subí al Mirador de los Vientos. Amaba sus amaneceres, la alegría que me daba mi sombra proyectada por el fuego en la bóveda de piedra. La vida que iba a dejar tenía poco tiempo real, con la intensidad de la memoria de Fábulo apretada en las trecientas hojas que llevaba escritas; tenía la hermosura de las palabras y de mi existencia nueva, descubiertas casi al mismo tiempo; las palabras, que me enseñaron a amarme y a ver que en el cuerpo de la Céfira también estaba el mío; tenía la aventura que me había permitido ver el mundo desde tan cerca, que me sentía integrado a sus misterios.

También estaban los objetos cotidianos de la pequeña vida, cuyas formas, en el momento de la separación, eran la intensidad de lo vivido. Encendí el último fuego; miré las nubes; anoté en las planillas unos vientos finales que a partir de ahora perdían un testigo; retiré y desinflé los globos eólicos sintiendo que estaba diciéndole adiós al viento; rellené con papales los zapatos que quise dejar allí, por si algún otro testigo de vientos me sustituía alguna vez; cerré los postigos borrando la falda del cerro donde recibía los mensajes de la Céfira; borrando el vuelo de los cóndores, el sendero de las vicuñas, ~~del viento~~ el cielo donde colgaban las estrellas que me daban miedo.

A la luz de las llamas vi bailotear en la bóveda mi sombra. Los objetos, apenumbados, parecían esconderse para no verme salir. Toqué el candelabro, la mesa, la carpeta donde apoyaba la Gramática. Recordé algunas palabras que aprendí por ser hermosas, que nunca pude usar porque ninguna de las historias escritas les fue propicia, y ahora me sobraban. Resolví no llevarlas conmigo, regalárselas a los objetos que abandonaba.

A la bóveda le dí, más por sus sonidos que por sus significados, tiquismiquis y guatambú. Tres entregué a la leña que guar-

daba:lapislázuli, chisgarabís, moreporán. Al tintero le tocaron curcutear, chirulí, mburucuyá. A la mesa le regalé un par de ayuyuyes y la hermosa peteribí, para que lo usase como su sinónimo; con el tiempo podría ser su nombre verdadero, mucho mejor que mesa, tan opaca de sonido. Condecoré al candelabro con la palabra curcusí, y como si esto fuera poco le traspasé chiribita todavía. A la guitarra, que dejé colgada y con las cuerdas flojas evitándole inútiles tensiones, estuve a punto de cederle garraplón; pero vi que el sonido de esta palabra no concordaba con ella. Y le dejé nada menos que la palabra fídula, que le permitiría viajar hacia sus antepasados más remotos. Chiribitil cuadró perfectamente con el baúl. La recibió como si fuese su propio nombre. De paso aproveché para meter en él, que todo lo admitía, las pocas que me quedaban: chisperoso, marracey, ~~chispero~~, yatay y pacholí. Palabras sueltas que Fábulo traía de sus viajes por el continente, que me pasó por si alguna vez me hacían falta.

También dejé el Diccionario, para entretenimiento de los que pudieran llegar allí refugiándose de las tormentas. A él, por supuesto, no iba a regalarle palabras. De tan viejo que era las sabía todas; otras las olvidaba o no le gustaban simplemente. Busqué en la efe y vi que no contenía la palabra fídula. De la triste fideo pasaba directamente a la horrible fiduciario, que más bien parece el nombre de un lugar que despide fetideces; después venía fiebre. Hice una llamada y al pie de la página, con letra de imprenta, se la estampé. Nada menos que un instrumento musical separaba ahora a los fideos de los malos olores. Lo guardé en el baúl, parecía feliz con su imprevista fídula.

Embalé como objetos muy frágiles la Gramática de Nebrija, el manuscrito y los espejos que me dio la Céfira. Las tres cosas contenían palabras a proteger de lluvias o de nieves. No podía

arriesgarme a que los azares de un chubasco borrasen el viaje del cantor o el cruce de la cordillera, ni a que se empañaran o dañaran los espejos con los que escribí mis primeras cartas de amor. Y la memoria escrita de Nebrija, con sus cinco siglos de andadura, sus becos y atramuzes, era un tesoro a proteger.

Con la mula ensillada y la pequeña vida ya vacía, busqué otras acciones que me permitieran postergar un poco más el momento de la despedida. Pero no había nada. No sabía dónde poner las manos, me sobraban como las palabras regaladas. Salí y entré varias veces, asegurándome de que había apagado el fuego, aflojado las cuerdas de la guitarra, de que hubiera leña suficiente para que se calentaran los arrieros perdidos. Lo único que había allí era una despedida.

Y ya se sabe que los minalteños nunca nos despedimos; nos escondemos detrás de las puertas diciendo no te vayas por favor cuando alguien nos abandona. Ahora a mí me abandonaban las palabras, o yo a ellas, no lo sé bien, y no sabía decirles adiós.

Aquí, recuerda
el día que la descubrí,
creo que es no lo
pasé.

En luz de existencia de palabras

Según una leyenda oída a Fábulo, que representó para darme su versión sobre la pérdida de mi memoria antigua, en el cruce de senderos que hay apenas se sale del Mirador se puede optar entre la recuperación o la pérdida.

Me detuve en el cruce, y como hipnotizado me dejé llevar por pensamientos. El de la pérdida era el camino conocido, rutina de mi mula, y no recordaba haber subido por el otro. Si tomaba el de la recuperación, durante el trayecto me convertiría en el otro que fui en una vida olvidada. Según bajara vendrían los recuerdos y olvidaría las historias que escribí. Abajo llegaría un mulero como I, acaso yo era I, mi perro se adelantaría reconociendo mi intenso olor a sur; entregaría el manuscrito, de cuyo contenido no tenía la menor idea, descansaría un par de días y luego prepararía un nuevo viaje al mar para llevar el manuscrito. Y abajo no me esperaría nadie. ¿Fábulo? ¿Quién es ese Fábulo?, diría un fantástico desconocido. Y nadie podría darme ninguna referencia de la Céfira. Porque acaso tampoco estuviese Minas Altas al final de ese camino. Bajaría por un sendero que no llevaba a ninguna parte, con un manuscrito que nadie me había pedido, que no correspondía a ninguna realidad: todo se debía a un encantamiento de palabras, a un juego solitario que me propuse mareado por la altura, donde mis bajadas a Minas Altas eran también pura invención. Sin la referencia de Fábulo, yo era el solitario habitante del Mirador; inventé el manuscrito para no estar tan solo, Minas Altas era un hecho de mi imaginación, el viaje me llevaría a las Salinas. En el desierto andaría preguntando por un pueblo que nadie conocía ni había oído nom-

brar nunca. En el desierto descubría que tampoco existía el Mirador. Yo era uno de esos habitantes sometidos de las grandes ciudades, un hombrecito, un preso que soñando con la libertad inventó todo esto escribiendo solitariamente y ahora se encontraba con la tristeza de tener que poner punto final a sus historias y a sus sueños.

Pese a esas perspectivas, obligué a la mula, que quiso resistirse, a tomar el camino de la recuperación. Apenas habíamos descendido unos pasos, y ya estábamos en una atmósfera demasiado azul. Se me taparon los oídos y oí zumbos de insectos. Escuché los llantos de mi infancia y sentí los terrores nocturnos. Quise hablar y me salieron balbuceos. Y di la vuelta como quien retira un pie del agua fría. Tomé el camino de la pérdida llevándome algunas de las dudas entrevistadas en el otro. A la altura del refugio de los arrieros mi perturbación había desaparecido. Advertí que me había sucedido exactamente lo que contaba Fábulo en su leyenda. Yo mismo la había representado ahora, actuando como un muñeco vivo.

desde aquí

Ene Vega, como siempre, me estaba esperando a la entrada del pueblo, esta vez con la Céfira. Una Céfira increíble que iba más allá de sus alcances, forzando sus contornos desde adentro con impulsos turbulentos, plenamente ocupada por ella misma. Su periferia no podía contenerla más, extendiendo la tensión de las líneas hasta su máxima belleza. Una mezcla de la Céfira que iba bajo la lluvia y la de los girasoles transportados por espejos. Parecía otra Céfira de ella con su peinado alto, sin ningún artificio, ella misma era en su totalidad su propio ornamento necesario. Al lado del maduro Ene Vega, tan puesto en su figura, sirviéndole de contrapunto. Duraban en el tiempo, como fijados por palabras precisas. Y tanto ellos como el comienzo de Minas Altas, ya visible, y lo que se extendía más allá, brillaban en una especie de luz de existencia de palabras. Me miraban como si

yo fuese otro, esperando que dijese algo revelador que pusiese fin a la aventura. Seguramente creían en la leyenda del titiritero y que, en mi regreso definitivo, había tomado el camino de la recuperación.

La Céfira no dejaba de mirarme a la espera de que yo dijese algo. Su apariencia de ficción viviente me perturbaba, la veía como recién salida de ^{un} manuscrito. Ene Vega aligeró y soltó mi mula. Montamos en tres caballitos nuevos, nerviosamente jóvenes. No sé qué palabras esperaba de mí la Céfira. Las que yo le dije fueron: gracias por aquello que agregaste al mensaje. La defraudé, se desencantaba. Un par de brillos adicionales se le apagó por los ojos, sin que por esto dejara de parecer, a los míos, una fantástica criatura de palabras.

Fábulo recorre su memoria*Omitir a la Céfira aquí*

Ascendiendo por el fondo del río, imaginaba cómo se nos vería desde arriba, con esos caballos que escoltando un manuscrito se contagiaban de su contenido; como saliendo siempre de algún cuadro iban solemnes los caballos. Y nosotros en silencio, contagiados también. Como el sueño de Jotazeta por la cordillera, el de Fábulo Vega atravesaba Minas Altas. Aunque no corría una gota de viento, yo apretaba la bolsa del manuscrito contra mi cuerpo, tranquilizado por la presencia casi adusta de Ene Vega y la Céfira en mis flancos.

La seriedad casi gramatical de los caballos se alteró con el ruido lejano de una explosión, que llegó como eco de trueno. Los sismógrafos, dijo Ene Vega, indican que *están muy cerca* ~~traen un rumbo equivocado~~. Si siguen así, saldrán al otro lado de aquel cerro. Cada vez que derriban algo se les viene encima media cordillera, ya no saben dónde poner escombros. Pero avanzan, claro. La fauna de este pueblo es cada día más variada, hay que ver la cantidad de animalitos que llegan aquí escapándole a esos fuegos.

La atracción de Fábulo parecía debilitada por el peso del manuscrito. Le costaba atraer la carga de su propia memoria. En la bolsa de palabras iba la historia de todos, la infancia del pueblo, nuestro pasado. Ahora Minas Altas estaba en el tiempo, que le permitiría trasladarse como algo cierto en el espacio cada vez que la destruyeran. Si había que emigrar, en el sitio que consiguiéramos clavaríamos la verdad de nuestro pasado como el que construye la primera casa. Y por tenerlo, finalmente tendrían que aceptarnos y permitir nuestro asentamiento en un lugar definitivo. Yo había visto nacer gota a gota ese pasado en los movimientos de los muñecos, en los gemidos de Fábulo dentro del tinglado extrayéndolos laboriosamente de su memoria, y lo había puesto en las palabras que llevaba apretadas dentro

de la bolsa. Y bueno, era un orgullo, un placer muy fuerte; me sentía hermoso ascendiendo en mitad de la mañana hacia la casa del astrónomo mulero sobre un caballo nuevo, junto a dos personas, ^{viejos} dos ^{Como} amores recién salidos a la luz, donde se demoraban, de la misma manera en que se demoraban los caballos, que aun con la atracción, debido al peso de su memoria hecha palabras, en vez de deslizarse ascendían por el propio esfuerzo.

Tau, hablando con I, se embelesaba con la carga que traían desde el otro lado del mar. Yo sentía lo mismo con la carga que traíamos del otro lado de la memoria, en una balsa de palabras. Las explosiones oídas eran los tiros de los gendarmes; Ene Vega, el mulero; la Céfira, el astrónomo; y yo el grumete. Con lo que los tres andábamos juntos por el manuscrito que íbamos a devolverle a Fábulo.

¿Escuchan?, dije. La Céfira apartó el mechón de cabellos que le cubría una oreja rosada por el fresco del aire alto. Ahora sí, dijo al rato. Los músicos, todavía invisibles, estaban tocando una melodía de cuartear, sumando sonidos a la atracción de Fábulo, con lo que los caballitos parecían deslizarse. Qué bien se viaja con música, dijo soltando su mechón, ya eran visibles los músicos asomados tras las piedras, precedidos por los bultos de sus instrumentos.

Ibamos por debajo de una creciente que estaba en el pasado. Aquí mismo, pensé, cayó el piano desprendido de las madre selvas. ¿Vivirían todavía las gemelas y De Ce? ¿Eran recientes los recuerdos de Fábulo o todo estaba en un tiempo lejanísimo? Los músicos cambiaron el tema de cuartear por uno de repechar; ahora subíamos empujados por sonidos. Aparecieron las primeras casas de los astrónomos, cada una con su torre y su pequeño telescopio casero, y al fondo la galería de la casa de Fábulo, que nos miraba apoyado en una columna, los ojos gelosos dirigidos hacia el manuscrito.

Cuando me preguntó si sabía quién era yo y le respondí que no y que tampoco me importaba saberlo, volvió a envolverme en su mirada oscura, buscando mi fondo. Para llegar al girasol original tuvo que hacer un largo recorrido. Entre aquel girasol ^{con un 20} y el momento que vivíamos estaba el tiempo del manuscrito, de modo que escarbando y profundizando era su propia memoria lo que recorría, salvo los sucesos de mi pequeña vida, un taller de palabras, las dudas que tuve y mis amores con la Céfira. Al llegar al girasol, que yo veía reflejado en sus ojos incisivos, dijo es increíble, ni yo mismo podría deshipnotizarlo.

Se tomó un buen tiempo mirando el manuscrito antes de posarle una mano encima. Lo entreabrió con timidez, lo olió; abría las hojas, las miraba sin leer, apoyaba las palmas acariciando las palabras. Son la memoria de un olvido, dijo.

Dirigiéndose hacia su tinglado, présteme ahora un poco su atención, me dijo; la historia no ha terminado todavía y el mulero que la llevará sale dentro de unos días.

Desapareció en el interior de su mínimo teatro, el telón se descorría. Sonó una armónica. Un muñeco presentador cuya cabeza se parecía a la de Fábulo anunció el inminente regreso del cantor montado en un caballo de tres hierbas.

Me costaba concentrarme. A un lado tenía a Ene Vega como transformado; al otro, la proximidad de la Céfira era muy fuerte, con esos ojos nuevos, con ese cuerpo como multiplicándose.

Rojo mezclado con azul

La noche que los astrónomos pudieron ver por última vez el cometa que Tau le regaló al mulero, precedió al día del regreso del cantor. El prodigioso regalo se despidió de Minas Altas volando paralelo con su río, iluminó hasta las últimas micas de las piedras reflejándose en ellas, le dio a la arena unos alcances de tornasol que nunca nadie jamás olvidaría. Los animales que allí se refugiaban huyendo de la dinamita multiplicaron los desprendimientos lumínicos de aquella cabellera fijándolos en sus ojos como si éstos ^{fuesen} trozos de minerales asombrados. Esa misma noche parieron tres corzuelas, y los cachorros, viendo la estrella que pasaba, pensaron que así sería siempre el mundo. El caballo de tres hierbas estaba ya muy próximo de Minas Altas cuando las ancianas, desempolvadas para ir a dormir, abrieron los cofres donde guardaban sus reliquias para que recibiesen un poco de esa luz navegante, que recorrió delantales y retratos amarillos, sortijas y mechones de cabello, alentándolos hacia esperas esperanzadoras. Los escarabajos, desenterrándose, se bañaban en esa luz que mezclaba sus colores, mientras los cóndores miraban de frente el regalo que en el día de su cumpleaños le hizo a I la sexta luna de Saturno. Los astrónomos se prestaban los telescopios para alargarlos y captar así los pasos del cometa por sus últimos confines, amontonando datos que les ayudarían a explicarse la conducta del mundo que incluía a Minas Altas, centro de sus desvelos.

La noche que precedió al regreso de Eme Calderón, los músicos pasaron de la escala pentáfona a la dodecafónica sin saberlo, y el piano, restituido a la galería de las gemelas, recibió unos reflejos que aliviaron las heridas aun abiertas que le habían

hecho las madreselvas. El cántaro de barro, alcanzado por la luz, fue enteramente un instrumento musical, así lo dejó el cometa vestido para siempre, con una maravillosa caja acústica mitad agua, mitad sombra. Emebé y Jotazeta, sin saber que el cantor ya divisaba desde lejos las luces de la oruga que era Minas Altas, aun empalidecidas por las del cometa paralelo, olvidándose de sus falsas toses de salón lo veían convertirse en el único puente posible y desaparecer en los rumbos que tomó el puma albino.

Los minalteños habían dormido todo el día para poder aguantar la noche entera sin perder detalles de la despedida del cometa; y ahora que amanecía no sabían si dormir o seguir despiertos. Todos contaban a todos los hechos que todos conocían,

Jotazeta aprovechó ese amanecer para dar por concluida su convalecencia. Encontró ridícula su tos, abrió todas las ventanas y tocándose la cara dio por imaginadas esas erupciones sarampiñosas. Le pidió a Emebé que en cuanto se despertaran los astrónomos, que llevaban meses sin dormir, fuese a pedirles otra vez aquellos libros que hablaban de Copérnico, ya que el cometa le había aclarado muchas cosas. Para empezar, ya no tendría que pensar más en el puente: había visto ^(en el cometa) su forma más perfecta. Un puente que él, debía confesárselo, había relacionado muchas veces con su complicado vestido de bodas, al que también quería darle forma por no confiar demasiado en las habilidades ni en la imaginación de Uve. Un vestido que, francamente, no le gustó mucho cuando lo vio terminado; ahora era el momento, aprovechando que el viento y la creciente casi lo habían deshecho, de llamar a Uve y pedirle que lo rehiciera dándole la forma del cometa. Como podía ver, todo concordaba. Incluso, dijo en el momento en que despuntaba el sol enrojeciéndole la punta del dedo que tenía levantado, mientras Intruso aceleraba el paso olfateando la

que iba a ser su cuarta hierba, incluso me ha arreglado, este cometa, ese asunto que tenía con el puma albino; los dos se han ido para el mismo rumbo; y si el cometa vuelve, por qué no ha de poder volver el puma; si andan trenzados en la misma órbita y tienen además el mismo pelo.

A Emebé le parecieron absurdas las asociaciones de su padre. Para entenderlas mejor, despojó de puma y puente al entramado dejando que solamente el vestido se vinculara con el cometa. Le gustó la idea de un traje de novia como el que acababa de ver pasando por el cielo, apuntado por los telescopios y rodeado por millones de azahares.

Arrepentida de haber arrojado el noviazgo y el ajuar por la ventana, veía pasearse torpemente a su padre, atropellando las sillas y las mesas donde Uve había vuelto a colgar las prendas rescatadas; sábanas con el embozo raído, manteles agujereados, con sus festones descosidos, saltos de cama sin puntillas, corsés sin hebillitas, el vestido hecho un puro llanto; el polisón, que unos arrieros rescataron casi en los límites con las Salinas, atravesado por espinas y agujijones de insectos, desorbitados sus alambres y olfateado por los pumas.

Sí, las prendas habían vuelto, pero con ese estado ruinoso que tenían jamás se atrevería a regresar su noviazgo, ése que antes de la partida de Eme era tan torpe que vivía atravesándose en las puertas y Jotazeta se lo llevaba por delante cada vez que iba de una habitación a otra. Qué tonto está mi padre, decía ahora Emebé, qué tonto con su alegría nueva; sin darse cuenta de que Jotazeta se paseaba de ese modo atropellando sillas y molestando en todas partes para recordarle su noviazgo, animándola a recuperarlo.

Emebé se tocó la cara hallando que para ella también la convalecencia había terminado, no había huellas de erupciones azulosas. Y estaba a punto de recuperar su noviazgo perdido cuando

el enlazador del piano le dijo torpemente: estaba pensando que hoy mismo tenemos que decirle a Uve que vuelva a la costura; se ha rescatado casi todo, pero falta la cosa azul que trae buena suerte. Y Emebé, azulándose: no quiero absolutamente nada de ese color, ni nada que me lo recuerde. Jotazeta, sonriendo, fue a decirle estas palabras: yo creo que eso de Azul es bastante un poco imaginación de músico, para darle a la pieza cosas que la gente pide. Casi le puedo asegurar que Azul no existe. No hay nadie en ninguna parte con un nombre como ése.

El sol que le había enrojecido un dedo coloreaba ahora los bordes del sombrero de Jotazeta. Asomándose a la ventana, oigo un trote, dijo. Emebé también se asomó; el sol naciente le borró las azulosidades, las mezcló con su rojo, y ella, apartando un mechón de cabellos de su oreja violeta, la prolongó con su mano para oír mejor. Por fin, dijo el enlazador; es el trote de Intruso.

La cuarta hierba de Intruso

Aunque Jotazeta había sido siempre como un padre permanente del cantor, más de cien padres y cerca de docientas madres que pretendían los mismos derechos esperaban su volver apretujados en las escalinatas que unían cada casa con el fondo del río espasmódico. Sabían que la preciosa carga que traía aquel hijo que por fin regresaba ponía todo en su justo lugar, legitimaba los deseos, abría los espacios del futuro y era como si todos ellos a partir de ahora nacieran verdaderamente. Los pesimistas de más de ochenta años que pasaron su vida pensando que Lumberras era un sueño colectivo y la canción del gallo blanco un capricho de músicos, lagrimeaban ahora viendo que su propia historia desconocida se recuperaba junto a la historia del cantor. Ha valido la pena esperar hasta ahora, decían sintiéndose recién nacidos, en la mañana limpia, junto al río seco de arenas recién barridas por el paso del cometa. Ahí vuelve nuestro hijo más querido, decían, \forall todas esas mujeres lo habían parido, y todos los hombres engendrado.

El cometa no se les había borrado de los ojos, aunque invisible estaba ahí mismo yéndose y despidiéndose hasta una próxima vida, cuando vieron aparecer al cantor por una punta del pueblo. Se había ido por el Bajo y aparecía por el Alto, como los navegantes que dan la vuelta al mundo. También él había recorrido órbitas lejanas en espacios desconocidos y ahora estaba aquí, como un regalo del tiempo a Minas Altas. El niño que logró salvarse de los insectos chupadores y sobrevivió al Sietemesino (que seguramente andaba ahora arrastrándose otra vez en el fondo de los mares), que siendo todavía muy niñín se dejó hallar por la música que lo andaba buscando, que por estar todavía dentro del cuerpo de su madre en forma de placer recién brotado pudo escaparse del filo de un cuchillo y vivió después entre los filos de

las melodías, el que a los veinte años desenterró en Lumbreras la memoria más antigua de Minas Altas, bajaba ahora al trotecito en un caballo que al partir iba dormido.

Las diferencias anímicas y manuales entre enlazadores, músicos y astrónomos, estaban marcadas arquitectónicamente en los terrenos baldíos que separaban los tres grupos de casas en ambas márgenes del río, terrenos que los músicos llamaban distancias tonales. A medida que el cantor bajaba hacia la casa de Jotazeta, observado desde arriba por los astrónomos como objeto espacial y desde abajo por los enlazadores como un bulto que trae la creciente, para los músicos aquellos intervalos se borraban, recorridos por un sonido, como si Intruso resbalase por una cuerda que sonaba sin saltarse un solo espacio. De tal modo que al no haber más distancias entre ellos, los astrónomos en adelante podrían enlazar sus constelaciones, los enlazadores calcular sus tiros de lazo por órbitas precisas, los músicos tocar planetas como si fuesen calabazas encordadas. Y todo eso era posible porque Eme Calderón en su memoria y en sus dedos y en sus cuerdas vocales, venía trayendo la canción del gallo blanco.

Un cerro de tierras verdes, recorrido poco antes de llegar a Minas Altas por un sinuoso camino de guanacos como dibujado, le recordó a Intruso el prado de verdes más intensos donde Jotazeta lo crió. El recuerdo se hacía más intenso según se aproximaba, por lo que no podía dejar de tercer la cabeza hacia la derecha, contra los tirones de rienda del cantor, procurando trepar por cualquier escalinata que lo llevase al encuentro con su cuarta hierba. El equilibrio entre los impulsos del caballo y la voluntad del cantor transmitida por la rienda mantenía a Intruso lejos del centro de la calle, rozando casi los bordes pedregosos, mientras Eme tendía hacia el centro y final de la bajada preparando sus ojos para el momento deseado del encuentro visual con Jotazeta y Emebé, que no era posible todavía debido a la curva

de la oruga.

Eme Calderón palpó en la alforja la cajita de música, cuya existencia borraba las distancias o intervalos entre Minas Altas y Lumbreras. Recordó la blancura limpia de los huesos de su padre, el botón restituido a la camisa, y se sintió puesto en el tiempo, ocupando el que el cuchillo del Sietemesino le restó a su hermano, como si lo rescatase. Un par de versos de la canción del gallo blanco le permitía, milagrosamente, recordar el momento en que lo engendraron. Se sentía hijo del placer que le permitió a su padre no sentir que los cuchillos entraban en su cuerpo. Por esos sus huesos eran tan hermosos; porque murieron casi en el momento del amor, recorridos por un espasmo que parecía demorado en la blancura amontonada junto a la ropa en el fondo de la tumba. Tengo un padre maravilloso, hecho de placer puro, se dijo haciendo un esfuerzo de deseo para que aquel placer remoto que estaba en el extremo inicial de su vida se convirtiese en la fuente donde buscar impulso cada vez que usase su voz para cantar.

Cuando el pensamiento se le inclinó para el lado de la madre buscando un equilibrio, recordó su proyección en la pared en la casa del fotógrafo, su chorro de cabellos, trasladado mentalmente a la pared abovedada de la tumba aprovechando el rayo de sol que entraba por el boquete. Aquella madre surgida del azar fotográfico era la duda. Su retrato amarillearía doblemente en la pared: con duda y tiempo. Su no correspondencia con la real, de todos modos, le restaba por lo menos algo al largo tiempo del olvido. Y estaban además esas docientas madres que lo veían pasar, prestándole existencia real a la fotografía de aquella madre de pechos salpicados.

No había terminado el cantor de abrazar a Emebé, ni de pensar que había vuelto, ni de echar una mirada morosa a Minas Altas; no había terminado de mirar el ajuar que Uve y Eñe rescataron

del viento, ni de reirse de las preguntas de Emebé sobre Azul; ni de mostrarles la cajita de música ni de trasladar a los papeles la canción del gallo blanco; ni de permitir que Intruso se fuese por fin a tomar los morrales de su cuarta hierba; ni de mostrar los retratos de los padres que le prestó el fotógrafo, ni de acordarse de su amigo Tuy ni de ver cómo la gente abandonaba las escalinatas y se encerraba a descansar de la despedida del cometa y de su regreso inesperado, cuando llegaron los músicos diciendo que ya tenían todo preparado para guardar la canción del gallo blanco en la memoria musical prevista.

En el trayecto hasta la casa de De Ce, el cantor le pasó al arpista mayor los datos musicales y verbales de la versión definitiva, ante los estremecimientos emotivos del enlazador y su hija y la aparente frialdad profesional de los músicos que arremolinados y arrebolados alrededor de Eme Calderón absorbían con avaricia cada una de las notas y sílaba por sílaba sus contenidos palabrísticos, seguidos por un titiritero que había bajado del Alto para registrar en su ya agobiada memoria el final de la aventura.

Con destornilladores y tenazas los músicos habían despanzurado el piano para extraerle el arpa, montada ya sobre unas tablas. Los contenidos del instrumento, desparramados por la galería con unos papelitos identificatorios que permitiesen luego su recomposición. La tapa con la cola, posada sobre el cántaro, era tristísima en sí misma, como un ala cortada; aunque, vista como complemento del recipiente, se integraba en un nuevo todo musical. La caja del piano era como la boca abierta y desdentada del viejo ondulatorio cuando los asesinos intentaron extraerle los versos de la canción hasta entonces conocidos, como el viejo ondulatorio se parecía a un caballo marino, y las gemelas, asomadas a su interior casi vacío, eran avispas zumbadoras.

Cuando los enlazadores apostados en los alrededores de Minas Altas, conectados con los chasquis, aseguraron que no había oído humano en el área afectada por el alcance de los sonidos, y que el cazador de cóndores que podía delatarlos andaba vendiendo sus plumas al otro lado de las Salinas, el arpista mayor, ante el silencio profundo de la cordillera, le pasó a las cuerdas vírgenes del arpa la canción del gallo blanco.

Grabada la última nota, todo lo viviente en el cuerpo de la gigantesca oruga dejó pasar todavía un largo espacio de silencio, que actuaba como la primera envoltura, en paños delicados, de la pieza musical. Con manos de sostener a un recién nacido colocaron el arpa, ya dormida, en el interior de la caja. Consultando papelititos y hablando en voz muy baja reinstalaron las piezas desarmadas, atornillaron la tapa y la cerraron, y aunque ya se podía hablar nadie decía una palabra. Había muchos intersticios entre la tapa y la caja, centenares entre las teclas. Ningún sonido o ruido externo debía perturbar el silencioso entrelazamiento de la canción con las cuerdas, ni tampoco escaparse nada desde adentro. Entonces las gemelas trajeron el producto de una recorrida por las colmenas. Con cera virgen lo sellaron sin olvidarse de los agujeros de los pedales, con cera virgen clausuraron el teclado que nadie en Minas Altas era capaz de usar. Lo cubrieron con el toldo como si fuese un mosquitero y apoyando los oídos en la tapa creían oír la tranquila respiración de un niño que dormía el sueño más profundo en la más oscura y tranquila de las noches. Guardada en esa memoria, la canción del gallo blanco quedaba protegida del olvido o las violencias. Una copia de trabajo quedaría en el piano que ellos mismos habían hecho, sin contar las que había ya en la memoria de cada músico de Minas Altas ni las que Tuy y sus amigos andarían desparramando entre los músicos de los cuatro vientos.

Ahora sí, dijo el arpista mayor orientando hacia el piano las

guías naciotes de las madre selvas, ahora sí pueden tejerle una selva alrededor.

Al otro lado del girasol primero

En Minas Altas siempre hemos pensado, dijo Fábulo saliendo del teatrillo con una gemela en cada mano, que el recuerdo, como sustancia, es limitado. Hay una cantidad exacta de recuerdo en el mundo, que ni aumenta ni se renueva, y no alcanza para todos. Esto hace posible la existencia del olvido, que abunda y está en todas partes, es como el aire y se confunde con el tiempo. Por eso resolvimos encerrar la canción en esa caja, metida en la memoria de un arpa. El gallo blanco es el corazón de Minas Altas, y allí dentro quedará latiendo, pase lo que pase con nosotros. El tiempo le dará vueltas y vueltas procurando penetrarla por cualquier resquicio, pero siempre estarán allí esas ceras vírgenes impidiéndoselo y obligándolo a girar y girar inútilmente. Allí Minas Altas permanecerá como muerta, hasta que sea posible despertarla en un tiempo de amor y de justicia. Con esto pongo fin a mis trabajos y doy por terminado el manuscrito. Si usted, que tuvo la paciencia de escribirlo, quiere agregar algo, puede hacerlo. Sólo necesitaré de usted un par de días para las correcciones necesarias. Después podrá casarse con la Céfira, si ése sigue siendo el deseo que tenía antes de subir. Ella le ayudará a ir recuperando poco a poco su memoria. Un cuento cada noche, dijo sonriendo desde el catre donde se echó a descansar, como en esas historias orientales.

La cortina de la puerta que daba a la galería, de la misma tela que la del telón del teatrillo, se corrió dando paso a un hombre muy alto y de sombrero que decía permiso con tonalidad de muñeco anunciador. Sólo que su sombrero rozaba el dintel y además estaba vivo. Las cuarteaduras de su cara fina y larga eran como las huellas de los dedos de Fábulo en las caras de papel machacado de sus muñecos. Seguramente, me dije, el modelo

del que se valió para modelar a I. Saludó y viendo que yo no lo reconocía me tendió la mano diciendo soy el mulero que llevará el manuscrito al otro lado de la cordillera.

Se sentó en el catre a discutir con Fábulo detalles de la travesía. Quería viajar solo, así sería más fácil pasar inadvertido, y Fábulo insistía en llevar por lo menos un hombre de escolta, vea que esos papeles no deben correr el menor riesgo. Ene Vega y la Céfira se sumaron al diálogo, hablando de un mundo paralelo del que yo estaba excluido. Sus acciones me parecían la intrusión de otra realidad en el escrito; como si lo violaran. Vi en los ojos de Fábulo un brillo diferente, una mirada oscura en los de la Céfira, una distancia en los de Ene Vega. Yo los miraba y los oía, veía los movimientos de sus manos, pero ellos estaban hablando y gesticulando en otro mundo.

Tuve miedo de mi inconsistencia. En qué juego me había metido Fábulo, en qué ficción de titiritero. ~~Sería verdad o juego que yo había sido otro y él me había desmemoriado, o que por golpe o trastornos de la altura o efecto de leyenda perdí mi memoria al subir al Mirador.~~ Me sentí un muñeco más y, como parte del encantamiento, incapaz de pensar por mí mismo; mis acciones sólo podían existir a través de las manos de Fábulo en el espacio de su teatro. Y qué hacía I fuera del manuscrito. Miré el teatrillo, a ver si Fábulo estaba representando lo que yo sentía. El telón estaba cerrado, oscurecía, nadie atinaba a encender velas o candelas. En aquella penumbra, estábamos todos dentro del tinglado, las cortinas de la puerta por donde había entrado I daban al público, pronto se descorrerían y empezaría la función; una mano de Fábulo me recorrería el cuerpo de trapeo rellenándolo, metería un índice muy frío en mi cabeza hueca y con voz fingida diría por favor, présteme un poco su atención, la historia va a acabar.

Ante la dudosa realidad, la referencia del manuscrito aparecía

como única verdad posible. Tal como había podido hacerlo Ene Calderón, remontaría mi pasado hasta encontrar mi propia tumba de tiro, mi propia caja de música, mis propios huesos blancos, aunque tuviera que llegar hasta Lumbreras, tumba y nacimiento de todos nosotros. Como si yo mismo fuera Fábulo escrutándome hasta el fondo con su mirada oscura, retrocedí escarbando en mi memoria de palabras, revisé zona por zona el manuscrito buscando alguna traza, me detuve en los días iniciales, el asombro ante las palabras y mi cuerpo junto al fuego, el momento preciso en que llegué al Mirador de los Vientos, hasta que divisé en lo último el girasol original, a cuyo lado estaba como tembloroso de tanta lejanía el cuerpo de la Céfira. Ese era mi primer recuerdo nuevo, allí había terminado mi memoria antigua y allí tenía que golpear; era la puerta para salir del teatro y de la farsa. Borrar, borrar, dije mirando el girasol, confiado en el poder de las palabras, como les decía cóndor a los cóndores para ayudarles a volar. En la casa de Fábulo alguien encendía ~~las~~ lámparas, se oía un cuchicheo lejanísimo, como si los que allí estaban volvieran suavemente al interior del manuscrito, mientras yo daba golpes cada vez más certeros en la muralla de ese girasol incrustado en mi cerebro. Pero la puerta que yo intentaba golpear estaba abierta y lo único que había al otro lado era la primera mirada oscura de Fábulo Vega, como un letargo prenatal.

¿Te pasa algo?, oí la voz de la Céfira más o menos cerca de mí. Desde más lejos llegó la de Fábulo: no le digan nada, cualquier ayuda en estos momentos puede producirle un efecto contrario. Déjenlo que recupere solo su memoria. Ha trabajado mucho y necesita descansar.

Oí salir a I y despedirse en la galería. Hablaban muy bajo, para no despertarme, creyendo que dormía. Entendí que se iban todos a la casa de Ene Vega. Intuí o atisbé el perfil de la Céfira cuando se inclinó para bajar la luz de la lámpara. Oí sus

pasos en la galería, los sentí perderse cuesta abajo. Me quedaba solo en la casa llena de muñecos, en la memoria desnuda de Minas Altas, más dura que la de las estrellas. Le decía adiós al girasol y emprendía el largo camino de regreso, en algún punto de su recorrido me dormía.

Se equivoca, dijo Ele Te

En Minas Altas hay tres maneras de casarse, según el sector al que pertenezca la novia. En el ritual mimético de los enlazadores, el novio, con los ojos vendados, debe enlazarla con un cordón de seda, orientándose por los sonidos que le envían los músicos. Como el lazo apenas tiene peso, la tarea es difícil. Por esa razón se pasan la mitad del noviazgo practicando, y a veces fallan y hay que darlos por casados. La novia baila fingiendo que rehuye los tiros de lazo, pero en realidad los está buscando. El doble juego va construyendo las figuras de la danza. Estas figuras son el centro o núcleo de la fiesta; reconstruirlas verbalmente, un juego que dura hasta el próximo casamiento. La boda se consuma cuando la novia ha sido enlazada. El novio se entera de la consumación cuando la música cambia de ritmo dando paso a melodías humorísticas que minimizan o ridiculizan al novio para que ella parezca todavía más hermosa; entonces él se quita la venda y la mira como si fuera la primera vez.

Los casamientos de los astrónomos son más auditivos que visuales. Se casan de noche, a cielo abierto. El día de la boda suspenden su rigor científico y atontándose colectivamente para estar a tono con el novio se convierten en astrólogos medievales. La boda consiste en larguísimas esperas de precisas posiciones planetarias que favorezcan el horóscopo de los novios, ya que consideran la boda un nacimiento. La espera es la fiesta, sostenida por música nocturna ejecutada en instrumentos prehispánicos con formas de animales: ranas melodiosas, culebras silbadoras, aves de la noche. Cuando los astros han alcanzado las posiciones elegidas, el astrónomo y la astrónoma se besan; el beso dura has-

ta que la posición astral se modifica, con lo cual ya están casados. Empieza entonces la música humorística, sin salirse de los esquemas nocturnales, hasta que amanece y ya es posible ver el traje de la novia astrónoma, enteramente azul profundo, salpicado de lentejuelas que empiezan a brillar, sus cabellos untados con rocío, el ridículo bonete del novio medieval, su capa de murciélago.

Mi boda con la Céfira debía realizarse según el ritual de los enlazadores, pero los músicos, clave de los tres ritos, movieron todos la cabeza al mismo tiempo en un gran no orquestal. Ignoro las razones aducidas. Contaban con media palabra de los astrónomos, y aunque les costaba expresarse verbalmente lograron que los enlazadores les transfirieran nuestra boda, inmediatamente convertida, según sus ritos, en una obra musical cuya forma externa o pretexto argumental era el casamiento de la Céfira.

A la ofuscación que sufría se sumó un aturdimiento de novio. Decía cosas tontas cada vez que abría la boca, mis movimientos eran torpes, incoherente mi comportamiento. Me costaba poner en palabras las correcciones ~~que~~ que introducía Fábulo en el manuscrito. No reconocía a ninguno de los que subían a saludarme y felicitarme por la boda que ya anunciaban los músicos con su trompetería; caras extrañas hablándome familiarmente, refiriéndose a hechos para mí desconocidos. Parezco un idiota, ¿no?, le dije a Fábulo. Usted no se preocupe, aconsejó el viejo, que mientras más tonto se es cuando uno va a casarse las cosas parecen más hermosas. A cada rato veía pasar la figura del mulero trajinando con sus animales; me saludaba desde lejos alzando su enorme mano, escapado del manuscrito, mezclando tiempos y violando espacios. Minas Altas estaba al otro lado del girasol, tras la puerta que yo no podía pasar; tenía que mirarla desde lejos, desde afuera; y todo sucedía, incluidos los preparativos de mi casamiento, en un terreno donde I, cada vez que pasaba,

a ratos era una verdad tangible, a ratos una ilusión provocada por las palabras; como si yo lo enfocara mal viéndolo doble, sin poder juntar las figuras en una sola imagen.

La fiesta de mi boda empezó cuando ya había amanecido en el mar -próximo horizontalmente pero lejano por la cordillera-, y en Minas Altas, a oscuras todavía, podían verse las crestas de nieve enrojeciéndose allá arriba altísimas, por los senderos donde I caracoleó arrastrando el meteorófono. Exactamente, cuando los músicos empezaron a tocar la melodía habitual ayudándonos a tenerlo y a la vez ayudándole a él a asomarse y amanecer en Minas Altas. Música ritual, claro, pero introduciendo poco a poco ritmos de fiesta, ajenos al rito, como contándole al sol que iba a suceder una boda, invitándolo a la fiesta. Fábulo se había ido muy temprano llevándose el teatrillo. Yo estaba solo en su casa, despertándome con esa música y los pequeños ruidos que hacía la gente preparándose para asistir al concierto.

En los bordes más altos aparecieron los caracoles instrumentales, adornados con tiritas de papel de color que indicaban la dirección del viento. Los giraron embocándolos a todos hacia un mismo punto; el viento empezó a tocar, sonidos diferentes según el tamaño de los caracoles.

Desde la galería vi que por una ladera bajaba un cazador de cóndores, apareciendo y desapareciendo en las curvas, tras las piedras, oscilando lo mismo que I entre la realidad visible y la de los papeles. Imposible saber si también tenía una joroba como el de Fábulo, tapado o envuelto como estaba con las alas y la cabeza colgantes del cóndor ensangrentado que llevaba. Los músicos, salvo el viento, dejaron de tocar cuando lo vieron. Más de veinte compases de silencio suspendiendo la fiesta; se oyó el traqueteo irregular de su mula por los pedregales, hasta que él y sus ruidos desaparecieron en el bajo, en la choza donde se

encerraba a desollar al cóndor, poner a secar su carne, que luego comería, arrancarle las plumas y emborracharse hasta llorar.

Los músicos aprovecharon los compases de espera para cambiar de tema. El sol ya se había levantado también en Minas Altas y, abandonándolo como objeto de música iniciaron un tema relacionado con frutas y licores, animalitos del aire y la montaña, albures y disfraces, a cargo de instrumentos puramente fiesteros.

Cuatro hombres de a pie se presentaron. Dos de ellos, enlazadores, se quedaron en la casa cuidando el manuscrito. Los otros, un astrónomo y un joven músico, dijeron que me acompañarían a la casa donde yo esperaría a la novia, y que ya estaban llegando los invitados de otros pueblos. Todo el mundo estaba asomado a los bordes, fuera de sus casas, y se movían lentamente convergiendo hacia la casa elegida: las viejas empolvadas, los ancianos de dos y tres bastones, los callados muleros, los jóvenes de armoniosas estaturas, los niños tornasolados, las deslumbrantes Céfiras.

Retumbó una de esas explosiones entre los cerros, haciendo avanzar hacia Minas Altas más bandadas de pájaros y animales que saltan o se arrastran. Esto ya parece un zoológico, dijo el astrónomo. Y el músico: hemos previsto que si hay explosiones formen parte de la fiesta, como si ellos también estuvieran festejando.

Aprovechando la interrupción, los músicos, que tocaban en la casa de la boda, cambiaron otra vez de tema. Preponderaban ahora las arpas, desarrollando una música pensada para sentirse más hermoso.

En el patio de la casa, Fábulo representaba para los niños una versión humorística del Sietemesino, que en forma de avechicho, desde lo alto de unas ramas, le pedía a su madre, al pie

del árbol, un poco de calor materno. Si es el calor materno lo que te gusta, ahí va, decía la mujer prendiendo fuego a la rama, porque hasta su madre odiaba a aquel engendro. Y ardía el Sietemesino, dejando caer un cuchillo chamuscado, mientras los viejos soltaban sus bastones para aplaudir y reirse con los niños.

Entramos en la galería, donde las madreselvas, bordeando el cántaro y el piano, se querían introducir por la ventana de una habitación, a la que asomaban sus caras dos muchachas idénticas. A partir de hoy, me dijo el joven músico, usted podrá vivir con su mujer en esta casa.

Tu nombre es De Ce, ¿verdad?, le dije en voz baja, temeroso de estar filtrando hacia afuera, por mi cuenta y sin autorización de Fábulo, un elemento del manuscrito. Se equivoca, dijo sonriendo, mi nombre es Ele Te.

IMP.

Para los copias del cuento
 de Plaza, preguntar a Ordoñez el
 título con que lo presento, o sea
 si solo Memorias de un olvido, o sea
La danza de las Céfiras
 porque si no habrá que dejar solo
 escribir la cabecera. ^{de los expli-}
 El Timbre de los árboles

La realidad que percibía contenía elementos, como el mulero y las gemelas, que apropiándose de circunstancias de mi manuscrito lo copiaban torpemente. Las coincidencias se agravaron cuando en una especie de palco destinado a los invitados aparecieron cuatro hombres, tres de ellos de barbita, acompañando a una muchacha vestida de azul, músicos ~~todos~~ ^{ellos músicos} con el instrumento a cuestas. Seguramente Emebé y el cantor también estaban por ahí representados, y todos en la casa, de acuerdo con planes de Fábulo y los músicos, estábamos representando el manuscrito para grabarlo en la memoria de los pobladores de Minas Altas antes de que el mulero se lo llevase al mar.

Mi ofuscación tenía manifestaciones físicas. ¿Le pasa algo?, me dijo Ele Te. No lo sé, le respondí; la boda está por suceder, me parece que soy el novio y todavía ni siquiera me he vestido. Y todo esto me confunde. Si usted no se siente vestido, dijo, entonces no ha prestado atención a la música que ha estado sonando hasta ahora. Mire qué hermosos estamos todos, y mírese usted mismo; en el ritual de los músicos, las melodías que acabamos de escuchar, tomadas directamente del paisaje, sustituyen a los adornos y demás disfraces que usan los astrónomos. Me miré, y realmente yo era el más impecable de los novios; y todo el mundo parecía estar vestido de fiesta. Es verdad, le dije, estaba distraído y me olvidé. Estuve por preguntarle por la novia, qué clase de boda era ésa; sustituí la pregunta, temiendo decir algo fuera de lugar, por una ojeada a mi alrededor. Lo único femenino que había allí en la galería eran las gemelas usurpadoras asomadas a las ventanas como dos margaritas.

Unas veinte muchachas adornadas con girasoles entraron en el patio girando sobre sí mismas mientras la voz de un músico anunciaba la danza de las Céfiras. Con la coreografía, contaban que esa danza era para vencer el cuerpo dejando pasar la música libremente. Los sonidos chocaban contra los ^{Céfiras} cuerpos, no podían pasar hacia sus rumbos dejándolas en vibración como si fuesen cuerdas; ^{los danzando} y los cuerpos sufrían saturados de sonidos cada vez más intensos, sin poder vibrar, languidecían y caían fatigados. Hasta que un nuevo ritmo las puso otra vez en movimiento llevándolas poco a poco a una pura vibración de cuerda que ⁽²⁾ ~~convirtió a las Céfiras~~ en la danza que danzaban. La música que finalmente dejaron pasar sus cuerpos en vibración nos recorrió a los demás dejándonos en un desequilibrio de temblores, allí todos éramos cuerdas pulsadas o frotadas, los músicos nos miraban felices, nos estaban tocando, éramos uno de sus instrumentos.

La danza colectiva fue la introducción del concierto-boda y la señal para que la novia apareciese. Ahora, anunciaron, vamos a tocar una pieza con forma externa de casamiento. En la primera parte contaremos un poco la historia de estos novios. En cualquier compás de la segunda parte, que es consagratória, los novios quedarán casados, sin saber en qué compás preciso se produjo la consagración, que pasará a ser un hermoso misterio para siempre. La tercera y última será música de circunstancia, siguiendo el ritmo de la fiesta.

Tras unos golpecitos de timbal seguidos de un silencio apareció, en el silencio, la figura de Ene Vega, sin sombrero y casi ceremonioso, llevando de la mano a la Céfira, toda ella en vibración de cuerda pulsada. En un claro homenaje al manuscrito, su vestido, utilizándola a ella como parte de su hechura, imitaba la forma de un cometa, donde el alto peinado era la cabeza del cuerpo celeste y el resto una larga cabellera ondulatoria. Los ancianos astrónomos cortos de vista curvaron sus dedos formando

tubos ópticos que cerraban la visual sobre ella, mientras los músicos desarrollaban una extraña melodía planetaria. Al soltarse de Ene Vega, sin poder liberarse de la música vibratoria que le traspasaban las bailarinas flanqueándola en hileras, avanzaba hacia mí soportando los máximos alcances de su vibrar de cuerda, de sexta cuerda de guitarra ~~palpando~~ ^{tocada con pulsación de} figueta, ya se sabe, ~~vibración~~ fuerte-débil alternando el pulgar con el mayor y el índice, de donde surgía el ritmo de su andar, con pequeñas pausas que recordaban fugazmente el movimiento de un caballo marino. En su vibración visualizada, la Céfira ondulaba en unos planos virtuales que aparecían y desaparecían encerrando un centro permanente apenas tembloroso, donde traía su condición de novia, envuelta en un vestido blanco, y ^{en} un ramo de azahares que escapaban a la ondulación transmitida por los cuerpos bailables de las Céfiras amarillas convertidas en danza.

La música ambiental, tras el pasaje planetario, exaltaba ahora el descubrimiento de la belleza del cuerpo, convocaba juegos y secretos, lluvias y girasoles, supongo que intentando describir nuestro noviazgo. Tan sensual, que las viejas empolvadas se arqueaban como varillas de mimbre y los ancianos, incluidos los de tres bastones, se sentían trepados por un clarísimo cosquilleo de chispas persistentes. Con esto las bailarinas dejaron de vibrar, convirtiendo su quietud en un ornamento de la Céfira, que llegó a mí sin temblores, misteriosa como una cuerda en reposo.

Una de las Céfiras le alcanzó un paquetito, que ~~la~~ Céfira me puso en el bolsillo. Es mi regalo de bodas, dijo; son unos espejos para que después hagamos entrar en nuestra habitación esas madreselvas de la galería.

El timbre de los caracoles

En el momento de ejecutar la música consagratória, los músicos advirtieron que no tenían a mano los instrumentos rituales necesarios, esos caracoles marinos dejados en los bordes por la mañana muy temprano para que los soplara el viento, que olvidaron recoger.

Habló un arpista maduro, que parecía coincidir con el arpista mayor del manuscrito: mientras llegan los caracoles, vamos a aprovechar esta breve interrupción de la boda para presentarles nuestro propio meteorófono. El pequeño concierto trata de cierto regalo que le hicieron a un mulero. La partitura original es para cuatro arpas indias, dos caracoles, dos tubos y acompañamiento obligado de piano o, como en este caso, del sustituto que hemos hecho. Como no tenemos los caracoles, las dos voces correspondientes serán ejecutadas por una de las gemelas, que tocará en el lado izquierdo de nuestro instrumento, donde están las voces graves capaces de imitar a las de los caracoles faltantes. También quisiera presentarles la palabra que desde ahora será la suya, que suena por sí misma, les ruego que me escuchen bien, marimba, casualmente traída hace unas horas por un mulero que llegó del norte más lejano. Es la primera vez que suenan en Minas Altas, tanto el instrumento como la palabra. Es, a la vez, nuestro regalo de bodas. Pensábamos dárselo al final, pero bueno, hemos tenido que alterar el orden de la fiesta por culpa de esos caracoles.

Arrimaron el armatoste, que dejaba oír sus voces alineadas en las calabazas que le colgaban por debajo entrechocándose en el

bamboleo. Ante él se ubicaron las gemelas con sus cuatro golpeadores. La de la derecha golpeó sobre una de las tablas-teclas, su la no coincidió exactamente con el de las arpas y los tubos. Discutieron en voz baja. Los arpistas, entre los que estaba Ele Te y el que parecía salido del manuscrito, decían que estaba demasiado alta esa marimba; y las gemelas: que subieran las cuerdas de las arpas, afinar la marimba suponía quitar o poner cera en todas las calabazas, una tarea que postergaría todavía más la boda, la novia está cansada, y además no quedaba una gota de cera en las colmenas. Cedieron los arpistas y tubistas, y mientras afinaban trajeron al patio unas grandes mesas con licores del llano y la montaña y frutos de la tierra y del mar, que las Céfiras distribuían dejando caer entre sus movimientos partículas sobrantes de la música que había pasado por sus cuerpos.

"Pequeña música de cumpleaños" era el título de la obra, y estaba claro que contaba la aparición del cometa, en las soledades de la cordillera, ante tres muleritos empequeñecidos. Batía el mar a lo lejos cuando el cuerpo celeste rasgaba el celofán del firmamento, los tres hombres tenían miedo, y miedo también había en los ojos de la Céfira, como si estuviese viendo aquella enorme serpiente luminosa con cabeza de novia. Me apretaba las manos, tengo miedo, decía. Y el cometa, en sonidos, abarcaba el espacio visible entre el mar y la cordillera, iluminaba con una blancura intolerable los espacios astronómicos y el pequeñísimo espacio de nuestra boda. Las gemelas se ensañaban golpeando en las maderas, los arpistas se transfiguraban con gestos de misterio biológico, los tubistas pertenecían a otro mundo. Mientras los astrónomos, pese a sus oídos torpes, escuchaban como escudriñando, y las Céfiras, poseídas, suspendían inmóviles en el aire frutos y licores, y la gente se envolvía en los asombros de ver que el cometa ido regresaba antes de

tiempo. En tanto el cometa evocado, a millones y millones de kilómetros más allá del sol, parecía alcanzado y tocado por esos sonidos lanzados al espacio desde la insignificante, desde la pequeñísima y olvidada Minas Altas. Y los niños minalteños, por sugerencias de la música, alzaban sus cabezas tratando de ubicar en el espacio un gigantesco papalote blanco que sólo existía en los sonidos.

Los primeros sonidos de los caracoles consagratorios contenían todavía algunos restos de los vientos que los soplaron por la mañana. Graves y suaves, a la vez que empezaban a casarnos ayudaban a sacudirse las tensiones del paso acústico del cometa electrizante. Una música ritual en sustitución de las palabras que en la tribu de los Sietemesinos pronuncian los sacerdotes y los jueces, de modo que no estaba libre de cierta solemnidad aparatosa. Le propuse a la Céfira que eligiéramos por nuestra cuenta lo que más nos gustara (dentro de lo que puede llegar a gustar esa música de rito), para guardarlo de recuerdo, aunque nunca pudiéramos saber qué compás o parte de la música nos dejó casados.

Eran unos sonidos poco vibrados, de animales extinguidos evocando una fraternidad zoológica, como zoológico era el entorno provocado por las explosiones, que, aunque incorporadas al concierto o a la boda, alentaban el ascenso de más fauna, que venía a pedirnos refugio en medio de la fiesta, saltando, arrastrándose o volando, sumando sus voces suplicantes a las de los graves caracoles, que hacían tiritar el ramo de azahares de la novia.

Dejamos pasar, casi sin escucharla, la parte que vinculaba al matrimonio, según costumbres ancestrales, con las labores de la tierra, madurez del maíz, florecimiento del girasol, lluvias tempranas o tardías y todas esas cosas de ^{calendario} almanaque y de trabajo. Una música que todavía emociona a las ancianas pero aburre

a medio mundo. Un aburrimiento patente en la cara de los sopladores ante una melodía que por ser ritual no puede modificarse. No había allí ningún fraseo ni simple compás que nos interesara guardar en nuestro futuro relicario.

Aquí podría haber algo interesante, dijo mi novia cuando empezó la parte del protocolo que se refería a que toda unión entre un hombre y una mujer que no conocen sus cuerpos inauguran el hecho y lo incorporan a la naturaleza armoniosamente, como si ésta no lo conociera. Justamente a nosotros venir a decirnos eso, que la habíamos desequilibrado alegremente cuando el asunto de los girasoles. No, tampoco había allí nada que nos gustara, seguíamos sin poder elegir y a lo mejor ya estábamos casados según la secreta intencionalidad de los soplistas, mientras esa parte de la consagración se diluía en unas retóricas que mencionaban alegrías hogareñas seguidas de un montón de hijitos y de hijitas en los que tanto ella como yo jamás habíamos pensado. Ni mucho menos, como parecían sugerir los jueces y sacerdotes soplistas, desear que esos niños fuesen sensibles a la música, a favor de la tradición de un tercio de Minas Altas.

Usando solamente los caracoles de registros más graves, nos hablaban ahora del misterio de los cuerpos que mutuamente íbamos a poseer. Entrar en un cuerpo era hacerlo en un orden planetario, los cuerpos contenían la vida pero también la muerte que renueva, seguido de unas espeluznantes referencias a las sangres que se juntan y se mezclan, horrible. No son palabras, disfrazadas de sonidos, para novios. Entre los dedos de la Céfira pasó una ráfaga de miedo, creo que también entre los míos. Nosotros sentíamos el cuerpo como un lugar para el placer, sin otra retórica que la de los girasoles o la de las madre selvas que acababa de prometerme mi mujer. Dejamos pasar los sonidos finales sin interesarnos por sus contenidos. No habiendo podido hallar un solo compás a nuestro gusto, resolvimos elegir como recuer-

do el ~~hermoso~~² timbre de los caracoles, sin sus significados.

Como era de suponer, lloraban todos. Y nosotros dos, claro. Cualquiera llora con una música como ésa. Incluidos los caracoles, que por saberse la partitura de memoria no tenían por qué hacerlo. Después de apoyar los instrumentos en el suelo se llevaron las manos a la cara, aconsejando, entre lágrima y lágrima, llorarlo todo de un solo golpe evitando ralentis conternantes. Alguien intentó cantar buscándole un contrapeso al llanto, pero la voz se le quebró en los primeros compases y lloraba más que nadie. ~~Los invitados del palco, por estar más lejos y a la vez ser de lejos,~~ lloraban discretamente llevándose a los ojos las puntitas elegantes de unos pañuelos apenas desplegados, salvo ^{una} la muchacha de azul, que lloraba a caudal por tener las lágrimas muy flojas y muy fáciles.

Por fin los músicos, que fueron los primeros en reponerse, se pusieron a tocar una alegre música de circunstancias que borró enseguida el pesado sonsonete de los caracoles. Ahora actuaban los cantores. En las palabras que decían mencionaban a Tuy, a los Barbitas, a Emebé arrojando su vestido al viento, como entreabriendo las hojas de nuestro manuscrito, volcando el pasado en el presente, aturdiéndome más, convirtiéndolo todo en una especie de función que estaba representando Fábulo con muñecos vivientes,

△ En una especie de palco destinado a invitados especiales, tres barbudos

Confusión de madre selvas

Y bien, contando lo que resta voy a decirle adiós secretamente a las palabras que me prestaron. Cualquiera de ellas, en cualquier momento, podrá ser el adiós formal, como el compás secreto en la música de los caracoles. El mulero está al salir, una demora prolongada lo obligaría a enfrentarse allá arriba con un peligroso encuentro de vientos que los astrónomos han previsto. Y Fábulo, impaciente, se pasea nervioso por la galería.

Consumada la boda, entre el aturdimiento de la música de circunstancias y el de los brindis, fui descubriendo que todos los que estábamos allí, que yo había considerado como una realidad desvinculada de nuestras historias, pertenecían al manuscrito. Como si hubiéramos salido de los papeles escritos y estuviésemos allí para acabar la historia según nuestros propios deseos, ajenos a los designios de Fábulo y a los inevitables puntos de vista del escritor. No estábamos representando ningún pasado: éramos el pasado y el presente al mismo tiempo, entrando en el futuro. Algunos, con los nombres cambiados por Fábulo al contar las historias; otros, como Tuy y Azul, con sus nombres verdaderos.

El hombre que había visto bajar con un cóndor ensangrentado a las espaldas, apareció sin cóndor; me saludaba sin poder levantar bien la cabeza, por el peso de su joroba; se le cayeron unas lágrimas a un suelo que él tenía muy próximo; no sé si eran por sus crímenes o por la música de los caracoles; o por estar muy viejo: alrededor de su cabeza calva había un círculo de canas tan blancas como las plumas del cuello de los cóndos-

res.

Llegaron los besos rápidos de unas Céfiras muy tímidas que pasaban ante nosotros como una sucesión de girasoles. Cualquiera de ellas era Emebé, mi amor imposible y secreto, la novia de la imaginación.

Saludando a aquella multitud que ya había visto en los muñecos de Fábulo y aparecer después en las palabras, vi la boca de Eñe manchada de tinta azul, los tironcitos profesionales que dio Uve al vestido de la Céfira ajustándoselo al talle, el arpista mayor que consiguió enlazar a Jotazeta. Y músicos y músicos, que por no poder dejar de tocar y cantar me saludaban con gestos. Cualquiera de ellos era el cantor que rescató la canción del gallo blanco.

Nunca olvidaré el abrazo de Tuy, que sin decirme nada me dejó unas partituras en el bolsillo, ni la fácil lágrima de Azul cuando me besó como soplando en la embocadura de su flauta. Y tantos otros que no tengo tiempo de nombrar o se me olvidan.

En eso se acercó la altísima figura del mulero. Bueno, me dijo cuando se lo pregunté, mi nombre no es exactamente I, supongo que es el que me ha puesto Fábulo en su historia. Si a usted le gusta, puede seguir llamándome I, para usted seguiré siéndolo. Sí, yo traje ese piano desde el mar, junto con Ele Te y un astrónomo que me regaló un cometa, no me acuerdo del nombre, Guau o algo así o alguna letra del abecedario. Cuando yo salga, usted ya no tendrá acceso al manuscrito. Así que si quiere completar la historia ponga lo que haré:

Salí por uno de los pasos del sur que sólo yo conozco, y no pudieron verme los gendarmes. Diga que el manuscrito llegó unos días después sin un solo rasguño a la orilla del mar, donde ya estaba pitando el barco, medio invisible entre las brumas. Allí me dejaron ^{subir} a un barco por primera vez, mientras mi mula, que

puede ser la Mansa si usted quiere, miraba por fin el mar de frente; allí me recibieron unos hombres rubios que hablaban mal mi lengua, y allí les entregué el manuscrito, disimulado entre las planillas de medir los vientos. Ahí dentro del paquete iban las instrucciones para que los astrónomos o muleros del otro lado apartaran las planillas y corriéndose hasta la casa de unos tipógrafos se lo entregasen, con un papelito agregado donde Minas Altas agradece las palabras que un tal Antonio de Nebrija nos prestó hace quinientos años, que nos han permitido contar nuestra historia desesperada, y como quien se las devuelve, hilvanadas a nuestro modo, según las instrucciones de Fábulo, que cumpliré fielmente.

La música circunstancial desarrollaba un tema de siesta. Se durmieron los niños, bostezaron los viejos. Los músicos, según se salteaban compases por estar durmiéndose, enfundaban sus instrumentos y se iban. Los pocos que quedaban incitaban francamente a que se fuese todo el mundo. Al final quedó uno solo, que al dormirse dejó caer el tubo; luego se marchó sin recogerlo. El último en salir fue Ene Vega, que nos acompañó hasta el dormitorio, donde nos preguntó si necesitábamos algo y nos abrazó, llamando hijita a la Céfira.

Tan bien orientadas estaban las ventanas, que no había necesidad de colgar tantos espejitos para hacer entrar las madreselvas, ni correr la cama alterando o demorando la relojería de los astrónomos, cumpliendo así con las recomendaciones de los caracoles de no alterar la armonía de la naturaleza.

No sé quién soy, quién fui, estoy en un mareo de palabras, le dije clavando el primer espejito, que introdujo las madreselvas que envolvían el piano. Te contaré una historia cada noche, dijo ella, trasladando a la tapa de un arcón, con otro espejo, las madreselvas que acababan de entrar. Me gustaría, dije, ver

las madreselvas del baúl en aquella pared. Para eso, dijo ella, tenemos las de la otra columna, así por lo menos disimulamos ese baúl tan feo y viejo con dibujos de flores. Y yo: me desconcierta que Ene Vega te haya llamado hijita. Ene Vega es mi padre, dijo sacándose un clavito de la boca; y con esto ya hemos gastado la historia de esta noche. ¿Podrías alcanzarme aquel espejo?

Las madreselvas iban y venían, confundidas por mi aturdimiento, recorriendo siempre los mismos sitios. Levanté las almohadas y vi el embozo de las sábanas. ¿Las ha bordado Uve? Yo no sé, quién es Uve, dijo asustándose; las bordó la costurera, esa misma que nos saludaba; la que me hizo el vestido que yo de rabia tiré por la ventana cuando tuve celos de esa Azul que hoy te miraba tanto; el mismo que después trajo la creciente, ¿no ves cómo está zurcido por todas partes? Entonces, le dije, tu nombre es Emebé y el de tu padre Jotazeta. Yo no sé nada de Emebé, dijo la Céfira transfigurándose, ni tampoco de Jotazeta. Supongo que son los nombres que Fábulo nos ha dado en sus historias. ¿Para qué preocuparte si siempre has sido el mismo? Fábulo no quiere que te digamos nada. Si tu memoria ha de volver tendrá que hacerlo sola. Yo sólo puedo ayudarte recordándote de a poco, noche a noche, cosas que están al otro lado de tu girasol, como acabo de hacerlo con mi padre. No te acuerdas de nada y a mí me da lo mismo, porque te quiero en las dos partes; para mí son idénticos los dos lados de tu girasol.

Cuando ya no hubo dónde poner más madreselvas de espejos ella dijo: voy a desvestirme en la otra habitación. Me da un poco de vergüenza hacerlo aquí delante tuyo; todavía me resuena ese asunto tan serio de los caracoles, y por su culpa no puedo ser la Céfira de siempre.

Me eché en la cama. El tiempo de la espera era larguísimo, veía cómo las madreselvas virtuales se desplazaban con el sol.

Veía que las palabras del manuscrito se convertían en un pueblo, y no sabía si era así o se trataba de un pueblo convirtiéndose en palabras. Los indicios que me daba la Céfira (o Emebé) me llevaban a ocupar el lugar del cantor. A lo mejor era el cantor quien estaba al otro lado, oscuro, del girasol. Entonces me habían cambiado la voz por una memoria y ahora todo consistía en cambiar esa memoria por una voz. Entonces Fábulo no me lo había dicho todo. Cuando el cantor regresó de Lumbreras, y le contó su viaje, lo hipnotizó o desmemorió, desmemoriado lo mandó al Mirador de los Vientos para que escribiese sus historias. En ese caso, dije, hice dos viajes a Lumbreras, uno en el tiempo y otro en las palabras. Y mi memoria sólo recuerda el último. Yo era ahora la virtualidad del cantor. Como las madreselvas de espejo, que ya abandonaban la tapa del baúl y empezaban a caer siguiendo el paso del sol que se ponía. Pero las madreselvas se borraban, mientras yo permanecía.

No habían acabado de borrarse cuando oí que la Céfira daba tres golpecitos en la pared. Tres golpes exactamente iguales a los del manuscrito, con las mismas pausas desiguales, con la misma intensidad con que los músicos, contando nuestro noviazgo, los reconstruyeron con tres golpes de timbal.

*dejar 2 copias, o puede un título de
~~esta~~ párrafo que sigue.*

P.S.: Mientras escribo estas últimas líneas,

*¿Qué pobre es
 esta señal!*

366
329

185
222

